

Isabel Oyarzábal Smith



Alejandra Kollontay.
Embajadora de Rusia

Edición crítica, estudio introductorio y
traducción de Verónica Pacheco Costa

Dykinson, S.L.

Colección
ANDALUZAS OCULTAS

Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez
Directoras

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia
Francesca Denegris Calderón, Católica Universidad del Perú, Lima
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut , USA
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España

Verónica Pacheco Costa (ed. y trad.)

**ISABEL OYARZÁBAL
SMITH**

Alejandra Kollontay

Dykinson, S.L.

2023

Isabel Oyarzábal Smith. Alejandra Kollontay

Verónica Pacheco Costa (Ed. y trad.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y traducción: Verónica Pacheco Costa

© Del texto: Herederos de Isabel Oyarzábal Smith

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva Moreno

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-215-7

CAMPANAS PARA UNA CIUDAD

Isabel OYARZÁBAL SMITH

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN

VERÓNICA PACHECO COSTA

SOBRE LA AUTORA

Verónica Pacheco Costa es profesora titular del área de Filología Inglesa del Departamento de Filología y Traducción de la Facultad de Humanidades en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. Investigadora en el grupo de Investigación “Escritoras y Escrituras”. Su investigación se centra, principalmente, en el análisis y traducción al español de obras literarias escritas en el siglo XX por mujeres, especialmente teatro y ficción corta. Es autora de cinco libros, y de unos cuarenta artículos y capítulos de libro, entre los que se incluyen la traducción literaria. En 2018 recibió el premio de Traducción Teatral “María Martínez Sierra” otorgado por la Asociación de Directores de Escena.



Retrato de Isabel Oyarzábal Smith.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

ISABEL OYARZÁBAL SMITH 7

Bibliografía 12

Criterios de edición 22

OBRA

ALEJANDRA KOLLONTAY, EMBAJADORA DE RUSIA 23

Libro uno: los primeros vínculos..... 25

 Capítulo 1 26

 Capítulo 2 29

 Capítulo 3 36

 Capítulo 4 44

Libro dos: preparando el futuro 61

 Capítulo 5 63

 Capítulo 6 70

 Capítulo 7 76

 Capítulo 8 84

 Capítulo 9 92

 Capítulo 10 104

 Capítulo 11 111

 Capítulo 12 123

 Capítulo 13 128

 Capítulo 14 146

 Capítulo 15 151

 Capítulo 16 159

 Capítulo 17 167

 Capítulo 18 172

 Capítulo 19 184

 Capítulo 20 192

 Capítulo 21 197

 Capítulo 22 203

 Capítulo 23 209

 Capítulo 24 215

 Capítulo 25 227

 Capítulo 26 245

ISABEL OYARZÁBAL SMITH

Verónica PACHECO COSTA

Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla

A todas luces resulta incomprensible que alguien como Isabel de Oyarzábal Smith siga siendo una gran desconocida en nuestra comunidad autónoma andaluza y en España. No cabe duda que en los últimos años, su labor y producción literaria y ensayística ha recibido algo más de atención. Sin embargo, gracias al proyecto “Andaluzas Ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” un Proyecto I+D+i FEDER Andalucía dirigido por la profesora Mercedes Arriaga Florez, de la Universidad de Sevilla, esta escritora y otras muchas van a ver la luz después de décadas de olvido y formarán parte de la cultura, la historia y la literatura española.

Isabel Oyarzábal Smith nació en Málaga el 12 de junio de 1878, hija del español Juan Oyarzábal Bucelli y de la escocesa Ana Smith Guthrie. A diferencia de la gran mayoría de las mujeres de la época, ella tuvo la oportunidad de estudiar y conseguir una gran formación intelectual. Debido a sus orígenes británicos Isabel Oyarzábal viajó mucho al Reino Unido, donde vivió y trabajó. Esta experiencia precisamente hizo que fuera crítica con la situación de la mujer en España y una adelantada a su tiempo. En el Reino Unido Isabel estuvo trabajando como profesora de español en Sussex, como corresponsal de alguna publicación británica (el periódico *The Standard*) y también ocupó su tiempo traduciendo obras literarias de George Eliot, Jane Austen, o Conan Doyle entre otros. De entre sus ocupaciones no podemos olvidarnos de su experiencia como actriz en la compañía de teatro de Maria Tubau y Ceferino Palencia con cuyo hijo, Ceferino Palencia Alvarez Tubau, contrajo matrimonio. De este trabajo como actriz, Isabel se convirtió en una gran crítica teatral e incluso escribió algunas obras de teatro. Con su marido, que era abogado y pintor, y más tarde con sus dos hijos se trasladan frecuentemente de lugar por

motivos laborales y políticos y viven en Suecia, Finlandia, EEUU y México.

Desde un punto de vista político tenemos que detenernos en el hecho de que Isabel fue, junto a su hermana Ana y su amiga Raimunda Avecilla, la fundadora de la primera revista femenina en España, en 1907 y que llevaba por nombre *La Dama y la Vida Ilustrada*. Esta primera experiencia dentro del mundo de la prensa hizo que más adelante tuviera una fructífera carrera periodística y colaborara con revistas y periódicos de la época tan relevantes como *Blanco y Negro*, *El Herald*, *La Esfera* y *El Sol*, entre otras publicaciones. La temática de sus artículos siempre está centrada en la situación de la mujer, y sus necesidades educativas y económicas. Es curioso comprobar que Isabel usaba un pseudónimo para firmar algunos de sus trabajos, Beatriz Galindo, investigadora, humanista y mecenas del siglo quince; y en otras ocasiones el apellido de su marido, Isabel O. de Palencia o Isabel de Palencia, como firma esta biografía de Alejandra Kollontay. En esta edición hemos decidido recuperar el nombre completo de Isabel, como Isabel Oyarzábal Smith, y no usar el que ella usó con el apellido de su marido, con la intención de visibilizar su obra y su nombre.

Las ideas de Isabel, en términos generales, eran consideradas demasiado avanzadas para la época, y estuvo muy comprometida con la lucha feminista. Nuestra andaluza oculta se afilió al PSOE y a UGT; aprobó unas oposiciones y fue la primera mujer inspectora de trabajo, fue representante del país en la Liga de Naciones en 1933 y fue nombrada embajadora, la primera mujer en este cargo en España, en Suecia y luego en Finlandia. Formó parte de la *Asociación Nacional de Mujeres Españolas*, la *Liga femenina española por la paz y la libertad*, la *agrupación femenina socialista*, *El Comité nacional de la asociación de mujeres antifascistas* entre otras. Igualmente defendió el derecho de las mujeres al voto y apoyó con gran tesón a Clara Campoamor en esta defensa.

Como apunta la investigadora y compañera Eva Moreno Lago en su libro *Hijas de España, Vidas y autobiografías de las intelectuales de la Edad de Plata* (Dykinson, 2021), el activismo de Oyarzábal no puede entenderse como un hecho aislado sino como parte de una generación de mujeres, las intelectuales de la

Edad de Plata, olvidadas por la historia canónica contada por los varones y que incluye a mujeres como María Lejárraga, Zenobia Camprubí, María de Maetzu, o Carmen de Burgos.

Isabel Oyarzábal y Alejandra Kollontay se conocieron en Ginebra en 1931 y coincidieron más tarde y durante más tiempo, cuando la primera era embajadora de España en Suecia, y Kollontay era la embajadora de Rusia en ese mismo país. Años más tarde, en 1947, en su exilio en México, Oyarzábal escribió la biografía de esta última en inglés y publicada por Longmans, Greens and Co. El libro, cuya traducción aquí presentamos, consta de 26 capítulos que Isabel divide en dos libros; el “Libro uno” lleva por título “Primeros vínculos” e incluye del capítulo uno al cuatro y cubre desde el año 1872 hasta 1905; y el “Libro dos”, “Preparando el futuro” contiene el resto de los capítulos que repasan la vida de ambas desde 1905 hasta 1946 incluyendo cartas que Kollontay mandó a Oyarzábal en su exilio en México.

En el “Libro uno” Oyarzábal se detiene principalmente en contar la historia de la familia de Alejandra Kollontay, hija del ucraniano Michael Domontovitch y de la finlandesa Aleksandra Aleksándrovna Masálina cuya familia había hecho una gran fortuna en la industria de la madera. Isabel relata de manera muy delicada la relación estrecha de Alejandra con su padre y cómo desde pequeña tenía interés por la política, por la situación de los más desfavorecidos y por la lucha por la libertad. En el resto de capítulos del libro uno podemos leer detalles sobre su matrimonio con Kollontay, su maternidad y los comienzos de la lucha de los grupos socialistas contra el zar de Rusia. En el último capítulo del libro uno Isabel desarrolla todos los pormenores de esta revolución y las consecuencias que tuvo para Alejandra. Los dos grupos socialistas celebraban a menudo reuniones secretas en las que se producían agrias discusiones entre mencheviques y bolcheviques. Fue en una de estas reuniones, celebrada en una escuela primaria, donde Alejandra vio por primera vez a Lenin. El año 1905 fue el escenario inicial de la revolución de 1917 y la huelga general de Moscú trajo a su paso un gran número de incidentes. Las calles estaban sin luz, el frío era intenso, los disparos se sucedían día y noche, y las detenciones eran constantes. Las autoridades zaristas detuvieron a miles de personas por la mera sospecha de que realizaban propaganda

revolucionaria y más de mil fueron acusadas de actividades subversivas y finalmente ejecutadas, mientras muchas otras se vieron obligadas a exiliarse, entre ellas, Alejandra Kollontay. Una noche, unos amigos le informaron de que su apartamento había sido registrado. Afortunadamente, su hijo Michael, había ido a cenar con unos amigos y a Alejandra le aconsejaron que no volviera casa para que no la detuvieran, así, pasó varias semanas viviendo de manera clandestina en casas de amigos hasta finalmente abandonó Rusia.

El “Libro dos” es muy extenso y consta de 21 capítulos en los que Oyarzábal relata la vida en el exilio de Alejandra Kollontay, y su vuelta a casa; la vida en Suecia como embajadora de Rusia y la relación personal que tuvo con ella. En esta introducción vamos a detenernos especialmente en comentar los capítulos en los que se explica la labor de Kollontay como defensora de los derechos de la mujer y los aspectos principales de la relación de amistad entre las dos mujeres. En 1917 fue elegida miembro del *Comité Central del Partido* y votó a favor de la insurrección y de la toma del Palacio de Invierno para construir así un Estado obrero. Más adelante fue elegida para el Ministerio de Bienestar Social donde trabajó para conseguir la modificación de las leyes que hacían a la mujer subordinada al hombre y además se le negaba el derecho al voto. Con su incansable tesón, Alejandra logró la aprobación del divorcio y del aborto, y otros beneficios sociales para apoyar la maternidad, como por ejemplo guarderías para la conciliación familiar. Alejandra consiguió poner las bases para el surgimiento de la mujer nueva en toda Rusia.

Los capítulos once y doce del libro resumen el gran trabajo realizado por Kollontay en la Unión Soviética, colocando a la mujer como base central de la sociedad y garantizando su igualdad mediante el acceso a la educación y a un trabajo. La idea principal de Alejandra era trabajar para que la mujer no dependiera del hombre en ningún sentido y para ello el estado debía facilitar la conciliación entre el trabajo y la familia. El capítulo trece explica la idea que tenía Kollontay del amor, muy relacionado con los dos capítulos anteriores, ya que ella defiende que el amor no debe ser motivo de esclavitud de la mujer ante el hombre. Además, Oyarzábal resume tres obras literarias de Kollontay que desarrollan este tema: *Amor Rojo*, *Un Gran Amor*,

y *Una Carta a un Joven Camarada*, y que le sirven a Oyarzábal para ejemplificar las ideas de Kollontay sobre el amor.

Los siguientes capítulos relatan la relación de amistad y admiración mutua que las unió a ambas, e incluye anécdotas políticas como cuando Isabel llegó a Estocolmo como embajadora de la República de España y no pudo alojarse en la casa oficial puesto que el ministro de Franco se negó a irse. En el hotel le esperaba un gran ramo de flores de parte de Alejandra dándole ánimos. También hay otras anécdotas relacionadas con comidas oficiales, con la vestimenta que Alejandra aconsejaba llevar a Isabel y referencias a los paseos que ellas dos daban por los alrededores de Estocolmo. Las dos mujeres tenían mucho en común, siendo Alejandra Kollontay la primera mujer europea en ser embajadora e Isabel Oyarzábal la primera española en ocupar ese trabajo. De las cartas de Alejandra a Isabel que esta última incluyó en el penúltimo capítulo y que son una selección de las que recibió entre 1939 y 1946, se desprende que entre ellas había una gran relación de amistad, confianza y cariño. En las mismas, Alejandra siempre alterna temas políticos, con familiares y recuerdos de sus momentos juntas.

El libro, publicado en 1947 en los Estados Unidos, fue objeto de reseñas en la prensa de la época, por ejemplo en el *Hartford Times*, *Daily Worker*, *The New York Herald Tribune* y el *Chicago Sun*. No es de extrañar que algunas de ellas no fueran demasiado buenas, pero es comprensible teniendo en cuenta el contexto y que el momento político provocaba que en los EEUU no se respirara un ambiente de admiración por la URSS. Después de estas décadas, la traducción de este libro coincide, curiosamente, con otro momento político en el que las relaciones de Europa con Rusia son muy complicadas, pero ello no ha de empañar la admiración que podemos sentir por la vida, la actividad política y los logros alcanzados por Alejandra Kollontay e Isabel Oyarzábal Smith.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía de Isabel Oyarzábal Smith

- (1921). *El alma del niño. Ensayos de psicología infantil*. Madrid: V. H. Sanz Calleja.
- (1923). *El sembrador sembró la semilla*. Madrid: Rivadeneyra.
- (1926). *El traje regional en España. Su importancia como expresión primitiva de los ideales estéticos del país*. Madrid: Voluntad.
- (1926). *The regional costumes of Spain*. Madrid, Voluntad.
- (1940). *I must have liberty*. Nueva York, Longmans, Green & Co. Y sus traducciones al español: (2010) *He de tener libertad*. Madrid: Horas y Horas. Traducción y ed. de N. Capdevila-Argüelles. (2011) *Hambre de libertad. Memorias de una embajadora republicana*. Granada: Almed, D. L.. Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón. (2020) *Hambre de libertad. Memorias de una embajadora republicana*. Málaga: Ediciones del Genal; Prólogo de Aurora Luque. Edición y traducción de Andrés Arenas y Enrique Rincón.
- (1940). *Juan, son of the fisherman*. Nueva York: Longmans, Green & Co.. Y la traducción (2020) *Juan, el hijo del pescador*. Málaga: Ediciones del Genal. Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón.
- (1940). *Saint Anthony's pig*. Nueva York: Longmans, Green & Co..
- (1944). *Diálogos con el dolor. Ensayos dramáticos y un cuento*. México: Editorial Leyenda, Colección Atalaya. Y la edición de Carlos Rodríguez Alonso. Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 1999.
- (1945). *Smouldering Freedom: The Story of Spanish Republicans in Exile*. Nueva York: Longmans, Green & Co.. Y sus traducciones: (2009) *Rescaldos de libertad. Guerra civil y exilio en México*. Málaga: Alfama. Traducción de M.^a del Mar Mena Pablos. (2016) *Rescaldos de libertad: historia de los republicanos españoles en el exilio*. Málaga: Ediciones del Genal. Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón.
- (1945). *Alexandra Kollontay: Ambassador from Russia*, Nueva York, Longmans, Green & Co.. Y la traducción (2015)

- Alejandra Kollontai Biografía*. Málaga: Ed. del Genal. Traducción de Andrés Arenas y Enrique Girón.
- (1959). *En mi hambre mando yo*. México: Libro Mex Editores.
- (2018). *La madre y la radiotelefonía*, Colección sobre la mujer moderna, Edición electrónica, Madrid, Universidad Complutense y Biblioteca Nacional de España. Edición y notas de Marina Patrón Sánchez.
- (2018). “Diario de la mujer. Prejuicios arcaicos”, en *Ensayos de mujeres modernas*, Colección sobre la mujer moderna, Edición electrónica, Madrid, Universidad Complutense y Biblioteca Nacional de España. Edición de Marta Palenque.

Obras inéditas de Isabel Oyarzábal Smith

- Amellany*. Obra depositada en el Archivo Nacional de Cataluña.
- El gran delito*. Obra depositada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- El vendedor de humo*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- Final de mujer*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- La güera Rodríguez*. Argumento cinematográfico inspirado en la obra del mismo nombre, original de Artemio de Arizpe, *María Ignacia Rodríguez*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- La historia del ballet. 140 cartillas y un prólogo*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- La joven América*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- La mulata de Córdoba*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- Lo que lleva al mar o sangre del mar. Drama original en tres actos y un cuadro plástico*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- Los muñecos del señor Desiderio*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- Mujeres en la historia y en la leyenda*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.
- Mujeres mexicanas en la historia*. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.

Sor Juana Inés de la Cruz. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.

Un beso a tiempo. Obra registrada en la Unión Nacional de Artistas de México.

Traducciones realizadas por Isabel Oyarzábal

(1905). Irving, H., *El teatro tal cual es y el arte de representar*. Madrid: R. Velasco.

(1913). Havelock Ellis, H., *Estudios de psicología sexual*. Madrid: Ed. Reus.

(1919, 1935, 1999, 2001, 2006). Eliot, G., *Silas Marner*. Madrid: Calpe.

(1920). Conan Doyle, A., *La nueva revelación* Madrid: Ed. Pueyo.

(1921). Austen, J., *La abadía de Northanger*. Madrid: Tip. Renovación.

(1922). Broughton, R., *Como las flores: novela*. Madrid: Rivadeneyra.

(1929). Merrel, C., *Julia aprovecha la ocasión*, Madrid, Rivadeneyra, 1929.

(1931). Hackett, F., *El Rey Barba Azul: Enrique VIII y sus seis mujeres*. Madrid: Ed. España, Sucesores de Rivadeneyra.

(1932). Westermarck, E., *Historia del matrimonio*. Madrid: Ed. España.

(1937) Hackett, F, *Enrique VIII y sus seis mujeres*. Barcelona: Juventud.

(1945) Maupassant, G. de, *El buen mozo*. México: Ed. Leyenda.

(1965). Rossi Lodome, V. y Matricardi, F., *La cuchara de plata: libro de cocina*. México: Uteha.

Bibliografía sobre Isabel Oyarzábal Smith

AGUILERA SASTRE, J. e I. Lizarraga Vizcarra (2019), “Las feministas españolas y el VIII Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer”, *IgualdadES*, 1, pp. 83-113.

AGUILERA SASTRE, J. (2011) “Las fundadoras del Lyceum Club femenino español”. *Brocar*, 35, 65-90.

- ALMELA BOIX, M., (2012) “Un lugar para estar, un lugar para ser”, en Margarita Almela Boix, María Magdalena García Lorenzo, Helena Guzmán García, Marina Sanfilippo (coords.), *Mujeres a la conquista de espacios*. Madrid: Uned, pp. 15-50.
- ASENSIO DEL POZO, T. A., (2020). “Luis Jiménez de Asúa e Isabel Oyarzábal Smith: *The Agony of Spain* (1936)”, *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, 20, pp. 401-426.
- BADOS CIRIA, C., (2010). “Isabel, editora y redactora: *La Dama y la Vida Ilustrada*” en M. Bernard e I. Rota (eds.), *En prensa: escritoras y periodistas en España (1900-1939)*. Bérghamo: University Press, pp. 15-44.
- BADOS CIRIA, C., (2010). “Isabel Oyarzábal Smith: la escritura como compromiso social y político”, en M.ª J. Porro Herrera y B. Sánchez Dueñas (eds.), *Escritoras andaluzas y exilio*. Córdoba: Universidad y Diputación Provincial, pp. 125-147.
- BADOS CIRIA, C., (2011). “Isabel de Palencia y la escritura en México: la biografía de Alexandra Kollontay”, en M.ª J. Porro Herrera y B. Sánchez Dueñas (eds.), *El exilio literario andaluz de 1939*. Córdoba: Diputación, Universidad y Fund. Juan Rejano, pp. 87-106.
- BALLESTEROS GARCÍA, R., (2002). “Isabel Oyarzábal: una malagueña en la corte del rey Gustavo”, *Jábega*, 92, pp. 111-122.
- CADMAN, J., (2012). *The displaced I: a poetics of exile in Spanish autobiographical writing by women*, Tesis Doctoral, University of St Andrews, Escocia Gran Bretaña.
- CAPDEVILLA-ARGÜELLES, N., (2009). “Isabel Oyarzábal de Palencia (1878-1974). Diálogo con la maternidad, la política y el dolor”, en *Autoras inciertas. Voces olvidadas de nuestro feminismo*. Madrid, Horas y horas, pp. 52-94.
- DÍAZ NOSTY, B., (2020). “Isabel Oyarzábal Simth”, en *Voces de mujeres periodistas españolas del siglo XX nacidas antes del final de la Guerra Civil*. Sevilla: Renacimiento, pp. 235-246.
- EIROA SAN FRANCISCO, M., (2013). “Espacio para mujeres en *El Sol* de Urgoiti y Ortega: las columnas de Beatriz Galindo”, *Revista de Occidente*, 384, pp. 50-69.

- EIROA SAN FRANCISCO, M., (2014). *Isabel de Palencia. Diplomacia, periodismo y militancia al servicio de la República*. Málaga: Universidad.
- EIROA SAN FRANCISCO, M., (2014). “Una visión de España en la obra de Isabel Oyarzábal de Palencia”, *Bulletin Hispanique*, 116-1, pp. 363-380.
- EIROA SAN FRANCISCO, M., (2015). “Isabel Oyarzábal: asociacionismo femenino y cambio social en la España de entreguerras”, en L. Branciforte y R. Orsi, (eds.), *La guillotina del poder: género y acción socio-política*. Madrid: Plaza y Valdés Editores, pp. 45-68.
- FEBO, G. di, (2009). “Isabel de Palencia: una republicana en la Sociedad de Naciones”, en M. Nash (coord.), *Ciudadanas y protagonistas históricas. Mujeres republicanas en la II República y la Guerra Civil*. Madrid: Congreso de los Diputados, pp. 129-146.
- FERRER PÉREZ *et alii*, V., (2000). “El alma del niño. Ensayos de psicología infantil: una obra olvidada”, *Revista de Historia de la Psicología*, 21, 2-3, pp. 85-94.
- FUENTE, I. de la, (2015). “Isabel Oyarzábal: una dama ávida de libertad”, en *Las republicanas burguesas*. Madrid: Sílex ediciones, pp. 35-45.
- GONZÁLEZ SANZ, A., (2012). “La memoria de la educación en las autobiografías de autoras españolas de preguerra (1900-1936)”, *Archivum*, 61-62, pp. 179-214.
- LIZARRAGA VIZCARRA, I., (2011). “Isabel Oyarzábal Smith: autobiografía y memoria”, *Brocar*, 35, pp. 39-63.
- MARTÍNEZ, J., (2002). “Isabel Oyarzábal de Palencia”, en *Las intelectuales, de la Segunda República al exilio*. Ayuntamiento de Alcalá de Henares, pp. 25-58.
- MARTÍNEZ, J., (2006). “*I must have liberty*. Para una arqueología sobre la recepción internacional de la Guerra Civil”, en M. Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento, pp. 807-813.
- MARTÍNEZ, J., (2007). “Lo íntimo manifiesto: Isabel Oyarzábal de Palencia”, en *Exiliadas. Escritoras, guerra civil y memoria*. Barcelona: Montesinos, pp. 125-168.
- MATEOS RUIZ, M.^a L., (2005). “Isabel Oyarzábal de Palencia y sus artículos en *Blanco y Negro* (1925-1928)”, en M.^a J.

- Jiménez Tomé e I. Gallego Rodríguez (coords.), *Escritoras españolas e hispanoamericanas en el exilio*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 203-218
- MENA PABLOS, M.^a M., (2016). *Isabel Oyarzábal Smith: una intelectual de la Edad de Plata. Nuevas aportaciones para una biografía literaria*. Tesis Doctoral, Universidad de Málaga.
- MENA PABLOS, M.^a M., (2016). “Una malagueña ante la Estatua de la Libertad”, *TSN. Transatlantic Studies Networ. Revista de Estudios Internacionales*, núm. 2 (julio-diciembre), pp. 1-7.
- MORENO LAGO, Eva. (2021). *Hijas de España. Vidas y autobiografías de las intelectuales de la Edad de Plata*. Madrid: Dykinson.
- NAVAS QUINTANA, G., (2007). “Silas Manner de George Eliot, en versión de Isabel Oyarzábal de Palencia”, en J. J. Zaro (ed.), *Traductores y traducciones de literatura y ensayo, (1835-1919)*. Granada: Comares, pp. 359-410.
- NAVAS QUINTANA, G., (2016). “Isabel Oyarzábal de Palencia (1878-1974) la traducción como reescritura en Silas Manner”, en D. Romero López (coord.), *Retratos de traductoras en la Edad de Plata*. Madrid: Escolar y Mayo, pp. 87-108.
- NIEVA DE LA PAZ, P., (1993). *Autoras dramáticas españolas entre 1918-1936: (texto y representación)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- NIEVA DE LA PAZ, P., (2011). “Cambios y permanencias de la maternidad en *Diálogos con el dolor* (1944), de Isabel Oyarzábal Smith”, *Estreno: cuadernos de teatro español contemporáneo*, 1, pp. 42-56.
- NIEVA DE LA PAZ, P., (2015). “Isabel Oyarzábal Smith y su testimonio republicano en la literatura (*En mi hambre mando yo*)”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea, ALEC*, vol. 40, núm. extra 1, pp. 257-283.
- NIEVA DE LA PAZ, P., (2016). “El matrimonio en el teatro de Isabel Oyarzábal: hacia una revisión de la identidad femenina tradicional”, *Estreno* (Texas, USA), 42.1, pp. 38-49.
- NIEVA DE LA PAZ, P., (2017). “Isabel Oyarzábal Smith, una republicana exiliada en México (*Rescaldos de libertad*)”, *Hispania*, 100-1, pp. 114-124.

- NIEVA DE LA PAZ, P., (2020). “Isabel Oyarzábal y la renovación teatral: de la periferia al exilio”, *Anales de Literatura Española Contemporánea* (ALEC), 45, 2, pp. 33-58.
- PAZ TORRES, O., (2008). “Isabel Oyarzábal Smith and her role in the league of nations committee of experts slavery (1934-1938) », *US Nations. Revue des fonctionnaires internationaux de l'Onug*, Ginebra, 678.
- PAZ TORRES, O., (2008). “Isabel Oyarzábal Smith: aproximación a su actividad como traductora de clásicos de la literatura y de la psicología (1919-1936)”, *Bulletin Association Internationale des Traducteurs de Conférence*, núm.10.
- PAZ TORRES, O., (2009). “Guerra Civil y exilio mexicano. Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974) y sus memorias retrospectivas”, en P. Ysàs Solanes (ed. lit.), *Europa, 1939. El año de las catástrofes. L'any de les cataàstrofe: actes del congrés internacional*, Barcelona, CEFID – Centre d'Estudis sobre les èpoques Franquista i Democràtica.
- PAZ TORRES, O., (2009). “El camino del exilio de una intelectual republicana en 1939: el caso de Isabel Oyarzábal Smith”, en *Actes del Congrés Internacional «Europa 1939. L'any de les catástrofes»*, CEFID – Centre d'Estudis sobre les èpoques Franquista i Democràtica.
- PAZ TORRES, O., (2009). “La mujer nueva de Alexandra Kollontay: aproximación a través de su biografía, Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974)”, en C. Suárez, (ed.), *Maternidades. (De)construcciones feministas*, Oviedo, KRK Ediciones, pp. 91-109.
- PAZ TORRES, O., (2010). *Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974). Una intelectual en la Segunda República Española: del reto del discurso a los surcos del exilio*. Sevilla: Consejo Económico y Social de Andalucía.
- PAZ TORRES, O., (2011), “A profesionalización feminina na Segunda República española (1931-1936). O acceso ao cargo de inspectora de Traballo”, *Anuario da Facultade de Ciencias do Traballo*, 2 (2011), pp. 215-236.
- PAZ TORRES, O., (2018). “Aspiraciones y oportunidades de las mujeres en la Segunda República española. El caso de Isabel Oyarzábal Smith”, en R. Monlleó Peris, I. Badenes-Gasset Ramos y E. Alcón Sornichero (eds.), *Mujeres públicas*,

- ciudadanas conscientes. Una experiencia cívica en la Segunda República*. Castellón de la Plana: Universidad Jaume I, pp. 99-116.
- PAZ TORRES, O., (2019). “Foros internacionales de participación femenina (1931-1939) Isabel Oyarzábal Smith en la Organización Internacional del Trabajo y en la Sociedad de Naciones”, en M. Á. Chamocho Cantudo, I. Ramos Vázquez y M. J. Espuny i Tomás (coords.), *La organización Internacional del Trabajo: Cien años de protección jurídica internacional de la clase obrera (1919-2019)*. Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 293-328.
- QUILES FAZ, A., (2002). “Isabel Oyarzábal Smith”, en C. Cuevas García (dir. y ed.), *Diccionario de escritores de Málaga y su provincia*. Madrid: Castalia, pp. 683-687.
- QUILES FAZ, A., (2008). “Isabel Oyarzábal Smith: mujer, prensa e ideología”, en P. Nieva de la Paz *et alii.*, *Mujer, literatura y esfera pública (1900-1940)*. Londres: Tamesis Book, pp. 61-72.
- QUILES FAZ, A., (2008). “Periodismo y mujer: Isabel Oyarzábal y *El Sol* de Madrid (1917-1919)”, en VV. AA., *Patrimonio literario andaluz II*. Málaga: Universidad y Unicaja pp. 111-132.
- QUILES FAZ, A., (2011). “Dos mujeres modernas: Isabel Oyarzábal Smith (1878-1974) y Constanca de la Mora Maura (1906-1950)”, en *Memoria, escritura y voces de mujeres*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 93-118.
- QUILES FAZ, A., (2013). “El porvenir de la mujer española: Isabel Oyarzábal y *El Día* de Madrid (1916-1917)”, en R. Palomares Perraut (coord.), *Historia(s) de mujeres en homenaje a María Teresa López Beltrán*, I. Málaga: Universidad de Málaga, Perséfone. Ediciones electrónicas de la AEHM/UMA, pp. 34-49.
- QUILES FAZ, A., (2013). *Mujer, voto y libertad: textos periodísticos de Isabel Oyarzábal Smith*. Sevilla: Renacimiento.
- QUILES FAZ, A., (2013). “Biografía”, en *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, Vol. XXXIX, pp. 423-424.

- QUILES FAZ, A., (2013): “El oficio de escribir. Isabel Oyarzábal en *El Heraldo de Madrid* (1927-1929)”, en A. A. Gómez Yebra (ed.), *Patrimonio Literario Andaluz. Libro Homenaje al Profesor Cristóbal Cuevas García*, V. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 155-179.
- QUILES FAZ, A., (2014). “Cuerpo y mujer: el discurso feminista de Isabel Oyarzábal”, en M.^a E. Cantos, G. Espigado e I. Morales (eds.), *Resistir o derribar los muros. Mujeres, discurso y poder en el siglo XIX*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 415-425.
- QUILES FAZ, A., (2014). “Mujer y prensa: artículos periodísticos de Isabel Oyarzábal (1907-1921)”, en C. Servén e I. Rota (eds.), *Escritoras españolas en los medios de prensa entre 1868 y 1936*. Sevilla: Renacimiento pp.169-206.
- RODRÍGUEZ ALONSO, C., (1999), “Estudio preliminar”, en I. Oyarzábal de Palencia, *Diálogos con el dolor. Ensayos dramáticos*. Madrid: Publicaciones de la ADE, pp. 7-51.
- RODRIGO, A., (1998). “Isabel Oyarzábal de Palencia, primera embajadora de la República”, en M. Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939. Actas del Primer Congreso Internacional*. Barcelona: Gexel, pp. 341-348.
- ROMERA CASTILLO, J., (2009). “La memoria histórica de algunas mujeres antifranquistas”, *Anales de Literatura Española*, 21, pp. 175-188.
- ROMERA CASTILLO, J., (2010). “Escritura autobiográfica de mujeres del 27 en el exilio”, en M. Almela et alii (eds.), *Universos femeninos en la literatura actual. Mujeres de pape.*, Madrid: UNED, pp. 175-190.
- ROMERA CASTILLO, J., (2010). “Las mujeres del 27, en el exilio, escriben sus memorias”, en P. Civile y F. Crémoux (eds.), *Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo...*, sección 4, «Literatura española, siglos XIX-XXI». Madrid: Iberoamericana (en CD), pp. 461-471.
- ROMERA CASTILLO, J., (2010). “Testimonios autobiográficos de escritoras andaluzas en el exilio”, en M.^a J. Porro Herrera y B. Sánchez Dueñas (eds.), *Escritoras andaluzas y exilio*. Córdoba: Diputación Provincial y Universidad de Córdoba, pp. 71-102.

- SAMBLANCAT MIRANDA, N., (2006). “Los derechos de la mujer moderna”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 671, pp. 7-19.
- SAMBLANCAT MIRANDA, N., (2007). “Isabel Oyarzábal Smith, una mujer moderna”, en A. Díez Torre *et alii* (eds.), *Ateneístas Ilustres*, vol. II. Madrid: Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, pp. 529-538.
- SAMBLANCAT MIRANDA, N., (2012). “*Rescaldos de libertad de Isabel Oyarzábal Smith*”, en M. Aznar Soler y J. R. López García (eds.), *El exilio republicano de 1939 y la segunda generación*. Sevilla: Renacimiento, pp. 1096-1113.
- SERVÉN, C., (2012). “Mujeres y prensa: la página femenina de *El Sol* (1917-1936)”, en *I Congreso Internacional de Comunicación y Género*. Sevilla, pp. 1061-1074.
- SCARZANELLA, E., (2008). “Il pipistrello e la colomba: le femministe spagnole Clara Campoamor e Isabel de Palencia in esilio in Argentina e in Messico”, *DEP. Deportate, esuli, profughe. Revista telematica di studi sulla memoria femminile*, Venecia, 8, pp. 45-56.

Este listado de bibliografía tiene como punto de partida el trabajo realizado por la profesora Amparo Quiles Faz en Biblioteca Virtual Cervantes:

https://www.cervantesvirtual.com/portales/isabel_oyarzal/presentacion/

CRITERIOS DE EDICIÓN

El objetivo de este volumen es ofrecer la traducción del inglés y su edición de la biografía de Alejandra Kollontay que escribió Isabel Oyarzábal Smith. En relación a la primera de las tareas, la traducción, se ha intentado mantener en lo posible el uso de los tiempos verbales del original aunque en algún caso puede ocasionar cierta ambigüedad en cuyo caso se han aclarado con una nota pie de página de la traductora. Se han traducido todas las notas de la autora y también hay alguna nota de la traductora para aclarar algún aspecto del contenido. En cuanto al nombre de Alejandra Kollontay se ha optado por traducir el nombre y dejar apellido tal y como está en el original de la obra.

En relación a la edición hay que comentar que Isabel Oyarzábal en algunos momentos abusa del punto y aparte y crea párrafos separados sobre el mismo tema que relata, lo que genera cierta sensación de corte abrupto. En la edición se ha optado por unificar algunos párrafos para dar una mayor cohesión textual al libro.

Respecto al nombre la autora, ella firmó el libro como Isabel de Palencia; dado que este proyecto sienta sus bases en la visibilización de las obras de muchas escritoras andaluzas ocultas, hemos creído conveniente rescatar el nombre original de nuestra escritora con sus dos apellidos y restaurar su autoría.

ALEJANDRA KOLLONTAY, EMBAJADORA
DE RUSIA

Isabel OYARZÁBAL SMITH

Para todas las mujeres del mundo que, como Alejandra Kollontay, han luchado generosamente, con valentía y sin egoísmo para aliviar las enfermedades que ha creado la sociedad por culpa de las insostenibles desigualdades, el hambre y la ignorancia, y que han promovido la causa de la justicia por el bienestar de toda la humanidad sin importar el origen, el credo o la nacionalidad.

Isabel Oyarzábal Smith

LIBRO UNO
Los primeros vínculos

CAPÍTULO 1

UNA NIÑA DEL DESTINO

Cuando se piensa en la grandeza de Rusia, en sus interminables planicies, sus colosales picos y sus anchos ríos, es difícil pensar que pueda ser el entorno de una vida pequeña. La vida que tiene por delante una niña cuyos ojos se abrieron a amplios espacios de su tierra natal sin saber que llegaría un día en el que la remodelación de una nación se llevaría a cabo gracias a sus diminutas manos: que los ojos gris-azulados y las mejillas regordetas, los labios rojos y el pequeño corazón palpitante, como aquellos de otros de la misma época, llevan el testimonio de la creación de una nueva Rusia, la Rusia que conocemos hoy.

Una se pregunta, cuando mira a los cuadros de grandes hombre o mujeres en su infancia, si, de haber sabido de sus tribulaciones, sufrimientos y desencantos que les esperan a quienes salen de sus hogares para ayudar a la humanidad, habrían tenido el valor de seguir adelante.

El "qué hubiera sido" de nuestra existencia está demasiado envuelto en misterio como para que podamos adivinarlo, pero tengo la sensación de que el conocimiento de todas las dificultades, las persecuciones, los sacrificios, el peso de las graves responsabilidades, incluso las dudas y los conflictos personales ocultos que deben preceder a la acción, cuando esta es completa, no habrían disuadido a Alejandra Mickailovna Kollontay de la realización de las grandes tareas que tenía delante de ella.

Hay seres con la cualidad del discernimiento en un grado superior al de la mayoría de los demás; algunos que son capaces de distinguir entre las miríadas de sonidos que nos rodea, notas especiales de angustia que, para los oídos sensibles son como toques de trompeta, llamadas irresistibles que no soñarían con desatender.

En la época en la que Alejandra Kollontay aún pasaba sus días acostada en la cuna, su país estaba desgarrado por el dolor y la miseria. Una minoría rica, culta y amante del placer gobernaba toda Rusia y dominaba a los enormes grupos de población que no

tenían más remedio que obedecer órdenes. Los humildes campesinos labraban hectárea tras hectárea de rica tierra, año tras año, por, solo para que las sucesivas generaciones de esa "minoría" pudieran rodearse de todo lo que hace la vida agradable.

De vez en cuando un temblor pasajero, un intento aislado de revuelta, por parte de las clases trabajadoras hambrientas, alteraba la vida uniforme de esas pocas vidas protegidas. Pero, ¿y qué sucedía? Había muchos medios disponibles para suprimir todos los movimientos. Un número de vidas arrebatadas, algunos nombres más de hombres y mujeres que se añadían a las listas de exiliados, nuevos prisioneros en las cárceles de Siberia y luego paz y comodidad de nuevo para los pocos privilegiados. La paz y la comodidad eran su derecho, o al menos así lo creían.

¿Y por qué no habrían de creerlo? ¿Acaso la nieve, invierno tras invierno, no cubría las amplias estepas de Rusia manteniendo la tierra protegida de los gélidos vientos del norte? ¿Y cada primavera no reaparecía la hierba verde anunciando el verano con su promesa de ricas cosechas y cofres llenos? ¿Acaso el otoño interrumpió alguna vez la regularidad con la que bañaba todo el país con un dorado esplendor hasta que el invierno llegaba de nuevo? Nunca cambiaba nada: ¿por qué no habrían de creer que todo iba bien y que seguiría así de bien para siempre cuando miles o más bien millones de campesinos ignorantes y pobremente vestidos, a menudo golpeados, nacían, trabajaban y morían en las grandes propiedades de *unos pocos*; y eran sucedidos por nuevas generaciones que seguían haciendo lo que otros habían hecho antes sin otra razón que la convicción de que su destino era alimentar y enriquecer a la minoría? ¿Por qué no habrían de creerlo? Los popes barbudos y los frailes limosneros seguían ofreciendo consuelo a los millones de trabajadores que callaban, mientras que una iglesia tras otra repicaba las campanas, cargadas de promesas de un futuro mejor para aquello que sufrían agobiados y que las observaban con inquietud.

¿Por qué no iban a creer que las cosas iban a ser siempre igual? Todos lo sabían o debían saberlo, pues una y otra vez se les repetía que la miseria, la pobreza y la ignorancia, las chozas y los tugurios y la constante hambruna, que no se aliviaba con la escasa

porción diaria de pan negro, era el destino asignado a las grandes masas del pueblo de la Madre Rusia.

¿Puede un niño quejarse de lo que hace su madre? ¿Se le debe permitir quejarse? ¿Podían alterarse a voluntad por el destino del hombre? ¿Tenía alguien derecho a levantarse contra lo que estaba ordenado y planeado por poderes superiores y para el bien de todos? Así pensaban los elegidos cuyo destino era agradable y sencillo. Pero, por supuesto, no era lo mismo para los millones de hambrientos trabajadores de la tierra a quienes el "pequeño Padre", el zar, les decía que debían aceptar y obedecer.

Y así transcurrió la vida de la gente durante siglos sin cambios aparentes. Sin embargo, continuamente se generaban nuevos pensamientos, se tejían nuevos hilos en el conjunto de la vida de todos y en el tapiz del destino de Rusia. Esos pensamientos, esos hilos, frente a todo augurio, estaban destinados a realizar los cambios que parecían imposibles. Mientras tanto, la pequeña Alejandra pasaba las horas en su cuna, chupándose el dedo con satisfacción mientras miraba fijamente los altos techos de la casa de su padre. Él pertenecía a los pocos elegidos, un general del ejército del zar, y a la niña le habían puesto un nombre imperial: Alejandra.

Ella era ajena a lo que ocurría, al hecho de que millones de personas que trabajaban para ella y para los demás, al rico grano y a los tesoros ocultos de la tierra; ni del frío cortante en Siberia que los seres humanos tenían que soportar como castigo por quejarse, ni de la oscuridad de las cárceles ni de las torturas de la persecución. Y es posible que no hubiera sabido de estas penurias durante mucho tiempo, si su madre no hubiera nacido y se hubiera criado en la tierra. Ella había vivido cerca de la naturaleza y sabía lo que significaba el esfuerzo por hacer que la naturaleza cumpliera con los deseos del hombre. Había visto con sus propios ojos cómo el sudor humano debía verterse en la tierra para hacerla crecer. Su entorno no era el de la ciudad con sus cónicas y frívolas ambiciones. Era el de los abetos gigantes y los lagos serenos y las heroicas hazañas legendarias de sus parientes en Finlandia, que en ese momento era el extremo norte de la Madre Rusia en Europa.

Tal vez la niña Alejandra se adormecía por las noches con las nanas tristes pero dulces del oscuro y tierno norte, o con las

dramáticas palabras de la gran narrativa poética, el *Kalevala*, la famosa canción que cuenta las luchas que son necesarias para que el derecho venza a la injusticia.

¿Aquel esfuerzo por que el bien venciera el mal, expresado en el poema, traspasó la atmósfera feliz e inconsciente que rodeaba a la niña, y sembró en su corazón el deseo de ayudar, a costa de lo que fuera, a los que necesitan ser salvados del hambre, la ignorancia y la desesperación? Ni siquiera la propia Alejandra Mickailovna podría decírnoslo. Lo que sabemos es que la niña dormía, gorjeaba y arrullaba, sin adivinar que con cada minuto que pasaba se acercaba una lucha en la que estaba destinada a participar, una tormenta que se desataría sobre su cabeza y que sería testigo del nacimiento del nuevo amanecer sobre su país.

CAPÍTULO 2 ALEJANDRA Y SU FAMILIA

En un frío y ventoso día de primavera (19 de marzo- 1 de abril)¹ del año 1872, una bebé llegó a este mundo para alegrar el corazón de sus padres, Michael Domontovitch y su esposa, que sintieron que su hogar en el viejo San Petersburgo se vería animado con su llegada. La niña no era la primera en nacer. La madre ya aportaba dos niñas y un niño de un matrimonio anterior, y todos los demás hijos nacidos del segundo matrimonio con el general Domontovitch habían muerto a una temprana edad de modo que la pequeña Alejandra, como se llamaba la nueva bebé, pronto se convirtió en objeto de cuidados y atenciones muy especiales. Tanto para su padre como para su madre, la bebé era la expresión viva del amor profundo y duradero que los unió hasta el final.

La niña había sido bautizada con el nombre de Alejandra, pero pronto este nombre altisonante se cambió, según la costumbre rusa, por el apelativo más casero de Shura. Una vieja enfermera, que llevaba mucho tiempo al servicio de la familia, se alegró

¹ Nota de la autora: La diferencia se debe a los cambios en el calendario ruso.

mucho por el nacimiento de este vástago tardío, aunque le disgustaba pensar que Shura hubiera nacido en un día tan tormentoso, ya que ella creía en la antigua superstición, según la cual tendría, en consecuencia, una vida difícil y tormentosa.

En aquellos primeros años de la existencia de Alejandra Domontovitch, sin embargo, nada parecía indicar que tales presentimientos se fueran a cumplir. Shura crecía bajo el cuidado y la vigilancia de sus padres, y es de imaginar que también era objeto de adoración por parte de sus hermanas, Jenny y Adèle, que, al ser más mayores, la consideraban casi como un juguete.

En sus memorias, Alejandra muestra su sorpresa por el hecho de que su padre y su madre acabaran juntos a pesar de las diferentes condiciones sociales y nacionalidades a las que pertenecían. Su padre era miembro de la alta burguesía ucraniana; su familia no era rica, pero poseía tierras, trabajadas por campesinos, y obtenía una renta lo suficientemente grande como para vivir cómodamente en el campo o en la ciudad.

"Era una familia muy antigua", contaba Alejandra. "Sus antepasados podían remontarse al siglo XII". A Michael Domontovitch le gustaba la lectura y el estudio y estaba muy interesado en obtener información sobre sus antepasados y consiguió reunir interesantes libros y notas relacionados con la familia. Ninguno de esos antepasados desempeñó un papel importante en la historia rusa o ucraniana. Algunos de ellos habían ocupado cargos como administradores estatales locales, pero eso era todo.

Sin embargo, había un miembro de la familia del que todos se sentían muy orgullosos. La razón, como explicaba Alejandra, era que "en el siglo XIII, la familia Domontovitch tenía un santo". Se llamaba Dovmont y sus cenizas reposan en un antiguo monasterio de la ciudad de Pskov". Alejandra confesaría que nunca pudo descubrir por qué a ese familiar le habían hecho santo; se preguntaba si fue simplemente porque el viejo monasterio necesitaba tener un santo y por ello eligieron al viejo y piadoso monje Dovmont. Evidentemente, Alejandra no estaba informada de las virtudes de este antepasado, pero parece que debía haber algo en su carácter que lo distinguiera de sus hermanos en la religión; de lo contrario, ¿por qué habría recaído sobre él un honor tan envidiable? Ciertamente, el viejo monje era extremadamente

popular y estaba lleno de un gran amor por hacer el bien y ayudar a los demás. Quizá también estaba dotado de una cultura especial, pues consta que en el siglo XIII San Dovmont contribuyó a establecer el uso del alfabeto ruso en toda Rusia². "Con ello", comentaba Alejandra, "trabajó por la iluminación del pueblo ruso en la medida de lo posible en aquellos días oscuros". Durante el siglo XIX y hasta hace unos cincuenta años, cada vez que un miembro de la familia Domontovitch visitaba el viejo monasterio, se hacían sonar las campanas de la capilla en saludo a la familia de San Dovmont.

Hay poca información sobre el pasado de los demás miembros de la familia. Parece que prefirieron quedarse en sus tierras antes que abandonar un modo de vida pacífico y buscar aventuras en otros lugares. Además, ninguno de ellos poseía la riqueza suficiente para figurar entre los miembros de la nobleza en la corte imperial.

El padre de Alejandra Mickailovna recibió educación militar en una escuela a la que asistían los hijos de los aristócratas rusos. Cuando él se convirtió en oficial, empezó a pertenecer a un grupo de jóvenes con inclinaciones radicales, y a llevar una vida totalmente diferente a la de la mayoría de los jóvenes oficiales de su época. León Tolstoi ha descrito en sus obras con frecuencia y precisión la frívola existencia de muchos de los vástagos de la nobleza rusa.

A pesar de sus preferencias por un modo de vida más serio, el joven Domontovitch se veía obligado a veces a asistir a espectáculos de gala, y fue en uno de estos espectaculares eventos donde conoció a la que sería su esposa. La madre de Alejandra y sus dos hermanas eran notables bellezas, especialmente famosas por su sedoso pelo rubio, sus ojos azules y su piel perfecta, y despertaban gran admiración cuando se las veía en la ópera, donde se las conocía como las "tres bellezas del norte". La madre de Alejandra no pertenecía al mismo círculo que la familia de Michael Domontovitch. Era hija de Masalin, un simple exportador de madera y agente finlandés, cuyo propio padre había sido hijo de un pobre campesino que vivía en lo profundo de los bosques cercanos a Nyslott. Masalin, con menos de dieciocho

² Nota de la autora: Hasta que se estableció el alfabeto Griego-Eslavo.

años, había viajado descalzo hasta San Petersburgo para ganarse la vida vendiendo madera a particulares y al Estado ruso. Esta era la época en la que San Petersburgo y Moscú estaban siendo reconstruidos y el joven, atrevido y enérgico, no solo descubrió un modo de vida, sino que tuvo éxito y logró reunir una pequeña fortuna. Más tarde, se casó con una chica rusa y volvió a Finlandia, donde compró algunas tierras y construyó *Kuusa*, considerada la casa más hermosa de la campiña vecina.

A pesar de su éxito, el que una vez fue un simple campesino era demasiado orgulloso para desear que algún oficial condescendiente se dignara a mirar con buenos ojos a sus hijas, por lo que las esperanzas que albergaba el que iba a ser el padre de Alejandra fueron cortadas de raíz y la chica de su elección se casó con otro pretendiente justo antes de que el joven Domontovitch se viera forzado a participar en la guerra austro-húngara. No fue hasta varios años después que los jóvenes se pudieron verse de nuevo y descubrieron que su amor seguía vivo. La que sería madre de Alejandra obtuvo el divorcio de su primer marido y pudo por fin casarse con el hombre al que amaba. Su hija ha explicado que este episodio romántico en el que sus padres fueron actores principales despertó el interés general incluso en aquellos círculos en los que no eran conocidos.

Se pensaba que el campesino Masalin dejaría una gran fortuna, pero a su muerte, que se produjo de forma repentina, se descubrió que la construcción de su finca finlandesa, *Kuusa*, le había costado cada céntimo de sus ahorros ganados con duro trabajo. Los recuerdos de Alejandra de su primera casa son muy nítidos. Siempre dice que la casa era preciosa, el suelo de parqué de madera especialmente fina, los muebles no solo caros sino de un gusto exquisito. También recuerda las bayas rojas de los arbustos, el gran jardín, su campo de croquet, aunque luego añade con tristeza: "Todo era precioso, si no contamos las grandes deudas que había que pagar".

Afortunadamente, la vida fácil no había destruido la fortaleza heredada que la madre de Alejandra heredó de su ambicioso y fuerte padre. Se negó a convertirse en una carga para su marido y eso es lo que ella y sus tres hijos habrían sido si no hubiera estado dotada de la suficiente fuerza de voluntad para superar los obstáculos que se encontró en el camino.

Le gustaba mucho *Kuusa* y quería seguir viviendo allí, pero no a costa de su marido, así que se propuso convertir la propiedad en un negocio rentable. Y lo consiguió: primero vendiendo parte de la madera para saldar las deudas más urgentes, y después, alquilando parte de las tierras, pero manteniendo una granja y una lechería que podía regentar ella misma. Con la ayuda de un grupo de mujeres trabajadoras, la granja obtuvo suficiente leche de ochenta vacas y hacer un buen negocio. La mantequilla se producía y se enviaba a San Petersburgo dos veces por semana. Ella tenía una lista de amigos a los que le gustaban la mantequilla de alta calidad de *Kuusa*, y poco a poco se hizo con una clientela no solo entre la gente que ella conocía, sino también en restaurantes de renombre.

"La energía de mi madre y su arraigado amor por esa casa", explicaba Alejandra, "la ayudaron a llevar a cabo con éxito la dura tarea que había emprendido. En aquella época, era inusual en San Petersburgo que la esposa de un oficial de alto rango emprendiera un negocio. Mi madre fue muy criticada por hacer algo semejante, pero no le prestó atención y al cabo de un tiempo la granja resultó ser todo un éxito. Mi padre invirtió algo de dinero en el negocio y añadieron a la granja una nueva lechería y un establo mejor para el ganado".

Alejandra cuenta que su madre se veía obligada a pasar la mayor parte del año en *Kuusa* ocupándose ella misma todas esas cosas. Esto significaba levantarse a las cuatro de la mañana y estar pendiente de todos los detalles relacionados con la elaboración de la mantequilla. Una vez que la granja ya funcionaba sin problema, ella también se encargó de la gestión de la tierra y Alejandra se ha referido a menudo con gran admiración a lo rejuvenecida que estaba su madre a raíz de sus largas estancias en *Kuusa*. Evidentemente, el aire fresco y limpio del norte le sentaba de maravilla y además le encantaba el trabajo, sabía dirigir a su personal y era muy apreciada por el *torpare*³.

El padre de Alejandra, el general Domontovitch, no tenía interés por la granja ni por la tierra en sí misma, pero sí amaba el jardín, y en su interior siempre suspiraba por el cálido sol de Ucrania y las oscuras y calurosas noches del sur de Rusia. Le

³ Nota de la autora: Granjeros contratados.

desconcertaba pensar que en el norte se pudiera usar la ropa de invierno incluso en julio, y Alejandra recuerda con diversión cómo su padre insistía en llevarse su abrigo de pieles cuando iba a *Kuusa* a pasar el verano. Pero el amor profundo que sentía por su esposa siempre le impidió herir sus sentimientos o menospreciar su entusiasmo por el trabajo que realizaba. Sin embargo, a menudo observaba con nostalgia que se necesitarían millones para mantener la propiedad. Estos comentarios hicieron que Alejandra pensara a menudo que su padre debía haber invertido mucho dinero en el negocio para ayudar a su esposa.

De los recuerdos que Alejandra tiene de sus padres se desprende la idea de que el general Domontovitch y su esposa eran muy diferentes en cuanto a apariencia y gustos. Los dos eran muy guapos, pero la madre era rubia y de compleción saludable; no le interesaba la ropa, y siempre vestía de forma práctica y sencilla. El general, en cambio, era alto y moreno, con las cejas bien marcadas y esa distinción especial que caracteriza a algunos ucranianos. "Él cuidaba mucho su aspecto y su forma de vestir", dice Alejandra. "En su mesa de aseo, guardaba una colección de perfumes y mi madre siempre se burlaba de él, diciendo que le gustaba demasiado mirarse en el espejo cuando se vestía. Pero", añade, "era muy guapo".

En Bulgaria, donde el general había sido enviado como presidente de una comisión histórica y militar, la familia Domontovitch había oído hablar mucho de un grupo de partisanos que fueron detenidos y fusilados por orden del zar. Para Alejandra esto era una acción muy injusta, e incluso de niña se rebeló contra este hecho. Estos partisanos, pensaba ella, luchaban por la libertad de Bulgaria y, además, ella conocía a muchos de sus hijos. El recuerdo de esta temprana injusticia política nunca desapareció de la mente de Alejandra, y en sus memorias cuenta con detalle la solución que dio al problema en ese momento: era algo sencillo, ella y los hijos de los partisanos pintarían y colocarían en cada esquina grandes carteles que anunciaran: "Está prohibido disparar a los partisanos y a otras personas".

Tras el regreso del general de Bulgaria, este pasó la mayor parte de su tiempo trabajando en escribir la historia de la guerra turco-búlgara, según recuerda su hija. Cuando terminó y publicó esta enorme obra, los volúmenes estaban todos numerados y no

podían venderse por separado. Después de que el general falleciera, las autoridades militares enviaron inmediatamente a los miembros del comité histórico y de la policía secreta con órdenes de hacerse con todos los documentos que el general había utilizado para su trabajo, así como con el volumen cincuenta y dos del libro publicado y que pertenecía al autor. Alejandra suplicó que se le permitiera conservar este libro en memoria de su padre, pero su petición fue denegada y la obra completa se conserva ahora en los archivos estatales rusos⁴.

El papel desempeñado por el padre de Alejandra en la elaboración de la Primera Constitución de Bulgaria fue otro acontecimiento importante en la vida de Alejandra. En la casa de los Domontovitch se hablaba mucho de la Constitución, y la pequeña Shura escuchaba siempre que podía. El zar se oponía al liberalismo que su padre promulgaba. La madre de Alejandra estaba nerviosa y temía que su marido fuera arrestado por orden del zar. El ambiente que rodeaba a Alejandra durante estos días tensos fue probablemente el responsable de sus primeras críticas al zar. Todo fue a peores cuando su padre enfermó. Él solía besar la mano de su madre y le decía: "No te preocupes, cariño; hemos cumplido con nuestro deber con Rusia y con Bulgaria". Sin embargo, el General tuvo éxito cuando la Constitución, modificada, fue aceptada por Bulgaria a pesar de la fuerte oposición del zar.

El liberalismo impetuoso que su padre defendía contribuyó a desarrollar en la joven Alejandra una conciencia política y un sentimiento de que no todo iba bien en la Rusia del zar. *Kuusa* era un refugio para muchos hombres que sentían lo mismo que su padre, y Alejandra escuchó cómo discutían los asuntos cotidianos con cierta visión de futuro y en la que se atrevían a criticar al zar y a hablar con dureza de la iglesia. El tiempo que la familia Domontovitch pasó en Sofía mientras el General trabajaba en la Constitución búlgara seguramente contribuyó a incrementar el conocimiento político de Alejandra y a agudizar su comprensión acerca de la relación entre el pueblo y el gobierno.

⁴ Nota de la traductora: "Ahora" se refiere al momento en el que la autora escribió el libro 1947; desconocemos dónde están en la actualidad.

CAPÍTULO 3

LA VIDA EN FAMILIA

Parece que la vida en el hogar de Alejandra debió de ser muy feliz, especialmente para sus hermanas mayores, a las que les gustaba ir de un lado a otro. En sus memorias, Alejandra cuenta que la familia se dividía en pequeños grupos. Jenny y Adèle, sus hermanas, invitaban a sus amigos para que se quedaran con ellas durante semanas y *Kuusa* a menudo se llenaba de sus alegres risas y canciones. Así, se dedicaban a divertirse de manera inocente y sana. "Disfrutaban de muchas partidas de croquet", cuenta Alejandra, "remando en el río y competían nadando para ver quién conseguía el récord, en el que Jenny era la campeona".

Las noches se llenaban con música, cantos y bailes, pues eran aficionadas a tocar el piano y adeptas a la polka y la mazurca. Shura era demasiado pequeña para poder participar en estas actividades e incluso cuando se iban de picnic con sus vecinos, la dejaban fuera por ser un tanto molesta. "No, no llevaremos a Shura", decían, "no queremos que nos molesten los niños". Naturalmente, a Shura esto le molestaba profundamente.

La madre de los niños estaba demasiado ocupada para compartir la diversión con sus hijas. Según los recuerdos de Alejandra parece que su madre se sentaba durante horas a hablar con el jefe de la granja o con la jefa de las lecheras o con las mujeres contratadas, *torpare*, que acudían a ella en busca de ayuda y consejo.

Para Shura, que, como la mayoría de los niños, quería sentirse libre para correr a su madre y pedirle ayuda en sus pequeños problemas, lo que podían ser solo minutos le parecía una eternidad. Su impaciencia se podría haber calmado si su madre, al repartir el café a los empleados y los "terrones de azúcar que se metían en los bolsillos", le hubiera dado algún dulce a su pequeña hija.

Pero había otros asuntos que llenaban el tiempo de su madre. El médico del distrito las visitaba a menudo y en muchas ocasiones dedicaba su tiempo a enseñar a su madre la forma más rápida y eficaz de prestar primeros auxilios. Y además de todo

estaban las visitas, los vecinos y amigos que esperaban ser atendidos.

"Así que mi madre estaba ocupada todo el día". Evidentemente, a la pequeña Shura también le molestaba esto, y explica: "Las señoras hablaban todo el tiempo y cotilleaban sobre otra si esta salía de la habitación, pero la mayor parte del tiempo estaban juntas, tejiendo o preparando bayas para sus conservas de invierno. Se divertían". Y añade: "Mi padre y yo nos quedábamos solos". Una siente que, en el fondo del corazón de Alejandra, el agujón de la soledad pudo haber sido el incentivo para ser independiente, y la causa de su desarrollo individualista.

La soledad que parece envolver a padre e hija en *Kuusa* no era una sensación compartida sino que cada uno vivía una vida separada. El general Domontovitch no estaba mucho en casa durante el verano. La mayor parte del tiempo estaba de servicio en la ciudad y, cuando podía pasar unos días en *Kuusa*, "rara vez hablaba con alguien que no fuera mi madre. Hacía una inclinación amable, sin apenas fijarse con quien se cruzaba".

A la niña, esta ausencia forzada de su padre del círculo familiar le parecía como un castigo que le alejaba de ella. A veces ella intentaba salvar la distancia que la edad y los absorbentes intereses iban aumentando, pero no tenía mucho éxito.

El general, cuando estaba en casa, pasaba los días en su biblioteca trabajando en la historia de la guerra de Bulgaria, y como es natural, Shura aprendió a odiar esa palabra ya que creía que la separaba de su padre, "y nadie se atrevía a molestarle". Esto último parece que se trataba de una orden estricta, pero a veces Shura se atrevía a ignorarla y se deslizaba en la habitación, permanecía en silencio cerca del escritorio de su padre hasta que, consciente de su presencia, él preguntaba:

"¿Qué quieres, niña?"

"Solo un lápiz".

"Bueno, toma dos, pero no me molestes, querida. Como ves estoy escribiendo". ¿Escribiendo? Siempre estaba haciendo lo mismo.

Entonces, Shura daba una vuelta a la mesa, se ponía de puntillas y besaba a su padre en la frente. En algunas raras ocasiones, él la sorprendía agradablemente mirándola e incluso exclamando: "¡Cómo has crecido, cariño! Pronto serás una

barinsja"⁵. Luego él volvía a inclinar la cabeza sobre sus papeles y se olvidaba de ella.

Por supuesto hubo algunos días señalados en los que el general Domontovitch descolgaba su hacha de la pared, donde siempre estaba colgada "limpia y brillante como un espejo", y salía de la casa a grandes zancadas hacia el jardín. Esto significaba dos cosas: que el día era realmente cálido y soleado, como en Ucrania, y que mi padre había terminado de escribir un capítulo de su libro sobre la guerra de Bulgaria. "En esa época, siempre iba vestido con una impecable chaqueta blanca de verano y se podía oler el agua de colonia cuando te acercabas".

Cuando su padre cogía el hacha, Shura sabía que acabaría yendo a buscar robles jóvenes en el pinar. "No había muchos robles ya que estos árboles no soportaban el duro clima y el suelo duro y pedregoso de Finlandia. Pero los que conseguían sobrevivir eran altos y fuertes y elevaban sus amplias copas con orgullo por encima de los humildes abedules y otros árboles". Por regla general, los robles se alzaban en terrenos elevados. Al general Domontovitch le encantaban y a menudo cortaba los árboles que crecían cerca para dejar más espacio a los robles.

Shura se alegró cuando vio a su padre caminar hacia el bosque. Él nunca parecía interesarse por lo que ocurría en el *juusan-hovi*⁶ y prefería pasear por el huerto tarareando una canción "que siempre estaba desafinada", aunque según Jenny, que tenía verdadero talento musical. Aparentemente, él siempre estaba sumido en sus propios pensamientos. "Te acercabas a él y no parecía darse cuenta", comentaba Alejandra.

Shura reflexionaba mucho sobre esto. La niña ya había aprendido a "hablar sola", inventando historias que nunca contaba a los demás. Se preguntaba si "mi padre también se cuenta cuentos a sí mismo". Ella pensaba que tal vez esa era la razón por la que rara vez se fijaba en ella. Shura era una niña muy bonita en aquella época, con su pelo rubio y rizado que enmarcaba su cara ovalada y sus ojos azules, a veces tristes, que se iluminaban cuando algo le divertía o interesaba. Su madre comentaba a menudo que el General y Shura hacían una buena pareja "ambos

⁵ Nota de la autora: Una jovencita.

⁶ Nota de la autora: Granja.

siempre tan ausentes y soñando". Shura se preguntaba si realmente era como su padre. La idea le resultaba agradable, ya que a pesar de que él no la tenía muy en cuenta, ella lo admiraba inmensamente.

Ciertamente, los dos tenían varias cosas en común. A los dos les gustaban los árboles y escapar de la gente que conocían poco. Y a los dos les gustaba "hablar solos" y les disgustaba oír historias de gente que moría y de "horribles accidentes" sobre cómo "el caballo, el carruaje y el pobre cochero quedaron a pedazos", o cómo "una campesina quedó atrapada en las ruedas del molino y se partió las manos y los pies". Las señoras que iban de visita a la casa conocían hasta los más mínimos detalles de esos sucesos y los contaban una y otra vez mientras Shura se estremecía hasta que se le permitía salir de la habitación.

Estos sentimientos se han mantenido vivos en el corazón de la Alejandra que conozco. La revuelta, la revolución, la guerra, las desilusiones y las dificultades no han conseguido endurecer su naturaleza ni hacerla impasible al sufrimiento humano. Por el contrario, la vida ha incrementado esta sensibilidad y esto es, por supuesto, lo que la ha convertido en la mujer comprometida que es ahora.

El General odiaba esas historias tanto como Shura y si se los contaban en las comidas cuando él estaba presente, interrumpía la conversación y decía:

"Esto está muy bueno. Excelente".

Entonces su mujer protestaba ante la idea de que él pensara que era excelente que la gente sufriera, y Shura se alegraba cuando su padre le respondía:

"Bueno, si ella sufre, ¿por qué todo el mundo disfruta contándonoslo en lugar de ayudar?"

Únicamente este tipo de cosas lograban sacar al General de su actitud "distráida" en las comidas. Era tan despistado que algunos días decía "No, gracias" a cada plato que le ponían delante y su mujer tenía que ponerle lo que ella creía que él debía comer. Otras veces cogía raciones enormes que no quería y luego miraba la comida con pesar. Su mujer tenía que interrumpir todo el tiempo y regañarle por "soñar a la hora de comer". Pero Shura quería mucho más a su padre por ser un soñador.

Un día, el general hizo muy feliz a su hija pequeña; tan feliz que, a pesar de todos los años que han pasado desde entonces, ella nunca lo ha olvidado. Shura había bajado al rincón favorito de su padre en el huerto, donde había un gran número de manzanos que daban manzanas pequeñas pero muy dulces, "y cerezos con cerezas grandes pero muy agrias y que no maduraban hasta finales del verano". De repente, ella vio a su padre paseando por el sinuoso camino entre los arbustos de grosellas y espinas. Las grosellas estaban brillantes y rojas bajo el cálido sol y su padre alto y guapo como siempre. Shura se sintió orgullosa de que fuera tan guapo. Lo quería de verdad y deseaba que le prestara atención. ¿Lo haría?

"¿Qué haces aquí, niña?", le preguntó él, levantando la cara de ella con su mano blanca y bien formada. "¿A dónde vas?". A Alejandra le encanta repetir la sencilla escena que de alguna manera le dejó una profunda impresión. Y así lo cuenta ella:

"A ningún sitio", dijo Alejandra, "solo a dar una vuelta".

"¿Quieres venir conmigo al bosque de pinos? Tendemos que limpiar el terreno para un joven y tierno roble que he encontrado. Los robles no deben verse asfixiados por los arbustos y toda la masa de árboles pequeños que crecen en los bosques del norte porque esto mata a los robles. Un roble ama el espacio y la libertad. Los pinos están bien, para el paisaje nevado del norte. Pero no tienen ninguna belleza real. Un roble es orgulloso y majestuoso. Es el rey de todos los árboles".

Y así se pusieron a caminar uno al lado del otro y Shura escuchaba a su padre con mucha atención. Ella pensaba que debía tener razón sobre los robles. Pero no podía evitarlo, a ella le gustaban más los pinos. Su padre permaneció en silencio durante un rato. Luego él le preguntó de repente: "¿Te gusta *Kuusa*?"

"¡Oh, mucho!"

"¿Pero no crees que Ucrania es mejor? Estuviste allí cuando fuimos a ver al tío Iván".

"Sí, más o menos".

Shura sin duda prefería *Kuusa*. Solo tenía un vago recuerdo de su visita a Ucrania. Pero no quería herir los sentimientos de su padre. Su padre era de Ucrania, y ella sabía que le encantaba. Por fin llegaron al bosque de pinos. Los altos y esbeltos pinos se alzaban hacia el cielo azul. Sus troncos bañados por el sol eran de

un suave color rojo. El joven roble estaba escondido debajo de arbustos y pequeños abedules. No era mucho más alto que la propia Shura, pero tenía una copa tupida y a ella le parecía muy importante al lado de los delgados y humildes abedules. El padre despejó el terreno, haciendo un círculo alrededor del joven roble. Shura le ayudó retirando las ramas cortadas. Trabajaron en silencio. Buscaron un poste. Su padre usaba su herramienta de jardín y consiguió que el poste quedara limpio y bonito. Lo clavó profundamente en el suelo, cerca del roble, y así cualquiera podría ver que "aquí crece un nuevo rey de los árboles". "Algún día", le dijo su padre, "cuando te hagas mayor, podrás venir aquí con tus propios hijos y contarles: 'Mira lo que hizo vuestro abuelo para salvar los robles en el abominable suelo finlandés'".

"Tú también vendrás", dijo Shura un poco nerviosa. "Vendremos a ver este roble contigo". "Me encantará, cariño, si tengo la oportunidad de vivir tanto tiempo". "Vivirás cien años. Debes vivir cien años". Shura no podía soportar la idea de que su padre muriera alguna vez. "Está bien, viviré cien años, si así lo quieres. Es una muy buena idea". El padre sonrió a su pequeña. "Me pregunto cómo será el mundo entonces".

Su rostro cambió. Estaba pensando. Se olvidó de Shura. "Bueno, cariño, ahora voy a fumar". Shura sabía lo que significaba eso. Su padre se sentaba en un banco, encendía su cigarrillo y su mente se alejaba de ella, soñaba. Así que ella se fue tranquilamente a casa, pero su corazón cantaba de alegría. Su padre y ella habían tenido una conversación muy larga.

Alejandra también habla a menudo de los recuerdos que tenía de los inviernos que pasó en San Petersburgo en la casa grande donde vivían sus padres. La casa pertenecía al primo de su padre, que era el marido de su hermanastra Adèle. El general Domontovitch ocupaba un apartamento en el segundo piso y su primo estaba en el tercer piso.

Alejandra, a menudo, se refiere al amplio salón con tres grandes ventanas que daban a una pequeña y aburrida calle. Los muebles estaban cubiertos con un trozo de felpa azul y había espejos con marcos de bronce colgados entre las ventanas. En una de las esquinas había una magnífica estufa de azulejos holandeses y toda la habitación estaba iluminada con lámparas de aceite. A

la izquierda del salón estaba la biblioteca del general y a la derecha el gran comedor.

Delante de ella se hablaba de diversos tipos de problemas. En la biblioteca de su padre, siempre llena de humo de tabaco, la conversación generalmente giraba en torno a la política exterior, los tratados internacionales y la guerra. En el salón, por el contrario, las señoras se sentaban alrededor de la mesa a charlar y a coser a la luz de una lámpara de aceite alta y colocada sobre un brillante soporte de cristal. Muchas tardes, Adèle se unía a ellas. Era una joven brillante y las entretenía con sus descripciones de las recepciones, cenas y bailes a los que había asistido y añadía divertidos relatos de lo que ocurría en la corte. Adèle era muy *mondaine* y también muy conservadora en sus ideas.

En aquella época, Shura empezaba a estar muy interesada en sus clases. Le hubiera gustado ir a la escuela, pero su familia tenía miedo de que se mezclara con otras jóvenes que no eran de su misma posición social. Así que, en lugar de eso, su educación fue confiada a una institutriz, María Strakhova, que se suponía que debía mantener la mente de la niña dentro de límites y despertar su interés por aquello que la convirtiera en la hija de un hombre distinguido como era el general Domontovitch.

Shura se aburría con la conversación de las visitas de su madre como siempre le había pasado. No le interesaba lo más mínimo oír que Sarah Bernhardt, la gran actriz francesa que generalmente actuaba en el Teatro Francés de la capital rusa, llevaba unos guantes negros muy largos y dormía en un ataúd, y que tenía muchas aventuras románticas, incluso con príncipes rusos. En esos momentos, Shura se disculpaba para salir de la habitación con la excusa de que tenía que estudiar, y a veces en su camino al estudio se paraba para escuchar la conversación en la biblioteca de su padre. Pero allí también toda la charla se centraba en la cuestión de macedonia o en las nuevas intrigas de Bismarck contra Rusia; además, ella prefería meter las narices en aquellos libros propios que más le gustaban, entre otros *La civilización* de Buckle y *Sociología* de Spencer, que otros niños encontraban aburridos, pero que a ella, le parecían muy interesantes.

Cuando su hermana Jenny iba de visita, por la noche, Shura no abandonaba el salón. Jenny tenía muchas cosas maravillosas que

contar, ya que viajaba mucho al extranjero. Se había convertido en una cantante de cierta notoriedad, y era además una mujer muy hermosa. En las habitaciones que Alejandra ocupaba en la delegación de la U.R.R.S. en Suecia, muchas veces he admirado un cuadro al óleo de esta hermana por la que Alejandra siempre ha sentido una profunda admiración.

En la época en la que Shura acababa de entrar en la adolescencia, Jenny cantaba no solo en la Ópera de San Petersburgo, sino también en Constantinopla, en Viena y en el Covent Garden de Londres. Shura pensaba que oír a Jenny hablar de la electricidad que empezaba a sustituir a las lámparas de aceite e incluso al gas en las grandes ciudades era tan emocionante como un cuento de hadas. "Solo tienes que girar un pomo y todas las lámparas brillan con una luz resplandeciente". Jenny explicó a la familia de que en algunos países los hoteles, los teatros e incluso las calles se iluminaban ahora con electricidad. La gente decía que la electricidad iba a revolucionar las casas, sobre todo en América, y esto hacía que Shura deseara cada vez más ir al extranjero y ver por sí misma todos los milagros de este invento moderno.

A Shura también le gustaba a veces oír hablar a su madre. Esto ocurría cuando no se encontraba escuchando los chismes de las otras mujeres, sino que hablaba de la gran lucha que se estaba llevando a cabo en todo el mundo por científicos como Pasteur, Koch, y otros que se ocupaban de cazar bacilos y luchar contra ellos. Su madre siempre estaba leyendo libros de medicina y poniendo en práctica nuevas ideas sobre higiene. Ella apoyaba a las autoridades médicas que empezaban a luchar contra el uso del corsé en de las mujeres. La mayoría de las señoras, e incluso Adèle, consideraban estas opiniones como indecentes, pero la madre de Shura no se dejaba llevar por ideas anticuadas. Ella misma no usaba corsés, excepto cuando tenía que vestirse de manera elegante, y tampoco permitía que Shura llevara corsé. Esto fue un gran golpe para Shura, ya que pensaba que el uso de esa prenda era un privilegio solo reservado para las jóvenes, y con todas sus fuerzas deseaba un corsé muy rígido.

CAPÍTULO 4

LA REVOLUCIÓN

Cuando Shura cumplió dieciséis años mostró su deseo de entrar en la universidad, pero sus padres se negaron a que fuera. Tenían miedo de la reputación de las ideas avanzadas de los estudiantes. Las autoridades rusas, en aquella época, decían que eran los judíos y los estudiantes los que querían hacer cambios en Rusia y que además trabajaban para ello. Entonces, un poco después, los judíos se convirtieron en el chivo expiatorio, y en la excusa para la represión. Pero el deseo de sus padres de rodear el alma ardiente de Shura en lugares seguros, aunque relativamente liberales, no dio los frutos deseados. Maria Strakhova, la conocida pedagoga a la que habían confiado la educación de su joven hija, era una mujer demasiado inteligente como para ignorar las nuevas corrientes de pensamiento y sentimiento que crecían rápidamente en el país.

"La juventud rusa de los años ochenta", dice Alejandra en sus memorias, "estaba plenamente viva ante las necesidades del momento y era el corazón y el alma de las ideas revolucionarias que se extendían por todo el país. Entre los grupos radicales de la *inteligentsia* rusa había una gran inquietud. El régimen imperial era odiado. Las ideas socialistas habían traspasado las fronteras y no podían ser detenidas ni siquiera por las implacables medidas del zar. Los grupos radicales en Rusia sintieron el sorprendente contraste entre países democráticos como Inglaterra y la reacción en Europa: la Rusia del Zar y los Balcanes. Inglaterra todavía seguía siendo para los jóvenes radicales rusos la tierra prometida de la libertad. Libertad de expresión, libertad de pensamiento, prensa libre, asociaciones políticas libres, todos los ideales que llenaban los corazones de los jóvenes con anhelo y les mantenía con la esperanza puesta en una revolución. Inglaterra tenía mujeres tan fuertes e independientes como Mary Wollstonecraft o Florence Nightingale. Las mirábamos con admiración, con la esperanza de que llegara un día en el que incluso nosotras pudiéramos abrir una puerta a nuevas actividades para las mujeres y que nuestros nombres fueran conocidos por grandes hazañas

sociales. Admirábamos a John Stuart Mill por defender los derechos de la mujer y leíamos libros populares sobre la teoría de Darwin". Inglaterra, con su ley de *habeas corpus*, su parlamentarismo y su libertad, era realmente diferente de la Rusia del Zar en los años ochenta.

Todo el esfuerzo, no solo hacia la revolución sino incluso hacia el pensamiento libre, fue brutalmente aplastado por el régimen autocrático y reaccionario. Las cárceles rusas estaban llenas de jóvenes revolucionarios. Algunos pertenecían al llamado grupo llamado social- revolucionario, otros se situaban más cerca del socialismo de Marx, basado en la acción revolucionaria de masas y en la organización de las mismas. La cárcel, Siberia, la ejecución, las expediciones militares para quemar pueblos enteros en la propia Rusia a causa de alguna muestra de descontento entre los campesinos empobrecidos, la flagelación de los revolucionarios, la tortura y los colgamientos, fue la respuesta del "padrecito" zar Alejandro III a todos aquellos que tuvieron el valor y la capacidad de decir que Rusia no podía seguir sometida a un reinado autocrático medieval. Fue una época dura, oscura y reaccionaria para Rusia.

"Pero no fue mejor en Alemania", añade Alejandra. "Bismarck gobernaba Alemania con sus métodos de prusiano Junker: fuerza y brutalidad. Había un creciente entusiasmo por el militarismo después de que Prusia venciera a Francia, y las políticas de Prusia y de Bismarck prevalecieron sobre todo lo demás. Bismarck había aprobado una ley especial contra los socialistas y como consecuencia de esto durante diez años el partido socialdemócrata tuvo que funcionar de manera ilegal.

"Los líderes socialistas fueron enviados a prisión, sus revistas fueron prohibidas, no se permitieron más discusiones políticas ni más *Sturm und Drang* en Alemania. Heine no podía escribir poesía en su propio país y se quedó en París. Karl Marx vivía en Londres. Inglaterra era el gran país en el que los exiliados encontraban no solo refugio, sino la posibilidad de continuar con su trabajo. Inglaterra era el país de mis sueños en la infancia. Odiaba a Bismarck, admiraba a Lassalle y amaba a Inglaterra".

Shura, como era evidente, absorbía con avidez los nuevos pensamientos, visiones y esperanzas, pero, afortunadamente para ella, esto lo hacía de forma ordenada y equilibrada, gracias a la

ayuda de Maria Strakhova. Pero, a pesar de la prudente actitud de la institutriz, su hermana Adèle desconfiaba y no la veía con buenos ojos, pese a que era aún más conservadora que los invitados habituales de la casa de los Domontovitch.

La biblioteca, que había pertenecido al abuelo de Alejandra, estaba llena de todo tipo de libros y revistas, desde clásicos franceses en elegantes encuadernaciones, clásicos ingleses, alemanes y rusos. En una estantería estaban los libros rusos modernos, en otra parte muchas revistas rusas y varias historias de amor inglesas y francesas. Nadie censuró la lectura de Alejandra mientras la niña tenía diez u once años y recorría los tesoros de las estanterías. Las historias de amor dieron rienda suelta a su imaginación y a través de las novelas, Shura aprendió a odiar la intolerancia religiosa. A medida que crecía, sin embargo, sus tendencias políticas se iban desarrollando pero se mantuvieron dentro de unos límites gracias a los estudios serios en historia que siguió bajo la dirección del reconocido profesor Menshinsky, mientras que su amor por la literatura se expandió y se vio inspirado por su profesor de literatura rusa, Ostrogorsky, que le predijo que sería escritora.

Y así fue, aunque no exactamente en la forma en la que ella había pensado. Pero antes de que alcanzara la madurez suficiente para desarrollar sus ideas a través de la escritura, Alejandra pasó por fases de constante estudio y desarrollo no solo de su personalidad sino de los principios por los que más tarde centraría su lucha.

En aquella época, en Rusia, como en cualquier otro lugar, los pensamientos de la mayoría de las jóvenes estaban ocupados por los sueños de amor y matrimonio, pero Shura no se dejaba arrastrar fácilmente por lo que consideraba temas secundarios. Su gran amiga, Zoja Shadurskaja, que había vivido con los Domontovitch la mayor parte del tiempo después de la muerte de su padre, compartía completamente la opinión de Alejandra. Zoja tenía mucho talento y tanto ella como Shura se deleitaban con el estudio, y rara vez participaban en eventos puramente sociales como cenas, bailes o recepciones.

El interés de ambas por las necesidades humanas era demasiado profundo y absorbente como para que tuvieran tiempo para otra cosa que no fuera el estudio, no solo de las cuestiones

relacionadas con la evolución social y los acontecimientos internacionales, sino también aquellas cercanas a la investigación científica, la literatura y el arte. Así, las dos jóvenes adquirieron un conocimiento profundo y duradero. Zoja Shadurskaja conocía la literatura noruega mejor que muchos noruegos, y la amiga que hizo esta observación añadió que rara vez veía a Zoja o a Alejandra sin un libro bajo el brazo o las oía hablar sin recomendar alguna obra recién publicada. De hecho, todos los rusos entusiasmados por los ideales revolucionarios tenían la misma pasión y sed de conocimiento. Alejandra Kollontay se percató de que Lenin siempre dejaba diversos libros recién publicados en diferentes idiomas en una mesa cercana a él.

Incluso una gran pasión de la juventud como es el deporte, tenía poco atractivo para Shura y Zoja. Aunque se vieron obligadas a aprender a montar a caballo como parte de su educación cuando niñas, eso fue todo. Alejandra, a pesar de los muchos años que pasó más tarde en Noruega, nunca aprendió a esquiar. "Vosotros, la generación más joven", decía cuando tuvo que estar exiliada en ese país, "tenéis pasión por el deporte; mi generación tiene pasión por la lectura. Nunca veo una estantería de libros sin querer inspeccionarla, buscando libros que no he leído todavía. El único ejercicio que me gusta es dar largos paseos y, sobre todo, encontrar nuevos caminos. Nunca puedo sentirme en casa en un lugar hasta que no haya explorado a dónde conducen los caminos que conducen a la casa en la que vivo".

Y esto mismo sucedía en su vida; y los nuevos caminos que Alejandra iba descubriendo conducían todos al cambio. Posiblemente ella hubiera querido que ese cambio se produjera de forma pacífica, pero no se quedaría atrás ante la revolución si fuera necesario. A la vista de los deseos de independencia de Shura, sus padres pensaron que sería una buena idea que se casara, pero mientras buscaban a alguien que tuviera las cualidades que tanto su padre como su madre creían necesarias para hacerla feliz, Shura eligió por sí misma y, llevada por la creencia de que ese amor era el verdadero, se casó en contra de la voluntad de sus padres. El hombre que había elegido era su primo segundo, un ingeniero llamado Vladimir Kollontay. Durante los dos años anteriores a su matrimonio, Alejandra había luchado en vano para conseguir el consentimiento de sus padres para casarse

con el apuesto y alegre Kollontay, que sabía bailar la mazurca mejor que ninguna otra persona, y cuya charla podía hacer reír a las chicas durante horas.

Un año después tuvieron un hijo, pero incluso antes de que naciera el niño entre Alejandra y Kollontay ya había surgido un conflicto. Como dice en sus memorias, este conflicto fue la "rebelión de Alejandra contra la tiranía del amor". Aunque adoraba a su apuesto y feliz marido, ella seguía sintiéndose limitada en su trabajo. Kollontay no ponía ninguna objeción a que Alejandra trabajara en temas económicos de los que él tenía poco conocimiento, y no estaba en contra de que escribiera novelas. Sin embargo, Alejandra envidiaba a Zoja y su maravillosa libertad. Cuando Alejandra hablaba animadamente con sus amigos sobre las teorías de Marx, su marido no podía aportar nada. Las nuevas ideas que florecían en todas las naciones avanzadas del mundo no encontraban eco en la mente de su marido. Y las convicciones de Alejandra estaban demasiado arraigadas y se centraban demasiado en las esperanzas de bienestar de la humanidad como para descartarlas sin pensar.

Shura se refugió en el estudio y así olvidó las decepciones de su matrimonio. Trabajó duro, leyó las obras de los grandes pedagogos y socialistas, y discutió todos los problemas con Zoja, que tenía tanto interés como ella en estos temas. Durante esos años sentó las bases de su futuro como escritora, y muy pronto algunas llamadas imperiosas e importantes la llevaron directamente a la política y a su afiliación a un movimiento revolucionario ilegal. No podía haber sido de otra manera. La naturaleza ardiente de Alejandra, y la sensibilidad y la ternura que se habían revelado en su infancia, le hacían seguir un camino, el único con el que podía prestar ayuda a los oprimidos dentro de un régimen que era brutal en sus métodos y limitado en sus principios. Como era de esperar, sus opiniones políticas aumentaron las dificultades en casa, pero se negó a abandonar la misión a la que creía estar llamada y, después de varios años de profundo sufrimiento, tomó la decisión de separarse de su marido y llevar la vida que ella creía que era la correcta.

También siguió el consejo del profesor Ostrogorsky y se puso a trabajar en un estudio de psicología y educación infantil. Por supuesto, ella tenía sus propias ideas acerca de cómo quería

educar a su pequeño hijo, Michael. Estaba convencida de que el carácter de un niño se formaba por su entorno y que las cualidades o defectos innatos no eran responsables de su posterior desarrollo. Este estudio sobre los principios de la educación apareció en una revista mensual, *Obrazovanje*⁷. Con el paso del tiempo, ella se vio cada vez más involucrada en el movimiento revolucionario y su principal referente: El marxismo. "El año 1896", escribió en su autobiografía, "fue un año decisivo en mi vida". Y es que este fue el año de las grandes huelgas textiles en San Petersburgo.

En la primavera de ese año, Shura, o más bien Alejandra Mickailovna, como la llamaba ahora todo el mundo, había ido a Narva, la gran fábrica textil de Krenbolmsk. Las terribles condiciones en las que vivían allí doce mil trabajadores le causaron una gran impresión. "En aquella época yo todavía no era marxista", escribió, "pero había leído mucho sobre las cuestiones sociales y todos mis amigos discutían sobre ellas continuamente. Las ideas socialistas estaban sustituyendo la vieja forma de pensar liberal vigente en aquellos círculos que se autodenominaban progresistas". Una de las primeras consecuencias de la visita de Alejandra a Narva fue la decisión de unirse a un grupo de jóvenes políticos rusos escritores interesados en las doctrinas de Marx y cuyo líder era "un hombre llamado Lenin".

En ese momento Alejandra todavía no se había convertido en una marxista en el pleno sentido de la palabra, pero su interés por los cambios económicos que podrían desarrollarse a través de los métodos recomendados por Karl Marx aumentaba cada día. Realmente le parecían la solución más práctica para los problemas que la economía capitalista y la revolución industrial habían traído al mundo.

Con un entusiasmo cada vez mayor, Alejandra se adentró en cuestiones que cada día abrían nuevas líneas de pensamiento. Cuenta, en sus memorias, que durante esa época no escribió mucho sobre sus nuevas convicciones, pues no se consideraba suficientemente preparada para tal tarea, ni tampoco participó activamente en política, pero, junto con un grupo de amigos, organizó reuniones para recaudar fondos con el fin de ayudar a

⁷ Nota de la autora: Educación.

los obreros que sufrían persecución y de esta manera acabó por adentrarse más en el pensamiento marxista.

Hacia 1898, Zoja y ella habían tomado la decisión de que mientras permanecieran en sus hogares protegidos nunca llegarían a una verdadera comprensión de los problemas sociales y así decidieron ir a Zúrich, donde Alejandra, que había decidido definitivamente divorciarse de Kollontay, ingresó de inmediato en la famosa universidad para estudiar economía política y estadística bajo la dirección del conocido y erudito profesor H. Herkner. Zúrich, además de ser una renombrada sede del saber europeo, era entonces el punto de encuentro de los revolucionarios de todos los países del mundo y la llegada de Alejandra, la nueva mujer luchadora por la libertad de Rusia, creó mucho interés.

Alejandra, por su parte, sintió que su corazón ardía con estos nuevos contactos de conocidos y ardientes combatientes en luchas tan grandes como la revuelta de las pequeñas naciones, la emancipación de los trabajadores y de las mujeres, la lucha por la ilustración y la supresión de diferentes tipos de esclavitud. "Pero", dice Katherine Anthony, en un artículo publicado en 1920 en *The North American Review*, "la ciudad azul y blanca, con su plácido lago y su aire chispeante, debió de tener un efecto calmante sobre el tumulto que llevaba dentro, pues estudió con buen fin, adquiriendo método y aprendizaje".

Alejandra permaneció tres años en Zúrich estudiando, aunque al final se marchó sin el título de doctora. Toda la formación que había adquirido durante esta estancia la puso al servicio del partido socialista, al que se unió oficialmente a su regreso a Rusia. Sin embargo, no hay que pensar que la partida de Alejandra de su tierra natal no estuviera acompañada de ningún dolor. Amaba a sus padres y a su pequeño hijo, confiado al cuidado por parte de sus padres; además la separación de su marido también fue un asunto doloroso.

Vladimir Kollontay estaba muy enamorado de su bonita y atractiva esposa y ella también sentía afecto, si no amor ardiente, por el padre de su hijo. De hecho, lloró amargamente en el tren que la alejaba de su apuesto y bondadoso aunque incomprendido marido. Sin embargo, los tres años en Zúrich la emanciparon definitivamente de este vínculo sentimental y así, se

produjo una separación formal de su marido, que estaba ansioso por volver a casarse, y Alejandra Kollontay, cuya madre había fallecido, se fue a vivir con su padre y su pequeño hijo Michael.

Al final Alejandra se sentía un tanto decepcionada con la actitud adoptada por el profesor Herkner que, poco a poco, se alejaba de las teorías marxistas que tan favorablemente la habían impresionado en el pasado, y apoyaba las tendencias defendidas por Bernstein, que se centraba en una política oportunista y una revisión de las concepciones de Marx. Alejandra era entonces una entusiasta admiradora de Karl Kautsky, cuyo panfleto *Neuei Zeit* leía una y otra vez, e incluso más aún de Rosa Luxemburgo, cuyas Reformas Sociales creía que reducían a la nada las teorías de Bernstein.

Antes de regresar a Rusia en 1899, Alejandra hizo una visita a Inglaterra para estudiar el movimiento obrero británico. El profesor Herkner le había recomendado el viaje y pensó que ella podría ver por sí misma que eran los "oportunistas" y no los "izquierdistas" quienes tenían razón. Alejandra aterrizó en Inglaterra con cartas para Sidney y Beatrice Webb, pero pronto se reafirmó en sus propias convicciones y no se sintió en absoluto atraída por las teorías de los Webb. Tan fuertes le parecieron las teorías marxistas, que regresó enseguida a su país, donde esperaba renovar sus contactos dentro del movimiento revolucionario ilegal y ayudar a su pueblo en la medida de sus posibilidades.

La última vez que salió de Rusia se libraba una tremenda lucha entre los hombres de ideas liberales: los "narodniki"⁸ y los marxistas. Los jóvenes, entre los que se encontraban Ilin, Lenin y otros, trabajaban con entusiasmo en términos revolucionarios ilegales. Alejandra llegó a San Petersburgo con la esperanza de encontrarse en medio de partidarios marxistas, pero las cosas habían cambiado para Rusia. El llamado "marxismo legal" se había convertido en el defensor de los grandes industriales, mientras que el ala socialista de izquierda, los bolcheviques, daban su apoyo a las tácticas revolucionarias. Alejandra eligió esta última y se lanzó con pasión a la lucha y escribió incesantemente a favor de los métodos en los que creía. Fue en

⁸ Nota de la Traductora: Populistas

esta época cuando escribió sus artículos en favor del proletariado finlandés (1900) que provocaron una tormenta de protestas. Sin embargo, totalmente despreocupada, recopiló nuevos datos y, en 1903, produjo una importante obra que, bajo el inocente título de *La vida de los trabajadores finlandeses*, que causó una tremenda impresión. Esta obra tuvo una buena acogida y consagró a Alejandra como escritora rusa autorizada en materia de economía. Todo el mundo pensaba que la autora era un hombre, porque hace treinta años, como comenta Alejandra en sus memorias, la gente no estaba acostumbrada a que las mujeres escribieran sobre temas económicos.

El 12 de enero de ese mismo año, Alejandra habló por primera vez en una gran reunión con público organizada por los estudiantes, y ese verano, volvió a salir de Rusia hacia el extranjero. La sensación de malestar en su país se extendía rápidamente; los campesinos se rebelaban y los obreros del sur estaban a punto de estallar. La nueva Rusia ilegal chocaba constantemente con la vieja autocracia que se aferraba desesperadamente a sus posiciones mientras un grupo intermedio, el "libertario" encabezado por Streves, mantenía una especie de equilibrio. Entre los emigrados socialistas ya no había discusiones entre los narodniki y los marxistas, sino entre los mencheviques y los bolcheviques; estos últimos liderados por Lenin.

Cuando Alejandra regresó a su país se encontró con que estas diferencias habían aumentado. La censura prohibió su última publicación, *Lucha de Clases*, y a medida que se acercaba la tormenta revolucionaria que terminaría por estallar en 1905, Alejandra se sentía cada vez más cerca de las opiniones bolcheviques, aunque todavía no se había separado del todo de Plejánov y su grupo. Fue entonces cuando, con la excusa de darles "lecciones de geografía", ella impartió un curso a un grupo de unos treinta obreros sobre cuestiones políticas.

A Alejandra le resultaba muy conveniente vivir en su casa justo en ese momento ya que, al amparo del general Domontovitch, podía ir y venir más libremente e incluso esconder literatura ilegal en la biblioteca de su padre, aunque el general se quejaba a veces de "los horribles paquetes" que encontraba en sus estanterías. Todo esto no despertaba las sospechas de la policía

ya que era la hija de un general zarista, y además era bonita y vestía bien. El general era liberal de corazón, aunque no socialista, y a su hija, que le quería mucho, le gustaba discutir con él el futuro de Rusia. Después de la muerte de su padre, Alejandra se instaló en un pequeño apartamento con su hijo Mischa, de cuya manutención y educación siempre se consideró responsable, y sus actividades literarias le proporcionaron fondos extra cada vez que lo necesitaba.

Fue justo antes de la muerte de su padre cuando Alejandra, que parecía muy joven, tuvo una divertida experiencia con el director de una revista con el que se había reunido para ver las pruebas de un artículo suyo sobre asuntos económicos. "¿No vendrá tu padre en persona a por las pruebas?", le preguntó el editor. "Quiero consultarle sobre algunos pequeños cambios que podrían introducirse". "Pero soy yo la autora", exclamó Alejandra. "Soy A. Kollontay". Y la discusión que siguió no tardó en convencer al editor de que ella era efectivamente la autora de los artículos.

Cuando en 1905 la convulsión revolucionaria, intensificada por la guerra ruso-japonesa, mantuvo aterrorizada a la Rusia autocrática, Alejandra tomó parte activa en el movimiento organizado por sus camaradas. Como ella misma dice en sus memorias "Aquel sangriento domingo de 1905 me encontró en la calle". De hecho, se dirigía al Palacio de Invierno cuando las ametralladoras dispararon contra los grupos de trabajadores desarmados, reunidos en la plaza con su petición al zar. Aquella visión nunca se ha borrado de su mente. "Un día de enero excepcionalmente claro y soleado. Rostros levantados y confiados... la señal implacable... manchas de sangre en la nieve... los guardias zaristas... hombres muertos y heridos... niños pequeños ejecutados".

La actitud adoptada por el partido socialdemócrata a raíz de la manifestación del 9 de enero fue de desconfianza. Muchos dirigentes temían que hubiera sido una provocación, pero Alejandra no estaba de acuerdo. Ella consideraba que el movimiento obrero estaba de acuerdo con la decisión tomada en el Congreso de la Segunda Internacional de Ámsterdam. Ella había cometido un error y desobedecido las órdenes al unirse a la manifestación, pero no fue la única. Después de un tiempo, el movimiento ilegal se puso de nuevo en marcha, publicando una

revista a la que Kollontay contribuyó con una proclama que fue muy bien recibida. Estaba dirigida al Consejo de Zemstvos, que eran las juntas ejecutivas, o consejos municipales, que ejercían la autoridad en los pueblos.

Durante los años siguientes, Alejandra dedicó su tiempo a ayudar a la acción por la unidad entre los partidos socialdemócratas ruso y finlandés en su lucha contra el zarismo. Escribió numerosos artículos sobre un gran número de cuestiones: los problemas agrarios, la protección de los trabajadores y el movimiento obrero en Finlandia y, en respuesta a un ensayo filosófico de Berdiaev y Boulgakouv, publicó un artículo muy leído, *La moral desde el punto de vista positivista*, en el que explicaba que el matrimonio tiene una finalidad social y materialista y señalaba que las normas morales establecidas en el pasado eran puramente convencionales y que la mujer tenía derecho a elegir libremente en el ámbito del matrimonio.

Con la vuelta a condiciones más normales, la burguesía feminista comenzó a actuar. Los miembros del partido obrero frecuentaron algunas de sus reuniones y animaron a las obreras a asistir. En abril de 1905, la organización feminista convocó una gran reunión en la que debían participar las mujeres burguesas. Su objetivo era construir una plataforma política en la que se reunieran todas las organizaciones políticas de su clase. "Las compañeras de la fracción menchevique se adhirieron, pero", dice Alejandra, "yo comenté que temía que tales maniobras debilitaran nuestro punto de vista". Al levantarse para hablar en una de las diversas reuniones, fue recibida con violentas y ruidosas acusaciones de que hacía el juego a la reacción y de que desencadenaba pasiones brutales entre los trabajadores.

Sin embargo, en 1906 un pequeño grupo de camaradas la ayudó a fundar un club de mujeres en San Petersburgo al que acudieron muchas obreras. Los elementos reaccionarios de Rusia, asustados por la rapidez con que se extendía el sentimiento revolucionario, empezaron a pensar en hacer algunas concesiones a la burguesía liberal. Los decretos provisionales autorizaron la libertad de prensa y el derecho a hablar en público.

Los obreros crearon sus sindicatos y empezaron a llegar emigrantes políticos de varios países europeos, principalmente de Inglaterra y Suiza. Las autoridades no se atrevieron a tocarlos ya

que temían las huelgas y otras manifestaciones de rebeldía de los trabajadores.

Fue entonces (1905) cuando Lenin y su esposa, Nadejda Krupskaya, pudieron regresar al país desde Suiza y se pusieron a dirigir el movimiento revolucionario. "Y fue también entonces", dice Alejandra, "cuando tuve la alegría de conocer a Lenin. Habíamos estudiado sus obras con mucho interés y habíamos escuchado su voz desde la cárcel, desde el exilio, desde Siberia y desde Europa, donde vivía como fugitivo desde hacía varios años". Pero el partido socialista se había dividido definitivamente. Las diferencias entre los mencheviques y los bolcheviques habían aumentado. Los primeros recomendaban la colaboración con la burguesía liberal. Lenin defendía que los obreros debían ser la avanzadilla de la revolución y que la colaboración con los campesinos, y no con la burguesía, era necesaria para acabar con el régimen zarista y abrir el camino a nuevos sistemas económicos.

Los dos grupos socialistas celebraban a menudo reuniones secretas en las que se producían agrias discusiones entre mencheviques y bolcheviques. Fue en una de estas reuniones, celebrada en una escuela primaria, donde Alejandra vio por primera vez a Lenin. "Era de estatura media y constitución robusta y tenía una cabeza fina y el rostro de un pensador. Lo que más impresionaba a la gente eran sus ojos, con una mirada profunda y atenta. Si miraba a uno, le imponía la voluntad. Era imposible mentirle, ya que sabía enseguida cuando una persona no decía la verdad. Sus ojos podían parecer fríos o benévolo pero también irónicos. Su voz era clara y agradable al oído. Nuestros camaradas franceses decían que tenía acento parisino. Cuando hablaba en público nunca se daba aires de orador. Sus palabras eran sencillas y concretas. Nunca intentaba imponer sus pensamientos a los demás, sino que parecía intentar convencernos con su extraordinaria lógica. Antes de conocer a Lenin personalmente, mis simpatías estaban puestas en el líder menchevique Márto, pero ¡oh! qué pequeño e insignificante parecía Márto después de que sus largos discursos habían sido reducidos a la nada por el genio de Lenin".

El año 1905 fue el escenario inicial de la revolución de 1917. La huelga general de Moscú trajo a su paso un gran número de

incidentes. Las calles estaban sin luz, el frío era intenso, los disparos se sucedían día y noche, y las detenciones eran constantes. Las autoridades zaristas, indignadas por la valentía demostrada por los obreros, empezaron a perder el control, aunque durante algún tiempo no quisieron tomar severas represalias. Los liberales secundaron a los obreros hasta donde les pareció seguro, pero cuando empezaron a surgir problemas en el ejército y la marina, y los campesinos intentaron romper las grandes propiedades y apropiarse de las tierras, se dieron la vuelta y, rompiendo toda relación con los elementos revolucionarios, "ofrecieron sus servicios al zarismo para terminar con la revolución".

Con este inesperado apoyo por parte de sus oponentes liberales, los reaccionarios decidieron acabar de una vez por todas con los disturbios creados por los obreros, y en 1908 se produjo una feroz represión. Se detuvo a personas por la mera sospecha de que realizaban propaganda revolucionaria y más de mil fueron acusadas de actividades subversivas y finalmente ejecutadas. Pero la actitud brutal y despiadada de las autoridades zaristas no consiguió reducir a los trabajadores. Se buscó entonces un compromiso, se convocó el llamado parlamento, la Douma. Se dijo a los obreros que podían crear sindicatos, pero cuando lo hicieron los dirigentes fueron encarcelados y, naturalmente, estallaron los disturbios. Estos fueron respondidos con nuevas formas de represión. Fue entonces cuando los mencheviques, con la esperanza de salvar al menos algunos de los derechos recién adquiridos, como la celebración de reuniones públicas y el derecho a expresar sus opiniones por escrito, abogaron por una colaboración con la burguesía, que se había mostrado comprensiva con algunas de las peticiones laborales, pero los bolcheviques se negaron. Lenin predijo una y otra vez que la burguesía nunca cooperaría lealmente con los trabajadores y que el período de esa supuesta libertad sería de corta duración. En consecuencia, los bolcheviques continuaron con sus métodos revolucionarios clandestinos y se mantuvieron fieles a su programa de lucha de clases, la caída del zarismo y la dictadura del proletariado. La respuesta a su actitud no se hizo esperar.

Una vez más la prensa fue censurada brutalmente, los periódicos socialistas cerrados, y los dirigentes obreros detenidos

y asesinados. Muchos socialistas que habían regresado a Rusia se vieron obligados a exiliarse de nuevo. El propio Lenin consiguió escapar a Finlandia y de ahí a Suiza. "Me sentí aliviada y feliz", dice Alejandra, "al saber que estaba a salvo, pero también triste. ¿Cuándo volvería a encontrarme con él? Nunca olvidaré la última vez que lo vi antes de su partida. Me habían pedido que le entregara un mensaje y fui a la sede del periódico bolchevique que aún se publicaba. Lo encontré en una habitación grande, pero mal amueblada, hablando con un camarada. ¿A quién buscas? ¿A quién quiere ver?", preguntó. Tengo un mensaje personal para usted". Dáselo a Nadedgeda Konstantinovna", respondió, "está en la habitación de al lado". "Entré en la otra habitación y encontré a Nadedgeda Konstantinovna ocupada con unos recortes de papel. Aunque me reconoció, esperó a que le diera la contraseña para ese día, después de lo cual llevó mi mensaje a Lenin. Me senté en la única silla disponible, regocijándome al pensar que había sido elegida para llevar buenas noticias a Lenin. Los jóvenes no estábamos incluidos en el directorio del partido y hacíamos lo que podríamos llamar tareas técnicas y un poco de propaganda".

"Nadedgeda Konstantinovna y Lenin entraron juntos en la sala. '¡Has hecho bien en traerme este mensaje!' dijo Lenin. 'Pero debes ser más prudente. No lleves nunca mensajes escritos y, cuando sea indispensable tener algo por escrito, hazlo en un papel tan fino que en un momento dado puedas tragarlo. Seguramente habrás tenido que tragarte alguna *schpargalki*⁹ en la escuela'. Y con una risa corta pero genial Lenin se despidió".

Durante aquellos años de lucha, Alejandra se vio obligada a llevar una doble vida. Mantenía un pequeño apartamento donde vivía con Zoja y su hijo, que acababa de empezar a ir a la academia, y encargaba sus vestidos a la gran artista Vera Komissarjevskira, que ofrecía un estilo de gusto excepcional. Para encubrir sus actividades ilegales, Alejandra trató de restablecer contactos con sus antiguos contactos familiares, algunos de los cuales estaban dispuestos a recibir a la hija del general Domontovitch, pero otros se negaban a verla. Incluso una de sus hermanas rompió toda relación con ella para no perjudicar la carrera de su marido.

⁹ Nota de la traductora: Una chuleta para copiar en un examen.

Durante el otoño, los grupos de feministas burguesas convocaron el primer Congreso de Mujeres en San Petersburgo. Tanto los mencheviques como los bolcheviques decidieron aprovechar la ocasión para declarar que la emancipación de la mujer solo podía conseguirse mediante una revolución. Alejandra trabajó con entusiasmo en la proclamación. Una mañana salió de su casa para ir a trabajar, después de acompañar a su hijo a la escuela, y por la noche unos amigos le informaron de que su apartamento había sido registrado. Afortunadamente, Zoja no estaba allí ese día, y Michael, el hijo de Kollontay, había ido a cenar con unos amigos. A Alejandra le aconsejaron que no volviera casa para que no la detuvieran.

"Nunca volví a ver mi bonita casa", dice, "ni los recuerdos de mis padres y de mi infancia que había guardado cuidadosamente. Mi existencia ilegal había comenzado en serio". Y efectivamente, a partir de ese día, se vio obligada a vivir de forma precaria, cambiando constantemente de domicilio. Sus amigos la recibían con gusto, pero ella se cuidaba de no ir demasiado a menudo al mismo lugar para no meterlos en problemas. A veces se refugiaba en la casa de una amiga, Tania Szepekina, una conocida escritora y esposa de un distinguido abogado. Ambas eran muy bohemias y su casa estaba llena de artistas y autores día y noche. Alejandra entraba con un grupo y se dirigía directamente a una pequeña habitación que siempre estaba preparada para ella.

Durante el día, iba a casa de otros amigos o a la de una mujer que le lavaba la ropa, o a la sede de los trabajadores. A pesar de estos constantes cambios, consiguió escribir su libro *Las bases de la cuestión de la mujer*, por el que Maxim Gorki se interesó mucho. Sin embargo, se publicó demasiado tarde para la reunión del Congreso, que tuvo lugar a principios de diciembre. En una reunión preliminar, el doctor Chabanov, Philosoph y otros, trataron de influir en el grupo de mujeres trabajadoras, pero estas se negaron a admitir cualquier teoría oportunista.

Alejandra se levantó en una de las sesiones para defender la tesis que había preparado y que había sido leída por una obrera, Volkova. Se presentó con un nombre falso, pero la policía se enteró de su presencia en el Congreso y rodearon el edificio. Sin embargo, algunos ingenieros amigos la ayudaron a escapar por una salida secreta y unos días más tarde, abandonó Rusia.

Alejandra cuenta en sus memorias lo terriblemente larga que le pareció aquella noche la hora de espera en la estación fronteriza de Verjbolovo. Los pasaportes estaban siendo examinados y ella caminaba arriba y abajo por el andén bajo un intenso frío, preguntándose si sería arrestada o escaparía. Y si escapaba, en qué condiciones volvería a su país. Ella no podía saber que, en 1917, cuando la Guerra Mundial estuviera a más de la mitad de su duración, otra tormenta revolucionaria la traería de vuelta a casa. "Unos segundos antes de que saliera el tren", dice, "un gendarme de uniforme azul me devolvió el pasaporte. Cinco minutos después había cruzado la frontera y llegado a la alegre y bien iluminada pequeña estación alemana de Eydkuhnen. ¡Una mujer libre! Pedí una gran taza de café y un sándwich de jamón. Mi vida de fugitiva había comenzado".

LIBRO DOS
Preparando el futuro

CAPÍTULO 5

EXILIO

Después de leer los comentarios de Alejandra cuando abandonó su país natal como exiliada, podríamos preguntarnos sobre cómo se parecen o no sus pensamientos de entonces con los que tuvo en su anterior salida de Rusia camino de Zurich. También eso significaba huir; no de la policía, sino de lo que quizá le parecía aún más peligroso: una huida de los lazos familiares y de las tradiciones que estaban en abierto conflicto con los principios que había asumido. En un caso como en otro, Alejandra buscaba refugiarse de la opresión, de las cadenas que querían atarla, ahogar la voz que la empujaba a la acción y que creía que podía llevarla a la verdadera independencia y libertad.

Entre esos dos vuelos había estado en Stuttgart, aparentemente como turista, pero en realidad para actuar como delegada en el Congreso Internacional de Mujeres Socialistas y en la Conferencia Internacional Socialista. Había obtenido un permiso para salir de Rusia no sin dificultad y, gracias a unos viejos amigos de su padre, se le concedió un pasaporte. En Stuttgart estrechó los lazos de amistad con Clara Zetkin, la gran dirigente alemana, y con otras representantes del movimiento femenino internacional. Clara Zetkin le pidió que colaborara con algunos artículos a su periódico *Gleichheit* y pronto Alejandra se convirtió en una colaboradora frecuente de esa importante publicación.

Lenin, que en ese momento (1907) también era delegado en la Conferencia Socialista Internacional, luchaba con fuerza contra la resolución oportunista que otros delegados estaban ansiosos por aprobar y a la vez exigía una acción revolucionaria precisa y fuerte por parte del movimiento obrero mundial en caso de guerra. En el Congreso de la Mujer se libró una lucha similar y Alejandra dio su pleno apoyo a la línea recomendada por Clara Zetkin, insistiendo con ella en que la lucha por la completa independencia de la mujer debía formar parte del programa del partido.

En 1908, Alejandra Kollontay no viajaba en las mismas condiciones. Era una refugiada, sus papeles no valían gran cosa y

sabía que tendría que enfrentarse a algunas dificultades económicas, pues sus padres habían muerto y, aunque todavía tenía un poco de dinero propio que su tío le enviaba de vez en cuando, no solo tenía que ocuparse de su propia manutención, sino también de la de su hijo y de su educación. Alejandra quería mucho a su hijo. Lo había dejado al cuidado de unos amigos en San Petersburgo y a veces sentía una nostalgia intolerable por él. Afortunadamente, después de algún tiempo, pudo arreglar que Mischa fuera en diferentes ocasiones a Suiza, Londres o París para verla. "El hombrecito", le llamaba ella sin disimular su orgullo, "se las arreglaba muy bien. Conocía todas las reglas a las que debían atenerse los viajeros, y qué alegría era ver aparecer su pequeño rostro sonrosado bajo la sombra de su gorra y observar la seriedad con la que depositaba su pequeña maleta en el andén de algún gran depósito europeo".

En sus memorias, Alejandra no oculta que los primeros meses de exilio fueron una gran prueba ya que echaba de menos a sus amigos, especialmente a Zoja, y a menudo se sentía sola. Sin embargo, lo aprovechaba todo, llenando sus momentos libres con largos paseos por el campo con un libro bajo el brazo que leía al llegar a algún lugar tranquilo y favorito. Poco a poco, su círculo de conocidos se amplió, pero no permitió que la absorbieran demasiado porque ella quería estudiar, tenía que escribir sus artículos y había muchas cosas que atender relacionadas con compañeros enfermos o con graves dificultades económicas. Por lo tanto, rara vez podía reunirse con sus amigos en los cafés o en el Bierstube, donde solían reunirse los más jóvenes.

Alejandra hace referencia a las angustias y penas personales "de naturaleza romántica" que estaba sufriendo en ese momento y que, dice, "le parecían muy graves en ese momento". Se había sentido decepcionada por un hombre al que consideraba un entusiasta y ferviente socialista. Seguía siendo una mujer extremadamente atractiva. Su cuerpo delgado y flexible parecía siempre tenso como una flecha a punto de salir del arco. Su pelo castaño claro era el marco justo para su pequeño rostro ovalado iluminado por unos ojos azules brillantes. Su conversación era siempre interesante, ya que podía ser minuciosa y prácticamente informativa, así como especulativa, humorística y, en raras ocasiones, cáustica.

De hecho, necesitaba estar muy despierta, ya que Suiza era en aquel momento el punto de encuentro del movimiento revolucionario ruso y había muchas mentes brillantes con las que enfrentarse. Cada grupo político de emigrados -bolcheviques, mencheviques, revolucionarios socialistas u otros- tenía sus propios partidarios especiales, su propio programa, su propio periódico y cuando las diferentes facciones se reunían, las discusiones no eran meras "charlas de café", sino debates serios y a menudo brillantes en los que cada grupo hacía lo posible por convencer a sus adversarios.

También hay que tener en cuenta que la ola reaccionaria que se abatía sobre Rusia y los métodos brutales y despiadados empleados por las autoridades habían conmocionado tanto al mundo que los exiliados rusos tenían más protagonismo que otros grupos de refugiados. De hecho, se puso de moda estar en contacto con los revolucionarios rusos y ayudarles en su causa. Ciertamente los rusos podían contar en sus filas con un gran número de distinguidos intelectuales, y estos otorgaban un interés y una brillantez especial a sus reuniones, cualidades que a menudo estaban ausentes en las de otros grupos revolucionario.

Alejandra pronto se convirtió en uno de los miembros más conocidos y admirados del movimiento ruso. Su encanto personal y su conocimiento de varias lenguas extranjeras fueron muy útiles para la propaganda, y las organizaciones obreras, así como para los hombres y mujeres intelectuales avanzados de todo el mundo que estaban ansiosos por conocer el movimiento revolucionario de 1905 en Rusia y las esperanzas de su desarrollo en el futuro.

Así pues, Alejandra no dejó de ir de un lado a otro de Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica. Pero esto no fue todo. Georg Tchitcherine, que más tarde se convertiría en el primer Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, era entonces (1907-1912) secretario de las organizaciones estudiantiles marxistas rusas con sede en París, y como tal estaba a cargo de los fondos destinados a ayudar a los refugiados. Cuando estos fondos estaban en horas bajas, enviaba gente a diferentes países para hacer colectas, y Alejandra, siendo una de las más brillantes oradoras del grupo ruso en el exilio, era constantemente llamada a hablar con ese fin. Ella misma ha confesado que esta actividad no le permitía descansar mucho,

pero se alegraba de ser útil. El público pagaba un franco o un marco por persona para escuchar a Alejandra hablar sobre la evolución de la familia, los problemas de población y la cuestión agraria en Rusia, y la recaudación de cada reunión se enviaba a Tchitcherine en París. Pero por mucho que hiciera para ayudar en esta crisis, Alejandra seguía insistiendo en que los refugiados fueron salvados de la pobreza real, no por sus esfuerzos, sino por la gran energía y devoción que tenía Tchitcherine a la causa.

En los intervalos que le permitían esos constantes viajes, Alejandra escribió su libro, *A través de la clase obrera europea*, que se publicó en 1912. Alejandra pasó el invierno de 1911-1912 en Alemania y fue su iniciativa la que hizo que los intelectuales y parlamentarios socialistas alemanes lanzaran una campaña para salvar a los diputados rusos de la Segunda Duma y protestar contra la brutal represión bajo el zar. Karl Liebknecht y Oscar Kohn participaron activamente en este generoso esfuerzo.

Alejandra y Liebknecht eran muy buenos amigos y ella habla a menudo de los largos paseos que daban juntos por las colinas de los alrededores de Heidelberg discutiendo sobre política, especialmente sobre las tendencias oportunistas adoptadas por algunos partidos. Ella cuenta que los emigrantes rusos consideraban a Liebknecht "un ruso también" y este era el mayor cumplido que podían hacerle. De hecho, Alejandra dice que era el único líder alemán que sabía cómo eran las cosas en Rusia; era un verdadero internacionalista y a menudo criticaba el chovinismo extremo" de sus camaradas alemanes. "Incluso el gran August Bebel", añade Alejandra, "incluso esta figura leonina de la Segunda Internacional, a pesar de su enorme popularidad y de la aureola que rodeaba su nombre, fue presa de cierto exclusivismo nacional. Según él, el partido socialdemócrata alemán era el único partido socialista real del mundo". Alejandra también se reunía frecuentemente con Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky.

Por aquella época se creó en Bolonia, Italia, una escuela para miembros del Partido Socialista Ruso, bajo la dirección de Lounatcharsky. Los estudios que se impartían versaban principalmente sobre cuestiones económicas, y se pidió a Alejandra que diera varias conferencias. Casi al mismo tiempo, el grupo moscovita de la minoría socialdemócrata de la Tercera

Douma le pidió que enviara un proyecto de resolución para una ley de protección de la maternidad que se presentara a la Douma. Fue entonces cuando se planteó por primera vez escribir una obra sobre esta cuestión y, tras un detenido estudio de las leyes protectoras de la maternidad adoptadas por otros países, pudo terminar la que quizá sea la más importante de sus muchas obras, *La sociedad y la maternidad*, que sigue considerándose un clásico sobre este tema y una obra de obligado estudio a la hora de buscar soluciones a los problemas relacionados con el bienestar de las madres y de sus hijos e hijas. La obra se publicó por primera vez en Rusia en 1915, con un total de seiscientas páginas y fue utilizada por el Gobierno soviético para elaborar las nuevas leyes de protección de la maternidad. Alejandra Kollontay, en Rusia, y Grace Abbott, a través del Children's Bureau, en Estados Unidos, son probablemente las dos mujeres que más han hecho por la protección y el bienestar de los niños. Sus puntos de vista en muchos puntos han sido similares; y su entusiasmo por esta causa, igual. Como consecuencia de esta labor, en el mes de marzo de 1911, Alejandra ayudó a organizar el Primer Día Internacional de la Mujer Trabajadora y habló en la reunión celebrada en Frankfurt-am-Main.

Durante el otoño de ese mismo año, Alejandra fue testigo y participó de manera activa en las violentas huelgas que tomaron París y que tuvieron lugar en diferentes ciudades del norte de Francia, especialmente la famosa huelga de las "amas de casa o administradoras del hogar", provocada por el excesivo coste de la vida y los innumerables abusos de los intermediarios. Las huelguistas eran detenidas a menudo, pero se negaron a someterse, y se celebraron reuniones no autorizadas en los lugares más inesperados. Los obreros secundaron el movimiento y al final se obtuvieron algunas concesiones: el gobierno permitió que las autoridades municipales fijaran los precios y se realizaron grandes pedidos de carne a Argentina.

Entre estas actividades, Alejandra participó en un movimiento contra la ley de reclutamiento de tres años y el militarismo en general, y también fue dos veces a Bélgica en respuesta a una convocatoria del Partido Obrero Belga. En ese momento, los mineros del carbón de Borinage preparaban entonces una huelga

y Alejandra quedó muy impresionada por la forma sistemática en la que se llevaron a cabo los planes y se consiguió la victoria.

Durante su estancia en Bruselas, visitó Vanderwelde y conoció a muchos de los intelectuales radicales belgas cuyo modo de vida fácil le pareció que contrastaba desagradablemente con las condiciones miserables en las que vivía entonces la gran masa de trabajadores belgas. El ambiente de elegancia y alta cultura que se respiraba en la casa de este distinguido líder socialista sorprendió a Alejandra que había estado en contacto diario con los habitantes de las zonas industriales que, a pesar de sus dificultades económicas, hacían todo lo posible para facilitar las cosas a los camaradas extranjeros. Un día, al acompañar a Alejandra a la estación de tren, le regalaron una bolsita de panes pequeños; habían hecho una colecta para comprarle incluso ese pequeño regalo. Otro día perdió sus botas de goma en una reunión y, como tuvo que caminar un trecho hasta la estación por un camino embarrado, todos estaban muy preocupados. Unos días después recibió en Bruselas una carta y cinco francos con los que debía conseguir otro par de botas. En estas condiciones, era natural que Alejandra se sintiera un poco dolida cuando el criado de la casa de Vanderwelde le recogió, con aire soberbio, el abrigo manchado de barro con el que llegó a la casa.

En la primavera de 1912, el movimiento de la Unión de la Juventud Sueca dirigido por Høglund invitó a Alejandra a participar en una gira de propaganda antimilitarista. Su presencia y sus discursos suscitaron airadas protestas en todo el país, y de hecho toda la prensa burguesa se movilizó contra ella. Sin embargo, la participación de Kollontay en dos huelgas demuestra que no era una mera "agitadora extranjera", sino una pionera de la lucha obrera universal con conciencia de clase, que estudiaba realmente los problemas que surgían de las distintas crisis.

A su regreso a Francia se encontró con que se estaba gestando otra tormenta contra ella a causa de su libro sobre el movimiento obrero europeo, en el que había ridiculizado la excesiva buena opinión que los dirigentes socialdemócratas alemanes tenían de sí mismos y su oposición a los sanos instintos de las masas contra una burocracia inflada. "Kautsky me escribió una carta que en realidad era un sermón", dice, "y nuestra conexión personal se rompió".

Incluso algunos de sus camaradas rusos pensaron que Alejandra había ido demasiado lejos en sus críticas. El Partido Socialdemócrata Alemán era el más fuerte de la Segunda Internacional y dictaba la táctica que debían seguir las organizaciones internacionales y muchos se sentían asombrados de que una socialista rusa con poca experiencia hubiera tenido la audacia de decir lo que ella creía que era la verdad. "Se dijo que el Partido alemán había recibido una víbora [yo] en su seno y que el retorno que había hecho a su generosidad era vilipendiar a sus miembros".

Además, la prensa de los sindicatos la atacó sin piedad y Scheidemann y otros pidieron que fuera expulsada del país. Liebkecht fue el único dirigente que defendió su acción y que se mofó de los miembros de alto rango del partido que temían ser criticados. Alejandra se refugió de la tormenta en su trabajo de protección de mujeres y niños y escribió largas y desesperadas cartas a Zoja. "Ningún sufrimiento puede igualar el de ver a los compañeros dar la espalda y hablar mal de los esfuerzos de uno".

Un día, cuando Alejandra estaba casi al final de sus fuerzas, apareció Zoja, que por aquel entonces escribía en las revistas de arte de Kiev y San Petersburgo. "¿Por qué eres tan infeliz?", le preguntó. "¿Crees que los alemanes tienen razón en lo que dicen?" "No", respondió Alejandra. "No retiraría ni una sola palabra de lo que escribí sobre su oportunismo y chovinismo". "Entonces", dijo Zoja, "¿por qué preocuparse? No son verdaderas camaradas. No tienen los mismos principios en los que tú crees. Llegará un día en que se demostrará que has actuado correctamente. Sé valiente y sigue adelante".

Liebkecht también la consoló e insistió en que no debía considerar la indignación que había despertado como si fuera un ataque personal contra ella. Otros líderes de la izquierda dijeron lo mismo. Así que, muy reconfortada, Alejandra siguió con sus tareas, y en septiembre de 1912 aceptó una invitación de los sindicatos británicos para asistir a su Congreso. Durante su estancia en Inglaterra (1913) conoció a muchas mujeres interesadas en el movimiento cooperativo, también a Margaret Bondfield y a Dawes, y participó activamente en las discusiones relacionadas con la necesidad de un mayor apoyo a la "acción de masas" que sostenían los sindicalistas de izquierda.

Alejandra no solo dio su aprobación de todo corazón a su resolución, sino que luchó contra los puntos de vista de los hombres mayores en muchas reuniones celebradas antes de la celebración del Congreso. Se pusieron innumerables obstáculos en su camino, incluso impugnaron su mandato, pero Tom Man y otros se pusieron de acuerdo con ella y su posición, y finalmente pudo regresar a Suiza sintiéndose, si no triunfante, al menos segura de haber hecho lo mejor posible. La lucha de los últimos meses la había cansado más de lo que pensaba y esperaba que se le permitiera un poco de tiempo para descansar, pero estaba a la vista una de las mayores luchas que los partidos obreros habían librado jamás, y todos los verdaderos izquierdistas se preparaban para las discusiones que se avecinaban.

CAPÍTULO 6

LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

En 1912, los nubarrones del conflicto y de la guerra se cernían rápidamente sobre el horizonte europeo. Los esfuerzos realizados en la Conferencia de Stuttgart de la Segunda Internacional, en la que varios de los grandes dirigentes socialistas del mundo habían luchado con tanto ahínco contra la guerra y el militarismo, habían dado lugar a uno de los mejores debates que probablemente haya tenido lugar. Bebel, Victor Adler, Jaurès, Guesde, Liebknecht, Hervé, Vaillant, Volmer y otros habían tomado posiciones de cara al futuro, pero habían dejado sin solución la importantísima cuestión de la huelga general y militar en caso de que estallara un conflicto armado entre naciones. Sin embargo, el debate había permitido a los observadores prever que, a menos que algún acontecimiento casi milagroso pudiera lograr una unión perfecta cuando llegara el momento, la guerra provocaría, entre otros desastres, el fracaso del mayor esfuerzo internacional realizado hasta entonces por los pueblos de los diferentes países. Los ataques de Kollontay contra el Partido Socialdemócrata alemán, que tanto le había afligido, se vieron así ampliamente justificados.

Ya en Stuttgart, Bebel y Victor Adler, que representaban a la inmensa mayoría de los socialdemócratas alemanes y austríacos, se habían opuesto abiertamente a cualquier recomendación de insurrección en caso de guerra. Estaban en contra de cualquier medida subversiva, sobre la base de que tal medida proporcionaría una excusa a muchos gobiernos para la supresión de los partidos socialistas. Bebel había sido especialmente categórico en su condena de cualquier método de este tipo, y la oposición con la que se encontraron sus teorías por parte de los izquierdistas alemanes, como Rosa Luxemburgo y Liebknecht, y por parte de los derechistas, como Volmer, no consiguió moverle ni un ápice de su decisión. Ni siquiera la visión profética de Jaurès ni su brillantez como expositor de sus creencias lograron obtener para su causa, hacer de la guerra una imposibilidad en el futuro, el apoyo que todos los pacifistas esperaban ansiosamente.

Alejandra Kollontay secundó hábilmente el punto de vista de Lenin, cuando el líder ruso insistió en la necesidad de un movimiento revolucionario por parte de los trabajadores si la amenaza de la guerra se hacía más evidente. Ambos se dedicaron a dirigir, aconsejar y aclarar las cuestiones en juego de forma privada y no en discusiones ruidosas y públicas. Al final se adoptó por unanimidad una resolución mediante un compromiso en el que Vanderwelde, especialista en encontrar soluciones, había participado activamente, después de que una subcomisión de la que formaban parte Lenin, Rosa Luxemburgo y Mártoz lograra incluir una enmienda como la siguiente: "Si la guerra amenaza con estallar, la clase obrera y sus representantes tienen el deber de hacer todo lo posible para impedirlo. Si la guerra llega, a pesar de estos esfuerzos, es deber de los trabajadores y de sus representantes intervenir para poner fin rápidamente a la guerra y aprovechar la crisis económica y política para acelerar la transformación de la sociedad capitalista en una sociedad socialista". Esta resolución, aunque no satisfizo a los delegados que esperaban que el Congreso afirmara definitivamente las intenciones pacifistas de los trabajadores del mundo y los asegurara contra la guerra, no excluía las medidas propuestas por la delegación francesa, ni ofrecía, en cambio, ninguna excusa a los gobiernos -especialmente a las autoridades alemanas- para actuar contra el partido de izquierdas. Sin embargo, los

internacionalistas sinceros no estaban satisfechos con los resultados. A pesar de la aprobación unánime de la resolución y de los aplausos con los que esta había sido recibida, nadie que poseyera un verdadero discernimiento podía evitar sentir que se había abierto una brecha en las convicciones internacionales, y que las diferencias que habían aparecido en las discusiones llevaban en sí los gérmenes de futuras divisiones que podrían poner en peligro la unidad del socialismo.

En 1912, los acontecimientos pusieron de manifiesto que los nubarrones de la guerra, lejos de desaparecer, proyectaban sobre el mundo una sombra aún más sombría que la observada en la Conferencia de Stuttgart. Los Balcanes estaban en efervescencia y la amenaza de una guerra mundial se había hecho entonces inminente. La ambición imperialista se había convertido en una amenaza de proporciones tan urgentes y gigantescas que se convocó otra reunión de la Segunda Internacional Socialista para noviembre de 1912 en la ciudad de Basilea.

Alejandra Kollontay había sido delegada por los obreros rusos de los sindicatos textiles para asistir a este congreso extraordinario especial. "Era el último congreso", dice ella, "en el que iban a estar presentes todas las grandes figuras de la Segunda Internacional Socialista". La reunión se celebró en la catedral de la ciudad. El interés que despertó fue tan grande que perdió su carácter de una asamblea meramente política y pronto se convirtió en una gran manifestación en la que toda la población estaba ansiosa por participar. "Cuando Bebel y Jaurès, representantes de las grandes uniones alemanas y francesas, hicieron su aparición en la escena", cuenta un observador, "parecían estar sirviendo de aviso a sus respectivos gobiernos y al mundo de que la guerra entre esas dos naciones nunca sería tolerada".

Las voces de hombres distinguidos, cuyos nombres llevaban en su estela el recuerdo de luchas de toda la vida contra el capitalismo, la opresión y la injusticia, como Bebel, Liebknecht, Kier Hardie, Vanderwelde y, sobre todo, más brillantes y atractivos que todos los demás, Jaurès y Lenin se alzaron y cayeron bajo la gigantesca cúpula de la catedral tratando de convencer o dirigir la opinión de millones de hombres y mujeres, algunos de los cuales eran muy conscientes de los peligros de la

situación, no solo para ellos mismos, sino para lo que más se apreciaba, el triunfo de la causa en la que estaba implicada la justicia del mundo y para el mundo.

Se dice que Jaurès nunca pronunció un discurso más brillante y exaltado como el de aquella ocasión. Pocos adivinaron que sería víctima de su arraigada convicción de que la guerra debía y podía evitarse mediante una acción internacional concertada de los trabajadores y un movimiento revolucionario, si era necesario, para impedir que se obedeciera la llamada a las armas. Al final, fue el primero en ser inmolado en el altar de la paz en ese año fatal de 1914.

En Basilea, Lenin luchó con incesante energía por los mismos principios, luchó sin piedad contra la tendencia oportunista de algunos dirigentes de la II Internacional. Además, se negó a permitir que su visión fuera distorsionada, o que su sentido del peligro fuera empañado por las concepciones engañosas, aunque a veces sinceras, de quienes se oponían a su punto de vista. Lenin insistió en que hay que luchar contra la creación de guerras o te encuentras en uno u otro bando luchando en ellas. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht le dieron todo su apoyo, pero representaban a una minoría en Alemania y no podían hacer mucho contra la opinión de los dirigentes a los que la mayoría había confiado el futuro.

Cada grupo nacional había designado un orador para el debate. Como dentro de la delegación rusa había dos facciones, los mencheviques y los bolcheviques, se planteó la cuestión de quién debía representar a Rusia en la tribuna. Lenin decidió la cuestión y sus palabras tuvieron suficiente peso para que la elección recayera en Alejandra Kollontay. "Ella sabe cómo convencer a sus oyentes", dijo. Así que Alejandra habló y también Hjalmar Branting de Suecia. Enunciaron puntos de vista diferentes, Branting apoyando y secundando las opiniones de los alemanes que seguían a Bebel, Alejandra, por el contrario, dando su apoyo a la tesis de Lenin que era prácticamente la misma que la de Jaurès.

Cuando la Conferencia se disolvió, se hizo aún más evidente que había dos movimientos obreros en conflicto. Esta convicción solo hizo que los pacifistas más ardientes estuvieran aún más decididos a trabajar por su punto de vista y, si era posible, a evitar

el drama que se avecinaba. Mientras trabajaba por esta primera y abrumadora necesidad de paz, Alejandra dedicó todo el tiempo disponible a otras cuestiones cercanas a su corazón.

En febrero de 1913, el grupo de izquierdas del partido suizo, dirigido entonces por Platen, la invitó a dar una gira de conferencias por todo el país, tras lo cual se trasladó a Londres para estudiar lo que se estaba haciendo allí para la protección de las madres. Fue entonces cuando se interesó por los problemas sexuales sobre los que Havelock Ellis estaba escribiendo mucho. Este nuevo interés la llevó finalmente a escribir una obra que tituló *La nueva mujer*, originalmente en ruso, pero posteriormente se tradujo a varios idiomas. Su nuevo interés por estos problemas la llevó también a escribir una serie de artículos sobre todas las cuestiones relacionadas con la psicología sexual.

En esta época, Alejandra también estaba muy ocupada con la preparación del Día de la Mujer que se iba a celebrar en Rusia. Tuvo la alegría de ver coronados sus esfuerzos con un gran éxito, ya que, aunque llevó a la detención de muchas de sus amigas, conllevó posibilidades reales que se convirtieron en realidades algunos años después. Kollontay pasó todo el verano de 1913 en Londres. Era la época en la que los rumores de lo que se conocía como el asunto Beilis llenaban el mundo, el sensacional juicio y la persecución que se intentaba llevar a cabo contra "un pobre diablo llamado Beilis que había sido acusado de un asesinato ritual judío durante las fiestas de Pascua". La política antisemita seguida por Rusia y los crueles pogromos ordenados por las autoridades zaristas fueron respondidos por una violenta campaña que los socialistas de Inglaterra no solo iniciaron, sino que llevaron a término.

Alejandra no podía, por supuesto, mantenerse al margen de semejante causa; llena de indignación y horror, se unió inmediatamente a los trabajadores en sus protestas y tomó parte activa en la agitación que se esperaba provocara un cambio de opinión entre el pueblo que había sido engañado por rumores de sutil y peligroso carácter antisemita. Cuando recuerda aquellos días, dice que se ve a sí misma encaramada en los últimos escalones del imponente monumento que se levanta en Trafalgar Square, hablando a una enorme multitud de londinenses que

sostenían paraguas abiertos en su manos.... "Entonces, ¿siempre llueve en Londres?", les preguntó con una sonrisa.

En Londres se encontró con una camarada finlandesa, Hija Persinen, parte de la colonia finlandesa, que también estaba estudiando el funcionamiento de aquellas organizaciones privadas que acudían en ayuda de las madres y trabajaban por el bienestar de los niños en general. Alejandra se unió a ella en estas investigaciones, y la enérgica camarada Adams Bridges le pidió que diera un curso de conferencias a las trabajadoras londinenses en la Casa Bebel de la que era directora.

Terminado el verano, Alejandra regresó a Alemania, donde Zoja volvió a visitarla. Comprobó que el ambiente negativo, tan evidente tras la publicación de su obra sobre el movimiento obrero europeo, había disminuido mucho. De hecho, casi había desaparecido. Clara Zetkin, que estaba, como otros, perpleja por las duras críticas de Alejandra, le escribió una carta extremadamente amistosa y poco después participó en una conferencia que los socialistas ya estaban celebrando para preparar la siguiente Conferencia Internacional que debía tener lugar en Viena durante el mes de agosto de 1914 y que, por supuesto, no llegó a celebrarse, ya que el conflicto ahora conocido como Primera Guerra Mundial estalló pocos días antes de su inicio.

Mientras tanto, Alejandra pasó todo el tiempo que pudo con Zoja, que entonces estaba preparando un folleto sobre el trabajo de los niños en la industria. Las noticias que Zoja trajo de Rusia eran alentadoras. El movimiento revolucionario que los sucesos del Campo de Oro de Lena (en Siberia) habían fortalecido se estaba extendiendo. El movimiento obrero había superado la depresión natural de la que habían sido responsables los primeros años de la reacción. De nuevo había huelgas, y lo que hacía a Alejandra más especialmente feliz, el partido publicaba una nueva revista para las mujeres trabajadoras.

Desgraciadamente, el creciente optimismo que estas noticias produjeron entre los emigrantes rusos en Berlín provocó nuevas fricciones entre los dos grupos: Bolcheviques y mencheviques. La desconfianza y el antagonismo se convirtieron casi en el orden del día y Alejandra se vio obligada a tomar parte en las disensiones entre sus camaradas refugiados. "La guerra

imperialista de 1914", dice, "me encontró en Berlín. Durante toda esa primavera de 1914, se podía sentir que la atmósfera política se volvía cada vez más tensa. Casi se podía oler la pólvora, pero todo el mundo seguía trabajando con energía, tratando de mantener la esperanza de que la guerra no estallara”.

No pasó mucho tiempo antes de que esas esperanzas se desvanecieran. La guerra, implacable y cruel, convulsionó al mundo. ¿Era realmente inevitable ese primer estallido de tragedia atroz, cuya segunda parte hemos vivido y seguimos viviendo ahora? ¿Se abatió sobre el mundo por orden de esa ley del destino, que se dice omnipotente? ¿Podría al menos la terrible experiencia adquirida en esa primera lucha haber servido de lección a los gobernantes del mundo y hacer evitable la segunda catástrofe?

Es difícil encontrar la respuesta a tales preguntas, pero una no puede dejar de asombrarse de que los desastrosos acontecimientos del pasado no hayan sido suficientes para evitar que tantos líderes de las naciones se extravíen de nuevo. Esta ceguera es a menudo la excusa, pero en muchos casos puede haber sido el resultado de ambiciones egoístas.

CAPÍTULO 7

UN ALIEN NO DESEADO

La Primera Guerra Mundial había alcanzado a Alejandra en Berlín. El fracaso del Partido Socialdemócrata para evitar el conflicto la llenó de consternación, como a tantas otras figuras destacadas o humildes en el ámbito internacional. Impaciente por hacer algo, llena de energía y con la esperanza de que la lucha aún pudiera mantenerse dentro de ciertos límites, Alejandra abandonó Alemania para dirigirse a Suecia, un país neutral, y en el que esperaba que fuera posible continuar su trabajo y luchar contra el militarismo invasor que había arrojado a Europa a una guerra espantosa y devastadora.

Alejandra no tardó en ponerse a trabajar y encontrar apoyo entre los grupos socialistas, no solo de Suecia, sino de los demás países escandinavos, sin embargo, sus ideas pacifistas y su

entusiasta propaganda contra el militarismo no fueron bien recibidas por los grupos reaccionarios y pro-alemanes suecos. Así, poco después de comenzar su campaña, Alejandra fue arrestada repentinamente y enviada a la Prisión de Mujeres de Estocolmo, una cárcel limpia y bien ordenada, aunque no era un refugio especialmente alegre.

Los amigos de Alejandra se dirigieron inmediatamente al gran líder socialista sueco, Hjalmar Branting, que no perdió tiempo en intentar conseguir su libertad. Gracias a un elocuente discurso en el Parlamento, en el que protestó enérgicamente contra lo que consideraba una violación de las normas de hospitalidad de Suecia y de su antigua y conocida reputación de conceder refugio a todos los exiliados políticos, Branting consiguió por fin la liberación de Alejandra o, mejor dicho, la promesa de que sería puesta en libertad. Pocos días después, Kollontay fue sacada de la cárcel de Estocolmo, pero en ningún caso se le concedió la libertad, al contrario, fue trasladada a otra prisión en una ciudad del sur del país, donde le fue imposible comunicarse con sus amigos.

Ella misma nos ha contado los días que pasó haciendo planes, que fracasaban continuamente, para informar a quienes la conocían y estarían dispuestos a acudir en su ayuda. Las autoridades penitenciarias no le ayudaban y, como nadie sabía a dónde la habían trasladado, era imposible hacer nada. Por fin, un día, un clérigo que visitaba con frecuencia a las reclusas de la cárcel y que de vez en cuando hablaba con ella, se convirtió en el portador de una carta de esta a Hjalmar Branting, en la que se daba cuenta al líder socialista de lo sucedido.

El clérigo había dudado al principio sobre si tenía derecho a llevar algún mensaje fuera de la cárcel sin el conocimiento de los funcionarios, pero Alejandra había planteado lo que resultó ser un argumento convincente.

"Usted es un clérigo, ¿no es así?"

"Soy un siervo de Dios".

"Por lo tanto, un buen cristiano. Un buen cristiano cree en la hermandad. No le pido que infrinja ninguna norma, pues la situación en la que me encuentro es, cuando menos, arbitraria, y por lo tanto las normas penitenciarias no pueden aplicarse a mi caso. Mis amigos no saben dónde estoy, y por lo tanto no pueden

ayudarme de ninguna manera. Lo único que deseo, y a lo que tengo perfecto derecho, es que se les comunique mi dirección actual". Convencido por sus palabras, y evidentemente con la conciencia tranquila, el clérigo accedió a su petición y Hjalmar Branting fue informado de su situación y una vez más acudió en su ayuda. Alejandra fue liberada, pero se dictó una orden que la desterraba de Suecia como extranjera indeseable y le prohibía volver a entrar en el país mientras el decreto estuviera en vigor.

Quienes redactaron la orden apenas sospechaban que la víctima de su aversión regresaría al país no como "extranjera indeseable", sino como representante diplomática acreditada de Rusia ante la corte real de Suecia. Sin embargo, antes de que esto ocurriera debían producirse grandes cambios. Un gobierno socialista iba a tomar posesión en Suecia, y para cuando Alejandra, que ya había representado a su país diplomáticamente en otras tierras, fue enviada a Estocolmo, nadie parecía recordar la prohibición que se le había impuesto. De hecho, solo se derogó después de que ella hiciera su reingreso en el país. "Lo primero que hice cuando llegué a Estocolmo en 1930 para presentar mis credenciales", me dijo, "fue conducir hasta la Prisión de Mujeres donde había estado encerrada aquella vez. Quería saber cómo era desde fuera".

Tras su expulsión de Suecia, Alejandra había pasado a Dinamarca, pero la estancia allí tampoco había resultado cómoda. Sus declaraciones pacifistas, sus esfuerzos por aglutinar a la opinión pública en torno a sus convicciones antimilitaristas y el aura que la rodeaba como refugiada política y firme defensora de la lucha por un nuevo mundo socialista hicieron que las autoridades temieran su influencia en aquel momento. Tras una breve estancia y una detención, se vio obligada a abandonar también este país escandinavo y buscar nuevos campos.

En 1915, Lenin le pidió que escribiera un panfleto político, *¿Quién necesita la guerra?* que fue traducido a varios idiomas y ampliamente leído y discutido. Ese mismo año cruzó el océano y pasó cinco meses dando conferencias en Estados Unidos. En esta larga y fatigosa gira de costa a costa, Alejandra siguió tratando de sumar las simpatías de la gente a su causa. Fue bien recibida en muchos lugares, ya que los Estados Unidos se encontraban en ese momento en un estado de ánimo vacilante, había grandes grupos

de pacifistas y el calor del llamamiento de Alejandra encontró eco en muchos corazones.

Pero de todas las experiencias que Alejandra vivió en aquellos años, de 1914 a 1917, cuando pudo regresar a su país, sus recuerdos sobre Suecia son quizá los que más claramente destacan en su memoria. De hecho, debió ser una sensación curiosa abandonar el país bajo una prohibición y luego regresar de forma tan digna. Tal vez pocos en Estocolmo recuerden el caso después de todos estos años, pero los que lo hacen hablan con una sonrisa de la manera vergonzosa en que se anunció la orden de anulación del decreto de expulsión. Solo unas pocas líneas, casi escondidas entre otras noticias de la prensa, daban a conocer que el veredicto contra Alejandra Kollontay ya no existía. Nadie soñaba entonces, por supuesto, que con el tiempo se convertiría en la decana del cuerpo diplomático en Estocolmo y sería elevada al rango de embajadora, trece años después de aquel regreso triunfal.

Al considerar la ayuda prestada por Hjalmar Branting y los demás socialdemócratas suecos a Alejandra Kollontay, como siempre estuvieron dispuestos a hacer con aquellos que durante la gran guerra o después de ella dedicaban sus energías, (a menudo con riesgo de sus vidas o de su aún más preciada libertad), a la causa revolucionaria, merece la pena señalar algunas de las características que hicieron de Hjalmar Branting uno de los más grandes estadistas de Europa en su época. Suecia, tan citada en los últimos años como el país más progresista y como modelo de progreso social que otros harían bien en seguir, estaba en la época de Hjalmar Branting muy dominada por elementos conservadores.

Para ayudar a moldear su país en las líneas que su aguda inteligencia y su confianza le decían que debían conducir al bienestar y la felicidad de su pueblo, Branting no podía evitar entrar en conflicto con muchos grupos opuestos a aquellos desarrollos que pudieran reducir o disminuir sus propios intereses. Su tarea no era ni cómoda ni fácil de llevar a cabo, pero contaba con el único gran apoyo con el que todo hombre público debe contar, si quiere conseguir sus objetivos, la admiración y la lealtad de sus seguidores y el respeto -a regañadientes, quizá, pero real, no obstante- de sus oponentes.

En un mundo que la guerra había destruido en gran medida, con una moral baja unida a unas esperanzas desbocadas que no se cumplieron con el tratado de paz, el estadista sueco, cuyo país se había mantenido, afortunadamente, al margen del conflicto, supo visualizar, con la mayor claridad, lo que debía ser el nuevo mundo a crear si se quería obtener una paz real. Su fuerte espíritu internacionalista fue una torre de fuerza en medio de pueblos conquistados, decepcionados, amargados, desesperados, y de conquistadores rencorosos y, a veces, autosuficientes, y de otros que, cansados de la lucha, ansiosos de un futuro que los mantuviera libres de toda complicación, se resistían a entablar conversaciones o esfuerzos para hacer del mundo uno solo. Las semillas de un nacionalismo estrecho se hundían ya en el corazón de algunos.

En uno de sus magníficos discursos ante el Rikstag, Branting hizo en ese momento un balance de la situación y respondió con esperanza y convicción a las preguntas de quienes pensaban que la guerra no había significado progreso. Insistió en que la única base posible para un nuevo futuro era la democracia y se exployó sobre los avances obtenidos por cada uno de los países del Viejo Mundo en su lucha por dicho principio. Se extendió en las experiencias de Rusia, que a pesar de los problemas en los que se veía envuelta, se desarrollaría, según él, por el camino hacia el que conducían sus propias aspiraciones. "El hecho fundamental sigue siendo", dijo, "que el poder del Zar se ha derrumbado en el pasado y, con toda probabilidad, no volverá a levantarse". Donde su aguda visión no penetró en el futuro fue en lo referente a Alemania. Insistió una y otra vez en que no era posible concebir "que una Alemania saliera de una guerra mundial siendo el mismo país plagado de Junkers que entró en ella". Ni siquiera un hombre de su intelecto podría haber previsto la aparición posterior de una Alemania peor que la de los Junkers, una Alemania dirigida por la nariz por un hombre como Hitler.

Dadas estas tendencias hacia la unión de todas las naciones, no es de extrañar que Hjalmar Branting pusiera grandes esperanzas en la creación de una institución internacional que pudiera salvar al mundo de futuras guerras. Le gustaba expresarse muy claramente sobre esa, en su momento, más controvertida de las cuestiones, "nacionalismo vs. internacionalismo". Como él

mismo dijo, el "internacionalismo que niega los derechos de las naciones dentro de su propia esfera y que insiste en su obliteración y absorción en una masa cosmopolita nunca ha sido más que una caricatura del verdadero internacionalismo".

Por otra parte, consideraba que los sentimientos de los hombres por su patria habían sido utilizados con demasiada frecuencia por quienes pertenecían social y políticamente a clases privilegiadas para pretender que sus intereses particulares eran los de su nación. Esto ha llevado a menudo a situaciones críticas en las que los hombres se han visto abocados a hablar en contra de la tierra en la que nacieron, no por lo que la tierra en sí ha significado para ellos, sino por la injusticia social que han sufrido en ella. "En un arraigado sentido de la nacionalidad, libre de los prejuicios reaccionarios que tantas veces la han degradado, debemos buscar el punto de partida de un verdadero internacionalismo, y de una humanidad construida no a partir de átomos sin patria, sino como una libre alianza de pueblos autónomos".

Poco dispuesto a dejarse llevar por un optimismo o un pesimismo excesivos, Branting, que se convirtió en uno de los grandes defensores de la Sociedad de Naciones, se expresó sobre lo que consideraba la nueva institución de esta manera: "No ignoro en absoluto que la entrada de naciones libres y en algunos casos nuevas en el concierto europeo de Estados no ha sido todo un reencuentro festivo y fraternal, sino que ha suscitado nuevos motivos de fricción. Sin embargo, esta es una razón adicional para subrayar enfáticamente la importancia del comienzo de una Sociedad de Naciones en la que las disputas entre los miembros puedan ser resueltas por la ley y no por la agresión militar del más fuerte".

Más tarde, con un sentido casi profético, Branting previó que la Sociedad de Naciones fracasaría si las grandes potencias no eran lo suficientemente generosas para restringir la influencia que, como dijo, "es mucho mayor que su único voto, incluso sin tener en cuenta el hecho de que a menudo contarán con el apoyo de los estados dependientes". "Sin embargo", añadió esperanzado, "la igualdad formal concedida da a las naciones más pequeñas una oportunidad que deberían utilizar cada vez más al servicio de la humanidad y los ideales comunes".

Como muchos grandes hombres, Branting no tenía una personalidad brillante, pero sus palabras siempre tenían peso. Sus puntos de vista encontraron eco en todos los hombres sinceros, en todos los que creían que podía alcanzarse el internacionalismo en su sentido más elevado. Como prueba de esto, es interesante observar las palabras del corresponsal del periódico *New Statesmans* que, en marzo de 1924, escribió a propósito del Consejo de la Sociedad de Naciones cediendo a la política francesa en el Sarre: "El Sr. Branting, el robusto demócrata sueco, es el único miembro del Consejo que ha defendido sistemáticamente los altos ideales de la Sociedad. Se encuentra, por regla general, en minoría en las cuestiones polémicas".

Pidiendo al representante británico que adoptara una postura más firme, añadió: "queremos otro Branting. Si hubiera dos hombres tan enérgicos que no tuvieran otro objeto que estar a la altura de las realidades y los ideales para los que existe la Liga, y uno de ellos tuviera detrás el prestigio y el poder de Gran Bretaña, podrían atravesar la red de intrigas secretas y ejercerían inevitablemente una influencia dominante en el procedimiento del Consejo". El tiempo ha demostrado cuánta razón tenía.

Durante la crisis de Corfú, en 1923, Branting también adoptó una postura muy positiva, protestando contra el hecho de que la competencia sobre el litigio pasara de la Liga al Consejo de Embajadores. Los argumentos de los delegados italianos en el Consejo no hicieron mella en el estadista sueco, que observó que "hay una diferencia considerable entre lo que se permitía antes de la redacción del Pacto y lo que se permitirá después de que la mayoría de los Estados del mundo se hayan adherido al Pacto".

La muerte de Hjalmar Branting fue un golpe terrible, no solo para Suecia, sino para todo el mundo democrático. Su entierro fue la ocasión de una concurrencia de lejos y de cerca, como nunca antes le había sucedido a un sueco. Los obreros le siguieron bajo sus banderas como lo habían hecho en vida y a su número se añadieron representantes de todos los demás grupos, clases y partidos. De líder obrero se había convertido no solo en un gran estadista sino, lo que es más importante, en un representante de su pueblo.

El socialismo, cuando se alió con él, no tenía más adeptos en Suecia de los que podían acomodarse en el pequeño café donde

celebraban sus reuniones, pero incluso entonces Branting demostró ser un líder. Siendo todavía un colegial se convirtió en un internacionalista. "Incluso ahora es cierto que se llama soñadores a quienes se atreven a hablar de la fusión de las nacionalidades separadas en una unidad superior", escribió a los dieciséis años en una composición escolar. "Pero las utopías de hoy son las realidades de mañana, y las relaciones desarrolladas cada vez más por la ciencia, cuyo carácter cosmopolita se reconoce en todas partes, llevarán un día al género humano a la elevada meta que se fijó durante la Revolución Francesa en la última de las tres célebres palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad".

Un cuarto de siglo más tarde, escribió Valfried Spångberg en un artículo dedicado al gran estadista sueco, que encabezó el primer gobierno socialista de Suecia, y en realidad de Europa. Branting no pudo ser testigo de una era completa de socialismo, pero, como se dijo en su tumba, "como Moisés, condujo a su pueblo hasta que pudo vislumbrar la tierra prometida".

Dadas las simpatías internacionales de Branting, su lealtad a la causa del pueblo y su devoción por la justicia, no puede sorprender que fuera decisivo para ayudar a Alejandra Kollontay, no solo dentro de su propio país, sino siempre y dondequiera que hubiera ocasión de tenderle una mano fraternal, tanto a ella como a todas las personas perseguidas. A pesar de esa primera experiencia desafortunada, Alejandra, como muchos otros trabajadores de toda Europa, que se esforzaban por construir un mundo nuevo, siempre encontró amigos y camaradas devotos en ese pequeño rincón del norte de Europa, cuna de muchos soñadores y también de realistas.

La única cuestión en la que el grupo ruso al que Alejandra se había adherido en el exilio no podía estar de acuerdo con Hjalmar Branting era la de la guerra. Ella, como muchos otros, se oponía a la guerra. Estaba profundamente dolida por el fracaso de la Segunda Internacional Socialista para evitarla, mientras que Hjalmar Branting estaba de todo corazón a favor de la victoria de los aliados y de la salvación de los principios democráticos que temía que perecieran a manos de una Alemania victoriosa. Estas diferencias, sin embargo, no pudieron enfriar la cálida admiración

que Alejandra siempre ha sentido por el gran estadista sueco, su camarada y amigo.

CAPÍTULO 8 DE VUELTA A CASA

Alejandra Kollontay encontró en Oslo un oasis de descanso en aquellos años en los que la guerra hacía estragos en Europa. Allí tuvo muchos amigos y le fue posible tener un ligero respiro de su ardua propaganda pacifista, un respiro antes de una época aún más tensa y difícil en la que, mientras la lucha se acercaba a su fin en el continente, Rusia iba a sumergirse en la revolución.

Durante lo que podríamos llamar unas vacaciones, aunque escribía incesantemente y daba conferencias, no vivió en Oslo, sino que eligió alojarse en una pequeña hostería en la cima del Holmenkollen, desde la que podía disfrutar de una hermosa vista de la ciudad y sus alrededores. El lugar era tranquilo y estaba alejado de la habitual carrera de policías, que esta vez no estaban empeñados en detenerla. Allí también estaba lejos de las miradas indiscretas de quienes desaprobaban sus teorías antimilitaristas. Hablando de la policía de Oslo, ella misma ha dicho en tono de agradecimiento: "Me dejaron quedarme. Simplemente no me molestaron". Sin embargo, su retirada no fue tan lejana como para privar a sus muchos amigos y admiradores de disfrutar de su compañía.

Una mujer noruega ha comentado la emoción que produjo en su joven mente y corazón la primera vez que oyó hablar a Alejandra. Dice que era como contemplar una llama al verla, y que el entusiasmo de la oradora se comunicaba a todo el público, aunque muchas personas no seguían del todo las teorías expuestas por esta encantadora y bella intérprete de las doctrinas más avanzadas del mundo moderno. En 1917, Alejandra Kollontay estaba de vuelta en su querida tierra natal. La tan esperada revolución que supuso la caída del zarismo y el triunfo de los que durante tanto tiempo habían luchado contra la opresión, fue anunciada con una amnistía general para todos los delincuentes

políticos que, en la cárcel o en el exilio, pagaban el precio de su independencia de espíritu y su libertad.

Solamente aquellas personas que han pasado largas temporadas en el exilio pueden comprender plenamente lo que debieron sentir aquellos refugiados rusos cuando llegó la noticia de que la causa por la que habían luchado y sufrido había triunfado y que las puertas de su país se habían abierto de par en par para recibirlos. Desde los lejanos campos de Siberia, desde las cárceles de las ciudades y desde las tierras del exilio, todo un ejército de revolucionarios entró en la capital rusa con gritos de victoria. La soledad, el silencio, los castigos corporales, las terribles distancias, el miedo abrumador al arresto, la pérdida de vidas preciosas, se olvidaron en ese momento de éxtasis supremo. Llevaban mucho tiempo esperando. Únicamente los que han sufrido el exilio pueden darse cuenta de la lentitud con la que los trenes parecen avanzar cuando la meta que esperan alcanzar se acerca y está a la vista. Alejandra, que se había reunido con sus camaradas en Suiza, llegó a San Petersburgo con Lenin. En una pequeña instantánea la he visto sentada cerca del andén improvisado desde el el gran líder ruso se dirigía por primera vez al pueblo ruso a su regreso a la tierra natal.

Los países democráticos encontraron más tarde una excusa para su desconfianza y temor ante la revolución triunfante de Rusia en el hecho de que los dirigentes alemanes habían permitido a Lenin y a otros treinta emigrantes distinguidos pasar por Alemania en un tren extraterritorial. El hecho de que la imperialista y autocrática Alemania permitiera a "los bolcheviques" atravesar su territorio mientras la guerra con el país de los emigrados aún estaba en marcha y que autorizara a muchos otros revolucionarios a viajar dentro del territorio alemán en ruta hacia Rusia después de que se hubiera alcanzado un acuerdo entre los dos países para el intercambio de prisioneros de guerra alemanes en Rusia por emigrados en Europa Occidental, todos ellos ardientes pacifistas, fue tomado más tarde como una prueba definitiva de que se había decidido entonces la suspensión de las hostilidades y el fin de la guerra entre Rusia y Alemania.

Cuando Lenin y los demás refugiados llegaron a San Petersburgo en aquel día húmedo, oscuro y amargamente frío, no estaban en absoluto ciegos ante las innumerables dificultades que

se encontraban en su camino. Como líder de un grupo grande y totalmente revolucionario, Lenin era plenamente consciente de la complicada e inestable situación a la que se enfrentaba. Toda la maquinaria del Estado se había desorganizado. Los soviets eran las únicas unidades gubernamentales que mantenían el orden. El repentino cambio trajo consigo el inevitable desorden, la violencia y, en ocasiones, los resentimientos personales con su acostumbrada estela de crueldad innecesaria.

La situación en los frentes de guerra era precaria y la actitud adoptada rápidamente por las potencias aliadas se convirtió en una amenaza de incalculable importancia. Mientras el gobierno provisional dirigido por Kerensky intentaba seguir la política de apaciguamiento que desde entonces ha quedado tan desacreditada, el pueblo mismo, dividido en dos facciones, mencheviques y bolcheviques, luchaba por el poder en todos los rincones del país. Sin embargo, cuando el 16 de abril el tren que transportaba a Lenin y a sus camaradas llegó a la estación de San Petersburgo, es posible que se les hiciera creer que la mayor parte de Rusia estaba con ellos.

En su libro *Maxim Litvinoff*, Arthur Upham Pope habla del discurso con el que el líder bolchevique electrizó a sus oyentes. Anunció que "en todas partes la guerra civil seguirá a la guerra imperialista. Ya vemos el amanecer de la revolución mundial". Lenin contuvo al pueblo con sus palabras, pero su aspecto era extrañamente poco dramático. "Un hombre pequeño y grueso", dice John Reed en *Diez días que estremecieron al mundo*, "saludado por aplausos como truenos... sus rostros brillaban, como hombres que miran a Dios.... Quinientos rostros pueden iluminarse y brillar a la vista de él...." El grupo de recién llegados se dirigió, tras el discurso de Lenin, a la sede bolchevique situada en el palacio de la antigua primera bailarina de la Ópera que, según se decía, había sido la amante del Zar.

Alejandra, naturalmente, se vio atrapada por la convulsión de luchas y agitación que entonces sacudía al país de un extremo a otro. Sin embargo, ella y sus camaradas no tenían motivos para dudar. Los objetivos que tenían en mente eran definidos. Su posición había quedado clara con las diez tesis de Lenin:

1. Independientemente de la abdicación del zar, la guerra, en lo que respecta a Rusia, seguía siendo imperialista.

2. La revolución rusa debe avanzar de la primera a la segunda etapa (del derrocamiento del zar al derrocamiento del capital).
3. El Gobierno Provisional no debe ser apoyado.
4. Los Soviets de los Diputados Obreros constituían el único gobierno revolucionario posible.
5. Todos los latifundios debían ser expropiados.
6. Todos los bancos debían ser fusionados, el control debía recaer en los Soviets.
7. Los soviets deben hacerse cargo de la producción y la distribución.
8. Los bolcheviques debían celebrar inmediatamente un congreso para modificar su programa y su nombre de acuerdo con el nuevo giro de los acontecimientos revolucionarios y el descrédito en que había caído el nombre de socialdemócrata.
9. El nombre de socialdemócrata debe cambiarse por el de comunista.
10. La Internacional debe restablecerse.

Kollontay no tardó en recibir órdenes de ponerse en marcha. "En la primavera de 1917", dice en *Romance y revolución*, "fui enviada muchas veces por el partido a Helsingfors, el lugar en el que se encontraba la flota rusa del Báltico. El propósito de mis visitas era ganar los acorazados para la revolución y la consigna bolchevique: ¡Todo el poder para los soviets!"

El objetivo del Partido Bolchevique era conseguir el apoyo del pueblo para el nuevo Estado socialista y derrotar a sus enemigos, como no había conseguido el gobierno transigente e ineficaz de Kerensky. Incapaz de resistir la presión extranjera para que adoptara una política militarista, el gobierno provisional se había vuelto cada vez más impopular entre un pueblo que tenía hambre y frío y que no veía ninguna razón para que su país se viera envuelto en lo que le parecía una guerra extranjera. Insensible a la oposición de su pueblo, sin embargo, Kerensky siguió insistiendo en un nuevo impulso ruso contra los alemanes. No obtuvo ningún apoyo del pueblo, y tan poco incluso del propio ejército que se vio obligado a hacer frecuentes viajes al frente donde arengaba sin cesar a los soldados sobre la importancia de tomar los Dardanelos. Gracias a estos discursos se ganó el apodo de "persuasor en jefe".

A lo largo del frente occidental la disciplina del ejército se desmoronaba. Los soldados simplemente abandonaban sus puestos y, tomando los trenes y otros medios de transporte en sus manos, abandonaban el frente para dirigirse a sus propios pueblos. Al observar el colapso del ejército, Lenin señaló que ningún gobierno podía esperar reunir el apoyo de su ejército si no contaba primero con la confianza del pueblo; una vez obtenida esta y reorganizado el ejército, el nuevo Estado podría entonces atacar a sus verdaderos enemigos. Pero Kerensky lo vio de otra manera. Incrementó sus esfuerzos para endurecer la disciplina en el ejército -aunque sin éxito- y, aunque el país estaba ya casi en bancarota, siguió concediendo nuevos préstamos para apoyar a su gobierno y su programa de guerra.

Los bolcheviques, por supuesto, se oponían por completo a esta política agresiva, pues Lenin consideraba que no podía tener éxito ninguna ofensiva que no se basara en un sólido fundamento de confianza pública y que no fuera una verdadera expresión de la voluntad de un pueblo de defender un modo de vida que ellos mismos querían y en el que creían. Por ello, el Partido envió a sus más hábiles protagonistas a los puntos más conflictivos del país, donde el desorden era mayor, con la esperanza de unir al pueblo a la causa soviética. Uno de estos puntos era la armada rusa en el Mar Báltico.

Alejandra trabajó duro en su misión en Helsingfors, pero pudo ver claramente cómo estaba dividida la simpatía popular. "Me enviaron... de un acorazado a otro", dice, "celebrando reuniones y explicando nuestros objetivos. En muchos acorazados encontré apoyo y simpatía y la resolución de los bolcheviques fue aprobada. Pero todavía había discusiones acaloradas entre los bolcheviques de un lado y mencheviques y social-revolucionarios por el otro. Los marineros estaban del lado de los bolcheviques y los oficiales apoyaban a los mencheviques o social-revolucionarios". En mayo, los soviéticos habían sido invitados a entrar en el tambaleante Gobierno Provisional, pero se negaron. Los social-revolucionarios y los mencheviques aceptaron.

Dos meses después, Kerensky, presionado por los aliados, inició una ofensiva con la que demostrar la fuerza de la nueva Rusia. Al fracasar, el Gobierno Provisional se vio seriamente comprometido. Amargado por esta nueva decepción, el pueblo,

cansado de la guerra, se dirigió con esperanza a los soviéticos, que acababan de publicar un Llamamiento a los Socialistas de Todos los Países y las "Condiciones de Paz del pueblo ruso" que incluían un acuerdo sin anexiones ni indemnizaciones sobre la base de la autodeterminación de los pueblos.

La escasez de alimentos y la terrible falta de organización habían llevado al caos total. La vida se había vuelto tan difícil que la inquietud y el descontento empezaron a manifestarse incluso entre las masas que esperaban ansiosamente que la consigna de Lenin, "Paz y Pan", se hiciera realidad. Sin embargo, el Gobierno Provisional seguía negándose a permitir el cese de las hostilidades. Los días 16 y 17 de julio, graves desórdenes entre el personal naval de Kronstadt, de los que sin duda fue responsable Alejandra, entre otros, condujeron a una acción contra el Partido Bolchevique. Varios de los líderes más conocidos, entre ellos Alejandra Kollontay, fueron arrestados y Lenin se vio obligado a esconderse.

Kerensky pensó que no era prudente permitir que Kollontay continuara su labor de agitación dentro o fuera del país y ordenó su detención. Ya la había hecho detener una vez en la frontera rusa bajo la fantástica acusación de ser una espía alemana. Todo el mundo sabía, sin embargo, que la verdadera razón era que era bolchevique y, por tanto, se oponía al Gobierno Provisional. Por supuesto, no había absolutamente ninguna prueba en apoyo de la reclamación del gobierno en la que basar un juicio y, bajo la presión de los soviéticos, hubo que concederle la libertad.

Pero después de la revuelta de julio, Kerensky estaba decidido a mantenerla dentro de los límites. Fue acusada de haber dicho abiertamente que el gobierno soviético era la única forma para Rusia. Esta vez la mantuvieron en una severa dieta de prisión y sufrió mucho. Durante todo ese tiempo, estuvo bajo la vigilancia de dos guardias del servicio secreto, ambos originalmente al servicio del zar, cuyo deber era acompañarla en todo momento del día y de la noche, ¡incluso durante su baño! Por fin, a tiempo para la apertura del Congreso Democrático, se le concedió la libertad. El Gobierno Provisional no podía mantenerla confinada por más tiempo, ya que había sido nombrada delegada en el Congreso e iba a ser una de las principales oradoras.

Louise Bryant, que asistió a ese Congreso, ofrece una breve pero íntima semblanza de ella en ese momento en su libro *Seis meses rojos en Rusia*: "Es una personita delgada cuya edad es difícil de determinar; a veces parece de veinte años y otras mucho, mucho mayor. Trabaja incansablemente y, a través de la persistencia nacida de la intensidad ardiente, logra una cantidad tremenda. Es una de las mejores oradoras que he escuchado. Siempre se le pide que interprete los discursos de los delegados extranjeros que vienen a Petrogrado. Kollontay viste muy bien, lo que es sumamente inusual en Rusia entre las mujeres interesadas en las ideas revolucionarias".

Cada vez más desesperado, Kerensky se decidió a convocar una Asamblea Constituyente y, sin esperar a que se abriera, convirtió el Gobierno en un Directorio de los Cinco, y luego proclamó una república que debía ser refrendada por la Asamblea. Pero este Congreso tan esperado fue otro fracaso.

La Asamblea Constituyente es la causa de más confusión a la hora de entender los acontecimientos en Rusia en aquella época que cualquier otro movimiento político. La Asamblea había sido muy solicitada por todos los grupos radicales. Sin embargo, cuando finalmente se convocó, y luego se cerró tan repentinamente sin dar ninguna razón, no hubo ni un murmullo de protesta. Algunos creen que la razón principal de su fracaso fue que la Asamblea estaba en contra de los soviéticos. Y esa fue una prueba bastante justa para los bolcheviques. Si algún grupo en Rusia hubiera podido doblegar a los soviets habría sido la Asamblea Constituyente; pero en su primer intento de hacerlo su poder se desvaneció. Mientras tanto, la situación política se hacía cada vez más crítica. El grito de "Todo el poder" se hizo cada vez más insistente, y a finales de octubre Kerensky trató de hacer un esfuerzo desesperado más para fortalecer su posición. Habló de paz y de repartir la tierra entre los campesinos. Pero era demasiado tarde.

El 3 de noviembre, un grupo de delegados de los soldados se negó a obedecer al Estado Mayor. Su argumento era que debían lealtad al Comité Militar Revolucionario. Kerensky se apresuró a ir al frente con la vana esperanza de poder reunir a las tropas a su alrededor y marchar sobre la capital tras destruir el creciente poder de los bolcheviques. Una vez más no hubo nada que hacer.

El 7 de noviembre amaneció en la nueva Rusia revolucionaria y la más gigantesca agitación social del mundo estaba en marcha. Alejandra habla a menudo de esos momentos de júbilo. Los soviéticos habían ganado, pero era una victoria muy trabajada. El 8 de noviembre, el nuevo gabinete soviético, o más bien el Consejo de Comisarios del Pueblo, entró en funciones y Alejandra fue nombrada Comisaria de Bienestar Social.

No era la primera mujer que ocupaba un puesto en el Gabinete de su país. Bajo el gobierno de Kerensky, la condesa Panina había sido nombrada para el mismo cargo, y lo desempeñó durante un breve periodo de tiempo, pero tras la caída de Kerensky fue encarcelada en la fortaleza de Pedro y Pablo por haberse negado a entregar noventa mil rublos en fondos del Estado que estaban en su poder cuando los bolcheviques llegaron al poder. Su juicio fue uno de los más sensacionales jamás celebrados ante un tribunal revolucionario.

La condesa fue juzgada con justicia y las reacciones de los trabajadores fueron muy interesantes. Louise Bryant, que estaba presente, relata que una joven menchevique que estaba sentada cerca de ella dijo: "A Panina le gusta mucho la gente pobre; cree que son casi tan buenos como los demás". Esta era la diferencia fundamental entre Panina y Kollontay, y la razón por la que una era muy querida y la otra fue barrida en la consideración pública tras la dura prueba de la revolución.

Alejandra no esperaba ser nombrada ministra; al menos negó que fuera a ocurrir cuando, pocas horas antes de su nombramiento, alguien le preguntó si era cierto. ¿Ignoraba realmente el hecho o era simplemente que por un momento rehuyó admitir la posibilidad de tener que enfrentarse a un trabajo que, por el momento, se presentaba con dificultades casi insuperables? Pero ella era demasiado útil y demasiado necesaria para que tales consideraciones, de haber existido, no fueran anuladas en ese momento y ella misma no es una mujer que evite o ignore la llamada del deber.

CAPÍTULO 9

EN EL ARNÉS

Los soviéticos tenían ahora todo el poder en sus manos, pero un poder que muchos antagonistas ambiciosos iban a intentar arrebatárles. El país se encontraba en un estado totalmente caótico y todas las facciones clamaban por que se atendieran primero sus necesidades particulares. En su obra *Romance y revolución*, Alejandra da una idea de los problemas a los que se enfrentaron los comisarios del pueblo durante aquellos primeros intentos de implantar el nuevo régimen, y pocas personas podían hablar de ellos con más autoridad y sencillez que la propia Alejandra:

"El poder estaba ahora en manos de los soviéticos, pero era más fácil tomar el poder que mantenerlo frente a todos los enemigos que nos rodeaban y a todas las dificultades que surgían de todas partes. La hambruna era generalizada. La cuestión alimentaria no podía resolverse en un día. Los alemanes avanzaban, y ahora los ejércitos de los generales blancos apoyaban a los alemanes en el esfuerzo conjunto por tomar Petrogrado y derribar el gobierno socialista. Los elementos contrarrevolucionarios del país detenían los trenes de suministro de alimentos y los saqueaban. Había combates locales en toda Rusia entre la Guardia Roja (el Ejército Rojo aún no existía) y los contrarrevolucionarios. La tarea más difícil era mantener la mano sobre todos los soviets locales, que estaban acostumbrados a increpar a la autoridad mientras existiera el Gobierno Provisional. Ahora, cuando las órdenes venían del Gobierno del Soviet Central, no estaban acostumbrados a adaptar su voluntad a la autoridad del Estado. El Partido Bolchevique tuvo que enviar comisarios a todas las partes de Rusia para sofocar conflictos locales innecesarios. Fue necesario el genio de Lenin y la unidad de los bolcheviques en el partido, así como la fuerte disciplina que siempre marcó la organización, para superar todas esas dificultades y no perder nunca la fe en la victoria final".

Los obreros, marineros y soldados apoyaban al nuevo régimen. A los campesinos aún no se les había convencido.

Nunca habían tenido demasiado aprecio por el Gobierno Provisional, pero no estaban tan seguros de que el nuevo Gobierno soviético fuera lo que querían.

Lenin se esforzaba por resolver la cuestión agraria y pasaba horas en las conferencias de campesinos convocadas en Petrogrado. La creencia bolchevique de que la tierra debía pertenecer a quienes la trabajaban ayudó sin duda al entendimiento entre el partido y los campesinos. Ya no se hablaba de la "devolución de la tierra confiscada" a los terratenientes, consigna del Gobierno Provisional, pero había muchas otras cuestiones que resolver, como reconoció la propia Kollontay. Pasó mucho tiempo antes de que el departamento de Estado y los comisariados del pueblo pudieran retomar su trabajo normal. El sabotaje en todos los departamentos dificultaba doblemente la reorganización del sistema estatal. En el propio entorno de Alejandra, los avances eran igualmente difíciles.

El Ministerio de Bienestar Social era muy complicado, compuesto por una variedad de instituciones no relacionadas entre sí. Debía ocuparse de las pensiones a las viudas de guerra y de las viviendas para los inválidos de guerra, los hospitales de expósitos, los hogares para huérfanos, ciegos y dementes. Mantenía un taller para enfermos ambulatorios e incluso una fábrica de naipes, cuyos beneficios se destinaban al sostenimiento del fondo de asistencia social.

Pero era tal la confusión en todos los asuntos públicos que pasaron algunas semanas antes de que el comisariado pudiera reabrir sus puertas. E incluso entonces no todo fue fácil, ya que había tanta oposición dentro de los departamentos gubernamentales como fuera de ellos. "Cuando vine a ocupar mi puesto", dice Kollontay, "casi todo el personal abandonó la casa de forma demostrativa, bajando las escaleras y pasando por delante de mí sin saludar. Solo algunos de los funcionarios más pequeños declararon su voluntad de continuar su trabajo con el Gobierno soviético".

El consejo del comisario, compuesto por funcionarios de las distintas ramas del ministerio, se marchó en bloque, pero ni siquiera esa falta de cooperación amedrentó al nuevo ministro. Sin embargo, para reanudar el trabajo del ministerio se necesitaba una cosa: dinero, ya que en aquella época no funcionaban los

bancos en Rusia y se necesitaba dinero en efectivo para las ayudas de diversa índole en todas las partes del país. Cuando Kollontay llegó al cargo, los fondos del Departamento de Bienestar Social - dinero en efectivo, joyas y otros valiosos regalos- se guardaban en una caja fuerte especial en el Smolny. Pero las llaves no se encontraron. Los saboteadores, en un intento de avergonzar las actividades del nuevo ministerio, se habían llevado las llaves de su caja fuerte. De inmediato, Kollontay las pidió a sus predecesores, ya que era imposible abrir la caja fuerte por la fuerza, pero estos negaron saber dónde se encontraban.

Mientras tanto, el nuevo comisario era presionado por todas partes para obtener dinero. Los representantes del Hogar de Ancianos acudieron con peticiones de fondos con los que comprar madera, ya que el suministro de invierno se estaba agotando y la madera no se podía comprar a crédito. Las viudas de los soldados se agolpaban en la antesala, esperando sus pensiones. Los administradores de las escuelas y los superintendentes de los hogares de huérfanos mendigaban dinero para comprar alimentos y equipos para los niños. Alejandra no podía permitir que estas trágicas condiciones continuaran, sobre todo cuando sabía que había fondos disponibles si solo podía conseguirlos. Pero sus obstinados adversarios seguían negándose a entregar las llaves. Solo le quedaba una cosa por hacer, y la hizo. Envío un destacamento de la Guardia Roja a buscar a los presuntos saboteadores, con una orden de arresto. Cuando estos señores fueron llevados a su despacho, les pidió de nuevo las llaves. Esta vez no fueron tan arrogantes en su respuesta, pero siguieron manteniendo que no sabían nada. Ahora le tocaba a Alejandra ser testaruda. Se dirigió tranquilamente a los guardias y les ordenó que llevaran a los saboteadores a la estación de la milicia más cercana, donde podrían permanecer hasta que las llaves necesarias fueran devueltas a los representantes legales del gobierno. Entonces serían liberados.

Cuando los guardias y sus cargos abandonaron la sala, Alejandra volvió a su trabajo con el consejo. Todos sus asociados aprobaron su firme postura y todos se pusieron a trabajar con la seguridad de que las llaves serían devueltas pronto. Aquella noche, como de costumbre, Kollontay trabajó hasta tarde, hasta que por fin se fueron todos menos ella y el secretario Zvetkov.

Para darnos una imagen vívida de su entorno, en el que durante casi un siglo los Ministros de Bienestar Social del régimen del Zar habían ejercido su influencia, dice: "La habitación estaba amueblada al estilo victoriano con mucha elegancia. Hacía frío, ya que no habíamos tenido leña para calentar las habitaciones, pero gracias al doctor Korolev, del Hospital de Niños Expósitos, ahora había unos cuantos troncos apilados ante la estufa holandesa blanca y Zvetkov estaba encendiendo el fuego. Era alegre ver las cálidas llamas y tener a Zvetkov cerca. Me había sentido solo, hambriento y con frío. Hambre, como todos lo estábamos en aquellos días. En mi mesa de trabajo había un vaso de té con un terrón de azúcar en el plato, pero no había pan. No teníamos mucho que comer, la comida era escasa y los comisarios no hacían uso de ningún privilegio.

"Cuando Zvetkov me dio las buenas noches y se marchó - continúa, esbozando sus propios sentimientos de aquella noche-, me quedé sola en esta habitación grande y poco acogedora. El escritorio me pareció enorme y todo el mobiliario de la habitación hostil. Me sentía sola y desanimada. ¿Me preguntaba si era correcto detener a esos saboteadores? Tal vez, si hubiera sido un mejor negociador, habría podido obtener las llaves sin amenazarlos. Pensaba especialmente en el jefe del departamento financiero. Ya no era joven, estaba pálido y delgado y agobiado por el trabajo. Sabía que vivía con su anciana madre y que esta le cuidaba mucho. ¿En qué estaría pensando ahora la anciana? Podía imaginar su ansiedad. ¿Teníamos que tomar medidas tan brutales para salvaguardar los intereses de la República Soviética? Me sentía sola, porque no podía hablar de mis sentimientos con nadie. Pero entonces recordé lo que Lenin me había dicho uno de esos días, cuando le hablaba de algunos actos de brutalidad. ¿Podríamos aprobarlos? Pensé que no. Lenin sacudió la cabeza. '¿Esperabas que se pudiera hacer una revolución con guantes blancos? No hay más que dos caminos para nosotros: estar al lado de los soviéticos o ir con los contrarrevolucionarios. No hay una tercera vía, no hay compromiso". Sabía que tenía razón. No había otro camino. Todas esas viudas que lloran y las infelices víctimas de la guerra, todos esos huérfanos y ancianos que se congelan por falta de combustible, y los saboteadores que guardan las llaves para impedir que utilicemos los enormes fondos de la Asistencia

Social. Se reían de nosotros, diciendo: '¡Mira a los bolcheviques! Con todas sus promesas de reformas sociales en beneficio de los obreros y los campesinos, ni siquiera pueden alimentar a los huérfanos y dejan que los ancianos mueran de frío. ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde están las joyas del Estado? Deben haber ido a parar a los bolsillos privados de los comisarios". Eso es lo que decían al pueblo y escribían en los periódicos burgueses. Y así es como sus agentes en otros países trataban de influir en la opinión pública en el extranjero. Que los saboteadores aprendan la lección. "Apagué la luz del gabinete y bajé a toda prisa la amplia y magnífica escalera".

Tres días después Alejandra recibió las llaves. Los saboteadores fueron puestos en libertad, como se les había prometido, y Alejandra se puso a trabajar, feliz de que la primera y única detención que tuvo que hacer personalmente había terminado, y con éxito. Alejandra solo nos da esta imagen de la lucha moral que tuvo que soportar al tener que ejercer su autoridad de forma tan drástica. La calma con la que parecía dar la orden de arresto de sus subordinados era el resultado de ese autocontrol que había adquirido en muchos años de actividades clandestinas. Pero en realidad, cuando se quedó sola aquella noche, lloró amargamente al pensar que esa medida fuera necesaria. Al igual que muchos otros ardientes reformistas, le resultaba desgarrador que los ideales largamente deseados fueran objeto de tantos pequeños y mezquinos ataques y que los cambios cuidadosamente pensados para el bien del pueblo se encontraran con semejante oposición.

Más tarde tomó otra medida que también suscitó descontento al principio. Convocó una reunión de todos los empleados, a la que asistieron incluso los sirvientes más humildes, y fue muy franca y directa. Les dijo que Rusia estaba en bancarrota, que casi no había dinero para mantener las instituciones de caridad en todo el país, y que ella tenía había pensado en un plan mediante el cual todos podrían ayudar. El plan consistía nada más y nada menos que en reducir los sueldos de los que ocupaban los puestos más altos. A ella, como a todos los demás comisarios, solo se le había asignado el equivalente a unos cincuenta dólares al mes.

Podemos imaginar los sentimientos de algunos de los empleados, como los trabajadores profesionales que habían

estado recibiendo veinticinco mil rublos al año, pero sufrieron una conmoción aún mayor cuando se les informó de que todos los empleados deberían estar presentes en el futuro en las reuniones que se celebrarían con frecuencia y que las sugerencias de todos, altos y bajos, recibirían la misma consideración. Los subordinados más humildes se mostraron muy comprensivos y dispuestos a trabajar durante dieciséis horas seguidas si era necesario, y su admiración por el nuevo jefe, al que llamaban "pequeño camarada", pronto no tuvo límites.

La oficina de Alejandra en la Kazanskaya era asaltada día y noche por personas que necesitaban ayuda, y la falta de fondos dificultaba aún más su tarea, pero reduciendo los gastos y poniendo enormes impuestos a los lujos, como los naipes y otros, aumentó considerablemente los ingresos de su departamento. Pronto la ministra se ocupó de construir una casa para madres convalecientes que sería conocida como el Palacio de la Maternidad. A sugerencia suya, el Consejo de Comisarios aprobó una medida que proporcionaba atención gratuita durante dieciséis semanas a las mujeres antes, durante y después del encierro. A continuación, se ocupó de los niños expósitos y luego de las escuelas públicas, ya que estaba decidida a que todos los niños de Rusia recibieran educación.

Pero la mayor de todas sus tareas en ese momento era la búsqueda de hogares para los inválidos de guerra. Ya había muchos en Petrogrado, y seguían llegando más de del frente cada día. Como toda gran ciudad en tiempos de guerra, Petrogrado estaba terriblemente superpoblada y no había edificios vacíos disponibles. Se destinaron algunas escuelas a los inválidos, pero no fueron suficientes. Si el país no estuviera todavía en guerra, habría sido posible enviarlos a sus hogares en toda Rusia, pero las dificultades del transporte local lo hacían a menudo impracticable.

"El invierno era muy frío", dice Alejandra, "sus pensiones eran bajas, la comida era difícil de conseguir y cuando salían de los hospitales, a menudo no tenían adónde ir. Había casos en los que los inválidos, enfermos y cansados de andar por las calles, pasaban las noches en las estaciones de tren, otros se arrastraban por las escaleras de las casas particulares y dormían allí en el suelo de piedra. Era trágico e insoportable". Había que encontrar

un alojamiento y una alimentación adecuados para estas "infelices víctimas de la guerra imperialista", muchas de las cuales no solo estaban nerviosas e irritables, sino también hambrientas y realmente enfermas. Algunos se quejaban amargamente. Otros suplicaban que se les enviara a casa. Otros, presionados por la dureza de las condiciones en las que se veían obligados a vivir, se enfadaron y amenazaron con celebrar una manifestación en la Nevsky Prospect si no se hacía algo para aliviar su situación. Se constituyeron en asociación y eligieron delegados que cada día se presentaban en la Comisaría de Bienestar Social suplicando ayuda, e incluso exigiendo históricamente un alivio. A menudo, la antesala del comisariado tenía el aspecto de una clínica mental, cuando los delegados de la asociación de inválidos de guerra se derrumbaban de decepción y desesperación.

Alejandra sentía sus necesidades con intensidad. Sabía que había que hacer algo, cualquier cosa. Nombró una comisión de empleados del comisariado y de víctimas de la guerra para que buscaran alojamiento en la ciudad. Zvetkov estaba a la cabeza de esta comisión y por fin, un día se presentó ante ella "radiante y dijo que acababan de encontrar una solución ideal a esta cuestión candente. Dijo que podían instalarse de inmediato quinientos o seiscientos inválidos y que no se podían encontrar mejores condiciones de alojamiento. Había pequeñas habitaciones separadas y grandes dormitorios con camas, mantas y cojines; cocinas que podían suministrar cientos de raciones de comida. Se podía comer en cantinas; había panaderías, baños rusos y, lo que era aún más esencial, provisiones de alimentos para muchos meses y leña para todo el invierno. ¿No era aquel un lugar ideal para nuestros sufridos inválidos?

"Pero, ¿dónde encontró usted una vivienda tan milagrosa y bien acondicionada que no se utiliza ahora para un fin u otro? Pues es el famoso monasterio Alexander Nevsky". El monasterio de Alexander Nevsky era considerado un lugar sagrado por el pueblo ruso, situado en el norte de Petrograd, una ciudad en sí misma, rodeada por una enorme muralla antigua. Era uno de los mayores monasterios de Rusia. Kollontay se asombró al saber que Zvetkov había conseguido entrar allí. No era fácil acercarse a los monjes. Zvetkov explicó que el monasterio había perdido a

muchos de sus habitantes en el último año y que la mayor parte de sus edificios estaban vacíos. Había conseguido conocer a algunos de los novicios y les había hablado de la difícil situación de los inválidos de guerra. Los novicios realizaban gran parte del trabajo duro en el monasterio -trabajaban en las cocinas, hacían la limpieza y buena parte del trabajo exterior también- y sabían que llenar los edificios vacíos podría significar más trabajo para ellos, pero se daban cuenta de la importancia de tener a los inválidos, con sus ideas democráticas, entre ellos, y querían hacer todo lo posible para ayudar. Zvetkov incluso había tenido una charla con el administrador financiero, que dijo que en nombre de Dios darían refugio a los inválidos sin pagar, pero propuso que el Comisariado pagara todas las comidas que el monasterio debía suministrar.

Si Alejandra aceptaba esta propuesta, dijo Zvetkov, los arreglos prácticos podrían hacerse de inmediato. "Me pareció una buena manera de resolver nuestras dificultades", dijo ella, y juntos elaboraron el plan en detalle. Se fijó el día para el reasentamiento de las víctimas de la guerra y por la mañana la comisión de vivienda y un grupo de inválidos se apresuraron a tomar posesión de la nueva morada en el monasterio. Pero al acercarse al monasterio, la comisión se sorprendió al encontrar todas las campanas tocando y las puertas cerradas. Una gran multitud se había reunido, mostrando una abierta hostilidad a la idea. Se gritaba que los bolcheviques buscaban las riquezas del monasterio, se clamaba por el sacrilegio contra el santo Alejandro Nevsky, se amenazaba con defender los derechos de los santos monjes ahuyentando a los bolcheviques, entre otras quejas. Como la multitud estaba cada vez más excitada y los inválidos mostraban signos de creciente histeria, Zvetkov decidió ordenar por teléfono que se enviara lo antes posible un destacamento de marineros para mantener el orden. Muy pronto los marineros llegaron en un camión, completamente armados, pero eso pareció irritar aún más a la multitud. Los contrarrevolucionarios aprovechaban el conflicto para agitar contra los soviéticos y los bolcheviques. Nunca se aclaró quién empezó el tiroteo. Pero el tiroteo era un hecho. Viendo que la polémica se convertía en una pelea habitual, Zvetkov consiguió, con la ayuda de los marineros, saltar el muro y encontrar a sus amigos del día anterior. Los

novicios dijeron que el prior estaba categóricamente en contra de alojar a los inválidos en el monasterio y que les había prohibido abrir las puertas. Todos los monjes estaban reunidos en la capilla, leyendo misas y rezando a Dios para que los salvara de los bolcheviques. Tampoco estaba claro si las puertas fueron finalmente abiertas por los novicios, o si se abrieron por la fuerza. En cualquier caso, la Comisión de la Vivienda se puso en contacto con algunos de los monjes y, para evitar el derramamiento de sangre, estos dieron permiso a la asociación de inválidos para tomar los edificios. La multitud reunida fue dispersada por la milicia que, al oír los disparos, se dirigió rápidamente al monasterio. Al anochecer, varios centenares de inválidos de guerra estaban acuartelados en las celdas del monasterio. Ningún monje fue expulsado del monasterio, ni siquiera se les pidió que abandonaran sus celdas. "Yo fui la que dio esta orden directamente a la Comisión de Vivienda", añadió Alejandra.

Pero el incidente despertó una gran irritación en la ciudad y los rumores circularon rápidamente. Los contrarrevolucionarios se alegraron de utilizar este incidente como ilustración de la política antirreligiosa y la crueldad de los bolcheviques. Hubo historias de monjes viejos y enfermos abatidos por los marineros o expulsados del monasterio, de miembros de la Comisión de Vivienda que se llenaban los bolsillos con joyas arrancadas de los ikones, y otras historias igualmente falsas. "Todo era una empresa muy desgraciada y solo podía perjudicar a nuestro Gobierno", concluye Alejandra. "Me sentí desgraciada. Aquella noche, a última hora, estaba sentada con el Comité de Vivienda y algunos de los marineros estaban redactando un protocolo sobre lo sucedido. Se dijo que había dos o tres heridos entre la multitud, pero que no había muerto nadie y que ningún monje había sido dañado o tratado con brutalidad".

Sin embargo, a la mañana siguiente, tal y como ella esperaba, los periódicos burgueses, que seguían saliendo, publicaron historias sensacionalistas sobre los disparos en el monasterio. Acusaban a Alejandra de haber incitado la revuelta y nombraban a los marineros como sus herramientas. Ella se apresuró a ir al Smolny, sabiendo que Lenin también sentiría la importancia política de estos acontecimientos.

"¿Cómo has podido hacer una cosa así sin pedir antes el consentimiento del Gobierno?", le preguntó él con reproche cuando se encontraron. Ella le explicó todo el trasfondo del asunto, cómo se habían llevado a cabo las negociaciones, cómo la Comisión de la Vivienda y los inválidos habían ido al monasterio para hacerse cargo como se había acordado previamente. No había intención de ocupar el lugar por la fuerza y todo había ido bien hasta que los contrarrevolucionarios comenzaron a burlarse de los inválidos y de la Comisión de Vivienda bolchevique. Lenin comentó que, con los alemanes en marcha hacia Petrogrado, y con la guerra civil haciendo estragos en todas las partes de Rusia, los contrarrevolucionarios aprovecharían cualquier error que cometiera el gobierno. "Nos vemos obligados ahora a dejar clara la posición del Gobierno soviético respecto a la Iglesia", dijo, "aunque hubiera sido mejor esperar y retomar esa cuestión más adelante. Pero después de este conflicto con el monasterio debemos apresurar el decreto de la separación de la iglesia del estado, declarando al mismo tiempo la libertad de opinión religiosa".

No hace falta decir que todo esto requería un enorme esfuerzo. Alejandra estaba más ocupada que nunca. Una amiga noruega dijo de ella en aquella época: "Siempre tenía prisa, dormía muy poco, no tenía tiempo para las comidas regulares, nunca iba a ver a sus amigos y nunca tenía una tarde libre para ir al teatro o al cine, a no ser que fuera en alguna ocasión oficial". No es de extrañar que, como ha dicho la propia Kollontay, los días pasaran volando y apenas supiera en qué estación del año vivía. Mientras tanto, su nombre aparecía en letras grandes en las primeras páginas de los periódicos del mundo. A pesar del éxito de sus esfuerzos, o precisamente a causa de ellos, Kollontay no estaba exenta de enemigos.

La condesa Panina, que había sido Ministra de Bienestar bajo el mandato de Kerensky, y que se había negado a entregar noventa mil rublos de fondos estatales que estaban en su poder cuando los bolcheviques llegaron al poder y, en consecuencia, fue arrestada, consideraba a Alejandra Kollontay su más acérrimo oponente. Cuando Louise Bryant, en una entrevista, le preguntó su opinión sobre cuestiones como el autogobierno en las instituciones de beneficencia introducido por Kollontay, la

condesa Panina enrojeció de ira. "¿Se refiere usted", dijo, "al autogobierno de los niños menores de seis años y de las personas mayores de cien años?" Entonces comenzó a enfurecerse contra Kollontay. "¡Yo misma soy fanáticamente democrática!", exclamó. Pero ser democrática y ser práctica son dos cosas diferentes. Todas las reformas que la señora Kollontay hará ahora serán a costa de los desafortunados de Rusia. El pueblo pagará estos experimentos con su vida'. "Quise recordarle que esto también era cierto en su tiempo y en cualquier época, pero se mostró irracional en todos los temas que tenían que ver con Kollontay. Una vez llegó a decir: 'La culpa a ella por la masacre de los oficiales, y no a los pobres marineros y soldados', lo que sin duda era una afirmación ridículamente injusta, pues Kollontay sería la última persona en pensar en algo así. "Esta absurda Madame Kollontay", dijo, 'invita a los sirvientes a venir y sentarse en los sillones en sus reuniones. ¡No puede ser! ¿Qué pueden saber de reformas sociales o de formación técnica? Es poner los pies arriba y la cabeza abajo, de forma bastante mecánica".

Las actividades de Alejandra no se limitaron al Departamento de Bienestar Social. Fue dos veces miembro de los gobiernos locales, uno de la República de Siberia, y más tarde del Pueblo Comisario del Pueblo para la Propaganda en el Gobierno ucraniano tras la retirada de los alemanes. Alejandra estaba, como todos los rusos, indignada por la actitud adoptada por las potencias democráticas contra la Revolución Rusa. Las tropas británicas, francesas y americanas habían desembarcado en Arcángel, donde se habían acumulado grandes cantidades de provisiones enviadas a Rusia por los Aliados, y no tardó en establecerse un gobierno antirrevolucionario o blanco en el norte de Rusia en oposición a los soviéticos, con el resultado de que miles de bolcheviques fueron asesinados.

Mientras tanto, los japoneses habían desembarcado en Vladivostok, los checoslovacos habían provocado revueltas alrededor de Samara y Omsk, estableciendo más "gobiernos blancos". El Tratado de Brest- Litovsk separó a Ucrania de la madre patria, que se vio así privada de la mayor fuente de minerales, combustible y alimentos. El hambre se extendió por todo el país, por lo que el gobierno soviético tuvo que hacer frente a más dificultades. La situación internacional se agravó tanto que

en 1918 todos los representantes extranjeros, tanto aliados como neutrales, habían abandonado el territorio bajo control soviético. Alejandra habla de aquellos terribles tiempos con natural amargura y, al mismo tiempo, con lógico orgullo: "Sabemos lo que se siente", me decía cuando me quejaba de la actitud indeciblemente injusta adoptada por la democracia mundial en el conflicto español. Sin embargo, el Partido Bolchevique no se dejó amedrentar por los gigantescos obstáculos que se interponían en su camino, y Alejandra se encontraba entre los más decididos y activos de sus miembros.

A la vez que escribo, tengo ante mí unas cartas escritas por el capitán Jacques Sadoul, miembro de la Misión Militar Francesa en Rusia, y dirigidas a ese gran socialista, Albert Thomas, que más tarde se convirtió en el primer director de la Oficina Internacional del Trabajo. Las cartas ofrecen un interesante resumen de las actividades de Kollontay y de su aspecto físico en aquella época. "Acabo de pasar dos horas hablando con Alejandra Kollontay", escribe. "La Ministra de Bienestar Social llevaba un vestido ajustado de terciopelo oscuro que mostraba las líneas de su flexible figura. Sus rasgos son regulares, su pelo castaño claro, sus ojos, de color azul, son profundos y tiernos al mismo tiempo. De hecho, Kollontay es una mujer encantadora de unos cuarenta años. Pensar en una Ministra del Gabinete tan hermosa parece extraño y ciertamente nunca experimenté tal sensación en ninguna otra entrevista ministerial. Nuestros ministros del gabinete pueden poseer otros encantos, pero sería interesante escribir un ensayo sobre la consecuencia política de permitir el acceso de las mujeres al poder".

Evidentemente, el capitán francés había quedado fascinado por Alejandra. "Inteligente, culta, muy elocuente", prosigue, "acostumbrada a la embriagadora aprobación de las tribunas populares, la 'Virgen Roja', como la llaman a pesar de ser madre, ha permanecido sin embargo muy sencilla. Me trata como una buena camarada. Mientras hablábamos en su pequeño apartamento, en el que hay signos de excelente gusto, sentí que teníamos la misma opinión en muchos aspectos. "Esa misma tarde, cuando me reuní con ella en el cuartel general de la Revolución, Smolny, iba vestida con el clásico traje militar y parecía muy cansada. Sin embargo, mientras hablaba, la antigua

animación apareció en su rostro. En general, la impresión que obtuve después de nuestra conversación fue que es una mujer totalmente convencida, honesta y vibrante”.

En otra carta, fechada en febrero de 1918, el capitán Sadoul habla con intensa admiración del tacto con el que Kollontay atacó los problemas relacionados con la privación de derechos de la Iglesia. También se refiere a una misión que Alejandra tenía encomendada en ese momento en Estocolmo, París y Londres. En todas estas ciudades debía explicar a los socialistas de los tres países el punto de vista bolchevique sobre la guerra y la absoluta imposibilidad de que los soviéticos aceptaran otra cosa que no fuera una paz honorable con Alemania, libre de indemnizaciones y anexiones.

El 16 de marzo de 1918, comenta: "He visto a Kollontay, que acaba de regresar de las islas Aland, donde fue detenida y tratada con dureza por los oficiales suecos que le impidieron proseguir su viaje. Por lo tanto, ha tenido que cancelar su viaje a París. Lo siento mucho. Es más necesario que nunca que los bolcheviques estén representados en Occidente por personas de primera fila, para que se les entienda y se les comprenda”. Alejandra Kollontay, en su opinión, era una de esas personas. Era una lástima que su misión hubiera fracasado.

CAPÍTULO 10

LA DISCIPLINA ES LO PRIMERO

Las dificultades que acechaban al nuevo régimen soviético no provenían únicamente de los obstáculos que las potencias extranjeras ponían a los rusos. Si los países de fuera de Rusia continuaron con sus acciones contrarrevolucionarias, temiendo que el nuevo experimento económico de los soviéticos se convirtiera en una amenaza para sus propios sistemas, otros grupos, dentro de la propia Rusia, no eran menos hostiles a los cambios que tenían que afrontar y que implicaban la pérdida de tantos privilegios largamente acariciados. Dentro de los propios grupos revolucionarios hubo, durante un tiempo, dificultades derivadas de la necesidad de adaptarse a las nuevas reformas.

Incluso después de la derrota de los mencheviques, los ideales de los bolcheviques bajo la dirección del Partido Comunista no se alcanzaron con absoluta tranquilidad. De hecho, se necesitó un buen tiempo y mucha experimentación para que la maquinaria del Estado se convirtiera en el instrumento de buen funcionamiento que más tarde aplastaría al enemigo en la gigantesca lucha contra el nazismo.

Una de las cuestiones que se convirtieron en objeto de más acaloradas discusiones incluso entre los amigos de los bolcheviques, tanto dentro como fuera de Rusia, y que a los que éramos meros observadores nos pareció durante un tiempo difícil, por no decir imposible, de entender, fue la llamada Oposición Obrera. No nos corresponde juzgar quién, en aquella ocasión, tuvo razón o no, visión de futuro o lo contrario. El hecho de que muchos planes fueran rectificadas cuando era necesario, y que se aprobaran concesiones que al principio no se soñaban, no es más que una prueba de que los dirigentes de las Repúblicas Soviéticas no se atienen a una línea demasiado estricta.

El inicio del régimen comunista en Rusia ha sido uno de los mayores experimentos jamás realizados por ningún país. Los resultados, a juzgar solo por lo que vemos en este momento, son asombrosos, aunque haya habido que hacer sacrificios en la revolución y en favor de la política realista de la que tanto se habla. Volver atrás es una lección dura, pero que es útil aprender. En cualquier caso, los que no nos hemos visto obligados a hacer ningún sacrificio en este sentido no somos quienes para juzgar.

Pero dado que Kollontay fue una figura destacada de la Revolución Rusa y ha sido, junto a muchos otros, decisiva para que se produzcan los cambios que hoy vemos en Rusia, es importante que ninguna de sus actividades en el campo del nuevo progreso de Rusia pase desapercibida, incluso cuando, como en esta cuestión de la Oposición Obrera, su criterio no fue aceptado.

"¿Qué era la Oposición Obrera?", se pregunta la gente. Aunque yo misma no estoy en condiciones de comprender toda la situación, creo estar en lo cierto al decir que lo que dio lugar a la diferencia de opiniones entre los dirigentes del Partido y los grupos obreros fue el temor de que la autonomía de los Sindicatos y el control total de los trabajadores en la industria pudieran ser barridos, en parte al menos, y sustituidos por el control político.

También se temía que el rápido crecimiento de la burocracia pudiera separar a algunos de los más de los sindicatos no solo de sus puestos de trabajo, sino de la dirección de esos grupos de trabajadores.

En cualquier caso, es interesante conocer algunos de los hechos que dieron lugar a esta alarma y ver cómo fueron examinados. Se ha afirmado que la revolución rusa, como movimiento espontáneo de las masas, no es propiedad de ningún grupo o partido. Los problemas deben, forzosamente, ser considerados desde muchos ángulos y las diferencias que se manifiestan solo pueden ser resueltas mediante una discusión abierta. Que la Oposición Obrera estaba formada por el grupo más avanzado de los comunistas proletarios organizados parece estar fuera de toda duda. Muchos de esos obreros eran la avanzadilla de la Revolución. Habían soportado gran parte del peso de la dura lucha que precedió y siguió a la victoria de sus ideales, pero habían tenido especial cuidado, a medida que se desarrollaban los nuevos métodos, de mantenerse en estrecho contacto con sus sindicatos.

Una vez que la intensidad de la lucha en los diferentes frentes disminuyó y el péndulo de la vida se inclinó hacia el lado de la reconstrucción económica, esos trabajadores se despojaron rápidamente de su vestimenta militar y se dispusieron a responder a la llamada silenciosa de los millones de rusos que aún no se habían beneficiado de los cambios introducidos por la Revolución y que esperaban incorporarse activamente a la vida de su país. No es de extrañar que estos hombres se sintieran muy decepcionados al comprobar que la clase obrera, como clase, se convertía en un factor menos importante de lo que debería haber sido en los asuntos de la nueva República Soviética.

Durante el primer período de la Revolución, el contacto entre todos los hombres que formaban la familia proletaria, especialmente los relacionados con la máquina y la mina, era muy estrecho. Solo más tarde algunos de estos grupos se consideraron desplazados, no necesarios, y se llevaron una gran decepción. La conciencia de clase y los grupos leales de los trabajadores industriales opinaban que el gran poder creativo del proletariado no podía, en el proceso de construcción de la nueva economía, ser sustituido por otra representación más política. Era el vivo deseo

de la Oposición Obrera que los espíritus directores del Partido impidieran cualquier ruptura entre lo que se podría llamar los elementos superiores y los grupos inferiores, pero más numerosos, ofrecidos por las masas.

En el IX Congreso del Partido, celebrado en Rusia, se discutieron abierta y ampliamente los dos puntos de vista tan diferentes, uno expresado por los dirigentes del Partido político y otro por los representantes de los trabajadores organizados en clase. La cuestión que se debatió fue la de la gestión "colectiva" frente a la "personal". La primera fue favorecida por los principales miembros de los sindicatos, la otra por los dirigentes del Partido. La clase obrera y sus portavoces creían que las nuevas aspiraciones comunistas solo podían obtenerse mediante el esfuerzo colectivo de los propios trabajadores, y que solo los directamente vinculados a la industria podían introducir en ella innovaciones reales y de gran alcance.

No hay que olvidar que el Partido Comunista en Rusia atravesaba entonces una crisis tan tremenda ante la completa destrucción y quiebra de la estructura económica rusa, que había muchos factores que dificultaban la realización práctica de su programa. Tenía que hacer frente no solo a estos obstáculos, sino también a las dificultades engendradas por el atraso de Rusia y la existencia de un campesinado muy imbuido de aspiraciones mezquinas, por no hablar de numerosos grupúsculos, restos del antiguo sistema capitalista: comerciantes, intermediarios, funcionarios y otros, que se habían adaptado rápidamente a las instituciones soviéticas al tiempo que albergaban una profunda antipatía por los ideales comunistas.

Naturalmente, cuanto más necesitaba la Rusia soviética de especialistas y técnicos en la gestión de la producción, más fuerte era la influencia de elementos ajenos a la clase obrera y a sus aspiraciones. Y esas nuevas personalidades, serviles, contratadas, bien pagadas y muy solicitadas, trataron de ejercer su influencia y de utilizar el poder derivado de su superioridad técnica en el terreno político, a medida que el nuevo régimen trataba de alcanzar día a día el objetivo fijado por la revolución.

El proletariado no cuestionaba la superioridad de esos hombres ni sus conocimientos en muchas esferas, pero los obreros creían que ellos mismos no debían verse privados de la

oportunidad de crear nuevas formas de producción en la industria, a través de sus sindicatos, punto de vista que no era aprobado por el grupo que se aprovechaba de las condiciones existentes e intentaba ser omnipotente en el nuevo desarrollo de la industria rusa.

La existencia de los tres grupos socialmente opuestos -los sindicatos, los pequeños propietarios y los elementos directivos del comercio y la industria- provocaba naturalmente diferencias de opinión y daba lugar a obstáculos difíciles de superar. La tremenda tarea a la que se enfrentaba el nuevo régimen, como la de procurar no solo alimentos, sino también ropa, saneamiento, escolarización y, sobre todo, vivienda, a la inmensa cantidad de personas que habían abandonado los distritos rurales y se agolpaban en los centros industriales, era imposible de realizar sin algunas fricciones. No es de extrañar que parte de la población se impacientara a veces, pero también es de admirar que las diferencias creadas por tan tremendos problemas y su solución hayan salido a la luz y se hayan discutido libremente. En la particular controversia suscitada por el descontento de los sindicatos, estos pudieron expresar sus puntos de vista ante los principales dirigentes de su país que no compartían sus opiniones.

Por lo que se puede juzgar de los hechos, los dirigentes del Partido, en aquella época, estaban ansiosos por cumplir los deseos de los sindicatos y estaban de acuerdo con ellos en que el verdadero régimen comunista no podía establecerse y mantenerse sin que los sindicatos tomaran parte activa y principal en la dirección de la economía del país. Estos dirigentes consideraban que era necesario, en primer lugar, elevar a las masas a un nivel de comprensión comunista tal que pudieran ser fácilmente absorbidas por la institución soviética tal como era entonces. Lenin, entre otros, mantuvo este punto de vista en oposición a la exigencia de los trabajadores de que se les permitiera participar de inmediato en todos los procesos de creación de esa economía y en la realización de sus tareas.

Los trabajadores también se opusieron al enorme y rápido crecimiento de la burocracia, alegando que la consiguiente burocracia dificultaba enormemente el progreso en un momento en el que la actividad debería estar a la orden del día. Argumentaban que los intentos de organizar las tan necesarias

instituciones para el bienestar de los niños, los comedores públicos, el transporte de la madera y otros planes que los propios trabajadores habían intentado llevar adelante se encontraban constantemente con nuevas exigencias e incluso con negativas por parte de las instituciones centrales. Esta frustración provocó una diferencia cada vez mayor entre los trabajadores y trabajadoras que habían llegado a la conclusión de que si se les hubiera dado el derecho y la oportunidad de actuar podrían haber sacado adelante fácilmente sus proyectos.

La oposición obrera temía que, a causa de esta situación, la iniciativa se redujera y el deseo de actuar se extinguiera. Consideraban que si se negaba la iniciativa, el pueblo pensaría que no le correspondía preocuparse por su propio bienestar, y de este modo se establecería una división perjudicial con los trabajadores por un lado y los funcionarios soviéticos por otro. Las reivindicaciones de los trabajadores, o más bien de los sindicatos, en esta ocasión, terminaron con la pregunta de si la oposición es necesaria. Si es o puede ser un movimiento deseable o indeseable.

En opinión de los propios sindicatos, la oposición en aquel momento era útil y necesaria, útil porque despertaba el pensamiento adormecido. Durante los años de la Revolución, las masas habían estado tan preocupadas por los asuntos de carácter urgente que habían dejado de valorar las acciones desde el punto de vista de los principios y la teoría. No hay que olvidar que todo el mundo puede cometer graves errores, sobre todo cuando la Revolución estaba todavía seriamente amenazada y la República Soviética seguía obligada a funcionar en un entorno capitalista. Los trabajadores insistieron en que allí donde hay crítica y análisis, hay vida, progreso y avance hacia el futuro. Nada podía ser más terrible y dañino que la esterilidad del pensamiento y la estandarización de la rutina. Había otras razones para la postura adoptada por los sindicatos. La Oposición Obrera no hacía más que mantener lo que hace tiempo dijeron Marx y Engels: "La creación del comunismo puede ser y será obra de las propias masas trabajadoras. La creación del comunismo pertenece a los trabajadores". En cuanto al tercer punto traído a debate, el de la sustitución de los sistemas burocráticos por uno de autoactividad de las masas, los dirigentes del Partido reconocieron que se

habían hecho concesiones en este campo y reconocieron que esta desviación de los intereses de las clases trabajadoras había sido a veces perjudicial.

El inagotable amor de Alejandra Kollontay por el pueblo, su apoyo incondicional a lo que consideraba una cuestión de justicia, la llevaron a ocupar una posición de liderazgo en esta primera oposición organizada desde la Revolución que se encontró con los dirigentes del Partido Comunista del que ella también formaba parte. No era la primera vez que desafiaba la desaprobación de los hombres que, siendo sus camaradas, eran también en ese momento los jefes del Partido. En más de una ocasión su actividad había sido criticada por algunos de ellos, y se dice que incluso hubo algunos intentos de aislarla, pero su conducta fue siempre tan transparentemente leal que las intrigas no pudieron prevalecer fácilmente contra ella. Como una de las simpatizantes y líderes de la Oposición Obrera, se vio naturalmente en la difícil situación de criticar los métodos del Partido. Oponerse en lo más mínimo a un hombre por el que sentía una admiración tan profunda como la que sentía por Lenin debía ser extremadamente doloroso para ella, pero siguió los dictados de su conciencia en lo que consideraba su deber, aprovechando que las diferencias de opinión e incluso la oposición dentro del propio Partido eran perfectamente legítimas.

Se dice que a Lenin no le complacía en absoluto verla tomar los garrotes en defensa de puntos de vista que él no compartía. De hecho, algunos observadores han sostenido que en este caso particular él estaba extremadamente enfadado, pero tal hecho, si fuera cierto, no apagó su ardor, ni disminuyó en lo más mínimo el profundo respeto y afecto en que tenía a la "camarada". Confirmando esto, Louise Bryant dijo de Alejandra: "Ella tiene un valor ilimitado y en varias ocasiones se ha opuesto abiertamente a los dirigentes del Partido, incluido Lenin, quien por su parte la ha aplastado con su habitual e imperturbable franqueza. ... Sin embargo, a pesar de su ardiente entusiasmo, comprende la disciplina del Partido y acepta la derrota como un buen soldado. Si hubiera abandonado la Revolución cuatro meses después de su inicio, podría haberse dormido para siempre en los laureles". El hecho de que Alejandra no haya abandonado la lucha, sino que incluso ahora, a la edad de setenta y cuatro años,

sostenga sus convicciones y los intereses de su amada tierra contra muchas adversidades, demuestra que en verdad su valor era y sigue siendo ilimitado. Que su oposición no despertó ningún resentimiento en los demás lo demuestra el hecho de que ha sido ampliamente utilizada como un instrumento bueno y fiable de los ideales que construyeron la nueva Rusia, la Rusia que hoy es la aliada de sus otrora más acérrimos oponentes. Si Lenin hubiera vivido, habría aprobado plenamente que su camarada Alejandra fuera condecorada dos veces con la más alta orden que la Rusia soviética concede a sus fieles ciudadanos, la orden que fue creada en su nombre.

CAPÍTULO 11

LA NUEVA MUJER Y LA CLASE TRABAJADORA

De vuelta a Rusia tras su incumplida misión diplomática, Alejandra se puso de nuevo a trabajar en la construcción del nuevo régimen. Había muchos problemas que resolver -vivienda, higiene y, sobre todo, alimentar a los hambrientos-, pero también había una importante tarea política que realizar: nada menos que hacer que la gran masa de mujeres rusas se interesara por la vida pública. Había que hacerles comprender que también ellas, al igual que los hombres, tenían ahora nuevos derechos y, por tanto, nuevos deberes. Como ciudadanas de pleno derecho y alerta, no como esclavas, debían participar activamente en la construcción de la nueva Rusia.

Alejandra no era lo que suele llamarse una feminista, es decir, no deseaba que se implantara en su país un sistema de segregación, en el que los hombres tiraran hacia un lado y las mujeres hacia otro. Creía en la camaradería entre los sexos y el objeto de los congresos femeninos era para ella solo un medio de atacar y resolver aquellos problemas que afectaban directa y específicamente a las mujeres, como la maternidad. En todos los demás ámbitos, sostenía que las mujeres debían estar absolutamente a la par con los hombres. Con el fin de establecer las líneas en las que debía buscarse la colaboración de la mujer, organizó el primer Congreso de Mujeres Campesinas y Obreras

en el que Lenin pronunció un histórico discurso, el 19 de noviembre de 1918, sobre los derechos de la mujer¹⁰.

Nikolai Vladimir Ilyitch, como le gustaba llamar a Lenin, no se anduvo con rodeos. Concedió la mayor importancia y trascendencia al Congreso ya que, dijo, "en todos los países las mujeres han sido las más lentas en agitarse. No puede haber una revolución socialista si un amplio sector de las mujeres trabajadoras no toma parte importante en ella. "En todos los países civilizados, incluso en los más avanzados, la posición de las mujeres es tal que justifica que se las llame esclavas domésticas. En ningún país capitalista las mujeres disfrutaban de una completa igualdad. El objetivo de la República Soviética es abolir en primer lugar todas las restricciones a los derechos de la mujer". Más tarde, en junio de 1919, Lenin se expresó sobre el tema de la siguiente manera: "Tomad la posición de las mujeres. Ni un solo partido democrático en el mundo, ni siquiera en ninguna de las repúblicas burguesas más avanzadas, ha hecho en esta esfera en decenas de años la centésima parte de lo que nosotros hicimos en el primer año que estuvimos en el poder. En cierto sentido, no dejamos ni un solo ladrillo en pie de las despreciables leyes que colocaban a las mujeres en un estado de inferioridad con respecto a los hombres, de las leyes que restringían el divorcio, de las repugnantes formalidades que acompañaban a los procesos de divorcio, de las leyes sobre los hijos ilegítimos y sobre la búsqueda de sus padres. Para vergüenza de la burguesía y del capitalismo, hay que decir que todavía muchas de estas leyes existen en todos los países civilizados. Tenemos derecho a estar mil veces orgullosos de lo que hemos hecho en esta esfera. Pero cuanto más a fondo hemos limpiado el terreno de los maderos de las viejas leyes e instituciones burguesas, más evidente se nos hace que solo hemos limpiado el terreno para la estructura; la estructura en sí no ha

¹⁰ Nota de la autora: A este congreso asistieron más de mil delegados. Aprobó la política exterior del Gobierno soviético y llamó a todas las mujeres obreras y campesinas a apoyarla y defenderla. También aprobó la propuesta de atraer a las mujeres trabajadoras sin partido a la construcción socialista mediante reuniones de delegadas. Este congreso marcó el inicio de una amplia labor del Partido entre las mujeres obreras y campesinas.

sido construida todavía. A pesar de todas las leyes liberadoras que se han promulgado, la mujer sigue siendo una esclava doméstica, porque las pequeñas tareas del hogar la aplastan, la estrangulan, la embrutecen y la degradan, la encadenan a la cocina y a la guardería, y desperdician su trabajo en tareas bárbaramente improductivas, mezquinas, enervantes y aplastantes. La verdadera emancipación de la mujer, el verdadero comunismo, solo comenzará cuando se inicie una lucha de masas contra esta mezquina economía doméstica, o más bien cuando se transforme a escala de masas en una economía socialista a gran escala".

Y en un artículo publicado en Pravda, el 6 de noviembre de 1919, repitió su argumento, añadiendo que "Para lograr la completa emancipación de la mujer y hacerla realmente igual al hombre, debemos tener economía social, y la participación de la mujer en el trabajo productivo general. Entonces las mujeres ocuparán la misma posición que los hombres. Esto, por supuesto, no significa que las mujeres deban ser exactamente iguales a los hombres en la productividad del trabajo, la cantidad de trabajo su duración y condiciones. Pero sí significa que las mujeres no deben estar en una posición económica oprimida en comparación con los hombres". Para facilitar la liberación de las mujeres de la cocina el gobierno estaba, declaró, "estableciendo instituciones modelo, comedores y guarderías, pero", añadió, "son precisamente las mujeres, en primer lugar, las que deben emprender el trabajo de construir todas estas instituciones... y sus actividades en este campo conducirán a un cambio completo de la posición que antes ocupaban en la sociedad capitalista".

Al igual que la conocida alemana Clara Zetkin, esa verdadera y ardiente socialista que fue líder del movimiento obrero de su país durante más de cincuenta años, Alejandra Kollontay encontró un gran apoyo en todo lo relativo a los derechos y la independencia de la mujer en la firme creencia de Lenin en la necesidad de la cooperación de las mujeres. Clara Zetkin, por quien Lenin sentía una profunda admiración, publicó un relato de una larga conversación mantenida con él en 1920. Dado que sus puntos de vista fueron compartidos de todo corazón por Alejandra, proporcionando el telón de fondo para sus acciones, es bueno señalar aquí algunos de ellos.

"El camarada Lenin", dice Clara Zetkin, "me hablaba con frecuencia de la cuestión de la mujer. Concedía una gran importancia al movimiento femenino como parte esencial, en ciertas circunstancias como parte decisiva del movimiento de masas. La igualdad social de la mujer era, por supuesto, un principio que no necesitaba discusión para los comunistas. Fue en el gran estudio de Lenin en el Kremlin, en el otoño de 1920, donde tuvimos nuestra primera conversación larga sobre el tema. Lenin estaba sentado en su mesa de escribir que, cubierta de papeles y libros, hablaba de estudio y trabajo sin mostrar el desorden del genio".

Lenin reiteró su creencia en la necesidad de "un poderoso movimiento internacional de mujeres". Sostenía que los comunistas debían tomar la iniciativa en este asunto y admitía con pesar que en el II Congreso Mundial se había hecho muy poco sobre la cuestión. Pero también admitió que las mujeres de Rusia habían desempeñado un papel espléndido en la Revolución y les atribuyó el mérito de la victoria. "¡Qué valientes fueron, qué valientes son todavía! ", declaró. " Piensa en todos los sufrimientos y privaciones que soportaron. Sí, nuestras mujeres proletarias son excelentes luchadoras de clase. Merecen admiración y amor. Tenemos en el partido mujeres capaces e incansablemente activas. Podemos asignarlas a muchos puestos importantes en el Soviet y en los Comités Ejecutivos, en los Comisariados del Pueblo y en los servicios públicos de todo tipo. Muchas de ellas trabajan día y noche en el Partido o entre las masas del proletariado, los campesinos, el Ejército Rojo. Eso tiene un gran valor para nosotros. También es importante para las mujeres de todo el mundo. Demuestra la capacidad de las mujeres, el gran valor que tiene su trabajo en la sociedad.

De repente se interrumpió y preguntó cómo progresaba el trabajo en la esfera de Clara Zetkin. Ella le contó lo mejor que pudo cómo estaban las cosas en Alemania, aunque, como dice, "el contacto en ese momento entre las partes era muy flojo e irregular". Lenin escuchaba atentamente", continúa, "su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia adelante, siguiendo, sin un rastro de aburrimiento, impaciencia o cansancio, incluso los asuntos incidentales. Nunca he conocido a nadie que escuchara mejor y que analizara tan rápidamente lo que oía y se diera cuenta de sus

conexiones generales. Así lo demostraban las preguntas cortas, a menudo muy precisas, con las que me interrumpía de vez en cuando, y su regreso posterior a tal o cual detalle de la conversación”.

Clara Zetkin estaba particularmente encantada de oír a Lenin entrar en una discusión sobre cuestiones de sexo y matrimonio y, especialmente, sobre su influencia en la juventud. "Las camaradas trabajadoras -dijo- discuten los problemas sexuales y la cuestión de las formas de matrimonio en el pasado, en el presente y en el futuro. Consideran que su deber más importante es ilustrar a las mujeres proletarias sobre estos temas. El folleto más leído es, creo, el de una joven camarada vienesa sobre el problema sexual. Qué ¡desperdicio! La verdad que hay en él ya la han leído los obreros en Bebel, hace tiempo. "La extensión de la hipótesis freudiana parece culta, incluso científica, pero es ignorante, chapucera. La teoría freudiana es la moda moderna. Desconfío de las teorías sexuales de los artículos, las disertaciones y los panfletos, en definitiva, de ese tipo particular de literatura que florece exuberantemente en el sucio suelo de la sociedad burguesa. Desconfío de los que siempre están contemplando la cuestión sexual, como el santo indio su ombligo. "El movimiento juvenil", continuó Lenin, "está atacado por la enfermedad de la modernidad en su actitud hacia las cuestiones sexuales. Las organizaciones juveniles ponen demasiado énfasis en los problemas sexuales, y esto es, según él, una señal dañina y peligrosa, que contribuye a la sobreexcitación y a la exageración en los asuntos sexuales y a la consiguiente pérdida de la salud y la fuerza de la juventud”.

"Nuestras camaradas mujeres", sostenía, "deben trabajar junto con la juventud de forma sistemática. Eso es una continuación, una extensión y exaltación de la maternidad desde el individuo hasta la esfera social. Muchos jóvenes”, dijo, “creían que su nueva actitud "libre" hacia el sexo era "revolucionaria" y "comunista". Pero él sostenía que nada estaba más lejos de la verdad, y que esos excesos le parecían ""puramente burgueses, una extensión de los burdeles burgueses," no teniendo ""nada en común con la libertad de amor tal como la entendemos los comunistas. Deben saber", continuó, "el famoso libelo de que en la sociedad comunista la satisfacción de los deseos sexuales, del

amor, será tan simple y sin importancia como beber un vaso de agua. Creo que esta teoría del vaso de agua es completamente antimarxista y, además, antisocial. En la vida sexual no solo hay que considerar la simple naturaleza, sino también las características culturales, ya sean de alto o bajo orden. En su Origen de la familia, Engels mostró lo significativo que es el desarrollo y el refinamiento del impulso sexual general en el amor sexual individual. Por supuesto, la sed debe ser satisfecha. Pero, ¿el hombre normal, en circunstancias normales, se acostará en la cuneta y beberá de un charco, o de un vaso con el borde grasiento de muchos labios? Pero el aspecto social es lo más importante de todo. Beber agua es, por supuesto, un asunto individual. Pero en el amor intervienen dos vidas, y surge una tercera, una nueva vida. Es eso lo que le da su interés social, lo que da lugar a un deber hacia la comunidad. Y yo no apostaría por la fiabilidad, la resistencia en la lucha de esas mujeres que confunden sus romances personales con la política. Ni por esos hombres que corren detrás de cada enagua y se dejan atrapar por cada joven. No, no! eso no cuadra con la revolución. La revolución exige concentración, aumento de fuerzas. De las masas, de los individuos. No puede tolerar condiciones orgiásticas, como las normales de los héroes y heroínas decadentes de D'Annunzio. La disolución de la vida sexual es burguesa, un fenómeno de decadencia”.

"Estoy profundamente preocupado por el futuro de nuestra juventud", dijo, volviendo a su punto original. "Es una parte de la revolución. Y si aparecen tendencias nocivas, que se arrastran desde la sociedad burguesa al mundo de la revolución -como se extienden las raíces de muchas malas hierbas-, es mejor combatirlas a tiempo. Estas cuestiones forman parte de la cuestión de la mujer". Afortunadamente, Lenin pudo contar con la ayuda y el apoyo incondicional de mujeres de excepcional talento y devoción. Su esposa estaba muy interesada en el movimiento por los derechos de la mujer, y Alejandra Kollontay trabajó día y noche para impulsar las reivindicaciones presentadas y poner de relieve las necesidades más urgentes de las mujeres. Comenzó con una amplia campaña contra la prostitución.

El Gobierno soviético había hecho un esfuerzo sincero desde el principio para acabar con esta lacra en la nueva República. En marzo de 1917 ya se habían tomado las vergonzosas entradas amarillas, pero, por supuesto, eso no era profundizar en el problema. El hambre, por un lado, y la incomprensión de las propias mujeres hicieron que el mal se renovara en poco tiempo. Sin embargo, Kollontay no se desanimó. Se dirigió al Ejecutivo Central y, sobre todo, hizo que las Secciones Femeninas del Partido se pronunciaran a favor de las medidas que se adoptaron poco después para acabar con esta repugnante explotación de las mujeres. Demostró que la prostitución era una enfermedad cuyas consecuencias recaían casi exclusivamente en las mujeres de la clase obrera, que de este modo sufrían la servidumbre de una forma mucho más aguda que cualquier otra, por no hablar de los devastadores resultados morales a los que se veía abocada la juventud a través de ella. Alejandra habló sin cesar de la necesidad de erradicar estos métodos burgueses que iban en contra de los intereses no solo de la vida familiar y de la salud de las jóvenes generaciones, sino también de los mejores intereses de la sociedad.

Secundando los esfuerzos de Kollontay en este campo, el Gobierno publicó un informe con datos tan esclarecedores que se convirtió en un brazo todopoderoso contra la indiferencia y la oposición. Alejandra dejó muy claro que ninguna acusación se dirigía contra las prostitutas como tales, que en ningún caso debían ser consideradas como indignas de mezclarse con otras personas. Lo que trató de hacer, y con éxito, fue mostrar que el tipo de vida que llevaban era indigno no solo del punto de vista de la higiene, la fuerza moral y la libertad, sino también desde el punto de vista del trabajador, cuyo deber era mostrar que el trabajo, el esfuerzo coordinado de hombres y mujeres por el bien de la sociedad, era el objetivo más elevado de la vida. Enardeció los corazones de sus oyentes mostrando que las medidas contra la prostitución eran un gran paso hacia la completa liberación de la mujer y de gran importancia en la primera República Obrera del mundo.

El éxito de sus esfuerzos queda demostrado por el hecho de que en la nueva Rusia ha habido y hay menos prostitución que en cualquier otro país, mientras que bajo el antiguo régimen zarista

Rusia era conocida por ser la más corrupta en este campo. La ley que equipara a las mujeres con los hombres en cuanto a la igualdad de ingresos contribuyó a hacer innecesaria la prostitución, pero, por supuesto, durante varios años hubo pocas mujeres lo suficientemente capacitadas en el trabajo como para disminuir la necesidad económica en la proporción necesaria.

Las personas que pudieron entrevistarse con Alejandra Kollontay en aquella época han afirmado que la suya fue la única voz articulada del nuevo orden para las mujeres en Rusia, un orden que fue tan incomprendido fuera del país y cuya esencia es la creencia de que la autocontención ante el Estado puede producir una vida más fiel a uno mismo y a la sociedad. Insistió tenazmente en algunos puntos pidiendo a las mujeres que asumieran sus nuevas responsabilidades con valentía. Intentó hacerles ver que debían salir de la estrecha esfera de sus hogares y ampliar sus miras de tal manera que se acostumbraran a ver no solo lo que les rodeaba de cerca, sino los amplios horizontes de un nuevo mundo. Señaló que sus propios hijos podían ser atendidos junto a los de otras mujeres, que sus propias casas y ciudades no eran los únicos, y que el mundo comprende a todos los hombres que necesitan ser ayudados en el camino hacia la libertad y la paz.

Algunos se preguntaron si Alejandra, como Lenin y otros se vieron obligados a hacer con el paso del tiempo, sacrificaría su opinión privada sobre muchos puntos a las necesidades de un ajuste adecuado para que no se perdieran los grandes hechos esenciales. Cuando fuera necesario, ¿controlaría su ardor y transigiría antes que poner en peligro o incluso destruir lo que estaba en camino de realizarse? Por supuesto, Kollontay sabía que debía transigir, pero nunca lo hizo en lo esencial.

Paso a paso, ella y Lenin y otros camaradas moldearon a Rusia y la hicieron avanzar por el camino elegido. Los métodos de Alejandra, recomendados en la gran conferencia antes mencionada, fueron aceptados y utilizados como base para el trabajo del Partido en todas las cuestiones que afectan principalmente a las mujeres. Gracias a ella, con la ayuda y el apoyo que recibió del Secretario General Sverdlov, el Partido aceptó un plan para crear el Departamento Central de Educación de la Mujer. Kollontay dirigió esta importante institución desde

1919 hasta 1922, y no hace falta decir que su cultura y sus conocimientos sobre diferentes temas fueron inestimables en este ámbito concreto. Mientras Alejandra ocupaba este cargo, estaba naturalmente en contacto constante con los miembros de la rama ejecutiva del Partido, primero con Lenin y más tarde con Stalin y Molotov, que era miembro permanente también del Consejo en el que se concentraban todas las cuestiones relativas al trabajo en el Departamento de la Mujer.

En el verano de 1921, el Partido, simultáneamente con el Congreso celebrado por la Tercera Internacional, convocó una Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas. Toda la organización de esta conferencia fue confiada a Alejandra, que trabajó durante el período que la precedió con una energía que sorprendió incluso a quienes la conocían bien. No era en absoluto una tarea fácil, pues había que superar dificultades tanto internacionales como nacionales. Pero, como de costumbre, no se dejó amedrentar y sus tesis sobre el trabajo internacional que había que emprender para la ilustración y la emancipación de la mujer fueron aceptadas por el Congreso. Bajo la dirección de Alejandra, se crearon también clubes especiales para mujeres, y en todos los distritos de Rusia se establecieron departamentos femeninos, lo que contribuyó a acabar con los viejos prejuicios de forma nada desdeñable. Fue un trabajo muy edificante y absorbente, además de inspirador, y el apoyo que tanto Lenin como su esposa dieron constantemente a Alejandra fue de gran ayuda. El líder ruso y su camarada de vida asistieron a todos los congresos de mujeres y a muchas pequeñas reuniones en las que se discutieron a fondo cuestiones relativas al trabajo especial para las mujeres, la educación y el bienestar de los niños y de las niñas.

Kollontay tenía la firme opinión de que los congresos eran absolutamente necesarios en aquel momento en el desarrollo de la nueva Rusia. No limitó las cuestiones a estudiar meramente a temas políticos, sino que hizo venir a Moscú a mujeres campesinas de toda Rusia para considerar, entre otras cosas, la mejor manera de criar a los niños y de prevenir las enfermedades, y para instruirse en todos los asuntos locales y nacionales relativos a la educación y la higiene. Con ello, como ella misma ha dicho, las mujeres que acudían a Moscú desde sectores lejanos del país ayudaban a difundir conocimientos e información entre

sus conciudadanos. Con la ayuda de buenos carteles y ensayos, pudieron estimular el interés de toda la comunidad en un gran número de problemas.

Alejandra sabía que a veces se reían de ella por sus preocupaciones. Esto fue particularmente cierto cuando trajo a la capital un grupo de mujeres de los harenes de Turquestán, que ya se habían despojado de sus velos. Todo el mundo las miraba, por supuesto, y algunos incluso discutían la conveniencia de tal medida, pero Alejandra siguió adelante alegremente. Cuando se la acusaba de hacer los congresos algo teatrales, respondía que la mayor parte del trabajo pionero era teatral incluso en aquellos casos -y sonreía- "en los que los asistentes a una reunión arrojaban huevos a los oradores, como ocurría a menudo en los primeros tiempos del sufragio". Al fin y al cabo, la única manera de entrar en contacto con las mujeres mahometanas era a través de ellas mismas, aunque a veces tuviera un alto coste, un coste que implicaba la separación del marido y la pérdida del hogar y de los hijos. Esto es lo que les ocurrió a algunas de las mujeres que respondieron a la llamada de Alejandra.

Había un grupo de mujeres rusas tan interesadas como Kollontay en que las mujeres entraran cuanto antes en las diferentes ramas del servicio público. En el Octavo Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en 1920, se presentó y aprobó una moción para que todos los Soviets locales eligieran a más mujeres y las enviaran a puestos de responsabilidad, enseñándoles a trabajar en sentido práctico para la construcción del nuevo Estado. El lema de Kollontay, "Sé madre no solo de tu propio hijo, sino de todos los hijos de los obreros y campesinos", era muy popular y a menudo se ilustraba con grandes carteles de propaganda.

Kollontay editó varias revistas obreras y escribió folletos, panfletos y artículos en la prensa diaria y en revistas especiales para mujeres. En 1920, dio un curso de conferencias en la universidad del Partido que se conocía como "Universidad de Sverdlov". Esas conferencias se imprimieron en 1920 y posteriormente se tradujeron al sueco. Su obra, conocida como *La nueva mujer y la clase obrera*, ha sido quizás más que cualquier otra. En las primeras páginas de este libro, Alejandra habla de la evolución de la mujer en las últimas tres décadas. Su

vasto conocimiento de la literatura mundial le permite establecer comparaciones muy interesantes entre las heroínas de los escritores de los distintos países que ha estudiado cuidadosamente: Jacob Wasserman, Grant Allen, Winnitchenko, Elsie Jerusalem, Bernard Shaw, Gerhardt Hauptmann, Sigrid Undset, Romain Rolland, Gertrude Atherton.

La gran ambición de Alejandra ha sido hacer que las mujeres, esa mitad de la humanidad hasta ahora apartada de la vida pública, se interesen tanto por las cuestiones que afectan estrechamente a su propio destino y al de las generaciones futuras, que tomen parte activa en el servicio de su país. Para tener éxito, según Kollontay, había que liberar a las mujeres de las ataduras en las que se las había mantenido tan estrechamente, y de su ignorancia en asuntos de interés general.

No es fácil decir si Lenin era el eco de Kollontay o viceversa, pero no cabe duda de que ambos estaban empeñados en el mismo propósito. Quizás el entusiasmo de Lenin por la emancipación de la mujer sea más sorprendente que el de Alejandra. A pesar de ser un hombre, con su mente ocupada hasta tal punto en problemas de tanta profundidad y amplitud como la reconstrucción de Rusia, encontró mucho tiempo y energía para dedicarse a la causa de las mujeres. Por otra parte, como tantas mujeres han hecho antes, Alejandra podría haber olvidado los problemas de los demás, ya que ella misma estaba libre de ellos y sus ambiciones estaban más que satisfechas con el reconocimiento otorgado tanto a su personalidad como a su obra. Pero su propio éxito la impulsó a hacer más por los demás. Por lo tanto, se puede decir que fue el encuentro de dos mentes brillantes y la voluntad indomable de dos personas empeñadas en el resurgimiento de un vasto país lo que trajo consigo la independencia en todos los campos para la mujer rusa moderna.

En su obra *La nueva mujer y la clase obrera*, Alejandra destaca la brusquedad con la que las mujeres se incorporaron al mundo industrial: "Hace menos de medio siglo", dice, "solo se podían encontrar unos pocos miles de mujeres en los países civilizados que estuvieran empleadas activamente. En la actualidad [1918] el aumento del número de mujeres trabajadoras ha superado el crecimiento del número de hombres. Las naciones civilizadas pueden utilizar hoy no miles, sino millones de mujeres

trabajadoras. Esos millones ejercen, al igual que los hombres, una enorme presión sobre el mercado de trabajo. Se las puede encontrar en la industria, en el comercio y en casi todas las profesiones. En Europa y en América del Norte hay casi sesenta millones de mujeres trabajadoras. Este gran ejército de mujeres independientes comprende más del cincuenta por ciento de mujeres solteras, o de mujeres solteras, aquellas que en la lucha por su existencia se ven reducidas a depender total y completamente de sus propias fuerzas y no pueden seguir la vieja costumbre que permitía a las mujeres esconderse detrás de la espalda del "marido proveedor".

Alejandra se detiene largamente en los numerosos casos de mujeres de carácter débil y pasivo que, lanzadas de repente a un mundo en el que no estaban preparadas para vivir, se abandonan a lo que ella llama "prostitución legal o ilegal", ya sea aceptando un matrimonio de conveniencia o caminando por las calles. Las trabajadoras comprenden a representantes de diferentes clases, pero la inmensa mayoría procede de las más humildes y oprimidas.

Alejandra subraya el hecho de que la transformación de la mentalidad de la mujer, su nueva estructura espiritual, emana principalmente de las profundidades sociales donde la lucha es más dura y donde las necesidades humanas de todo tipo han ejercido una presión lo suficientemente poderosa como para anular las formas de pensar y sentir que han mantenido a las mujeres en el suelo durante siglos. Individualmente su voluntad se sumerge en el esfuerzo colectivo de millones de trabajadoras que se esfuerzan por adaptarse a las nuevas condiciones. Las mujeres de la clase obrera tienen en esta lucha entre lo viejo y lo nuevo una gran ventaja sobre las que pertenecen a familias acomodadas. Entre las primeras, sus intereses personales no chocan con los de la mayoría; la necesidad de la acción colectiva, el sentimiento de camaradería se desarrollan más fácilmente entre las obreras que entre las mujeres de la burguesía. Que Alejandra tenía razón, al tratar de incorporar a las mujeres a la vida de Rusia en todos los ámbitos, se ha confirmado con creces estos días. La U.R.S.S. nunca habría conseguido todo lo que ha conseguido si las mujeres no se hubieran prestado con tanta generosidad, entusiasmo e inteligencia a dar a su país su plena cooperación.

CAPÍTULO 12

EL COMUNISMO Y LA FAMILIA

Simultáneamente a sus esfuerzos por utilizar a la gran masa de mujeres rusas en la tarea de construir su nación, Alejandra trató de hacer comprender no solo a su país, sino al mundo en general, lo que el régimen soviético quería hacer con otros aspectos de la vida humana, entre ellos, la institución social de la familia. Así, es bien sabido que una de las ideas falsas más utilizadas por los anticomunistas contra la U.R.S.S., y quizás la que se ha manejado con más habilidad en esas campañas, es el libelo del debilitamiento de los lazos familiares. Y de alguna manera se ha difundido que precisamente este ha sido uno de los principales objetivos del partido Comunista.

En ese sentido, dado que Alejandra Kollontay ha sido constantemente acusada de defender doctrinas inadmisibles, es justo hacer hincapié en sus verdaderos puntos de vista sobre el tema, tal y como se expresan en un breve panfleto en inglés, publicado bajo el título, *Communism and the Family*, publicado por la Workers' Socialist Federation (Federación de trabajadores socialistas) de Londres. Desde que se escribió el panfleto se han introducido algunos cambios en los códigos civiles y en el modo de vida de la Rusia soviética con una cierta vuelta a los puntos de vista que fueron abandonados durante la Revolución, y sin embargo las opiniones de Kollontay durante ese tiempo de agitación social no hacen más que mantener lo que las mujeres progresistas de todo el mundo han estado apoyando. En su caso, por supuesto, el tema se sitúa en un marco socialista. Lejos de intentar destruir la vida familiar, lo que ella desea ver reforzada es esta institución mediante el fortalecimiento de la moral de las mujeres y el bienestar de los niños. En el panfleto, Kollontay dice: “La mujer ya no depende del hombre. ¿Se mantendrá la familia en un Estado comunista? Esta es una pregunta que atormenta a las mujeres de la clase obrera y que recibe la atención también de sus camaradas, los hombres. La vida está cambiando bajo nuestros ojos, afirma Kollontay. Los hábitos, las costumbres,

están desapareciendo y toda la existencia de la familia proletaria se está organizando de una manera diferente. La familia, tal como se consideraba hasta hace poco, cuando la mujer no tenía nada propio -ni voluntad, ni dinero, ni tiempo-, pertenece al pasado. No debemos asustarnos por el cambio. Todo cambia. Siempre ha sido así y siempre debe ser así. La propia familia, su forma, ha sido a menudo objeto de novedades: la 'familia genérica' con una 'vieja madre a la cabeza'; la familia patriarcal presidida por el 'padre maestro' cuya voluntad era ley para todos los demás miembros de la familia; las familias en las que un hombre tenía varias esposas; otras en las que las mujeres tenían varios maridos; todas pertenecen al pasado. Lo que era o es considerado inmoral en un lugar es moral en otro. No hay que asustarse por la idea de que se introduzcan nuevas formas en la relación entre marido y mujer”.

Y mientras señala con el dedo acusador al capitalismo, rompe la ilusión popular -que aún persiste- de que en el capitalismo el marido trabaja, la mujer se ocupa de la casa y de la crianza de los hijos, y que todo está bien en el frente doméstico, o podría estarlo si estas nuevas ideas y libertades no estuvieran socavando constantemente la estructura de la solidaridad familiar. "Durante mucho tiempo", añade Alejandra, "era solo el hombre quien mantenía a la familia, pero durante los últimos cincuenta o sesenta años el régimen capitalista en Rusia y en otros países ha obligado a las mujeres a buscar un trabajo remunerado fuera de la familia y del hogar. El capitalismo es responsable de la difusión universal del trabajo asalariado por parte de la mujer. Los salarios del hombre, con los altos precios de todas las necesidades vitales, no son suficientes para el mantenimiento de la familia, la mujer también tuvo que buscar trabajo. Un estudio realizado al comienzo de la Guerra Mundial en los países de Europa y América mostró que había sesenta millones de mujeres que vivían del producto de su propio trabajo. La mitad de esas mujeres estaban casadas, y la vida de la familia sufría por ello. La esposa y madre tenía que cumplir tres tareas al mismo tiempo: su trabajo, su tarea como esposa y madre, y otra, el cuidado de la casa. Esta triple carga es suficiente para aplastar a cualquiera. Cuanto más se extiende el trabajo asalariado de la mujer, más se resiente la vida familiar. Puede haber muy poca vida en el hogar cuando el

marido y la mujer trabajan todo el día o la noche en diferentes lugares, cuando la mujer está lejos de sus hijos y de su casa todo el día y llega a casa muerta de cansancio después de haber hecho sus tareas exteriores".

Remontándose a la época en la que las mujeres no salían de sus casas para trabajar de forma remunerada, Kollontay explica: "Lo que hacía fuerte la vida familiar en los viejos tiempos era el hecho de que el hombre hiciera el trabajo fuera, que el hogar fuera algo igualmente necesario para todos los miembros de la familia, y que ambos padres participaban en la crianza de sus hijos. Pero por muy fuertes que fueran los lazos familiares, este sistema ponía cadenas a la mujer que la ataban a sus hijos y a su hogar. Ella sabía poco de lo que ocurría fuera de su casa; limpiaba, cocinaba, cuidaba a los niños, tejía e hilaba, pero poco a poco el trabajo en el hogar dejó de ser una necesidad tan grande. Las labores del hogar", declara Alejandra, "son cada día más inútiles, más improductivas. La mujer trabajadora, tarde o temprano, ya no necesitará ocuparse de su propia vivienda. En la sociedad comunista del mañana, este trabajo será realizado por una categoría especial de mujeres trabajadoras que no harán otra cosa. Las esposas de los ricos hace tiempo que están libres de los deberes de la casa. En la Rusia soviética la vida de la mujer trabajadora deberá estar rodeada de los mismos medios, brillo, higiene, belleza, que la de las mujeres de las clases altas. Los restaurantes públicos y las cocinas centrales lo facilitarán. Estos existen en algunos países¹¹, existen incluso bajo el régimen capitalista, pero solo las personas con bolsos bien forrados pueden permitirse ir. En la ciudad comunista todo el mundo podrá disfrutar de ellos. Las lavanderías centrales liberarán a las mujeres de lavar la ropa. Las tiendas de arreglo de ropa especiales darán a las mujeres la oportunidad de entregarse a la lectura instructiva y al recreo".

¹¹ Nota de la autora: Alejandra Kollontay se refiere a algunos países fuera de las naciones escandinavas, ya que estas tienen restaurantes centrales y comida preparada que incluso las familias más modestas pueden permitirse, pero hay que tener en cuenta que está hablando principalmente de Rusia y de los tiempos anteriores a los grandes cambios provocados por la agitación rusa.

Sobre la época de la revuelta socialista en Rusia, Alejandra añade: "Pero todavía tenemos que ocuparnos de la educación del niño. Entre los ricos, los niños de muchos países son enviados a la escuela. En otros, los hijos de las familias proletarias se educan en la calle. Ignoran las comodidades de la vida familiar, un placer que todavía compartimos con nuestros padres y madres. Bajo el régimen capitalista los niños son frecuentemente, demasiado frecuentemente, una carga pesada e insoportable para las familias proletarias".

Alejandra Kollontay habla entonces del momento en que el niño empieza a ganar un poco de dinero, cuando se considera dueño de su persona, negándose a escuchar los consejos de sus padres. Según ella, la palabra obediencia se ha borrado de su vocabulario. En este aspecto Alejandra también cree que la sociedad comunista acudirá en ayuda de los padres: "En la Rusia soviética, gracias a los cuidados del Comisariado de Educación Pública y Bienestar Social, se han hecho grandes avances en este sentido. Se incluirán hogares para bebés, guarderías, jardines de infancia, colonias y campamentos infantiles, enfermerías, centros de salud, almuerzos gratuitos en la escuela, libros de texto gratuitos, ropa y zapatos cuando sea necesario. En un país donde no ha habido nada, estos cambios, que ya florecen en los países más avanzados, son realmente una novedad. Asegurados los medios de subsistencia de la madre, se ha levantado naturalmente una gran carga y ansiedad de los hombros de muchas mujeres, ayudadas por el Estado comunista en otros campos, especialmente en lo que se refiere al cumplimiento de su misión como madres, con casas de maternidad para niños lactantes, guarderías y otras instituciones similares.

Que el matrimonio ya no sea considerado como una cadena opresora es una de las grandes esperanzas de Alejandra Kollontay, cuya visión de un Estado comunista comprende innumerables beneficios. "Que las madres trabajadoras", dice, "estén tranquilas. La Sociedad Comunista no pretende arrebatar a los niños de sus padres, ni arrancar al bebé del pecho de su madre. No tiene la menor intención de recurrir a la violencia para destruir la familia como tal. Nada de eso. Lo que sí dice a los jóvenes es que no huyan de la felicidad, que no teman el matrimonio como

si fuera una carga, que no duden, si son sanos, en dar nuevos trabajadores y nuevos ciudadanos a su país”.

Alejandra Kollontay desmiente en estas rotundas afirmaciones la idea corriente, tan bien y tan frecuentemente explotada, según la cual la familia en Rusia, como institución básica de la vida humana, había sido suprimida. "La sociedad comunista, el Estado obrero" insiste Alejandra "ayudará a los jóvenes y a las mujeres en sus tareas. Ningún niño será arrancado de los padres que deseen participar en la educación de sus pequeños. Las alegrías paternas, las satisfacciones maternas, no serán arrebatadas a quienes se muestren capaces de apreciar y comprender esas características. La familia debe ser una unión construida con afecto y un espíritu de camaradería. Una unión de dos iguales, ambos libres, ambos independientes, ambos trabajadores. La mujer ya no dependerá de su marido, sino de sus propios y robustos brazos para apoyarse". Kollontay debió intuir la oposición que las nuevas teorías provocarían entre quienes no estaban preparados para los cambios fundamentales en la condición de la mujer, la larga y amarga aversión e incomprensión que despertarían en todos los países. Había que luchar por la igualdad social entre hombres y mujeres en todas las naciones. ¿Quién puede olvidar a las heroínas que, solo en los pueblos anglosajones, lucharon durante años por la igualdad de la mujer?

"El Estado obrero", sigue explicando Alejandra Kollontay, "tiene nuevas necesidades junto con nuevos propósitos y entre ellos la nueva forma de relación entre los sexos adquiere toda su importancia. Pero en lo que se refiere a la mujer todavía hay otro campo que ha sido arado y fecundado. El campo donde la mujer cumple la mayor de las misiones: la maternidad". Kollontay se detiene largamente en las restricciones sociales que la madre ha soportado y a las que se ha sometido durante siglos, e insiste muy decididamente en la necesidad de que ese instinto prepotente y potencialmente rico sea aprovechado en el nuevo mundo que visualiza: "El estrecho y exclusivo afecto de la madre por su hijo", escribe, "debe hacerse crecer y ampliarse hasta abarcar a todos los hijos de la gran familia proletaria. En lugar de los grupos domésticos individuales y egoístas surgirá una gran familia universal. En nombre de la igualdad, de la libertad y del

amor, llamamos a las obreras y a los obreros y a los campesinos a emprender con valor y con fe la reconstrucción de la sociedad con el objeto de hacerla más perfecta, más justa y más capaz de asegurar a los individuos la felicidad que merecen”.

CAPÍTULO 13

PUNTOS DE VISTA SOBRE EL AMOR Y EL MATRIMONIO

Al igual que en otros aspectos de la vida que interesan especialmente a las mujeres, Alejandra Kollontay ha sido atacada a menudo por sus supuestas opiniones sobre el amor y el matrimonio. Se ha alegado que defendía prácticas licenciosas y sus escritos sobre estos temas, especialmente los de ficción, han sido tachados de impropios tanto en su propósito como en su forma.

Mientras escribía este libro sobre la vida de mi amiga, he vuelto a repasar las obras aludidas para descubrir qué razones, si es que las hay, pueden aducirse en apoyo de tan venenosos ataques. Solo puedo decir que las impresiones recogidas de mis primeras lecturas no han cambiado en absoluto; lo que me ha sorprendido es la consternación por la facilidad con que la opinión pública puede ser llevada a desacreditar a personas que en cualquier momento se consideran indeseables, sin considerar realmente si hay algún fundamento para tal actitud.

Las opiniones de Alejandra sobre el amor y el matrimonio han parecido variar en ocasiones y, sin embargo, cuando se analizan con detenimiento, muestran que, en todo momento, su idea ha sido que tanto la atracción de personas de distinto sexo como la unión de hombre y mujer, son elementos sociales de gran importancia y nunca han cambiado en esencia.

En su obra *Amor y Amistad*, Alejandra es especialmente sincera en el tema del amor:

Desde mi temprana juventud siempre tuve la sensación de que tenía una misión que cumplir en la vida. Todavía no tenía muy claro qué significaba esa misión, pero quería luchar contra la injusticia, especialmente la social, y contra la brutalidad de

quienes tenían el poder en sus manos. Más tarde pensé que mi misión sería luchar contra la injusticia en la cuestión sexual y enseñar a las mujeres a no poner todo su corazón y su alma en el amor por un hombre, sino en lo esencial: el trabajo creativo. Cuando reviso mis obras puedo ver que fue este objetivo el que inspiró la mayor parte de mis escritos sobre la cuestión sexual. El amor no debe aplastar la individualidad de la mujer, no debe atar sus alas. Si el amor comienza a esclavizarla, ella debe liberarse, debe pasar por encima de todas las tragedias amorosas y seguir su propio camino. Muchos de los adversarios de mis escritos trataron de imponerme el postulado absolutamente falso de que yo predicaba el "amor libre". Yo lo diría al revés: Siempre estuve hablando a las mujeres y les decía que se liberaran de la esclavitud del amor a un hombre.

Así parece que la esencia de la lucha de Alejandra contra las cadenas del amor era "luchar contra ideas o grupos de personas" que consideraba equivocadas. Durante toda su juventud tuvo que luchar por sus ideas de libertad -no de esclavitud- en el amor. Pero no era de las que aceptaban la derrota a la ligera y, a pesar de la oposición que "causaba a veces un dolor desgarrador", las hizo valer hasta que al final se convirtieron en algo casi habitual. Alejandra valoraba más la amistad que el amor y con su amiga Zoja, que procedía de un entorno familiar similar, luchó contra las tradiciones convencionales de su pueblo y por "ideas nuevas y revolucionarias en la vida social y en las cuestiones sexuales". Ambas estaban de acuerdo en que "en las circunstancias de la vieja Rusia" el matrimonio era "la tumba de la libertad para las mujeres que tenían una profesión". Cuando Zoja tuvo la tentación de combinar matrimonio y trabajo, se negó a transigir, tan segura estaba de que en el compromiso su trabajo se resentiría. "Yo también intenté combinar el romance y el trabajo", dice Kollontay. "Pero era y sigue siendo difícil para una mujer compaginar profesión y vida matrimonial". A pesar de que Zoja la llamaba "la dernière grande amoreuse", admite que sus "relaciones amorosas acabaron en la ruptura del romance. La hora de la separación era inevitable".

Tanto ella como Zoja consideraron que sus experiencias al intentar combinar el romance y el trabajo y sus luchas por liberar

la emoción del amor de sus vínculos tradicionales serían útiles para otras mujeres en su búsqueda de la libertad interior. "El trabajo, profesional o político, es lo esencial en la vida", argumentaba Alejandra, "no el romance, el matrimonio y el amor. Las dos creemos en el valor de la amistad. La amistad es una emoción más sociable que el amor sexual. Puedes tener muchos amigos a la vez, porque hay diferentes cuerdas que vibran en contacto con diferentes personas".

Un amigo noruego que la conocía bien escribe: "Sí, Kollontay valoraba la amistad. Pero si su trabajo le exigía todo su tiempo y energía, siempre ponía el trabajo en primer lugar, tanto en la amistad como en el amor. Y si se leen sus libros sobre la mujer y los problemas sexuales, se encontrará la misma frase repetida: el amor y la pasión son grandes cosas, pero nunca deben ser lo esencial en la vida de una mujer". Esta convicción aparecía invariablemente en sus escritos de carácter puramente imaginativo. Como dice una de sus grandes amigas al hablar de este aspecto de sus actividades: Alejandra escribía novelas y bocetos que eran muy admirados por sus jóvenes amigos, pero que los editores le devolvían sin piedad. El profesor Ostrogorsky, su antiguo maestro, opinaba que todas las novelas de Kollontay no eran literatura sino propaganda de sus ideas. Cada novela era casi una tesis. Pensó que era mejor que ella probara otra rama para sus escritos, por ejemplo, ensayos sobre cuestiones que quería defender. Alejandra era muy infeliz. Soñaba con ser una gran autora, una novelista. De niña llenaba un cuaderno tras otro con historias llenas de simpatía por los perros callejeros, denunciando la vida lujosa e inmerecida de los perros domésticos que tenían mejor comida que los niños pobres. Más tarde defendió en sus novelas el derecho de una chica a casarse con el hombre que amaba o a ir a la universidad, incluso en contra de la voluntad de sus padres.

Al mismo tiempo, Alejandra puso gran énfasis en lo que ella pensaba que debía ser el amor. A pesar de sus puntos de vista prácticos, también era una idealista en este tema, y nunca admitiría que se tratara a la ligera en ningún sentido. Estaba muy indignada por los falsos rumores, que circulaban ampliamente fuera de Rusia, de que las mujeres rusas iban a ser "nacionalizadas". Estaba especialmente indignada por la

credulidad de los estadounidenses que se tragaron esta historia, especialmente los que estaban en Washington y en el comité de Overman. Entonces, dice Louise Bryant en *Mirrors of Moscow*, "Alejandra montó en cólera contra la estrechez de miras y los prejuicios de algunos de nuestros estadistas. Afirmó que el más simple campesino no creería tales mentiras indecentes contra las mujeres americanas", y argumentó que los líderes americanos deberían al menos haber descubierto los hechos reales sobre las mujeres rusas antes de dar peso oficial a un rumor tan absurdo. "¿Ha pensado usted alguna vez", continuó diciendo explosivamente a la señorita Bryant ¿qué absurdo fue que la mujer estadounidense, tan protegida, se viera obligada a hacer un piquete en la Casa Blanca como parte de una campaña por la igualdad del sufragio? ¿Y que por tales actos fuera enviada a prisión? Naturalmente, estas cosas nos parecen incoherentes, pero conseguimos verlas en su justa medida. Sabemos que, a pesar de estas incoherencias, los estadounidenses son un pueblo generoso, en el fondo amigo de Rusia y del mundo".

En otra ocasión le dijo al mismo autor: "Cuando llegó nuestra revolución conseguimos la igualdad para todos los que estaban dispuestos a trabajar. No dejes de comprender el avance que supuso. No tuvimos que hacer una guerra civil para liberar a los tártaros o a los turcos, como ustedes hicieron para liberar a los negros, y ciertamente nunca estuvo en la mente de nadie, en ningún bando, privar de derechos a las mujeres rusas, y mucho menos nacionalizarlas. Sin embargo, es cierto que las nuevas leyes matrimoniales, de las que surgió este rumor, fueron muy malinterpretadas, intencionada o accidentalmente, en muchos países fuera de Rusia. En realidad, estas leyes eran bastante claras. Preveían el matrimonio por la autoridad civil, y sostenían que solo esos matrimonios eran legales. El nuevo procedimiento de matrimonio civil era extremadamente sencillo, ya que solo era necesario que la pareja interesada acudiera al Departamento de Matrimonio y Divorcio y se registrara. Los requisitos eran pocos y pertinentes: los chicos debían tener dieciocho años, las chicas al menos dieciséis; no se permitía la bigamia; no se permitían ni los matrimonios mixtos ni los matrimonios de familiares".

El divorcio era igual de fácil, y esto, a los pensadores comunes de fuera de Rusia, les parecía chocante. "A algunos les parece

desconcertante", dice la propia Kollontay en *El comunismo y la familia*, "que se haya facilitado el divorcio en la Rusia soviética". "Un decreto del Comisario del Pueblo del 18 de diciembre, 1917¹², hizo que el divorcio fuera accesible no solo para los ricos, sino para todos. Una mujer trabajadora no tendría que esperar meses, quizás incluso años, para obtener el divorcio de un marido borracho que la tratara con brutalidad. Ahora el divorcio puede obtenerse amistosamente en una o dos semanas". Todos los demás divorcios pendientes en ese momento fueron declarados nulos y sometidos a la decisión de las nuevas leyes. Si había niños de por medio, el cónyuge que tuviera más dinero, ya fuera el marido o la mujer, debía cargar con la mayor parte de la manutención de los niños.

Kollontay, como ya hemos visto, ha escrito muchas obras, algunas de carácter político o social, y otras que, dentro del campo de la ficción, son un estudio de las relaciones sexuales en las cambiantes condiciones de su país. En este capítulo he creído conveniente detenerme un poco en estas últimas, ya que están especialmente relacionadas con sus opiniones sobre el amor y el matrimonio y, además, han sido utilizadas específicamente como blanco de agresiones.

Para no coincidir en la ligereza de juicio con que la gente llegó a sus conclusiones negativas sobre estos esfuerzos literarios,

¹² Nota de la autora: Es interesante tener en cuenta que en 1944 los nuevos decretos promulgados en la URSS han implantado más restricciones en este campo. No solo se estudiarán meticulosamente los casos de separación, sino que se harán grandes esfuerzos para lograr la reconciliación. Ya no se aceptarán razones sumarias y se tardará mucho más tiempo que antes en resolver situaciones de incompatibilidad y otras.

Las nuevas normas para el divorcio son probablemente el avance más importante llevado a cabo por los rusos hacia el fortalecimiento de los lazos familiares y de acuerdo con el énfasis real que se pone ahora en los intereses religiosos, maternos y de los niños. Esto no altera en absoluto el hecho tan bien expresado por Alejandra Kollontay de que la vida conyugal es de interés primordial para la sociedad, y debe basarse en la libre elección y el amor, pero no en el servilismo de un sexo a otro. Y por supuesto, esto no quita nada de la importancia concedida por ella al factor amor -amor puro y desinteresado- entre el hombre y la mujer, ni ha disminuido en absoluto el hecho de que la mujer tenga derecho a vivir una vida independiente. Por el contrario, estas novedades darán mayor fuerza a las concepciones del amor y del matrimonio y, por tanto, de la familia, como base de la sociedad.

podría ser una buena idea dar las razones que inspiraron a la autora a hacerlas, incluyendo un resumen de las historias con la esperanza de que esto sea suficiente para convencer a los lectores bien intencionados de su error. No estoy sugiriendo, por supuesto, que estemos dispuestos a demostrar que las obras de ficción de Alejandra son del tipo que habrían aprobado las estrictas madres y tutores de los primeros días de la época victoriana en Gran Bretaña, sino simplemente que no ha habido ninguna excusa real para tales acusaciones viciosas e infundadas contra la autora.

Una cosa es cierta: el bien de la humanidad y una mejor comprensión de sus males siempre han estado en el fondo de los esfuerzos literarios de Alejandra. Pero tal vez sea mejor dejar que la propia Kollontay explique los motivos subyacentes de sus obras. Su prólogo en la edición inglesa de *Amor Rojo* es una exposición muy clara y convincente del por qué y el para qué de este libro. El lector debe darse cuenta, si realmente quiere entenderlo, de que la autora tenía dos grandes ideas en mente cuando escribió esta y otras obras de ficción, dos objetivos de suma importancia para ella: la emancipación de la mujer y la revolución. Y que en su opinión, ambos estaban indisolublemente unidos. De la unión de ambos Alejandra esperaba ver surgir un mundo nuevo y la felicidad de la humanidad asegurada. Pero debemos dejar que hable por sí misma. En relación con la novela *Amor rojo*, que causó una gran sensación en el momento de su publicación y que, como todas sus obras, ha sido traducida a muchos idiomas, dice:

Esta novela no es un estudio moral ni un retrato del nivel de vida en la Rusia soviética. Es un estudio puramente psicológico de las relaciones sexuales en la posguerra. He elegido el entorno de mi propio país y he hecho protagonistas a mis propias gentes, porque las conozco mejor y podría dar una imagen más vívida de su vida interior y su carácter. Sin embargo, muchos de los problemas presentados no son exclusivamente soviéticos-rusos; son temas mundiales, que pueden observarse en todos los países. Estos silenciosos dramas psicológicos, nacidos del cambio en las relaciones sexuales, de esta evolución, sobre todo, en los sentimientos de las mujeres, son bien conocidos por la generación más joven de Europa.

¿Juzgamos alguna vez a un hombre por su conducta en las relaciones amorosas? Generalmente, si no sobrepasa ciertos límites muy flexibles, decimos que su vida sexual es su 'asunto privado'. El carácter de un hombre se evalúa no por su conducta en la moral familiar, sino por su eficiencia en el trabajo, por su intelecto, su voluntad, su utilidad para el Estado y la Sociedad. Mientras la mayoría de las mujeres no tenían deberes directos para con el Estado o la Sociedad, mientras toda su actividad se concentraba dentro de los límites de la familia, las naciones civilizadas no exigían otras cualidades en la mujer que la de mostrar una 'buena moral' en la vida sexual y familiar.

Ahora, cuando más de la mitad de las ciudadanas adultas de la mayoría de los países trabajan y luchan, al igual que los hombres, la Sociedad plantea nuevas exigencias a las mujeres. Su capacidad para responder a los deberes sociales de un buen ciudadano comienza a tener más valor que su 'bondad' o 'inofensividad' en la moral familiar. La vida familiar no es el único campo de actividad de la mujer hoy en día; con bastante frecuencia sus deberes familiares entran en amargo conflicto con su trabajo fuera de casa y sus deberes públicos. Es natural, por lo tanto, que el método de evaluación de una mujer hoy sea diferente al de nuestros abuelos y abuelas.

Nuestros criterios en materia de moral sexual cambian constantemente. Nunca hay un estancamiento. Solo hay periodos en la historia humana en los que la evolución de la moral avanza más rápidamente, y otros períodos (con un estancamiento general en todos los campos de la vida) en los que el cambio parece relajarse. Hace solo medio siglo, Dumas describía a una "divorciada" como si tratara de una criatura "caída", mientras que hoy Francia discute abiertamente la cuestión de igualar los derechos de las madres no legales con los de las mujeres legalmente casadas. Cada vez queda menos de la vieja hipocresía burguesa en nuestra forma de pensar y juzgar la moral sexual.

Espero que este libro ayude a combatir la vieja hipocresía burguesa en los valores morales y muestre una vez más que estamos empezando a respetar a la mujer, no por su "buena moral", sino por su eficiencia, por su ingenio con respecto a sus deberes hacia su clase, su país y la humanidad en su conjunto.

En cuanto a la historia en sí de la obra de Kollontay, la trama de *Amor Rojo* se sitúa en la Rusia comunista al final de la Revolución, en el momento del triunfo del Partido Bolchevique. Se divide en tres partes: Amor, Matrimonio y Libertad. En la primera parte, una joven trabajadora, Vassilissa, está ocupada organizando una casa comunal, pero aunque el éxito de esta tarea está muy cerca de su corazón, se siente terriblemente agotada y débil y sus pensamientos se dirigen a menudo a su amante, Vladimir Ivanovitch o Volodya, como ella lo llama, un tipo inteligente y ambicioso cuya reputación se resiente por sus contactos con un conocido y desacreditado especulador llamado Savelyev. Vassilissa había conocido a Volodya, al que llamaban "el americano" porque había vivido en Estados Unidos en su juventud, en una reunión política en la que, aunque se sospechaba que era anarquista, había hablado a favor de las reivindicaciones bolcheviques. Poco a poco había sucumbido a su encanto y finalmente se había enamorado apasionadamente de él. En la segunda parte del relato, Volodya escribe a Vassilissa desde la ciudad donde trabaja y la insta a unirse a él. Vivirán juntos en una bonita casita que él ha tomado, ella acepta y da la espalda a su propio trabajo y a su antigua vida.

Sin embargo, muy pronto, y a pesar de su amor por Volodya, Vassilissa siente que las cosas no son como antes. Volodya está bajo una nube. Tiene dificultades con la Administración Central y ella quiere ayudarle. Además, la casa bien amueblada en la que viven y la vida que lleva Volodia son una gran decepción. Ella le reprocha que se gaste el dinero en lujos en lugar de ayudar a los necesitados, que no viva como un comunista. A él también le molesta su falta de interés por las cosas que le gustan y su indiferencia por las galas personales.

Poco a poco se van distanciando. Una aventura con Nina Constantinovna, una mujer que tiene los mismos gustos e inclinaciones frívolas que él, lleva las cosas a un punto álgido y, después de muchos desengaños y, a pesar de que Volodya le asegura que no quiere a nadie más que a ella, Vassilissa decide aceptar una propuesta de sus antiguos camaradas para organizar el trabajo en un grupo de fábricas textiles y volver al lugar que había dejado por amor al "americano".

Cuando llega allí, descubre que está embarazada. Su alegría no tiene límites. Incluso le parece posible sentir pena por la amante de Volodya, que se ha deshecho del hijo que esperaba. Se sienta y escribe a Nina diciéndole que no le guarda ningún rencor, ni a ella ni a Volodia, y les insta a casarse. Cuando termina la carta se siente más feliz que nunca. Por fin se ha liberado de todo el sufrimiento y la ansiedad del pasado y está preparada para emprender su nuevo trabajo y afrontar el futuro con su hijo.

El otro libro de Kollontay, *Un gran amor*, está precedido por un pasaje con el que la autora quiere evidentemente impresionar a sus lectores con el conocimiento de los cambios profundos que estaban teniendo lugar en el momento en que lo escribió. Es interesante observar que elige a sus personajes entre los hombres y mujeres implicados en esos cambios y más directamente afectados por ellos. A través de ellos intenta explicar la tremenda importancia que las mujeres de la Revolución concedieron a su trabajo por un futuro más feliz para su pueblo.

La novela se abre con unas frases que cito a continuación:

La historia ocurrió hace mucho tiempo, cuando la humanidad aún no conocía la guerra, y los cambios monumentales de la Revolución aún se encontraban en un futuro lejano y distante. Sucedió en aquellos años en los que Rusia aún se retorcía en las garras de la reacción más oscura, en los 'días del Zar'.

Los actores de este pequeño drama eran emigrantes, hombres y mujeres que habían sido exiliados de la tierra que los vio nacer, y que huyeron a causa de sus actividades políticas en favor de las masas golpeadas de su país. Desde entonces, un nuevo mundo ha amanecido en Rusia. Pero estas tragedias siguen existiendo. A nosotros nos corresponde aprender y tratar de entenderlas.

La historia, escrita de forma muy sencilla, comienza con una narración en la que se cuenta cómo Ssenja ha dejado a sus hijos y a su mujer, Anjuta, que padece tuberculosis, y se ha enamorado de Natascha. Ambos participaron en muchos de los esfuerzos organizativos de la Revolución. Su conciencia le tortura por culpa de Anjuta, y anuncia que debe volver con su familia. Natascha se niega a ceder a su petición de quedarse con él hasta su partida. Antes de que se marche, asisten a una reunión del partido y ella

se siente muy decepcionada al ver que Ssenja ya no concede la máxima importancia a su trabajo por la Causa. Después de Ssenja, Natascha pasa por periodos alternativos de decepción y esperanza. Durante muchas semanas no tiene noticias suyas. Escribe largas cartas que nunca envía, desahogando así su alma de la añoranza que siente por su presencia, pero estos sentimientos se mezclan con el auto-reproche porque su amor la había apartado a veces de su tarea en ayuda de sus camaradas. Fue a través de su trabajo que ella lo había conocido, y su vida había crecido y florecido.

La primera decepción que sufrió por su culpa fue con motivo de una conferencia en la que Natascha cometió un error que atrajo la ira de la oposición. Ella se había dirigido a Ssenja en busca de ayuda, pero él no se atrevió a ponerse de su lado. Fue la primera gota de amargura en la copa. Sin embargo, pudo superarlo y las separaciones que se produjeron siempre se vieron coronadas por reencuentros afectuosos. Esta vez, sin embargo, los días pasan y parece que su separación va a ser definitiva.

Por fin, un día, recibe una carta. Como tantas otras veces, Ssenja necesita urgentemente fondos y le pide que le vea y le proporcione el dinero. Un gran problema surge en el corazón de Natascha. Le gustaría ayudar a Ssenja, pero el dinero que tenía ahorrado acaba de ser entregado para las necesidades del Partido. Ansiosa por ayudar a Ssenja, le pide a un camarada, uno de los miembros realmente devotos de su grupo, Wanjetschka, que le consiga de algún sitio la suma solicitada. Él accede creyendo que ella la quiere para salvar a un amigo de la policía.

Natascha y Ssenja se reencuentran por fin cerca de la ciudad, donde a él le han pedido que haga un trabajo de investigación para un distinguido profesor. Esta vez sus caricias son una amarga decepción. Ella siente que él solo ama a la mujer que hay en ella, no a su espíritu. Al día siguiente, él se enfrasca en su nueva tarea, y Natascha, que se queda sola, empieza a darse cuenta de que su amor por él ha cambiado. Decidida a poner a prueba sus sentimientos, vuelve a su trabajo y, al cabo de un tiempo, se siente aliviada al comprobar que lo que ahora comprende que era solo atracción sexual ha desaparecido, y que es libre.

En ambos libros Alejandra trata de señalar que las mujeres no deben dejarse esclavizar por apelaciones indignas a sus

sentimientos, que tienen una misión que cumplir, y que cuando el amor no es todo lo que debería ser hay que dejarlo de lado. Además, Alejandra escribió dos relatos cortos: *Hermanas* y *El amor de tres generaciones*, que también son típicos de su actitud hacia la relación entre hombres y mujeres. *Hermanas* es la historia de una chica que se casa con un camarada. Ambos están muy enamorados, pero la causa sigue siendo la primera consideración. Trabajan felizmente juntos y una pequeña niña es bombeada hacia ellos. Al poco tiempo, al marido le ofrecen un puesto en el "Combinat", y lo acepta. La mujer sigue trabajando en el "Rayon". Él sale de la ciudad para acompañar a unos "Nepmen" en un viaje de negocios y vuelve como un hombre cambiado, que se dedica a beber y muestra indiferencia por su trabajo. Una noche vuelve a casa con una mujer que ha recogido en la calle. Su mujer se siente profundamente herida y le acusa de haber abandonado no solo a ella, sino también a la Causa. Él intenta defenderse y le implora que pase por alto todo lo ocurrido. El perdón llega fácilmente esa vez, pero a medida que pasan los días, la situación se vuelve más y más tensa. La hija pequeña enferma y muere, y una noche el hombre trae otra niña a la casa, y de hecho la lleva a su habitación.

Al amanecer, la esposa, que se ha encerrado en el lugar donde la niña solía pasar sus días, encuentra a la intrusa llorando en la cocina. La chica explica que no sabía que el hombre estaba casado. Se había quedado sin trabajo por la reducción de la mano de obra, su madre estaba muy enferma y se había ido a la calle para intentar conseguir algo de dinero. Ahora que sabía que su seductor estaba casado, no quería quedarse con él ni un momento más. La esposa se siente profundamente conmovida por la historia de la muchacha, y de repente surge en ella el sentimiento de que son hermanas en la miseria. La chica abandona la casa y unos días después es llevada al hospital. Enferma por la injusticia que se ha cometido con ambas, la esposa también abandona la casa.

En el relato *El amor de tres generaciones*, Olga Wasselowskaya, una excelente organizadora, escribe una carta a una amiga en la que le dice que tiene una aventura amorosa y le recuerda una aventura similar que había tenido su madre, una gran propagandista de los años 90. Se había casado con un oficial,

había tenido dos hijos, y luego se había enamorado de un médico, Sergei Iwanowitsch, un intelectual, del que tuvo una hija. El oficial fue enviado poco después al exilio, pero tras ser liberado, él también se vio envuelto en una relación amorosa extramatrimonial, por lo que se separaron definitivamente. La hija, Olga, también se casa y su marido también es exiliado. Durante su ausencia, su patrón le hace el amor y ella se convierte en su amante. Poco después descubre que está embarazada y se va a vivir con su madre. Entonces es cuando aparece un gran conflicto: ella ama a los dos hombres, aunque ella y su patrón a menudo no están de acuerdo.

Su madre no puede entender la situación. Le parece desleal, y le recuerda a Olga que en su propio caso le dijo a su marido la verdad, y le ruega a su hija que le escriba a su marido contándole todo y que renuncie a su amante. El argumento de la madre es que, puesto que ama a su marido, su deber es serle fiel. Olga obedece los deseos de su madre y, para su gran alivio, su marido se muestra comprensivo. Esto facilita que vuelvan a vivir juntos a su regreso.

Cuando su amante aparece e intenta convencerla de que se vaya con él, ella se niega. Pasa un tiempo, estalla la revolución de 1905, es sofocada y se emprende una terrible represión contra todos los participantes. La policía busca a Olga. Ella se refugia en casa de su amante, pero él muestra claramente que teme ser considerado sospechoso, por lo que lo abandona para siempre con su pequeña. Esta vez, sin embargo, ella y su marido se han distanciado definitivamente. Entonces ella conoce a otro hombre enfermo y lo lleva a su casa, y después de un tiempo viven como marido y mujer. Su hija, Genia, ya mayor, se queda embarazada y le cuenta tranquilamente a la madre que ya ha tenido relaciones con otro hombre. La madre se queda sorprendida. Lo único que no puede entender es la falta de amor que la chica muestra por cualquier hombre. Pero Genia está demasiado interesada en la causa revolucionaria y demasiado ocupada trabajando por ella como para entregar su corazón por completo a un hombre. Le gustan los hombres como camaradas, no como amantes. Tras largas discusiones, admite que los únicos amores que ha tenido realmente en su vida son su propia madre y la Causa. Por fin convence a su madre de su punto de vista y continua con su vida

privada libre de enredos, dedicando toda su energía a las necesidades de su próximo hijo y a su trabajo por el movimiento revolucionario. Pero donde la opinión de Alejandra sobre el amor y el matrimonio se expresa más definitivamente es en *Una carta a un joven camarada* que fue traducida al español y publicada en Madrid.¹³

Joven camarada, me has preguntado qué lugar ocupa el amor en la ideología proletaria. Pareces sorprendido de que en momentos como estos los jóvenes obreros estén absortos con las cuestiones del amor y todo lo relacionado con él tanto o más que con los grandes problemas que debe resolver la República Obrera. Busquemos juntos una explicación a este hecho, y la respuesta al primer problema.

¿Qué posición ocupa el amor en la ideología proletaria? Debéis recordar que Rusia es actualmente un campo de batalla entre dos civilizaciones, dos ideologías que dan lugar a nuevos conflictos día a día. La victoria de los principios e ideales comunistas en la política y la economía produjo necesariamente una revolución también en el concepto común de los principios mundiales y en las fuerzas espirituales de la humanidad. Ya se pueden apreciar los cambios que se están produciendo en los viejos conceptos de la vida, la sociedad, el trabajo y las normas de conducta, es decir, en lo que se refiere a la llamada moral. Las relaciones sexuales son una parte importante de esas normas.

La revolución en el campo ideológico completará la transformación operada en el pensamiento humano durante los cinco años de la república. A medida que aumenta la distancia entre las dos ideologías, la burguesa y la proletaria, surgen nuevos problemas que deben ser resueltos, entre ellos el problema del amor que la humanidad ha resuelto a través de su historia de diferentes maneras, según la época y la idea que ha caracterizado el "espíritu de la época", es decir, su cultura.

En Rusia, durante la Guerra Civil, la atención del pueblo estaba ocupada por pasiones y sentimientos que nada tenían que

¹³ Nota de la traductora: ha sido imposible encontrar dicha traducción y por ello esta que se presenta aquí es de la traductora de este libro.

ver con el afecto entre el hombre y la mujer. ¿Quién podría preocuparse seriamente por los sufrimientos del amor durante los años en que el espectro de la muerte los amenazaba a todos?

La única pregunta era entonces: ¿Quién ganará? ¿Será el progreso, o será la reacción? No había ni oportunidades, ni energías psíquicas suficientes para 'las alegrías y las torturas del amor. El instinto biológico de reproducción, la simple voz de la naturaleza, se encargó de la situación. Hombres y mujeres se casaron con la misma facilidad con la que se divorciaron después, sin frenesí y sin lágrimas. La prostitución empezó a desaparecer y la unión libre entre los sexos, sin compromisos, ocupó su lugar. Los instintos biológicos eran los únicos factores. La belleza que debería acompañar al amor estaba ausente. Solo existían entonces dos formas de unión sexual: el matrimonio consolidado por el tiempo, que la propia seriedad del momento hacía más duradero y fuerte en la camaradería, y aquellas otras relaciones matrimoniales contraídas simplemente para satisfacer una necesidad pasajera, y desechadas tan rápidamente como habían sido aceptadas. El brutal instinto de reproducción es lo que yo llamo el 'Eros sin alas'; no absorbe nuestras fuerzas psíquicas y es enteramente diferente del 'Eros con alas', que suscita un sentimiento tejido con diferentes emociones en el corazón y el espíritu.

Los revolucionarios no tuvieron tiempo de dejarse dominar por este último sentimiento. En aquella época nadie podía permitirse el lujo de gastar fuerzas en sentimientos que no contribuyeran en nada, directamente al menos, al triunfo de la Revolución. La vida individual, que debería ser el fundamento del matrimonio, exige una gran cantidad de energía psíquica.

Ahora el panorama ha cambiado. La U.R.S.S. ha entrado en una época de relativa paz, una época en la que es necesario fijar y desarrollar lo que se ha obtenido y conquistado. Hasta que el proletariado no haya asimilado las leyes que rigen la creación de la riqueza material y de los poderes que dirigen los sentimientos del alma, la humanidad no triunfará en todo el frente ideológico como ha triunfado en el campo de la fuerza militar y del trabajo.

Ahora que la atmósfera provocada por la lucha se ha despejado, el hombre se ha vuelto hacia otras cosas, y reclama sus derechos en el amor. El instinto de reproducción ya no es

suficiente. Los hombres y las mujeres no se unen como lo hacían durante la Revolución. No quieren una unión pasajera solo para satisfacer sus instintos sexuales. Empiezan a vivir el amor con todos los sufrimientos que esto puede conllevar.

Las necesidades intelectuales crecen día a día dentro de la República Soviética. Hay hambre de conocimiento, en la ciencia, en el arte, en la literatura y en el teatro. Los hombres también buscan nuevas formas de entender todo lo que rodea al amor. Esto no es un signo de reacción o decadencia. Al contrario, el amor no es solo una fuerza biológica, sino un factor social. En todos los periodos del desarrollo humano, ha sido considerado como una parte indispensable e inseparable de la cultura intelectual de cada época.

En la ideología de los trabajadores debe darse la mayor importancia a otro aspecto de este sentimiento, el que puede aportar beneficios reales a los intereses colectivos. El amor no puede ser considerado simplemente como un asunto privado que interesa a un solo hombre y a una sola mujer, sino como un principio de unión de gran valor para la comunidad, y no debemos olvidar que, a lo largo del desarrollo histórico de la humanidad, se han marcado líneas de conducta que indican cuándo y en qué condiciones el amor podía considerarse "legítimo" y cuándo no. En primer lugar, su posición correspondía a los intereses de la comunidad y se consideraba ilegítimo cuando entraba en conflicto con esos intereses.

La historia nos muestra de forma muy definida los cambios en el campo del amor que se han producido a lo largo de los siglos. En los tiempos patriarcales el amor se consideraba a la luz de la amistad entre dos personas de la misma tribu, un amor amistoso desprovisto de pasión sexual, pues el amor en aquella época era una virtud cívica y el amor entre hombre y mujer no tenía ningún valor social. El hombre que estaba dispuesto a arriesgar su vida por su amada era estrictamente censurado. Todos los escritos de la antigüedad condenan el amor de Paris y Helena, que dio origen a una guerra que trajo la infelicidad a la humanidad.

Más tarde, en la época feudal, el factor importante era la familia. Para ser considerado virtuoso, un hombre debía sacrificarse en todos los casos por su familia y sus tradiciones. Las mujeres debían guiarse siempre, a la hora de elegir, por esos

mismos intereses familiares. En la época feudal, el amor y el matrimonio no marchaban juntos, aunque entonces, por primera vez, las mujeres comenzaron a adquirir ciertos derechos. Las mujeres podían esperar encontrar en sus adoradores las más altas cualidades de valor y resistencia. El caballero debía demostrar que estaba dispuesto a llevar a cabo grandes empresas en honor de su dama, y por esta creencia de que la conquista del corazón de una mujer era la más noble de las empresas, el amor se situaba en cotas casi inaccesibles. Llevados por su imaginación, los caballeros de la Edad Media acabaron incluso enamorándose de mujeres que no conocían, como nos cuenta Cervantes en su Quijote y Dulcinea.

En los siglos XIV y XV, la acumulación de riqueza en cada familia transformó la concepción del matrimonio. El dinero se convirtió en la razón fundamental de la unión del hombre y la mujer. Y así, a lo largo de las épocas, la concepción del sentimiento de atracción de los sexos cambió según las necesidades de la comunidad.

La nueva sociedad comunista se construye sobre los principios de la camaradería y la solidaridad y, para que sea realmente fuerte, debe abarcar todos los aspectos del sentimiento humano. El amor debe fortalecer, no solo los vínculos del matrimonio y de la familia, sino también los necesarios para el desarrollo de la solidaridad colectiva. De ser un mero fenómeno biológico, el amor se ha convertido en un factor social y psicológico. En el caso de las mujeres, hay otro factor que hay que tener en cuenta: el instinto biológico de la maternidad.

El régimen social construido sobre este principio requiere que la sociedad posea, en el más alto grado, una capacidad potencial de amor, es decir, una capacidad de sensaciones de atracción y simpatía mutuas. Si estas faltan, la verdadera camaradería no puede consolidarse. Las sensaciones de simpatía, como la sensibilidad y la delicadeza de los sentimientos hacia los demás, se derivan de la fuente común de una capacidad de amar, no en un sentido puramente sexual, sino en el sentido más elevado de la palabra.

Los sistemas burgueses han comprendido esto, por eso han tratado de consolidar la familia sobre la base de una virtud moral: "el amor entre personas casadas". Ser padre de familia es, a sus

ojos, alcanzar uno de los mayores fines de la vida del hombre. Bajo la presión de las relaciones económicas que nos parecen inaceptables en todos los sentidos, el instinto sexual se convirtió en libertinaje; un fin en sí mismo. El amor es un conglomerado de los más diversos sentimientos: ternura espiritual, pasión, atracción, compasión e incluso costumbre.

Los antiguos regímenes también han investido al amor con la idea de que se basa en el principio de la propiedad. Se suponía que la mujer pertenecía al hombre, que era un instrumento, una herramienta, principalmente para el placer.

La ideología proletaria tiende a perseguir y a acabar con el 'Eros sin alas', con su libertinaje, con su satisfacción de meros deseos carnales a través de la prostitución, con la conversión del acto sexual en una finalidad en sí mismo, en un placer fácil, de forma más implacable de lo que nunca lo hizo el código moral burgués. El ideal del amor dentro de la camaradería que ha sido creado por la ideología proletaria para ocupar el lugar de ese otro sentimiento absorbente y exclusivo se basa en el reconocimiento de los derechos recíprocos, en el arte de saber respetar la personalidad del otro incluso en el terreno del amor, en un firme apoyo mutuo y en la comunidad de aspiraciones colectivas.

Una vez superados los tiempos difíciles, llenos de tremenda responsabilidad, por los que una sociedad comunista tenía que pasar forzosamente, el amor asumió un aspecto diferente. Una vez desarrollados plenamente los lazos de simpatía y la capacidad de amar, la desigualdad entre los sexos desaparecerá por completo. El amor entre el hombre y la mujer ocupará el puesto de honor como único sentimiento capaz de enriquecer la felicidad humana dentro de una nueva sociedad.

Actualmente estamos atravesando un período de transición, pero es de esperar que en la nueva moral proletaria que se está desarrollando las relaciones entre el hombre y la mujer se basen en:

1. La igualdad; la desaparición de la prepotente autosuficiencia masculina y la sumisión servil de la mujer.
2. Reconocimiento mutuo y recíproco de derechos, y desaparición de todo sentimiento de propiedad.

3. Sensibilidad fraternal, junto con un arte que permita asimilar y comprender los desarrollos psíquicos que se producen en el alma de la amada. (En la ideología burguesa, se esperaba que solo la mujer poseyera esta sensibilidad).

Al dejar de lado los prejuicios que, hasta este momento, han regido la vida conyugal, la ideología proletaria tiene el deber de formar una nueva moral y ofrecer nuevas normas para que las relaciones entre los sexos puedan aplicarse de la mejor manera posible a los intereses de la sociedad.

Con la desaparición del impulso ciego de la pasión, del sentimiento de propiedad, de la fatuidad egoísta del hombre, y de la sumisión de la mujer, y de sus protestas subyacentes contra el estrangulamiento de su personalidad, es seguro que se desarrollarán con el tiempo nuevos y preciosos elementos del amor. El interés que los problemas que afectan al amor han despertado en los jóvenes trabajadores no es un signo de decadencia.

Estoy segura, joven y entusiasta camarada, de que tú también encontrarás el amor en el lugar que debe ocupar dentro de la ideología del proletariado, así como en la vida cotidiana de la humanidad.

Después de leer estas obras, me parece que no hay nada en ellas que tenga que escandalizar a nadie que haya ojeado siquiera la literatura de nuestro tiempo. Se defiende, por supuesto, la libertad en la elección de la mujer por el hombre, o a la inversa, pero la pluma de Alejandra Kollontay nunca se ha convertido en un instrumento al servicio de las ambiciones utilitarias. Nunca se ha degradado para despertar deseos malsanos. Se ha utilizado con una elevada intención y un sincero deseo de elevar la condición de la mujer en todos los ámbitos, de defender su derecho a vivir en libertad y de desarrollar su personalidad.

Las páginas que Alejandra ha escrito no tienen nada de pornográfico ni de excesivamente directo; al contrario, revelan una extrema consideración y respeto por las opiniones ajenas. El amor libre, es decir, el derecho a amar y a elegir libremente, y no una excusa para la prostitución, al contrario, en las obras de Alejandra es la expresión de los cambios plenamente aceptados en el mundo actual. Es un amor libre de hipocresía, pero noble en

sus esfuerzos por hacer de la unión del hombre y la mujer lo que todos querríamos que fuera, una camaradería real y duradera.

CAPÍTULO 14

ROMANCE EN MEDIO DE LA LUCHA

A pesar de lo que Alejandra Kollontay ha dicho y escrito repetidamente sobre el amor -entre un hombre y una mujer-, y a pesar de que demostró que era capaz de superar la absorbente ternura por un ser humano que ha hecho naufragar tantos planes forjados por las mujeres de ambiciones progresistas, y se liberó de los lazos que se volvieron demasiado estrechos para la dedicación total a la causa que consideraba de primera importancia en su vida, llegó un día en que, en medio de la lucha a vida o muerte de la Revolución, la "vieja, vieja historia" volvió a aparecer en su corazón.

El hecho de que pudiera romper de nuevo las cadenas que sin duda habrían cambiado el curso de su vida no es un motivo para pasar por alto esa nueva experiencia en silencio. La felicidad y el dolor moldean el alma y el carácter humanos y contribuyen a alimentar la fuente de la que surge la voluntad de actuar. Así pues, este episodio de la vida de Alejandra, al igual que todas las demás experiencias de distinta naturaleza que estaba destinada a adquirir, debe haber contribuido a la construcción total de su personalidad.

Aunque en los datos sobre la vida y el pensamiento de Kollontay no se mencionan claramente los primeros desarrollos de este romance (y ella misma nunca se refirió a él en nuestras conversaciones sobre su pasado) es fácil suponer que las semillas del amor nacieron en el año 1917, cuando fue enviada por el Partido a Helsingfors, donde estaba anclada la flota rusa, con el objeto de convencer a los hombres para la Revolución. Es más que probable que fuera entonces cuando conoció al joven marinero Fedore Dubenko, guapo, apasionado y entusiasta, que durante un breve periodo de tiempo parecía haber superado su creencia en la libertad total de las mujeres.

A menudo sucede que en momentos de gran agitación social, cuando toda la atmósfera está tensa por la emoción del momento, y el peligro de la vida acecha, la gente se vuelve instintivamente hacia una promesa de felicidad, aunque sea efímera, y el amor brota sin freno por el miedo a lo que pueda traer el día siguiente. Tal puede haber sido el caso de Alejandra, que en ese momento luchaba con sus camaradas día y noche para establecer el régimen que habían soñado. Y para ella, el hecho de que su nuevo y ardiente admirador fuera un "compañero de armas", que él también estuviera comprometido en la misma peligrosa lucha, inspirado por los mismos deseos y dirigiéndose a los mismos objetivos, debía tener peso.

La enorme popularidad de Dubenko, su audacia y destreza, atrajeron la atención de los líderes bolcheviques y ese año, 1917, fue promovido de su condición de marinero común a la de presidente del Comité Ejecutivo Central de la flota del Báltico, que tenía su base en Kronstadt. Como el Ejército y la Marina rusos estaban entonces bajo la dirección de comités de este tipo, el puesto que se le otorgó al joven marinero era el más alto de la flota.

Durante los meses que precedieron a la Revolución, Dubenko había sido un activo miembro del nuevo movimiento. Había hablado y trabajado entre los marineros con tal desparpajo, convicción y vigor incansable que, en 1917, los marineros apoyaban casi firmemente la causa bolchevique. La cercanía de sus filas y la unidad con que se movían en todos los conflictos con los contrarrevolucionarios se debían en gran medida a sus inspiraciones. Los tiempos eran terriblemente intensos en toda Rusia y los bolcheviques tenían que ejercer la más estricta disciplina o la causa fracasaría. Dubenko fue capaz de animar a sus hombres no solo con un ardiente entusiasmo por la causa, sino también con la determinación de luchar por ella y ganarla sin recurrir al tipo de matanza que había caracterizado a la Revolución Francesa. Se impusieron rígidas reglas que prohibían la embriaguez y castigaban el robo con la muerte. Había una buena razón para su cautela, pues al menos los líderes sabían que el menor signo de conducta desordenada sería la señal para que los contrarrevolucionarios llamaran al movimiento bolchevique incompetente, incapaz incluso de mantener la paz común.

Todos sus presentimientos no eran pura fantasía, ya que la oposición aprovechó la mitad del invierno, cuando el hambre y el frío amenazaban, para abrir las bodegas bien surtidas de los ricos para distribuir las gratuitamente entre las masas. El vino, sabían, calentaría, al menos temporalmente, a los fríos y desdichados, y al mismo tiempo los animaría a cualquier acción, por mal considerada que fuera. Los seguidores de Kerensky esperaban, incitando a las peleas dentro de las filas bolcheviques, destruir la disciplina revolucionaria y obtener así la oportunidad de tomar el poder en sus propias manos.

"Nunca olvidaré", dice Louise Bryant en *Seis meses rojos en Rusia*, "la noche en la que salí a la calle y me encontré con cinco soldados borrachos que me miraban fijamente. Eran como animales. Podría haberme sentado en la nieve a llorar, pero no tuve tiempo. Estábamos cerca del Palacio de Invierno, y justo en ese momento una multitud de marineros de Kronstadt corrió alrededor de la esquina y, gritando maldiciones a sus hermanos borrachos, abrieron fuego. Un soldado murió y el resto se puso de alguna manera fuera de peligro. Esa noche los marineros de Kronstadt tuvieron que matar a treinta soldados. Pero desbarataron el complot".

El "pogromo del vino" había comenzado. No se detuvo hasta que los marineros de Kronstadt derramaron todo el vino que los contrarrevolucionarios pretendían utilizar como arma. En las bodegas se acumulaba en charcos tan profundos que a veces tenían que ser bombeados por los bomberos, en las calles las cunetas se enrojecían con él, y la nieve se volvía rosada y el aire pesaba con el olor a vino. En Petrogrado los marineros no eran tan severos, pero no toleraban el robo. El castigo, sin embargo, era más a menudo una reprimenda que un disparo, junto con la confiscación de los bienes robados y su devolución a su legítimo propietario.

Es fácil imaginar que esta evolución de los acontecimientos, que situó a Dubenko en una posición tan romántica y favorable, debió de contribuir a desarrollar los sentimientos de Kollontay hacia él. En cualquier caso, la Rusia revolucionaria se sorprendió un día al enterarse de que Kollontay, que hasta ese momento no parecía estar dedicada en cuerpo y alma a nada más que a la Revolución, se había casado con el joven Dubenko.

La única referencia a este interesante acontecimiento que he podido encontrar está tomada de los propios escritos de Alejandra al hablar de las nuevas leyes matrimoniales aprobadas a mediados de diciembre, presumiblemente de ese mismo año, 1917, por el Gobierno soviético. "El acto del matrimonio civil fue reconocido como legal", comentó Kollontay, "solo había que cumplir algunas formalidades. El camarada que había conocido en la agitación de la revolución estaba muy entusiasmado con esta ley e insistió en que debíamos ser los primeros en mostrar el ejemplo de un matrimonio legal civil. Traté de aplazar la cuestión, pues el nuevo matrimonio no entraba en los planes de mi vida. Pero un incidente me hizo ceder a sus argumentos. En toda Rusia había combates entre las tropas soviéticas y las bandas contrarrevolucionarias dirigidas por oficiales o generales blancos. No se podía permitir que estos combates locales, que también tenían lugar en el distrito de Petrogrado, se convirtieran en un frente regular, y el Gobierno intentaba detener tales disturbios desde el principio, pero siempre costaba sacrificios y vidas".

Y así continúa Alejandra: "Un día mi amigo fue enviado junto con otros oficiales a reprimir un levantamiento contrarrevolucionario. Se estaba produciendo un combate regular. Cuando mi camarada no volvió el día que yo esperaba y no tuve noticias suyas durante más de dos días, empecé a ponerme muy nervioso. Nadie sabía si le había pasado algo, ni en el Almirantazgo ni en el Smolny. Una noche oí sonar la campana de la cocina. Eso solo podía ser un telegrama. Así que salí corriendo a abrir la puerta y me encontré en sus brazos. Había vuelto sano y salvo del frente. Todo lo que había visto y oído en el frente nos hizo sentir que los ataques de nuestros enemigos eran más fuertes de lo que queríamos reconocer, y que cualquier cosa podía pasar. Si estuviéramos casados, dijo, nos sería más fácil mantenernos juntos. Este argumento me hizo reconsiderar mi decisión de no legalizar nuestro matrimonio. Otro argumento era el prestigio moral de dos comisarios. Una legalización de nuestra amistad pondría fin a todos los murmullos y sonrisas a nuestras espaldas. Sentí que en el Comisariado de Bienestar Social se empezaba a hablar de nuestras relaciones. Pero mi amiga Zoja no aprobaba que cediera. "¿De verdad vas a arriar nuestra bandera de la libertad por él? Tú, que durante toda tu vida has luchado contra

la esclavitud que conlleva la vida matrimonial y que siempre entra en colisión con nuestro trabajo y logros". Mi hijo, estudiante del instituto tecnológico, apoyó a mi amiga Zoja. 'Debes seguir siendo "Kollontay" y nada más. Siempre has dicho que no prestabas atención a lo que decía la gente. Lo principal es que tú misma sepas que tienes razón'. Pero mi amigo presionaba. 'T sabe', dijo, 'no te casarás conmigo porque no soy tu igual'. Ese argumento era el más estúpido que podía utilizar, pero me hizo comprender que era sensible a lo que él llamaba mi superioridad en muchos aspectos, y que eso hería su orgullo. Así que un día le dije: 'De acuerdo, firmaremos la declaración de nuestro matrimonio'.

Alejandra prosigue con su relato: "Y lo hicimos. Pero lo difícil fue que, tras firmar el papel y enviarlo al departamento jurídico, nos olvidamos de todas las demás formalidades, al tener tan poco tiempo para los asuntos personales. Y el papel con nuestra declaración se perdió entre todos los documentos que nunca se completaron formal y jurídicamente. Así que, aunque declaramos que estábamos casados, como era de *facto-de jure*, el matrimonio según la nueva ley civil no se había celebrado. Pero los nubarrones se acumulaban rápidamente en el horizonte del amor. Poco después de firmar los papeles del matrimonio, el marido de Alejandra fue detenido. Se le acusó de haber confiado algunos barcos bajo su mando a oficiales del antiguo régimen que habían fingido ser leales a los soviéticos. En efecto, hubo algunos oficiales que, unos meses después del triunfo de los bolcheviques, habiéndose hecho a la idea de que el nuevo régimen iba a mantenerse, intentaron volver al servicio. Los marinos comunes no se fiaban de ellos, pero Dubenko estaba seguro de que eran honestos en el deseo que expresaban de ayudar a Rusia.

Durante el avance alemán, después de las negociaciones de Brest-Litovsk, se descubrió repentinamente que algunos de los oficiales que había reincorporado habían vendido parte de la flota y entregado Narva a los alemanes. También se le acusó de mantener la comunicación con el enemigo a través de las valijas diplomáticas. Dubenko fue considerado responsable de todo esto, y arrestado, aunque un poco más tarde fue liberado. Se dijo que no tenía ninguna intención de traicionar a la revolución

bolchevique, sino que simplemente quería hacer uso de oficiales experimentados de los que estaban muy necesitados.

Mientras estaba en prisión, Kollontay hizo protestas bastante violentas. Dubenko fue expulsado tanto del cargo como del Partido y Lenin había aprobado esta medida. Como es natural, Kollontay se sintió un poco resentida, pero esto no disminuyó en absoluto su admiración por el líder ruso. Albert Rhys Williams, hablando de este incidente en su libro Diez meses con Lenin, dice que al hablar de las cosas con Kollontay, este había sugerido que "Lenin podría haber seguido el camino de toda carne, el veneno del poder entrando en sus venas, e inflando su ego". Pero Alejandra no quiso escuchar esto. "Por muy amargada que me sienta ahora", había respondido, "jamás podría pensar en imputar ninguna acción suya a motivos personales. Ninguno de los camaradas que han trabajado con el camarada Lenin durante diez años podría creer que hubiera en él una sola gota de egoísmo".

Las cosas, sin embargo, habían calado muy hondo. Alejandra se retiró de la vida pública por un tiempo, y luego se dedicó en cuerpo y alma a la tarea de educar a las mujeres y prepararlas para participar activamente en la política, pero no era un secreto para sus amigos y conocidos que este romance, o más bien su final, era un nuevo punto de partida en su vida y que iba a ser responsable de un cambio total en el curso de su destino.

CAPÍTULO 15

UN PRIMER COMIENZO EN LA DIPLOMACIA

Los primeros pasos de Alejandra Kollontay en lo que parecía ser una carrera diplomática excepcionalmente brillante se dieron a principios de la primavera de 1918. Dado que este fue el punto de partida de un prolongado esfuerzo por parte de Rusia para conseguir el reconocimiento de los demás países, he pensado que debería saberse más sobre las dificultades a las que Alejandra y sus colegas asignados a tareas similares tuvieron que enfrentarse antes de que Rusia fuera finalmente aceptada en la comunidad de naciones.

El gobierno soviético pronto se dio cuenta de la necesidad de que las demás naciones reconocieran su régimen, no solo para evitar un alineamiento contra su país, sino también para restablecer cuanto antes las relaciones económicas y comerciales y evitar así la crisis que ya se avecinaba de manera peligrosa.

Maxim Litvinov, internacionalmente conocido, y dotado no solo de sabiduría y extraordinaria previsión, sino también de una firmeza de propósito indispensable para su difícil tarea, había salido, con el asentimiento de Lenin y del Comité Ejecutivo de los Soviets y la aprobación de Trotski, entonces Comisario soviético de Asuntos Exteriores, al encuentro de la oposición, el odio y la desconfianza mundiales, como primer embajador soviético ante el rey de Inglaterra. Los obstáculos que se interpusieron en su camino en diferentes países, desde el momento de ese momento el 3 de enero de 1918, hasta su nombramiento como embajador en los Estados Unidos en 1941, requerirían por su gran número volúmenes para describirlos.

La violenta oposición que el menor movimiento de Rusia provocaba en el mundo entero, los amargos ataques a todo lo que él consideraba más querido, habrían agotado la paciencia de cualquier hombre menos convencido de la grandeza de su causa y menos devoto del fin perseguido que Maxim Litvinov. En cuanto a los infinitos desprecios a los que fueron sometidos primero el propio Litvinov y después todos los representantes diplomáticos de la Rusia soviética, no constituían una verdadera carga, pues su misma mezquindad solo podía inspirar desprecio. Mayor, más inédito y más indeciblemente injusto que cualquiera de los otros obstáculos planteados fue, por supuesto, la intervención armada contra el territorio ruso. La Revolución Rusa fue considerada por los elementos conservadores y capitalistas de todos los países como la mayor amenaza a sus intereses que jamás habían enfrentado, con el resultado de que se hizo un esfuerzo mundial para aplastar a los soviéticos.,

El espionaje dentro y fuera del país, tanto por parte de los rusos blancos como de los anticomunistas de todo el mundo, tampoco era un mal menor. Más difíciles aún fueron las persistentes acusaciones, tanto de las altas esferas como de las bajas, en todos los países, de que los bolcheviques, por haber llevado a cabo intensas campañas pacifistas y antimilitaristas desde 1914 y por

haber declarado, en vista de las insuperables dificultades, su intención de poner fin a la guerra con Alemania, eran ni más ni menos que agentes al servicio de los alemanes. Lenin, Litvinov, Trotski, Kollontay y otros fueron especialmente señalados para estos ataques.

Los expertos militares y diplomáticos de los países aliados declararon una y otra vez que el pueblo ruso quería seguir con la guerra pero que el Partido Comunista se lo impedía. Los soviéticos sabían que la desaparición del Segundo Frente supondría una grave desventaja para los ejércitos aliados, pero no podían continuar. Así las cosas, estaban luchando casi sin armas, contra fuerzas muy superiores. Todo el mundo en Rusia estaba cansado de la guerra y ansioso por seguir con las tareas establecidas por los líderes de la Revolución.

Litvinov, hablando ante el Congreso de Sindicatos Ingleses y el Partido Laborista en enero de 1918, tuvo cuidado de explicar las razones y la necesidad del deseo de Rusia de suspender las hostilidades. Se refirió a las negociaciones de paz que se estaban llevando a cabo en Brest-Litovsk entre Alemania y Rusia, indicando que si la paz misma no era el resultado de las conversaciones, este fracaso podría dar lugar a una revolución en Alemania y quizás en otros países. Esto provocó la indignación de algunos sectores.

Sin embargo, las negociaciones de paz se interrumpieron a principios de febrero. Trotski, que era entonces Comandante en Jefe del Ejército Rojo, se opuso a la aceptación de las duras condiciones de Alemania. Pero pronto se hizo evidente que la continuación de la guerra era imposible y la Rusia soviética se vio obligada a someterse a las condiciones del tratado, aunque primero dio a los aliados varias oportunidades de impedir su ratificación ampliando la ayuda al pueblo ruso contra Alemania antes de que fuera demasiado tarde. Esta petición no pudo o no quiso ser concedida por los Aliados a pesar de los llamamientos hechos por hombres responsables a favor de la demanda de Rusia. Entre otros, el Sr. David Francis, embajador de los Estados Unidos en Rusia, hizo todo lo posible para convencer al gobierno americano de la conveniencia de ayudar al pueblo ruso. En un último intento de conseguir una ayuda de su gobierno lo suficientemente fuerte como para evitar el desastre, el Sr. Francis

envió un telegrama a Washington para obtener al menos una expresión de simpatía e interés por el pueblo ruso. El Congreso Soviético de toda Rusia estaba en ese mismo momento en sesión con el propósito de ratificar el tratado y sus brutales términos. Este es el mensaje que recibieron del presidente Woodrow Wilson en nombre del pueblo americano:

¿No puedo aprovechar la reunión del Congreso de los Soviets para expresar la sincera simpatía que el pueblo de los Estados Unidos siente por el pueblo ruso en este momento en que el poder alemán ha sido empujado para interrumpir y hacer retroceder toda la lucha por la libertad y sustituir los deseos de Alemania por los propósitos del pueblo de Rusia?

Aunque el gobierno de los Estados Unidos no está, desgraciadamente, en condiciones de prestar la ayuda directa y efectiva que desearía, me permito asegurar al pueblo de Rusia, a través del Congreso, que aprovechará todas las oportunidades para asegurar a Rusia una vez más la completa soberanía e independencia en sus propios asuntos, y el pleno restablecimiento de su gran papel en la vida de Europa y del mundo moderno. Todo el corazón del pueblo de los Estados Unidos está con el pueblo de Rusia en el intento de liberarse para siempre del gobierno autocrático y convertirse en los dueños de su propia vida.

Los representantes soviéticos en el extranjero se vieron obligados a mantener durante años -tienen que hacerlo incluso ahora- un esfuerzo agotador y a menudo infructuoso, un flujo interminable de protestas contra los informes y rumores malintencionados que no tenían fundamento alguno, pero que circulaban ampliamente por la palabra hablada o escrita a través de diferentes países que nunca habrían tolerado tal cosa con respecto a otras nociones.

Pero entonces la política exterior de los países democráticos ha sido en los últimos años tan contradictoria y tan inconsecuente, tan irresponsable y poco razonable, desde la primera guerra mundial, que ya no se puede maravillar de nada de lo que hacen las cancillerías o algunas de las grandes potencias. Esta política en el campo de la diplomacia ha conducido, entre otros fracasos

mucho más terribles, a los siguientes absurdos: El régimen de la Rusia soviética, aunque ha sobrevivido a veintisiete años de constante oposición extranjera y ha demostrado plenamente su estabilidad -¿alguien, ante la magnífica contribución de Rusia contra el nazismo en la presente guerra, sería capaz de negarla?-, no ha obtenido todavía el reconocimiento de una veintena de gobiernos democráticos, aunque a Franco y al partido antidemocrático Falange, satélites de Hitler y Mussolini, se les concedió el reconocimiento de todos los países, excepto México y Rusia, incluso antes de que terminara la lucha del pueblo español por su república y su gobierno constitucionales legales. El pueblo español sigue luchando por estos derechos, en las montañas de Asturias, León, Toledo y Huelva, y continuará la lucha hasta que España sea libre.

Por otra parte, el general De Gaulle, líder del pueblo francés y su libertador, tardó tres años en obtener el reconocimiento de jure de su Gobierno Provisional por parte de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países. El retraso le hizo enfrentarse continuamente a todo tipo de dificultades. Italia tuvo que soportar a su Rey, que fue el responsable del ascenso al poder de Mussolini. Es de esperar, ahora, que se permita al pueblo de Italia participar realmente en el gobierno de su propio país.

En 1918, a Maxim Litvinov, a pesar de su nombramiento por parte de Rusia en la Corte de St. James, se le negó el permiso para ocupar la embajada rusa en Londres, y tuvo que establecer su sede en Victoria Street. Pero no se amilanó en absoluto, aunque también se le negó cualquier otra cortesía habitual, como la concesión de visados para pasaportes, el uso de códigos y otros detalles relacionados con el cumplimiento de su misión. En febrero de ese mismo año, Lenin, que intentaba secundar los esfuerzos de Litvinov para que el mundo comprendiera los problemas de Rusia, encomendó a Alejandra Kollontay una tarea especial en el extranjero para promover ese objetivo. El conocimiento de Alejandra de los asuntos mundiales, su dominio de los idiomas, su entusiasmo por la causa de su país, hicieron de ella una espléndida colaboradora en las relaciones exteriores. Ella misma ha descrito esta primera aventura diplomática en las siguientes líneas:

Estos fueron mis primeros pasos como diplomática. No me di cuenta entonces de que era una apertura segura de mi futura carrera diplomática. El avance de los alemanes, el bloqueo ininterrumpido y Petrogrado en peligro, hacían que todos nuestros enemigos en los demás países fueran aún más agresivos contra la primera República Soviética del mundo. Los emigrantes rusos difundían los más fantásticos, falsos y malévolos rumores sobre nosotros. Era imposible ponerse en contacto con ninguno de nuestros amigos en el extranjero. La censura en todos los países era muy severa con toda la información que venía directamente del Gobierno soviético.

En consecuencia, en febrero de 1918, Lenin decidió enviar una delegación a Francia e Inglaterra con la misión de ponerse en contacto con nuestros amigos y simpatizantes y dar información sólida a los gobiernos y a los periódicos, explicando lo que realmente había sucedido en Rusia y por qué el frente ya no se mantenía, poniendo en claro la labor de los contrarrevolucionarios en Rusia, que hacían todo lo posible por destruir las funciones normales del nuevo régimen, trabajando en cierto modo junto a los alemanes. El Comité Ejecutivo de los Soviets nombró a la delegación que debía partir a mediados de febrero.

Había cinco miembros oficiales y, como Comisario del Pueblo, yo estaba a la cabeza de la delegación. También había varios funcionarios para ayudarnos en el trabajo técnico, sí era necesario. Para ello elegí al secretario Zvetkov. Era una delegación semioficial. El Gobierno soviético aún no había sido reconocido por ninguna de las potencias europeas, ni siquiera por los aliados de Rusia -Inglaterra y Francia-. El envío de una delegación no podía considerarse un movimiento diplomático. Pero aun así, nuestro objetivo era hacer todo lo posible para entrar en contacto con los gobiernos del extranjero y tratar de ganar su comprensión para el nuevo régimen.

Era la primera vez que conseguía un pase diplomático pero sin los visados diplomáticos de los países a los que íbamos. En aquella época nadie se preocupaba mucho de las formalidades. Recibimos instrucciones del Comité Ejecutivo y del Partido, y en una noche muy fría de febrero nuestra delegación partió hacia Helsingfors, donde primero teníamos que hacer una visita y llevar

los saludos del gobierno soviético al recién creado gobierno autónomo finlandés-soviético en Helsingfors, después de que Finlandia se hubiera separado formalmente de Rusia y hubiéramos reconocido la separación. El plan era viajar por Finlandia y Suecia hasta Inglaterra.

Pero no llegamos más allá de las islas Aland y, por unas horas, escapamos de la ocupación alemana de Aland. Hubo un naufragio, los blancos finlandeses nos persiguieron, el rompehielos ruso con su capitán del antiguo régimen dejó nuestro pequeño vapor rodeado y casi aplastado por el hielo entre Abo y Mariehamn, y nos ocurrieron muchos otros acontecimientos emocionantes. Después de veinte días de aventuras, habiendo perdido a uno de nuestros camaradas, que fue fusilado por la Guardia Blanca finlandesa, volvimos a Petrogrado.

Enseguida sentimos que algo grave estaba ocurriendo en Petrogrado. Los periódicos estaban llenos de noticias alarmantes sobre el avance alemán. El frente se acercaba rápidamente a la capital. En la estación me enteré de que todos los automóviles, incluso los de los comisarios, habían sido tomados por la recién creada Comisión de Evacuación. Así que la delegación tuvo que esperar en la estación de ferrocarril durante bastante tiempo antes de que pudiéramos ponernos en contacto con Smolny y, con un permiso especial, conseguir algunos coches que nos llevaran a casa.

Había todo tipo de rumores. Las familias intentaban abandonar la ciudad o, al menos, enviar a sus hijos lejos. La Comisión de Evacuación estaba retirando, lo más rápidamente posible, las colecciones de arte del Hermitage, las joyas del Estado, etc. El gobierno acababa de decidir abandonar Petrogrado e irse a Moscú. Nadie parecía darse cuenta del regreso de nuestra fracasada delegación. Solo yo me sentí bastante desgraciada, pues no estaba acostumbrada a fracasar en una tarea que se me había encomendado.

En Smolny se alegraron de que siguiéramos vivos, ya que se habían enterado de nuestro naufragio. Tuve la oportunidad de hablar con Lenin y me pareció que no estaba nada nervioso, solo muy serio y muy preocupado por los nuevos propósitos que el gobierno soviético y el Partido estaban poniendo en marcha.

Al igual que Lenin y Litvinov, Alejandra no se desanimó en absoluto por este primer fracaso diplomático. Era plenamente consciente de las dificultades que conllevaba cualquier movimiento, aunque fuera mínimo, para persuadir al resto del mundo de que al menos intentara comprender la situación. También, al igual que Lenin y Litvinov en particular, sabía lo importante, lo indispensable que era para el futuro de Rusia y para el mantenimiento de la propia Revolución, que se desarrollaran las relaciones con otros países para permitir un intercambio de mercancías. Sobre todo, era esencial la exportación de los vastos recursos del país en materias primas a cambio de la maquinaria necesaria para el establecimiento de las tan necesitadas industrias.

Además, había otra razón, en absoluto menor a los ojos del Gobierno soviético, para establecer conexiones entre todos los demás países y el suyo propio: la prevención de futuras guerras. Alejandra sabía que inevitablemente tendría que dedicar su tiempo y sus energías a esta tarea para la que, el tiempo iba a demostrar, estaba admirablemente capacitada. No había nada más que hacer que esperar.

Mientras tanto, Litvinov, en la embajada temporal de Rusia en Londres, Lenin, Molotov, Stalin y otros miembros de la nueva Unión Soviética se esforzaban, contra todo pronóstico, por animar los corazones y las mentes de todos los que se dedicaban a la tremenda labor de reconstruir Rusia según las líneas soñadas durante los largos años de encarcelamiento y exilio y en las luchas, dificultades y peligros de la Revolución. A la vista de cómo se ha desarrollado la vida política de Rusia, la opinión de Alejandra sobre la mayor figura real de la Rusia soviética en los primeros días de la Revolución es de verdadero interés. Esto es lo que dice:

Dos de las personalidades más destacadas del Partido Bolchevique en ese período extenuante y peligroso fueron de gran valor para Lenin y el Partido. Eran Sverdlov, el Secretario General del Partido, y Josef Stalin, entonces Presidente del Comité Militar Revolucionario. Sverdlov era un organizador de gran talento, siempre parecía saber cómo poner a los hombres adecuados en el lugar adecuado y era una gran ayuda para Lenin.

El poder de Stalin residía en su fuerte voluntad, su rapidez de pensamiento y sus rápidas decisiones. Si Stalin emprendía una tarea, el Partido podía estar seguro de que la realizaría a la perfección. Aunque pertenecía a la generación más joven, a Lenin le gustaba tenerlo cerca y consultarlo. En las reuniones del Gabinete, Lenin solía ser bastante impaciente con los demás miembros del Gabinete y, al conceder el turno de palabra a cualquiera de nosotros, casi siempre decía: "Sed breves; el tiempo es valioso". Pero si Stalin pedía la palabra, Lenin dejaba de lado los documentos que pudiera estar considerando y prestaba toda su atención a lo que Stalin pudiera tener que decir.

Stalin hablaba muy poco y solo si tenía algo claro y práctico que proponer. Se mantenía en silencio y atento a lo que ocurría, pero si daba una orden era un mandato que debía ser obedecido.

Stalin tenía entonces una figura esbelta y llevaba una blusa rusa negra con un cinturón alrededor de la cintura, el traje típico de los caucásicos. Sus movimientos tenían la gracia habitual en los montañeses y caminaba con pasos ligeros y rápidos por los largos pasillos del Smolny, buscando a Lenin en su provisional y modestísimo despacho o regresando a toda prisa a la sala donde se reunía el Comité Revolucionario. Nunca le vi excitado o nervioso, ni siquiera en los momentos en que los peligros nos rodeaban por todas partes y en los que algunos de los miembros más importantes del Partido perdían la cabeza y estaban dispuestos a transigir. Por encima de todo valoraba el valor y la iniciativa.

CAPÍTULO 16

NORUEGA-MÉXICO-NORUEGA

En el verano del año 1922, Alejandra, sin estar totalmente recuperada de una "profunda crisis personal" evidentemente relacionada con su segundo matrimonio, escribió una carta sincera y conmovedora a Stalin, quien, durante la ausencia de Lenin, que en ese momento estaba gravemente enfermo, actuaba como Secretario General del Partido Bolchevique. En su carta,

escrita en Odessa, donde se encontraba entonces, suplicaba que le dieran algún trabajo para realizar en algún rincón remoto de Rusia. Stalin le respondió por cable con la siguiente orden: "El Partido ha decidido enviarte al extranjero a cargo de un puesto diplomático de responsabilidad. Por favor, regrese a Moscú de inmediato". Kollontay dijo después que el mensaje de Stalin le proporcionó uno de los momentos más felices que había vivido. Un nuevo capítulo de su vida estaba a punto de abrirse, gracias a la mano amiga y al apoyo de este camarada.

En el otoño de ese mismo año, Kollontay abandonó su tierra natal para dirigirse a Noruega, donde había llegado y permanecido durante dos años como refugiada política y donde tenía muchos viejos amigos de confianza. Como el Gobierno soviético no tenía entonces un representante diplomático en Noruega, sino solo personas encargadas de promover los intereses comerciales, el cargo que se le asignó entonces a Alejandra fue simplemente el de consejera o asesora de la delegación comercial de la nueva Rusia dirigida por M. Souritz. Pero cuando, dos meses más tarde, este señor fue ascendido a embajador en Turquía, su puesto fue ocupado por Kollontay.

El hecho de que una mujer hubiera sido nombrada jefa de una delegación gubernamental con plenos poderes diplomáticos creó una tremenda impresión en todo el mundo. La prensa de diferentes países, conocida por sus tendencias antisoviéticas, utilizó la noticia no solo para lanzar calumnias sobre la República Socialista, sino también para hacer circular las más atroces mentiras sobre la "terrible mujer bolchevique" que, según los emigrantes rusos, personificaba lo más brutal, sanguinario y falto de moral de la nueva Rusia. Se decía que Alejandra había promulgado un decreto en la República Soviética que nacionalizaba a las mujeres rusas, que se vestía como un hombre, que fumaba día y noche, que bebía vodka continuamente y que ignoraba las normas sociales más elementales. Pero los noruegos y la gente de otras tierras no tardaron en descubrir que Kollontay era una persona extremadamente educada y culta, que hablaba varios idiomas con fluidez, que sus modales eran perfectos y su comportamiento similar al de las mujeres civilizadas de todo el mundo. De hecho, nunca he visto a Alejandra fumar y, por lo que sé, solo bebe agua.

Cuando se dieron a conocer estos hechos se cambiaron las tornas y se acusó a Kollontay de ser una "mala comunista". Se dijo que tenía un maravilloso vestuario encargado para ella en París y que iba positivamente cubierta de diamantes que había robado al Zar, también que vivía en un apartamento extremadamente lujoso. Por aquel entonces, Kollontay vivía en un modesto hotel de Oslo, ya que la delegación aún no había obtenido derechos extraterritoriales. Cada vez que Alejandra se tomaba unas vacaciones en Rusia se insinuaba que había sido retirada y cuando regresó a Noruega se buscaron con ahínco nuevas formas de mortificarla, pero Kollontay demostró ser magníficamente indiferente a lo que sabía que no tenía fundamento. Tenía ante sí una gran tarea, ni más ni menos que conseguir el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre su país y Noruega, y no iba a dejarse amilanar. Afortunadamente, contaba con muchos y robustos amigos dispuestos a ayudarla en todo.

Antes de salir de Rusia, Kollontay había profundizado en los problemas que debían resolverse con el Comisario de Asuntos Exteriores, Litvinov, y con Tchitcherine, y se había dado cuenta de que las relaciones normales entre los dos países debían basarse en fuertes vínculos económicos. Los negocios entre Noruega y las repúblicas soviéticas empezaron a progresar y un día Alejandra recibió un cable del Departamento Comercial soviético en el que el jefe del departamento, Krassine, le decía: "Vendan nuestro trigo y compren millones de arenques noruegos".

Kollontay se puso a trabajar en el pedido y regateó durante días con los comerciantes de arenques sobre el precio del pescado. Un día se sintió tan cansada y le resultó tan imposible rebajar a los mercaderes que se decidió a aceptar su precio y a pagar la diferencia de unos pocos minerales por barril con su propio salario. "Aunque tenga que trabajar años", dijo. Los noruegos, sin embargo, fueron demasiado caballerosos para aceptarlo y Alejandra consiguió lo que quería sin tener que hacer un sacrificio. Poco después firmó un acuerdo por el que Noruega compraba grandes cantidades de trigo ruso. Una revista satírica rusa publicó entonces una caricatura de Alejandra sentada bajo un enorme paraguas vendiendo trigo y comprando montañas de arenques.

Ganado este punto, había otros que debía intentar y su paciencia y perseverancia, así como sus dotes diplomáticas, le permitieron realizar progresos inesperados. Poco después del feliz desenlace del trato del arenque y el trigo, Kollontay firmó los papeles de una sociedad naviera mixta rusa y noruega formada en Oslo con el objeto de exportar madera rusa en buques noruegos.

El mundo entero observó con gran, y no siempre despreocupado interés, los progresos realizados por la diplomática. El *New York Times* publicó un artículo del *London Observer* en el que se reconocía que Alejandra había ido de visita a su país "con una pluma en la gorra como podría decirse de un hombre". Esto ocurría justo después de que ella hubiera negociado un tratado comercial con Noruega que fue ratificado por el Parlamento noruego [Storting] en 1926, "a pesar", decía el artículo, "de la considerable oposición del Sr. Hambro, que consideraba que Rusia tenía la mejor parte". De hecho, Kollontay había recibido todo lo que había pedido a Noruega, especialmente en la cuestión extremadamente delicada de la pesca de focas en las aguas territoriales de la URSS que aún no habían sido reconocidas.

En el verano y el otoño de 1923, Kollontay trabajó sin cesar para preparar a la opinión pública y reconciliarla con el posible reconocimiento oficial del Gobierno soviético. El período de sesiones del Parlamento noruego se abriría en el mes de enero de 1924, y era entonces cuando se podría llegar a tal decisión si todo iba bien. El Sr. Michelet era a la sazón ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno noruego y el Gabinete era de tendencias más tajantes, hecho que dificultó los esfuerzos de Kollontay, pero el partido liberal, especialmente algunos de sus miembros, Lemkuhl, Mowinckel y Esmark, dieron pleno apoyo al plan, mientras que Egede Nissen trabajó por los mismos fines entre los intelectuales y los grupos de trabajadores.

Cuando la gente, en aquella época, le preguntaba a Alejandra si el hecho de ser mujer dificultaba su tarea, ella respondía: "Cuando se trata de cuestiones serias e importantes, las partes implicadas no piensan en la personalidad de la otra parte. Uno se olvida de eso. Nunca he sido recibida con hostilidad o más que la cortesía habitual por ser mujer. Fue el odio y la desconfianza

hacia el bolchevismo lo que dificultó las cosas. Les daré un pequeño ejemplo. Cuando el Sr. Michelet dudaba en responder a alguna pregunta mía, decía: "¡Oh, señora Kollontay, lleva usted un vestido nuevo!" A lo que yo respondía: "No, señor ministro, es el vestido de uniforme que llevo cuando vengo a su departamento".

En enero de 1924, el pueblo soviético recibió un doloroso golpe. Lenin falleció. La Rusia soviética lloró a su líder y los enemigos del bolchevismo se alegraron. Alejandra sintió profundamente la pérdida. Como un niño que ha perdido a su padre, se sintió aturdida y confundida. ¿Qué pasaría ahora con Rusia? ¿Merecía la pena seguir negociando el reconocimiento? Pero no tardó en recuperar el ánimo. Al respecto, Alejandra comentaba: "La fe en el destino de Rusia no decayó. Lo único que había que hacer era seguir adelante, cerrar filas en torno al principal colaborador de Lenin, Stalin. Los hombres y las mujeres redoblaron sus esfuerzos, controlaron sus emociones y siguieron luchando para crear la primera república socialista mundial".

Las grandes naciones europeas, en vista de que tras la muerte de Lenin Rusia no cedió inmediatamente, consideraron conveniente reanudar las negociaciones. El reconocimiento del gobierno soviético se discutió activamente en Roma, Londres, Estocolmo y Oslo. Pronto se vio que en realidad había una carrera para ver quién llegaba antes a la meta. Los diferentes representantes de la U.R.S. en todos estos países también estaban ansiosos por terminar su asunto lo antes posible.

Litvinov se mostró bastante escéptico ante la esperanza de Alejandra de que Noruega concediera el reconocimiento antes que Inglaterra, pero sabía que la cuestión de Spitsbergen, relativa a las aguas territoriales rusas, era de vital interés para Noruega y el Gobierno noruego era perfectamente consciente de que no se resolvería hasta que se aseguraran las relaciones diplomáticas con Rusia. Kollontay siguió adelante para ganar su punto. Mantuvo largas y serias conversaciones con el Ministro de Asuntos Exteriores. "Sí", dijo, "Noruega es el primer país europeo en reconocer al Gobierno soviético, naturalmente obtendrá ciertos beneficios especiales y el asunto de Spitsbergen se resolverá favorablemente". Pero añadió: "Mi propuesta solo es válida durante cuarenta y ocho horas".

El ministro Esmark estaba desesperado. Solo cuarenta y ocho horas: el día siguiente era domingo y el Gabinete solo podía reunirse de nuevo dos días más tarde, pues algunos de sus miembros estaban fuera de la ciudad. "Si no se deciden", insistió Kollontay, "Londres lo hará y Noruega no será el primer país en conceder el reconocimiento". Esmark comprendió la importancia del caso. Aquellas cuarenta y ocho horas fueron una tensión para los nervios de Kollontay. "El domingo", dice, "no hubo sesión parlamentaria. El lunes tampoco. El martes se convocó una reunión del Gabinete, pero ya era demasiado tarde. Esa misma mañana había recibido un telegrama en el que se me comunicaba que Londres había renovado las relaciones diplomáticas con mi país. Me apresuré a ir al Departamento de Asuntos Exteriores para informar a Michelet de que las cuarenta y ocho horas habían expirado". Los amigos de Rusia en Noruega siguieron luchando, sin embargo, y el 15 de febrero de 1926, una brillante mañana soleada, Alejandra volvió al Departamento para firmar un reconocimiento mutuo de los gobiernos de ambos países. Poco después, Kollontay se instaló en una de las villas del Drammensvejn de Oslo donde se encuentran la mayoría de las residencias del cuerpo diplomático en Noruega. Katherine Anthony en un artículo de la *North American Review*, en 1930, describe su visita a la legación de la U.R.S.S. de esta manera:

Un escudo de latón proclama en letras rusas el nombre de la República Soviética. En el interior, en un conjunto de oficinas muy concurridas, con máquinas de escribir chasqueando, mensajeros corriendo, teléfonos sonando, se lleva a cabo un complicado negocio bajo la dirección de una mujer ejecutiva. Cuando entras en su despacho, un par de grandes ojos grises, pensativos hasta la tristeza, se levantan para saludarte, pero una rápida sonrisa te asegura que la dueña no necesita compasión. Presenta su asunto -sea lo que sea lo que le ha traído- y se siente de inmediato en contacto con una energía desbordante. En la espaciosa y silenciosa oficina, las secretarias van y vienen, hablando varios idiomas: ¡qué gente son estos rusos! La propia Alejandra Kollontay habla once, trayendo más cartas y documentos a la ya abarrotada mesa. En un momento dado, suena el teléfono y Su Excelencia interrumpe su conversación con

usted, en cualquier idioma que se haya mantenido, para conversar en un noruego fluido. Hay algo eléctrico y moderno en ella, imposible de definir, algo rápido y eficiente en consonancia con nuestra época de posguerra.

Poco después de que se ratificara el acuerdo comercial con Noruega. Kollontay fue requerida por su gobierno para seguir adelante. Su destino era México. Este país iberoamericano estaba muy lejos de sus campos de acción hasta entonces. La lengua, el clima y la raza eran muy diferentes a los que ella estaba acostumbrada pero con su habitual energía y fe se lanzó a ganar nuevos aliados para su país.

El primer rechazo que recibió fue el de Estados Unidos, cuando desde Berlín solicitó un visado para pasar por Norteamérica. Su petición fue denegada por el cónsul general en la capital alemana, con la aprobación del Departamento de Estado -el secretario en ese momento era el Sr. Kellogg-, con el argumento de que Madame Kollontay era "uno de los miembros destacados del Partido Comunista Ruso y miembro del Tercer Congreso de la Internacional Comunista". La denegación del visado creó una gran expectación. La prensa estadounidense estaba dividida al respecto. Algunos periódicos aprobaron la medida, pero otros la criticaron mordazmente. "En la medida en que México ha aceptado a la Sra. Kollontay como representante de Moscú, parecería que el Departamento de Estado ha hecho un desaire al Gobierno mexicano al prohibirle viajar por los Estados", dijo un periódico. "¿Habrán ido nuestro Gobierno a la quiebra porque una mujer rusa compró un billete de Nueva York a la frontera mexicana?", se preguntaba el New York World. El Brooklyn Eagle no veía por qué a decenas de comunistas se les permitía entrar en los Estados Unidos para comprar algodón y tractores y a una mujer no se le debía permitir pasar por los Estados para ir a México.

Cuando Alejandra llegó por fin a México por la vía menos directa, estaba encantada con este nuevo campo de actividad, pero desgraciadamente su salud no le permitió disfrutarlo durante mucho tiempo. El largo y penoso viaje por mar, el clima desacostumbrado y, sobre todo, la tremenda altitud de la ciudad de México, tras la conducta poco amistosa de los Estados Unidos,

así como el agotador trabajo que había llevado a cabo durante años, fueron demasiado para su salud. Su corazón, afectado por la altura, empezó a dar señales de futuros problemas. Durante los meses que estuvo en México, se vio obligada a permanecer la mayor parte del tiempo en la pequeña y encantadora ciudad vecina de Cuernavaca, pero sintió que esto no hacía justicia a su trabajo. Su corta estancia en la Ciudad de México dio lugar a innumerables reportajes. Se ha llegado a decir que había disgustado a las autoridades mexicanas al tratar de realizar una intensa propaganda comunista, y que fue la responsable de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre México y Rusia que duró hasta 1943.

Los mexicanos con los que he hablado del tema y que conocieron a Alejandra en este país y la admiraban mucho, han negado tales historias enfáticamente. "Ella estuvo muy enferma aquí", me dijo el conocido intelectual y otrora embajador de México ante la URSS, el señor Silva Herzog. "Su corazón no pudo soportar la altitud. Todos los demás informes son falsos". Conociendo a Alejandra, uno no puede concebir que sean ciertos, pues rara vez se encuentra alguien con un sentido más fino de los deberes de un diplomático que ella.

Las relaciones entre Rusia y México no se rompieron hasta más tarde, y después de que otros dos ministros rusos ocuparan el puesto de Alejandra. Hay muchas otras pruebas de que Kollontay nunca fue más que persona grata en México y, por si hiciera falta una prueba más, está la noticia que me dio pocos días antes de su muerte el difunto embajador soviético en México, Constantin Oumansky, cuya trágica muerte y la de su esposa y personal en el avión que los iba a llevar a Costa Rica, donde Oumansky también había estado acreditado. "Sé que le interesará y le complacerá", me dijo, "saber que el Gobierno mexicano quiere condecorar a Madame Kollontay". Por supuesto que me interesó, y más cuando Oumansky acompañó su noticia con la observación de que creía que el Gobierno soviético estaría complacido de aceptar la distinción. Así fue, y Alejandra recibió la orden del Águila Azteca, un honor raramente concedido y muy codiciado.

Constantin Oumansky sentía una gran admiración por Kollontay, y estaba encantado con la biografía que estaba

escribiendo. A menudo pensaba que había muchos puntos de similitud entre el joven y entusiasta embajador soviético en México y Alejandra. En ambos se encontraba esa rara combinación de gran inteligencia, un profundo sentimiento humano, encanto natural e ingenio burbujeante. Rusia ha perdido en Oumansky no solo a un leal servidor, sino a un hombre realmente prometedor para el futuro.

En vista de que la salud de Alejandra empeoró, en lugar de mejorar, en México, fue enviada de vuelta a su antiguo puesto en Noruega, donde pronto volvió a ser la misma infatigable. Amaba a Noruega y a sus habitantes. Sentía que su trabajo allí era satisfactorio y que estaba haciendo un buen progreso para su país. En Noruega y en medio del buen pueblo democrático que son los noruegos, pudo desarrollar sus teorías para la felicidad que pueden resumirse en sus propias palabras: "hacer un trabajo creativo, disfrutar de la compañía de la gente, que comparte opiniones similares, y de las alegrías que puede ofrecer la naturaleza".

CAPÍTULO 17 REGRESO A SUECIA

La segunda misión de Alejandra como representante de la U.R.S.S. en Noruega se llevó a cabo mediante un nombramiento simultáneo como Encargada de Negocios en el país vecino de Suecia. Estos dos países escandinavos tienen muchos puntos de contacto en cuanto a características físicas y raciales, políticas nacionales e internacionales y principios sociales. Ambos están muy por delante de muchos otros países de Europa en cuanto a cultura y ciudadanía bien desarrollada, pero difieren en otros aspectos, y es inútil tratar de acercarse a los habitantes de uno u otro desde el mismo ángulo o con idénticos procedimientos. Cualquiera que haya visitado esa hermosa península septentrional queda impresionado por las diferencias entre ambos pueblos.

Los suecos, sobre todo en el norte, son formales en sus modales, aunque su rigidez es casi siempre una capa para una timidez inconquistable o para un exceso de sentimiento; un poco

desconfiados también, lo que se revela en su extremo cuidado de los detalles; respetuosos de la etiqueta, pero en ningún caso esclavos de los prejuicios; más fácilmente influenciables por la literatura y la música que por las otras bellas artes. Los noruegos, debido tal vez a su proximidad a los mares abiertos, son más francos y boyantes; aguantan menos las costumbres tradicionales, rara vez son tímidos y se deleitan con la buena compañía de los demás, sean nativos o no; menos atados a la tradición, sus artes plásticas muestran una tendencia no solo a aceptar sino a iniciar los más novedosos desarrollos en las artes.

Ya hemos visto el trabajo de Alejandra en Noruega. En Suecia no fue menos activa. Tras su nombramiento y su ascenso, en octubre de 1930, a Ministra Plenipotenciaria y Enviada Especial a Suecia, no perdió tiempo en obtener de Su Excelencia Rickard Sandler, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores sueco, la devolución de los fondos de oro que habían sido depositados por el gobierno de Kerensky en los bancos suecos.

Su tarea no fue fácil, pues hay un hecho que nadie puede negar como positivo en la política exterior sueca, su histórico temor a Rusia: temor a su gran poder y ambiciones en el pasado, temor a la extensión de su credo político en el presente. Porque Suecia es esencialmente un resultado de los principios socialdemócratas modernos y a menudo ha sucedido, para sorpresa del mundo, que el miedo al comunismo en Suecia, como en otras partes, ha unido a facciones tan opuestas, en el campo político, como los conservadores de antaño y los cooperativistas, antes considerados como un peligroso enemigo, y también a muchos viejos socialdemócratas.

Sin duda, gracias a esa rara combinación de gran inteligencia y un encanto que fascina a todos los que entran en contacto con ella, Alejandra Kollontay pudo superar al principio los prejuicios con los que se encontraban todos sus movimientos. Es cierto que pudo contar con la buena voluntad de viejos y acérrimos amigos, amigos que habían sido sus camaradas en los años anteriores a la Revolución Rusa y a los que ni siquiera el inesperado giro de los acontecimientos y la violencia con que se produjeron los grandes cambios en Rusia habían movido de su posición original de admiración por un pueblo que por fin había sido capaz de liberarse de las cadenas del régimen zarista.

En Suecia se habían adoptado pequeños cambios en los antiguos métodos democráticos, evidentemente con el fin de evitar conflictos con las naciones en guerra. La libertad de antaño, especialmente en lo que respecta a la libertad de prensa, había sido restringida por medidas legislativas. Hay que recordar, por supuesto, que la posición de Suecia como país neutral era entonces muy difícil debido a las presiones no solo del exterior, sino también de su propio pueblo, la mayoría de los cuales se dolía de la necesidad de aparecer ante el mundo como una nación engreída y egoísta, cosa que no era.

El gobierno sueco condujo al pequeño país a través de las furiosas aguas de la oposición con mucho éxito. Salvó a Suecia de la guerra, pero pasará algún tiempo antes de que los suecos, el pueblo más generoso, se recuperen de la vergüenza que sufrieron y que se agudizó cada vez más a medida que se intensificaba la agonía de su tierra hermana, Noruega. Durante el apogeo de la guerra, muchos se negaron a quedarse y acatar las órdenes, pero cruzaron la línea divisoria con sus vecinos y miles dieron todo lo que tenían para ayudar a Noruega cuando era posible y para ayudar a los cuarenta y cinco mil refugiados noruegos en Suecia. Y, a pesar de su neutralidad, Suecia acogió a miles de niños y emigrantes políticos de otras tierras, especialmente de Dinamarca y Finlandia.

A través de toda esta crisis, Alejandra Kollontay, con su inteligencia y *savoir faire*, ayudó al país, ante el que estaba acreditada, a tratar de forma satisfactoria las necesidades de su propia tierra natal. Tras sus exitosos esfuerzos por obtener la liberación de los fondos de oro rusos en Suecia, Alejandra se puso a trabajar en un tratado comercial especial con el Gobierno sueco. Se acordó que Suecia proveería a Rusia de maquinaria agrícola y ganado a cambio de forraje, tortas de semillas y otros artículos y productos rusos. La prosperidad agrícola sueca se debe, como todo el mundo sabe, a su perspectiva científica tanto como a los métodos industriales de su pueblo, y las vastas tierras rusas necesitaban ayuda industrial para que las ambiciosas reformas de los soviéticos fueran efectivas. Para hacer posible este intercambio, se debía conceder a Rusia un préstamo de cien millones de coronas suecas. Esta última cláusula, sin embargo, provocó una crítica y una oposición tan violenta por parte de los

círculos políticos conservadores de Suecia que, en un momento de comprensible orgullo, el tratado fue retirado por el gobierno soviético antes incluso de ser sometido a la aprobación del Parlamento sueco.

El valor y la determinación de Alejandra no cedieron. Debió de sentirse dolida por la actitud poco comprensiva de una parte del pueblo sueco, pero eso le hizo comprender que su tarea era compleja y, por tanto, nada fácil. Los siguientes pasos para llevar a cabo la parte comercial de su misión no deben ser obstaculizados de la misma manera. Así que se propuso ganarse la buena voluntad de los suecos y su confianza. No desaprovechó ninguna oportunidad, por pequeña que fuera, que pudiera favorecer sus planes, y poco a poco, sin esfuerzos aparentes, ni ciertamente sin concesiones indebidas, pero con tacto y talento salvó muchas pequeñas diferencias y disolvió ridículos prejuicios. Esto llevó tiempo, pero los acontecimientos posteriores demostraron que todo valía la pena.

En 1934, la ministra soviética en Suecia invitó a funcionarios de la aviación sueca y a miembros de la prensa a asistir al primer viaje de hidroaviones de Estocolmo a Leningrado y a acompañarla a la antigua capital rusa, donde se acababa de inaugurar un nuevo aeropuerto. A través de este encuentro sueco y alemán-ruso se hizo posible volar de Estocolmo a Leningrado todos los días y en Leningrado fue posible tomar el tren nocturno a Moscú.

Tres años más tarde, gracias a las gestiones de Alejandra Kollontay, se organizó una línea aérea directa de Estocolmo a Moscú. El ministro sueco de Asuntos Exteriores acompañó al ministro soviético en el primer viaje que hicieron los aviones a la gran metrópoli soviética. Gracias a las gestiones de Kollontay se acordó otro tratado para la exportación de madera de Rusia a Suecia, que se firmó en noviembre de 1935. El 8 de marzo de ese mismo año se le concedió la más alta distinción soviética de su país, la Orden de Lenin.

En el año 1940, después de que la guerra la aislara casi por completo de Occidente, Suecia se vio obligada a girar en otra dirección y buscar un nuevo mercado, y el 9 de septiembre de ese año se firmó un tratado con Rusia. En él se preveía un intercambio de las antaño discutidas tortas de forraje y petróleo por ciertas

manufacturas, en particular equipos para ferrocarriles que Rusia necesitaba urgentemente debido a la destrucción causada por la guerra. También se acordó el préstamo de cien millones de coronas suecas. Kollontay había conseguido sus objetivos, pero desgraciadamente el tratado estaba de nuevo condenado al fracaso, ya que, con el estallido de la guerra entre Rusia y Finlandia, Suecia quedó también aislada del este. Por ello, la mayor parte de los créditos comerciales de Rusia siguen sin utilizarse. Esto es algo bueno en cierto modo, pues el pueblo soviético, que ha sufrido tan terriblemente a manos de los diabólicamente destructivos agentes nazis, necesitará muchas cosas que su país no podrá producir durante mucho tiempo. Pero Alejandra tiene una buena cabeza para los negocios, y seguro que ha planeado lo más práctico en este sentido.

La buena fortuna presidió sus esfuerzos más tarde, cuando la actitud de Suecia durante la guerra ruso-finlandesa provocó violentas protestas por parte de Rusia, pero aunque las relaciones diplomáticas entre los gobiernos soviético y sueco fueron tensas, casi hasta el punto de ruptura, nunca se rompieron.

La tensión de esos últimos años, naturalmente, ha afectado en exceso a la nunca robusta constitución de Alejandra Kollontay. Los problemas cruciales que ella ha tenido que ayudar a resolver no han sido la única tarea. En los momentos en que la impopularidad de Rusia en Suecia -durante la guerra ruso-finlandesa- alcanzó su punto más álgido, ha sido el deber de la ministra soviética mantener la bandera de su país ondeando, no solo en sentido oficial, sino en la mente del público.

Solo sus extraordinarias dotes, su tacto, su encanto y su aguda inteligencia podrían haber salvado la situación. Sus pasos fueron perseguidos incesantemente por periodistas inquisitivos y a menudo malintencionados, expuestos a constantes ataques por parte de fanáticos anticomunistas, obligados a encontrarse con la desaprobación incluso de círculos hasta entonces amigos, y a veces debió encontrar que era casi imposible perseverar.

CAPÍTULO 18

SEMILLAS DE AMISTAD

Ginebra ha sido durante mucho tiempo el punto de encuentro de personas de diferentes países. En Suiza se han librado más luchas de carácter moral, diplomático, económico, cultural y judicial, y se han debatido más cuestiones, buenas o malas, que en cualquier otro país del mundo. Esta es la razón, suponemos, por la que las mujeres de mente activa, interesadas en los asuntos internacionales o exiliadas de sus países de origen por sus opiniones políticas, se han encontrado y conocido, por primera vez, en este pequeño y hospitalario país. No es de extrañar, por lo tanto, que haya sido en Ginebra donde conocí a Alejandra Mikhailovna Kollontay.

La instauración de la república en España y la consiguiente incorporación de la mujer a la vida pública de ese país habían propiciado mi nombramiento para un puesto en la Delegación Española tanto en las Conferencias Internacionales del Trabajo como en las Asambleas de la Sociedad de Naciones, a las que asistí durante varios años, entre 1931 y el final de la llamada Guerra Civil Española a principios de 1939.

Fue durante esas primeras participaciones mías en ambas grandes reuniones internacionales cuando Alejandra Kollontay, que había sido encargada de las mismas misiones para su propio país y yo nos encontramos y sembramos la semilla de nuestra futura amistad. Por supuesto, yo la conocía por su reputación, había seguido de cerca su trabajo, había leído sus libros y estaba bien informada sobre sus brillantes y eficaces campañas en favor de los derechos de la mujer, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, pero no fue hasta que la conocí personalmente que pude apreciar plenamente todas sus excelentes cualidades.

Era habitual que en Ginebra, cuando se planteaba una cuestión que afectaba a las mujeres y a los niños para su discusión en las Conferencias y Asambleas, las delegadas de las distintas naciones se reunieran y trataran de coordinar sus esfuerzos en favor de sus hermanas de todo el mundo. A veces asistían a esas reuniones dirigentes de organizaciones de mujeres de otros países, que en

calidad de observadoras también se reunían en Ginebra en esas ocasiones. En el grupo que rodeaba a Kollontay estaban la acérrima feminista sueca Kerstin Hesselgren, miembro del Parlamento de Suecia y presidenta de la rama sueca del Consejo de la Mujer; Mrs. Corbett Ashby, miembro en su momento del malogrado Comité de Desarme y Presidenta de la Alianza Internacional para el Sufragio y la Igualdad de Ciudadanía; Miss Holsworth, también de Gran Bretaña; Madame Malaterre-Sellier, distinguida feminista francesa y miembro de la Delegación Francesa en la Conferencia del Trabajo; y Henni Forchhammer, Presidenta de Honor del Consejo Nacional de Mujeres Danesas y delegada de Dinamarca en las Conferencias. Las delegadas de los Estados Unidos que, en diferentes momentos durante mi propia participación en las discusiones internacionales en Ginebra, representaron a su país en las Conferencias Internacionales del Trabajo fueron Mary Anderson, Frieda Miller y Grace Abbott, todas ellas dieron un apoyo incondicional y entusiasta a nuestras deliberaciones.

Tengo un sentimiento muy especial y cálido de admiración por esta última, habiendo trabajado estrechamente con ella en conferencias en las que se atacaba fuertemente la semana de cuarenta horas. Su simpatía y comprensión real por la España republicana entonces comprometida en la guerra contra el fascismo era natural en alguien que siempre había defendido la causa de la justicia y soportado el peso de las críticas injustas y de las acusaciones injustas, especialmente por causa del comunismo. No en vano, Edith Abbott tuvo que salir en defensa de su hermana en su libro, *Grace Abbott: A Sisters Memories*. En una selección de ese libro, publicada en *The Social Service Review* de septiembre de 1939, en respuesta a las acusaciones de la oposición de que la Enmienda del Trabajo Infantil y la Ley de Maternidad e Infancia eran de origen ruso, se lee lo siguiente:

La absurda acusación de que la Ley de Maternidad e Infancia, al igual que la Enmienda sobre el Trabajo Infantil, era de “origen ruso”, se hizo constar oficialmente en varios documentos estatales, informes de comités o audiencias y discursos en el Congreso.

Mi hermana se mostró extrañamente sin resentimiento ni enfado por las críticas personales. "Oh, bueno, eso no es importante", era un comentario habitual. Creía tan honestamente en la libertad de pensamiento y en la libertad de expresar las diferencias de opinión, que estaba totalmente dispuesta a ser criticada, ya que ella, a su vez, deseaba disfrutar del derecho a discrepar con los demás. Era una persona directa y franca, a la que no le gustaban las personas melindrosas y con reparos. Sin embargo, cuando un ataque personal significaba derrotar en nombre del patriotismo un esfuerzo por proteger a los niños, estaba llena de justificada indignación.

La organización de las llamadas "Mujeres Patriotas", que se había opuesto a la Enmienda sobre el Trabajo Infantil, también luchó con las mismas viejas armas contra la Ley de Maternidad e Infancia. Se acusó a mi hermana de tener un "complejo combinado Mussolini-Kollontay", de "burlarse del Congreso" y de 'apelar a las mujeres contra la Constitución y el Tribunal Supremo'.

Esta referencia a Kollontay es interesante ya que se utilizó contra Grace Abbott, en uno de los aspectos más finos de su gran lucha, el del Bienestar del Niño. En cuanto a la "combinación Mussolini-Kollontay", es el verdadero resultado de ese pervertido sentido de la justicia que por desgracia ha sido tan común en nuestro tiempo. Sería incluso divertido si no fuera porque contribuye a llevar a la gente por el mal camino.

Si fuera posible desanimar a las personas que tienen el bienestar de la humanidad en el corazón, ataques como estos ciertamente impedirían que alguien tomara los garrotes en nombre de una causa justa. Pero es precisamente esa magnífica impermeabilidad a la calumnia lo que hace a algunas personas tan grandes que son capaces de elevarse por encima de la mezquindad, la sospecha y el odio. Fue esa impermeabilidad la que hizo de Grace Abbott lo que era: una luchadora en el único sentido aceptable de la palabra, una luchadora por la justicia y el bien de los demás. Su muerte fue una gran pérdida no solo para Estados Unidos, su propio país, sino para el mundo entero, del que su generosa visión, su valor y su propia abnegación la habían convertido en una ciudadana de honor. Su presencia en la futura

Mesa de la Paz habría sido sin duda una ventaja para todos aquellos que esperan que esa Paz sea la solución para al menos algunos de los principales males de la humanidad. Pero no fue así.

También se encontraban en Ginebra en ese momento magníficas representantes de los movimientos femeninos de los países balcánicos, de Checoslovaquia, del Cercano y Lejano Oriente y, ocasionalmente, de las repúblicas de América Central y del Sur, como delegadas de sus gobiernos y de los grupos sindicales, o quizás solo como observadoras. Alemania e Italia, por supuesto, estaban ausente. El nazismo, el fascismo y sus derivados no favorecen la independencia de la mujer, ni le permiten expresar su opinión ni siquiera en los problemas que más le afectan.

Alejandra Kollontay pudo llevar a nuestras conferencias los frutos de su vasta experiencia en la lucha por el progreso de la mujer en su país y en los resultados que la Revolución Rusa había obtenido en este campo. La impresión que recogí en aquellas primeras reuniones en las que participó difiere bastante de la que recibió en fecha anterior Louise Bryant, quien, al describir a Kollontay en su libro *Espejos de Moscú*, dice de ella:

Alejandra cree que todo lo que exalta es bueno: siendo feminista, exalta a las mujeres. Dice a las mujeres que son capaces de una nueva libertad, hermosa e inigualable. Se deja llevar tanto por su entusiasmo que no se da cuenta de la facilidad con la que se rompen las alas en esta época de acero. Pero si su inspiración, que pretende elevar a las mujeres a los cielos, las levanta solo de las rodillas a los pies, no habrá nada que lamentar. Kollontay es como un escultor, que trabaja en alguna figura heroica de la mujer y siempre se pregunta por qué la figura esbelta e inspirada de sus sueños se funde siempre en una figura pesada y terrenal de Eva.

Tal ha sido también la impresión de otros escritores que conocieron a Alejandra a principios de los años veinte. Bessie Beatty, en su libro *El corazón rojo de Rusia*, dice de Kollontay:

Alejandra Kollontay era conocida por mí como la bolchevique. Me la había imaginado como una mujer grande, con el pelo negro y corto, y con una actitud desafiante. En cambio,

era una personita de aspecto apacible, con grandes y suaves ojos azules, y pelo castaño ondulado y teñido de gris, recogido en un sencillo nudo detrás de la cabeza. Había sido detenida tras los disturbios de julio, cuando se intentó demostrar que Lenin y Trotski eran pro-alemanes; pero fue liberada por falta de pruebas para retenerla.

La conocí por primera vez en el Instituto Smolny, inmediatamente después de que el Soviet se hiciera con el gobierno. Los bolcheviques intentaban formar el primer consejo de comisarios del pueblo. Kollontay había sido mencionada como Comisaria de Bienestar. Un amigo me la presentó y tomamos el té juntas. Resultó ser una persona sencilla, culta y amable, y autora de un extenso y autorizado trabajo sobre el tema de la indemnización por maternidad.

Es cierto que, aunque era una ardiente defensora de los derechos de la mujer, Alejandra no era una feminista en el sentido que suele darse al término. Nunca le había picado ese rencor que durante tanto tiempo y en tantos campos han padecido las mujeres sin igualdad con los hombres, y que ha llevado a otros miembros del sexo femenino a extremos violentos y a menudo inútiles.

No era una sufragista en la interpretación más aceptada de la palabra. Por supuesto, quería que las mujeres votaran, pero no consideraba el sufragio como un objetivo en sí mismo, sino como uno de los muchos medios que debían utilizar las mujeres para otros fines más importantes. Esta creencia la llevó a una actitud quizás exagerada de desprecio por los esfuerzos que las mujeres hacían en todo el mundo por el derecho al voto.

Sus propias luchas durante los primeros años de participación en la lucha por la libertad de Rusia, los largos periodos de exilio, la habían puesto en contacto con un sufrimiento tan vasto que los objetivos perseguidos por las feministas, que en su mayoría pertenecían a clases acomodadas, debían parecerle triviales. El movimiento sufragista le parecía entonces poco más que un juego para el entretenimiento de algunas mujeres de la burguesía. Acostumbraba a dirigirse a grandes audiencias, muy a menudo turbulentas, y los discursos de las reuniones del movimiento sufragista le daban la impresión de ser infantiles.

No se daba cuenta entonces de lo profundo e incluso punzante que podía ser el conflicto que surgía en las mujeres de la clase media alta de los países anglosajones a la hora de armarse de valor para enfrentarse a la crítica y a la ironía mordaz, ni de lo perturbador que resultaba para la conciencia de las mujeres de los países latinos intentar superar la marea de la tradición y enfrentarse a las realidades de la vida.

Siendo ella misma totalmente intrépida, y dotada de una gran proporción de esa generosidad apasionada y exuberante que es tan característicamente rusa, esas cosas nunca podrían haberla disuadido. Acudía a las reuniones feministas, aprovechando la indulgencia paternal con la que se solían considerar tales reuniones en todas partes, pero nunca dejaba de cambiar el tema en discusión por ataques feroces contra los sistemas capitalistas que mantenían esclavizadas a las mujeres de las clases trabajadoras, y con cadenas de oro. El hambre, la miseria, la ignorancia, la dominación bajo la que vivían y morían los trabajadores del mundo no podían solucionarse simplemente permitiendo el voto a las mujeres. Sostenía que la emancipación de la mujer en la política era urgente, pero que debía ir acompañada de la emancipación económica y eso, afirmaba, no sería posible sino a través de la revolución social.

Kollontay se opuso al movimiento puramente burgués de las mujeres en Rusia con un libro titulado *La base social de la cuestión de la mujer*. Esta obra fue publicada por la editorial Maxim Gorki y suscitó un gran interés y un gran debate. Pero Kollontay no se dejó aplastar. Al contrario, se sintió más bien eufórica por la sensación que causó. Probablemente nunca sufrió el complejo de inferioridad que afectaba a tantas mujeres en aquella época. Se sentía inferior a algunos hombres, superior a otros, como cualquier hombre normal. Lo importante no era simplemente ser admitida en los sagrados recintos de los parlamentos. El sufragio debería significar para las mujeres algo más que seguir las líneas ya establecidas. Debía ir precedido de una profunda preparación sobre las necesidades sociales que afectaban a las nuevas generaciones y, sobre todo, a la paz mundial.

Cuando conocí a Alejandra, ella ya había alcanzado la plena madurez de su mente y su carácter, y su visión de la vida se había

templado hasta alcanzar una profunda comprensión. Daba la impresión de un fino equilibrio, de una mujer cuya alma es capaz de elevarse a grandes alturas, pero bajo la guía de una fuerte voluntad y un sentido de la realidad.

De la bondad del corazón de Alejandra recibí pruebas en todo momento, pero especialmente tras el estallido de nuestra guerra, cuando la delegación española en Ginebra tuvo que enfrentarse a la indiferencia -real o aparente- de las grandes democracias europeas cuyas firmas estampadas en el Pacto deberían haber garantizado la independencia y la libertad de España frente a los regímenes totalitarios invasores que ya habían sometido a Abisinia y China a la pérdida de su territorio y su libertad. A decir verdad, las mujeres que asistieron a las Conferencias Obreras y a las Asambleas de la Liga durante esos años -casi tres fatídicos- demostraron mucho más valor al mantener sus principios democráticos que muchos de los hombres. Estaban más dispuestas a mostrar su total desaprobación por la forma en que la Liga no respondió a la petición de ayuda de los españoles. Es cierto que muchos de los delegados masculinos ocupaban cargos en gobiernos conservadores. No era fácil imaginar a los colaboradores del Sr. Chamberlain mostrando su disgusto por esta falta de apoyo a un miembro de la Liga.

A quienes fueron testigos de la triste conferencia de Múnich no les resultó difícil reconocer la coherencia con la que, durante los años que siguieron al Tratado de Versalles y a la creación de la Liga, salvo la brevísima y desgraciadamente débil injerencia del Partido Laborista en el timón de la nave del Estado británico, la política internacional de Inglaterra incurrió en un error tras otro hasta que los horribles sufrimientos que el país iba a padecer alcanzaron su punto culminante.

Es natural que los observadores se pregunten si el mundo ha aprendido realmente la lección y si seremos capaces de empezar de nuevo con sentido común esta vez y con un verdadero sentimiento de responsabilidad. Por supuesto, no sería justo culpar solo a Gran Bretaña de los innumerables fracasos de la Liga. En el caso de la causa española no fue solo la delegación británica la que tuvo la culpa; otros, por ejemplo, los delegados franceses, aunque representaban al Frente Popular entonces en el poder en su propio país, no actuaron -quizá no podían hacerlo- de

forma diferente a sus colegas ingleses. Fue sobre todo de las naciones pequeñas y más débiles, como los países escandinavos, y de lo que suele llamarse el sexo débil, de donde España obtuvo una abierta simpatía. Con los primeros se puso del lado de la U.R.S.S., cuya fuerza, tan bien demostrada desde entonces, fue a menudo puesta en duda e incluso ridiculizada en aquella época.

En cuanto al hemisferio occidental, los Estados Unidos, aunque el pueblo simpatizaba evidentemente con la causa española, siguieron oficialmente los pasos del mundo anglosajón. De todas las demás repúblicas de occidente, solo México fue fiel a los principios plasmados en el derecho internacional. El delegado del Gobierno mexicano, tanto en la Oficina del Trabajo como en la Liga, señor Isidro Fabela, consistentemente sostuvo el criterio de su gobierno de que la República Constitucional Española y su gobierno legal debían recibir el apoyo de todas las naciones signatarias del Pacto. Ese monstruoso invento llamado "Comité de No Intervención", que había sido creado en contra de todos los principios democráticos, no obtuvo ninguna simpatía de México. Ni siquiera cumplió su propósito: no aisló el conflicto español.

Y el mundo no tardó en darse cuenta de que la no-intervención solo favorecía al Eje. Por la debilidad de las grandes potencias, se permitió que Alemania e Italia intervinieran y ayudaran a Franco con hombres y armas, con el resultado de que España fue utilizada para dos propósitos: la derrota de la República democrática y la introducción de un régimen totalitario en España y la utilización de los campos de batalla de España como campo de pruebas para su nueva maquinaria de guerra que en breve se dirigiría contra todo el mundo democrático.

A menudo, en aquellas reuniones en Ginebra, tras la invasión española por parte de las tropas alemanas e italianas, Alejandra habló a favor de la República Española y la fuerza convincente de sus palabras ayudó a mostrar la verdad a muchos que no la habían entendido. Tras mi llegada a Suecia como Ministra Plenipotenciaria para la República Española a finales del año 1936, Alejandra no dejó de darme pruebas de su propia simpatía y la de su país por nuestra causa. Desde ese mismo momento hasta ahora ha cumplido la promesa de amistad, de ese afecto

profundo y duradero del que yo había intuido que podía ser capaz durante nuestros encuentros y discusiones en Ginebra.

Cuando llegué a Estocolmo, me alojé en el Gran Hotel hasta que me entregaron la legación española. El ministro de Franco y su personal seguían ocupando el edificio, a pesar de que el Gobierno sueco les había pedido reiteradamente que lo abandonara. Al entrar en mi habitación, me obsequiaron con un hermoso ramo de flores acompañado de una pequeña nota en la que Alejandra expresaba su pesar por no haberme recibido en persona, como habría hecho de no haber estado fuera de la ciudad por asuntos urgentes. A partir de ese momento nunca dejó de hacerme sentir que tenía un amigo cerca de mí en todo momento.

El día que presenté mis credenciales a Su Majestad el Rey de Suecia, después de haberme reunido varias veces con Alejandra y haber recibido de ella algunos consejos útiles sobre la forma correcta de observar las intrincadas reglas de la etiqueta sueca, de nuevo las flores y los cálidos saludos alegraron mis ojos y mi corazón a mi regreso del Palacio Real. Solo unas horas después de la ceremonia y de mi consiguiente aceptación por el Rey como representante de mi país, Alejandra me telefoneó para expresar su alegría por la "maravillosa impresión que he oído que has causado".

No pude evitar sonreír para mis adentros mientras le daba las gracias. Conocía por experiencia la sorpresa que una línea de conducta en armonía con las exigencias de la sociedad convencional puede despertar en quienes, olvidando que el mundo no puede progresar sin cambios, son propensos a esperar como inaceptable a cualquiera que venga de un país sospechoso de ser demasiado progresista o de tendencias revolucionarias. Lo sorprendente es que en el caso de España los rebeldes no estaban en el bando republicano sino en el franquista. Su partido era el que se había levantado contra las instituciones democráticas legales. Pero la oficina de propaganda alemana en el cuartel general de Franco en España, ayudada y secundada por los "intelectuales" del partido nazi de Franco, la Falange, había intentado convencer al mundo, y desgraciadamente tuvo éxito en algunas esferas, de que los republicanos españoles eran "rojos", es decir, todo lo que era peligroso.

No sé si tal propaganda había tenido éxito entre los círculos reaccionarios de Suecia o si se temía que yo pudiera aparecer como un terrible "demonio" sediento de sangre o, en el mejor de los casos, como una "Carmen" de voz fuerte, con andares arrogantes y un puñal escondido bajo la liga. En cualquier caso, esa visión había sido destruida por mi presencia real, y mi comportamiento sencillo, por no decir manso, había erradicado evidentemente cualquier impresión adversa que pudiera haber creado la propaganda fascista.

Durante los años que siguieron hasta el momento de mi partida en 1939, el interés de Alejandra por la causa española, su fe en los principios defendidos por el pueblo español, su creencia en la victoria final de los derechos de mi país, nunca disminuyeron. Raro era el día en que no intentaba, mediante una llamada telefónica o una breve visita, contribuir a despejar los nubarrones de desánimo que se acumulaban en nuestro horizonte por la dificultad de la situación.

España, nuestra España, estaba cada vez más abandonada a su suerte. Pero cada pequeña victoria conseguida por el heroísmo sin parangón de un pueblo que luchaba solo, contra las fuerzas armadas de las potencias totalitarias, era festejada y muy celebrada por Alejandra y, de hecho, por todos nuestros amigos en todos los rincones de la tierra. Había muchos de esos amigos, por supuesto, en Suecia. Los reveses, por el contrario, fueron lamentados por ellos como si fueran también suyos.

Alejandra era siempre la primera en el campo. Era casi como si se hubiera convertido en un miembro de nuestra propia familia. "Buenas noticias", me decía a primera hora de la mañana, cuando había aparecido en la prensa algún movimiento exitoso de los ejércitos republicanos; o bien: "No te lo tomes demasiado a pecho. Algunos periódicos tienen una mentalidad fascista", me decía, cuando el éxito había sido logrado por Franco y sus tropas moras y los partidarios alemanes e italianos. El día de la derrota italiana en Guadalajara por el ejército republicano, estaba tan encantada y emocionada como si ella misma hubiera sido española. En todos los aspectos de nuestras actividades durante ese tiempo, fue lo mismo.

La Semana Española fue organizada por los amigos de la España republicana en Estocolmo en el otoño de 1937. Las

actuaciones de artistas suecos en ayuda del Comité Sueco que apoyaba moral y económicamente a la Causa Española con una generosidad sin límites, contaron con la entusiasta asistencia de Alejandra. Las exposiciones de pinturas y dibujos españoles celebradas en Suecia durante la guerra, que demostraban cómo nuestro pueblo mantenía su moral a pesar de los terribles ataques contra su propia existencia, fueron ocasiones en las que ella se sintió tan orgullosa como nosotros. Pero esto no fue todo. Durante todo el tiempo que duró mi estancia en Estocolmo, los funcionarios y empleados de la legación soviética en esa capital suscribieron voluntariamente una parte de sus salarios para las mujeres y los niños de España. Cada mes se elegían dos personas, ya sea que ocuparan los puestos más altos o los subordinados más humildes, para que llevaran un sobre con su apreciada contribución a la Legación española. Fueron designadas para la tarea por Alejandra, y su entusiasmo era más conmovedor de lo que las palabras pueden contar. Yo los recibía en la Cancillería y, aunque la mayoría de las veces no hablaban más que ruso, idioma del que, desgraciadamente, no conocía ni una sola palabra, el encuentro era tan cordial como si nos entendiéramos perfectamente. Un ramo de flores acompañaba siempre al sobre, y yo estaba decidida a que todo el mundo lo considerara un privilegio actuar como suplente de los demás miembros del grupo.

Recuerdo una ocasión en la que Alejandra, la noche después de haber recibido a sus delegados de buena voluntad, me reprendió sonriendo porque había dormido poco. No pude entender el motivo, hasta que me explicó que una de las dos personas a las que les había tocado traerme el regalo para mi pueblo, un jovencísimo empleado de la legación rusa, la había despertado a las cinco de la mañana para recibir las últimas instrucciones para su visita. La legación rusa en Estocolmo era, y supongo que sigue siendo, el hogar de la mayoría de los empleados relacionados con ella: "¿No te he dicho que Madame Palencia no te espera antes de las once?", le había dicho. "Sí, pero tengo que prepararme con mucho tiempo". Ella me explicó que él estaba tan abrumado por la importancia de ir a la legación Española y hablar con el representante del pueblo español, luchando por la libertad, que había sido difícil persuadirle de que

tal hecho no era razón suficiente para despertar a todo el mundo con seis horas de antelación.

Las fiestas, como la Navidad y el Año Nuevo, tan aptas para despertar recuerdos en el corazón de los que están lejos de su país y de su gente, recuerdos que se vuelven especialmente conmovedores cuando el país de uno pasa por el martirio, las pasábamos siempre juntos. La Nochebuena la celebramos, a la manera española, en nuestra legación con los habituales platos españoles para la cena y canciones españolas antes de retirarnos a dormir. Las celebraciones de Año Nuevo las hacíamos en Villagatan 17 -en la legación soviética- donde nos hacían sentir uno con todos sus residentes. Buenos deseos, discursos alegres llenos de promesas de un futuro feliz en España, que, aunque pronunciados en ruso, eran tan emotivos tanto en los gestos como en el acento que sentíamos que los entendíamos, contribuyeron a calentar nuestros corazones incluso en momentos como los que estábamos atravesando.

A medida que nuestra amistad crecía, Alejandra se fue incorporando a nuestra existencia cotidiana. Cada pequeño incidente de nuestra vida familiar se convirtió en algo importante para ella. Ninguna hermana podría haber sido más amable que ella en el momento del nacimiento de mi nieto, cuando Marissa, cuyo marido estaba en ese momento en España y, al igual que mi hijo, cumpliendo con su deber en el frente, dio a luz a su primer hijo, Jan, en una de las maternidades de Estocolmo.

No pasaba un día sin que Alejandra le hiciera algún pequeño regalo. Un ramo de flores, algún plato delicado para tentar el apetito de la joven madre, un pequeño juguete de fabricación rusa para alegrar sus ojos, y las visitas de la propia Alejandra que significaban para ella más que todo lo demás junto. La visión de aquel bebé parecía trasladar a Alejandra a su propio pasado como madre. Se interesaba mucho por el bienestar del niño y muchas noches se dejaba caer después de la cena para asegurarse de que el querido "petit monsieur", como llamaba al pequeño, estaba bien alimentado y cuidado. Me temo que nuestras discusiones sobre su cuna debieron de indignar a la extremadamente capaz pero estricta enfermera a la que habíamos encargado el cuidado de Jan. Debí pensar que nos entrometíamos terriblemente.

En otras ocasiones, Alejandra, libre de sus obligaciones por la noche, llamaba a Marissa y le preguntaba si estaba dispuesta a ser derrotada en una partida de "Pick-a-stick". Sentía mucho por mi hija en aquel momento crítico, en el que las noticias de España eran tan inciertas, y jugaba con ella con el entusiasmo de una niña. A menudo, los gritos de risa que provenían de la habitación donde jugaban me hacían sonreír al pensar en lo que diría el mundo si viera a la "terrible roja" ocupada en tan inocentes diversiones.

Y así, día tras día, mientras las aguas de la derrota se cerraban sobre nosotros y levantábamos las manos como si buscáramos el tronco de madera con el que el ahogado espera salvarse, la amistad de Alejandra se hacía cada vez más fuerte. A menudo me hacía sentir que, aunque la oscura reacción había apagado temporalmente la luz de la democracia en España, seguía habiendo luz por delante.

CAPÍTULO 19

MUJERES DIPLOMÁTICAS

Alejandra y yo habíamos hablado a menudo sobre el tema de si las mujeres son aptas o no para la carrera diplomática. Como feminista acérrima que es, le parecía absurdo que alguien tuviera la más mínima duda sobre la capacidad de las mujeres para ocupar esos puestos al servicio de su país. Fue más allá y declaró que, en algunos aspectos, las mujeres están mejor preparadas para la diplomacia que los hombres. En su opinión, son más flexibles, más comprensivas y tienen una mayor cuota de intuición que el sexo fuerte.

"La intuición puede ser un peligro", argumenté.

"Naturalmente, si no se controla y se mantiene a raya. También puede ser un peligro una gran valentía o un exceso de imaginación. Para ser diplomático, un hombre o una mujer debe, en primer lugar, tener un perfecto autocontrol. ¿Puede imaginarse algo más delicioso para un diplomático, más ingenioso también, en situaciones complicadas, que poseer un agudo sentido del humor? Y sin embargo, esa tendencia, no controlada, es lo peor

que se puede desear tener. Una broma en diplomacia puede ser a veces más devastadora que un golpe".

Quería saber cuáles eran, en su opinión, las cualidades esenciales que debía tener un diplomático. Alejandra se rió con ganas. "Algunos hombres te dirán que los diplomáticos deben poseer todas esas cualidades que se niegan a creer que tengan las mujeres".

"Sí", respondí con aire de reflexión, "hace mucho tiempo los hombres hicieron una lista de todas las virtudes y defectos humanos y luego las repartieron entre los dos sexos, quedándose con lo que les gustaba. Les gusta creerse dueños de lo que es grande o suena grande: el valor, la generosidad, la audacia también, el odio y el espíritu de venganza, por no hablar de las dotes mentales".

"Exactamente, pero nos dejan lo más necesario para la diplomacia", respondió Alejandra, "¡el tacto y la discreción!"

"Estoy segura de que te habrán dicho a menudo que carecemos de esto último".

"Sí, pero he conocido tanto a hombres como a mujeres que no tenían ni una partícula de ello en su constitución y tanto a hombres como a mujeres que lo poseían en el más alto grado. Es absurdo establecer tales diferencias". Alejandra continuó más seriamente: "Creo que en ambos sexos se puede encontrar lo que es bueno y lo que es malo. Para mí no tiene la menor importancia ser hombre o mujer en la diplomacia siempre que se esté dotado de cierta inteligencia, ni siquiera es necesario tener mucha. Con tacto y con el conocimiento del país, su cultura y sus necesidades, y con la suficiente autoconfianza para no cometer ningún paso en falso, con estos elementos un diplomático tiene el éxito asegurado". Estuve totalmente de acuerdo y la experiencia confirmó estas teorías.

Otro punto a considerar y el más importante de todos, por supuesto, es si, independientemente de que seas hombre o mujer, te interesa o incluso te merece la pena ser diplomático. La vida en una embajada o en una legación se ha rodeado de un glamour casi legendario, aunque en realidad el aspecto social que la gente envidia se compone solo de las funciones habituales que la sociedad con mayúscula, se permite en todas partes, recepciones, cenas, bailes, bridge y, en algunos casos, deportes, con las

desventajas de encontrarse habitualmente con las mismas personas.

El hecho es que la diplomacia puede ser terriblemente aburrida o extremadamente interesante. Todo depende de la misión que uno tenga que cumplir. Si el motivo de las relaciones diplomáticas es simplemente la cortesía mutua entre dos países, entonces no vale la pena ocupar el puesto, pero si hay algo que hacer, si el fortalecimiento de los vínculos tiene un propósito real, si en los campos económico, político o intelectual hay posibilidades reales de entendimiento y desarrollo, entonces tal vez se pueda decir que ningún otro trabajo puede ser tan fascinante o tan útil.

Aparte de la cuestión de la capacidad y la habilidad de las mujeres en lo esencial de tales puestos, tanto Alejandra como yo nos dimos cuenta de que hay ciertas pequeñas desventajas con las que una mujer diplomática tiene que lidiar y que un hombre no está obligado a superar. Los prejuicios contra el hecho de que una mujer ocupe un puesto diplomático son muy fuertes y esto puede ser un serio inconveniente, ya que se espera mucho más de ella que de un hombre. Pasará algún tiempo antes de que el temor tradicional de que ella no es elegible para el puesto se rompa del todo. Personalmente, sin embargo, ni una sola vez durante el tiempo que estuve acreditada en Estocolmo, ni dentro ni fuera de mi país, fui consciente de esos prejuicios.

Mis colegas masculinos nunca permitieron, por el más mínimo gesto, que sintiera que había alguna diferencia entre ellos y yo y, por supuesto, disfruté de la total confianza de mi Gobierno. También Alejandra sentía lo mismo. Sin embargo, sobre nuestros hombros recaían muchas más cosas de las que normalmente tienen que soportar los diplomáticos. En primer lugar, no hay posibilidad de compartir la propia carga. Un hombre que es jefe de misión suele tener una esposa, o una hermana o una hija, en la que puede confiar para hacer los honores en su residencia, actuar como anfitriona en la mesa, supervisar los arreglos florales y el menú, asegurarse de que la carta de vinos es correcta y llevar al embajador o al ministro a un lugar tranquilo para una charla privada con otros representantes diplomáticos. La tarea de asistir a las recepciones oficiales es también considerablemente más fácil cuando se puede contar con un acompañante cuya presencia

puede considerarse lo suficientemente adecuada como para excusar el absentismo. Una jefa de misión tiene que ocuparse ella misma de todos estos asuntos.

Luego está la cuestión de la apariencia personal. Un diplomático no tiene más que dos trajes de gala para elegir, el traje completo o el de gala y su uniforme diplomático. En la mayoría de los países, donde existe un sistema de gobierno republicano, solo hay que pensar en el primero. El vestuario de una mujer es mucho más complicado y una diplomática tiene que ser muy cuidadosa porque está constantemente ante la mirada del público. Cualquier cosa llamativa o excéntrica en su vestimenta está destinada a provocar críticas. Cualquier cosa demasiado elegante podría despertar envidias, pero esto es más una hipótesis que otra, ya que las cuatro mujeres diplomáticas que he conocido preferían en general vestidos negros y pocas piezas de joyería, si es que había alguna, en dos casos. Instintiva y espontáneamente, Alejandra y yo habíamos vestido de negro al presentar nuestras credenciales a Su Majestad el Rey de Suecia.

Alejandra me contó, mucho después de mi llegada, lo perplejo que se había quedado el Jefe de Protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores sueco cuando habló con él de las normas de etiqueta antes de presentarse ante el Rey de Suecia. Era la primera mujer que había sido nombrada Ministra Plenipotenciaria en ese país, así que no había ningún precedente en el que basarse. Alejandra Kollontay había escogido un vestido negro para la ocasión y esto le pareció suficientemente satisfactorio, pero cuando sugirió llevar un sombrero, su propuesta había molestado por completo al Jefe de Protocolo. No estaba preparado para afrontar una situación de este tipo. Alejandra, sin embargo, se aferró a su plan y tuvo éxito. Yo había seguido la misma línea sin conocer la historia, y su precedente me había ayudado, pues no hubo oposición.

Cuando conocí a Alejandra en Ginebra, me gustó la sencillez de sus vestidos, pues había oído muchas historias sobre la riqueza de sus pieles y la elegancia y variedad de sus trajes. En Suecia pude confirmar mi primera impresión en cuanto a la falsedad de tales afirmaciones. En invierno nunca la vi llevar más que los abrigos más sencillos, de piel, sí, pero entonces todo el mundo tiene que tener algún tipo de piel en Suecia y en Rusia. Lo que vi

no era ciertamente de chinchilla o de marta. En cuanto a los trajes, siempre eran negros con un toque de encaje o un pequeño cuello de seda para aliviar los tonos oscuros. Que yo sepa, nunca lleva joyas, al menos nunca vi nada más que una pequeña y fina cadena alrededor de su cuello a la que estaban sujetas sus gafas. Había pertenecido a su madre.

Como todas las mujeres cuyo país ha pasado por grandes problemas, especialmente con una desesperada falta de alimentos y ropa, supongo que se había deshecho de sus joyas, si es que las tenía, hace tiempo en beneficio de los demás. En cuanto al maquillaje, nunca vi a Alejandra usar ninguno. Lo que sí tiene es el don de saber cómo dar pequeños toques a sus prendas de aseo que las hagan parecer elegantes. Un sombrero colocado en el ángulo adecuado hace milagros y las mujeres, incluso cuando son diplomáticas, saben que se pueden hacer cambios en el traje de un año a otro que alargan su vida de manera increíble.

A menudo había pensado que sería interesante que todas las mujeres que ocupan cargos diplomáticos se reunieran un día y mi deseo estuvo a punto de cumplirse un año y medio después de mi llegada a Estocolmo. Los países escandinavos, probablemente por sus tendencias democráticas reales y bien definidas y por su pacifismo, quizá porque, al ser países pequeños, se cree que las mujeres se sentirán más a gusto en ellos, han sido elegidos por una nación tras otra como campo de pruebas de lo que se ha llamado la "diplomacia femenina en ciernes".

Las dos jefas de misión femeninas nombradas por los Estados Unidos, la Sra. Ruth Bryan Owen Rhode, que dimitió cuando se casó, y la Sra. J. Borden Harriman, fueron enviadas a Escandinavia, la primera a Dinamarca y la segunda a Noruega. Madame Kollontay, de la U.S.S.R., fue acreditada a Noruega y posteriormente a Suecia, y la Sra. Palma Guillen de México a Dinamarca, y el Gobierno español me designó a mí para Suecia y Finlandia.

No tuve el placer de conocer a ninguna de las dos mujeres que fueron ministras de los Estados Unidos hasta después de que todos nosotras hubiéramos abandonado Europa. Desde entonces, en casi todas mis visitas a Estados Unidos, hemos tenido ocasión de hablar de experiencias en el mundo diplomático, pero tanto a

Alejandra como a Palma Guillén las conocí bien cuando estábamos en nuestros puestos.

En la época que acabo de mencionar, la enviada de México había llegado a Estocolmo por negocios y la invité a tomar el té en la Legación para conversar tranquilamente, pues estaba ansiosa por conocer sus noticias y darle las mías. Palma Guillén y yo nos habíamos conocido en España y siempre disfruté de sus inteligentes discursos, de su clara visión, de sus optimistas noticias, además del placer de hablar con ella en nuestro idioma en común. Estábamos enfrascadas en una charla sobre acontecimientos pasados cuando mi país había estado en paz, sobre amigos comunes en Madrid, sobre la tragedia de España y la magnífica posición de México en el campo internacional, cuando la puerta se abrió de golpe y se anunció a Alejandra.

Miré a Palma Guillén con cierta consternación. Las relaciones diplomáticas entre Rusia y México se habían roto varios años antes, de hecho, muy poco después de la retirada de Alejandra de ese país y justo antes de ser enviada a Noruega. Un encuentro entre los representantes de esos países podría ser incómodo. Si hubiera celebrado una recepción o incluso una de esas reuniones habituales con treinta o cuarenta invitados, el asunto no habría tenido importancia. La Legación era lo suficientemente grande como para evitar a la gente, si uno no quería conocerla, pero en un tête-à-tête. Por otra parte, ¿cómo iba a decir que no estaba en casa? Por el rostro radiante del mayordomo, que sentía una gran admiración por Alejandra, pude ver que estaba seguro de que yo también estaría encantada de verla. Lo natural era salir y explicar la situación, pero Alejandra no me dio tiempo. Apenas me había levantado de mi asiento cuando ella ya estaba en la habitación. "Espero que no esté usted muy ocupada, porque me gustaría pasar la tarde con usted", comenzó, y luego se volvió con un gesto amable hacia mi visitante, a quien no conocía y a quien me apresuré a presentar.

Cualquiera que no fuera Kollontay se habría quedado sin palabras, pero ella manejó la situación de forma excelente. Retirarse después de haber dicho que pensaba quedarse toda la tarde habría sido un insulto. En cuanto a Palma Guillén, estaba sentada cerca de la mesa del té y no podía levantarse e irse, así que todas hicimos lo más sensato. Nos olvidamos de la

diplomacia por el momento y tuvimos una agradable charla. Desde ese día las relaciones entre México y Rusia se han renovado de la manera más cordial y a menudo pienso qué lástima hubiera sido que algún remordimiento o amargura hubiera nublado el recuerdo de esa visita en la Legación Española.

Palma Guillén fue nombrada para diferentes cargos más tarde, pero estoy segura de que ella, como yo y ciertamente Alejandra, recuerda aquel día en Estocolmo con el más vivo placer. Al fin y al cabo, nuestros países tenían objetivos similares. Estaban muy interesados en las reformas sociales, en la emancipación de la mujer, en el bienestar de los niños, en el avance de la educación.

La Legación tenía un aspecto encantador. El jardín había provisto de flores a todas las habitaciones. El té estaba bueno. En el exterior, el sol bañaba de luz los árboles y los pájaros piaban alegremente. ¿Quién iba a pensar que pocos meses después la guerra que había comenzado en España, la lucha que mi pueblo estaba soportando, se extendería a casi todo el mundo? ¿Que millones y millones de jóvenes serían abatidos en los campos de batalla, que cientos de miles de seres humanos serían destruidos por las bombas y que miles serían engullidos por las aguas de dos océanos y varios mares?

¿Quién podría haberlo pensado? La mayor parte de los pueblos del mundo no parecían percibir entonces ni siquiera una remota posibilidad de tal catástrofe. Su actitud era natural si se tiene en cuenta que los experimentados estadistas de los países poderosos actuaban como si tal tragedia estuviera fuera de toda duda, como si fuera imposible a pesar de la agonía de España a manos de los traidores y de los líderes del Eje, a pesar de las crecientes impertinencias por parte de esos líderes, de un gran despliegue de fuerzas armadas en Alemania e Italia. Imposible, aunque Hitler había dicho que ocurriría, aunque él y Mussolini estaban probando su maquinaria de guerra contra el pueblo español, y cada día Japón se afirmaba más y seguían apareciendo nuevos brotes de nazismo por todas partes. Solo unos meses después se levantó el telón para los nuevos actos del drama: Austria y Checoslovaquia también fueron víctimas del totalitarismo y los males de la guerra empezaron a extenderse de un país a otro y de un continente a otro.

De todas las mujeres que se encontraban en sus puestos diplomáticos ese día, la señora Harriman tuvo que huir de Noruega después de que Quisling traicionara a su país y Hitler se pusiera al mando; la señorita Palma Guillén también abandonó Dinamarca y fue enviada en misión a Sudamérica y posteriormente regresó a su país; y yo estoy viviendo en el exilio en México. Solo Alejandra se quedó en su base, como dirían los marineros.

Cuando la guerra nos obligó a tres de nosotras a abandonar nuestros puestos, Alejandra era la única mujer diplomática que quedaba en Escandinavia. Y el panorama que veía a su alrededor no era bueno. Aunque la paz todavía se cernía sobre los lagos de Suecia y la orilla del mar todavía contenía un soplo de aire fresco, desde el otro lado del Mar Báltico, desde la tierra que la vio nacer -Finlandia- llegaban los gritos agudos de una lucha feroz con su país, Rusia.

Al sur de su propio puesto de observación, los tentáculos del Eje aumentaban su dominio sobre los pueblos que una vez fueron libres, y en el Oeste grandes buques chocaban entre sí y el cielo estaba a veces negro de aviones, los mensajeros de la muerte. En el pequeño país en el que todavía llevaba a cabo su labor, hombres y mujeres se inclinaban bajo la carga del dolor, el dolor por los miles de niños sin hogar y por los pueblos que el nazismo había esclavizado.

En cuanto al pequeño mundo diplomático de Estocolmo, la guerra lo redujo a casi nada. El glamour de la diplomacia dio paso al miedo y la desconfianza. La sociedad en mayúsculas se quedó en silencio. No había recepciones ni cenas. No había que preocuparse por los arreglos florales, la carta de vinos o el menú. Los diplomáticos tuvieron tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos de los últimos años y preguntarse por qué no se había evitado esta catástrofe. Es posible que algunos de ellos se sintieran en parte responsables. Tal vez no siempre habían estado de acuerdo cuando sus gobiernos optaron por mirar hacia otro lado en casos de agresión. Tal vez habían reprimido sus convicciones antes de correr el riesgo de ser apartados. Sin embargo, eso habría sido preferible a sentarse frente a las ruinas del mundo sin poder siquiera decir a quienes no intervinieron a tiempo: "Os lo dije".

Alejandra no puede tener ningún reparo al respecto. Una y otra vez predijo lo que se avecinaba y su corazón, como el de muchos otros, se llenó de desesperación al ver lo que estaba sucediendo, ante la falta de preparación de un lado y la preparación del otro, ante la astucia y el engaño de algunos y la indiferencia y la falta de voluntad general de otros para frustrar las diabólicas intenciones de los aspirantes a dueños del mundo. La mala salud y la ansiedad no han amedrentado el valor de Alejandra. Se aferra a la vida y obedece las órdenes. Nadie podría hacer más. Solo cabe esperar que, cuando la lucha haya terminado y se esté moldeando un nuevo mundo, sus sabias palabras hayan dado fruto y las mujeres, diplomáticas o no, activas en todo el mundo, compartan las responsabilidades de la victoria junto a los hombres.

CAPÍTULO 20

LA MINISTRA EN CASA

La Legación de la U.R.S.S. en Estocolmo, situada en Villagatan 17, en la zona residencial y más moderna de esa hermosa "Venecia del Norte", como se la llama con frecuencia, no es un edificio grande ni pretencioso, sino que se ajusta bastante al estilo habitual de la residencia diplomática en Estocolmo. La casa, de dos plantas, está rodeada por un pequeño jardín, rodeado, como es habitual en Europa, por una barandilla baja y una puerta que da acceso al pequeño paseo pavimentado que conduce a la entrada. La casa está dividida en secciones, las salas oficiales ocupan toda la primera planta. Un pequeño vestíbulo conduce a la sala de espera, amueblada como todas las salas de espera de este tipo. En el otro extremo se encuentra el despacho del Ministro, no muy grande, pero repleto de libros de todo tipo y especialmente de referencia. El mobiliario es de excelente gusto, con alguna reliquia del pasado. Fotos de Alejandra en el exilio, en la tribuna de oradores, y con sus camaradas cuando estaba en una reunión o durante un descanso -un merecido descanso- en algún lugar tranquilo.

Una puerta a la derecha da acceso al salón donde nos sentábamos más a menudo en aquellas tranquilas tardes en las que tanto ella como yo teníamos tiempo para una de esas charlas de sobremesa que son el deleite de los europeos. Un sofá esquinero y unos grandes sillones, una mesa baja y redonda en la que se servía el habitual demitas y en la que Alejandra siempre guardaba algún caramelo, daban intimidad y sensación de familiaridad a esas pequeñas reuniones de cuatro o cinco amigos en torno a una de las anfitrionas más encantadoras que he conocido. Frente a la esquina hay un gran retrato al óleo de la bella y talentosa hermana de Alejandra, Jenny, a la que se parece mucho.

Junto a la sala de estar se encuentra el gran salón, utilizado principalmente en los días de recepciones oficiales. El 7 de noviembre, la gran fiesta nacional de Rusia, siempre está lleno. El mobiliario es del tipo convencional que se suele utilizar para estas salas poco habitadas, pero un gran piano en un extremo ayuda a evitar la monotonía de los sofás y sillas colocados regularmente. Una gran puerta conduce al comedor, donde Kollontay agasaja a sus invitados con ese "todo ruso" y delicioso manjar conocido como caviar. Conociendo mi afición por ese manjar, a menudo me enviaba una lata "recién llegada" de su tierra natal.

Las habitaciones privadas de la ministra están en el piso de arriba, pero ella tiene poco tiempo para disfrutar de la sensación hogareña del apartamento amueblado con sencillez, donde guarda sus libros favoritos y muchas chucherías de diferentes países, entre otros México, que ha coleccionado en sus constantes viajes por todo el mundo. En los días de gala, la legación soviética asume el apropiado aire oficial que tienen todas las legaciones, pero cuando se nos invitó solo a una velada o comida privada todo el ambiente parecía diferente.

Los dos sirvientes noruegas de Alejandra parecían ser la única comitiva. Una es una excelente cocinera, y la otra una excelente sirvienta, pero están vestidas con sencillez y son hogareñas, como los sirvientes que han estado durante muchos años con la familia, y se sienten casi como miembros de la casa sin perder nunca los buenos modales y el respeto que invariablemente muestran los criados escandinavos.

Entre las personas que eran visitantes o participantes más frecuentes en esas tranquilas veladas, las que destacan más claramente en mi memoria son el ministro Gustav Möller, un robusto demócrata y defensor de verdaderos principios liberales, y su esposa, más conocida como Elsa Kleen, una divertida conversadora y una intrépida e inteligente escritora; Mr. Georg Branting, cuyo padre, Hjalmar Branting, ayudó a Alejandra a salir de algunos de los líos en los que su ardiente pacifismo la involucró durante anteriores estancias en Suecia, y su esposa; Sonja Branting (ahora casada con el Sr. Westerstahl), una distinguida abogada que, junto con su hermano George, ha tomado parte activa en el movimiento sueco de ayuda a España; la Dra. Ruby Lind, que durante mucho tiempo ha ayudado a Alejandra a cuidar de su salud; el conocido actor Karl Gerhard; Ture Nerman, uno de los poetas suecos más sensibles y con más talento; el profesor Segerstedt, editor de *Göteborgs Handels och Sjöfarts Tidningen*, la mejor revista de Suecia, que ha dado invariablemente su apoyo a todas las buenas causas del mundo; Naima Wifstrand, una excelente actriz y una buena amiga; y otras personas cuyos nombres se me escapan de la memoria, pero cuyos rostros recuerdo tan bien como su simpatía por la causa española.

Alejandra es una habladora ingeniosa, y la conversación nunca decae ni se vuelve aburrida cuando ella está presente. Su profunda cultura y sus conocimientos de arte y literatura, así como de política y sociología, la convierten en una compañera sumamente interesante. Cuando estábamos solas, hablábamos más a menudo del arte español, y especialmente de la música típica española que compositores como Albéniz y Falla han hecho tan popular en todo el mundo. Su música es principalmente inspirada por las canciones populares que Marissa, como la mayoría de los jóvenes de España, conoce tan bien, y pocas cosas disfrutaba tanto Alejandra como hacer cantar a mi hija las viejas y antiguas melodías de las distintas regiones de nuestro país, en las que Alejandra podía detectar a menudo similitudes con las canciones populares de su propia tierra.

Esos momentos son uno de los recuerdos más agradables que tenemos de nuestra estancia de tres años en Suecia. Me resulta fácil evocar la visión de nuestra anfitriona cuando se sentaba al

lado, totalmente absorta en el tema que estábamos tratando en ese momento, pero atenta a cada pequeño detalle de sus obligaciones como "señora de la casa".

Fue gracias a su infalible vigilancia que los pequeños contratiempos y fracasos, que casi siempre son inevitables y que, uno se inclinaría a pensar, vendrían como consecuencia natural cuando una mujer tiene que soportar otras pesadas cargas sobre sus hombros, nunca parecieron ocurrir en la Legación de la URSS. La cena era siempre puntual, el café o el té bien caliente, los cigarrillos para las mujeres y los puros para los hombres - Alejandra no fuma- y la comida al punto.

Fue durante esos breves espacios de tiempo, después de que el trabajo terminara por el día en nuestros respectivos puestos, que llegué a aprender mucho de las experiencias pasadas de esta mujer excepcional. No es que le importara hablar de sí misma. No lo hacía, pero había una llave mágica en su silencio que, si se aplicaba a la cerradura de las puertas cerradas de su ser íntimo, podía permitirle a uno entrar. Esa llave era Rusia: di la palabra y, tras una rápida y penetrante mirada, dejaba que uno entrara. Era algo fácil de hacer, porque la vida de Alejandra está tan ligada a la historia de su país en estos últimos años, sus pensamientos están tan entregados a su pueblo, que no hay ninguna cuestión en la que las dos personalidades -la mujer y la nación- puedan separarse la una de la otra.

Si la conversación versaba sobre la Rusia de su pasado, el período prerrevolucionario, tenía que recurrir forzosamente a sus propios recuerdos para esbozar el cuadro. En cuanto a la Rusia de hoy, las experiencias de Alejandra son, naturalmente, la prueba más fiable de lo que se cuenta sobre el tema, tanto si se habla de la solución de problemas agudos en otros países como de los nuevos desarrollos científicos, o del bienestar de los niños, el cuidado de las madres, la educación de los jóvenes, o la tierra.

En cuanto a los asuntos internacionales, Kollontay ha asumido tan a menudo un papel protagonista que es imposible hablar de forma abstracta de muchos de ellos. Por otra parte, nunca he conocido a ninguna persona tan ansiosa por dar pleno reconocimiento a la labor de sus compatriotas encargados de misiones de diversa índole. Lejos de restar méritos a sus compañeros o colaboradores, realza el valor de su participación

en el mayor grado posible, y cuando uno, viendo el auto-desvanecimiento al que tiende, intenta insistir en su propia colaboración, se limita a encogerse de hombros y a decir con una sonrisa: "Oh, sí, yo también estuve allí" o "Sí, yo también tuve que hablar".

Pero la pasión desbordante que siente por Rusia no la hace olvidar en absoluto los problemas de los demás, ya sean impersonales o personales. Cuando hablaba con nosotros, trataba el conflicto de nuestro país con un interés y una admiración por nuestro pueblo que nunca olvidaremos, pero también era plenamente consciente de cuáles eran mis propias dificultades personales y las abordaba con el tacto y la ternura de una hermana.

En momentos extraños, su agudo sentido del humor dará justo la nota adecuada. Y también en este aspecto, aprecia plenamente el punto de vista de los demás. Aquí, en el lejano México, a menudo pienso en ella sentada en el salón de la legación, con sus expresivas manos descansando solo en breves momentos sobre su regazo, vistiendo un sencillo vestido negro con su immaculado toque blanco alrededor del cuello. El pelo corto y algo revuelto que uno pensaría que está fuera de lugar por la vehemencia con la que trabaja su mente. La sonrisa caprichosa siempre al acecho de los labios cerrados. La naricita recta, los ojos azul grisáceo, que a menudo parecen muy cansados, pero que se iluminan cuando surgen de su corazón oleadas alternas de admiración, indignación o afecto. Esto era siempre cierto cuando hablaba de su hijo que, en el momento de mi estancia en Suecia, estaba fuera, en Estados Unidos, con su mujer y su hijo. Alejandra, como la mayoría de las madres, sigue viendo al niño en su hijo adulto. En cuanto a su nieto, le había despertado un nuevo interés por conseguir sellos para su colección. Se lo tomó muy en serio, ya que, como dijo: "No le fallaría por nada del mundo ahora que firma como 'Tu cariñoso nieto, el coleccionista de sellos'." En el caso de Alejandra, la ministra en casa es tan interesante de ver como la cautelosa diplomática en el trabajo.

CAPÍTULO 21

LA DIPLOMACIA NECESITA DE LOS SENTIMIENTOS

Incluso en los palacios reales, que se supone que son los baluartes de la etiqueta y las convenciones, una mujer diplomática puede a veces crear una onda de duda y confusión. Alejandra y yo habíamos sido invitadas, junto con todos los demás miembros del Cuerpo Diplomático, a asistir a la sesión inaugural del Riksdag sueco que, según se nos había informado, ese año, 1937, tendría lugar el 11 de enero en lugar del 10, fecha habitual de este acto anual pero que ese año caía en domingo. La sesión inaugural no se celebra en la propia Cámara de Representantes, sino en el Palacio Real.

Cuando entramos en el salón del trono, siguiendo la precedencia diplomática habitual, me encontré, naturalmente, como el último en llegar a Estocolmo, el último de la fila y muy lejos de Alejandra, que era quien encabezaba la cola. A través de su larga estancia en Suecia -desde el año 1930- había ascendido a la posición de vicedecana del cuerpo diplomático y como tal estaba esa mañana ocupando el lugar del decano, de facto, el Sr. M. J. Wollabaech, ministro de Noruega desde 1921, que estaba ausente en ese momento.

Al bajar la escalera que conducía al salón señorial donde iba a tener lugar la ceremonia, oí que decían mi nombre en un susurro apresurado. Alejandra fue objeto de una breve discusión en voz baja entre el encargado de mostrarnos nuestros asientos y otro cortesano. El primer ujier estaba evidentemente confundido al encontrar a una mujer -la segunda- que, en su opinión, debía ocupar asientos en la primera fila del estrado diplomático con las esposas de los Jefes de Misión, a las que se les dijo que se sentaran detrás de las damas, con los propios Jefes de Misión.

Alejandra me miró y sonrió con picardía. Pensé en lo joven que parecía. Más joven, quizás, porque no intentaba parecerlo. No usaba maquillaje y su sencillo vestido de terciopelo negro y la ausencia de joyas llamaban la atención en aquella asamblea de personas que llevaban suntuosos uniformes, relucientes órdenes y brillantes tiaras.

El trono real con su rico cortinaje de armiño, la corona y el cetro que yacían en la mesa cercana, el colorido y la brillantez general de la escena en un extremo de la sala ofrecían un extraño contraste con el otro extremo donde estaban sentados los miembros del Gobierno y los Representantes Parlamentarios, vestidos con trajes oscuros, esperando la llegada de Su Majestad. La gran mayoría de los diputados, afiliados al Partido Socialdemócrata, llevaban un atuendo especialmente severo, sin lazos ni medallas. Después de los habituales toques de trompeta, que anunciaban la llegada del Rey, nos pusimos rápidamente en pie y se acabaron las habituales reverencias de una tribuna a otra a lo largo de la sala, todos nos sentamos solemnemente.

Su Majestad, el Rey Gustavo, llevando con gallardía sus setenta y tantos años, procedió entonces a leer el Discurso del Trono. El mensaje del jefe del Estado sueco a sus súbditos no daba la sensación de seguir un mandato o una orden, sino simplemente al esbozo de un plan de colaboración de la Corona y de los representantes del pueblo, trabajando de la mano por el bien común de la nación. El pueblo en un país democrático es, naturalmente, el que tiene en última instancia el poder en sus manos.

Todo el mundo escuchaba con atención, como si tratara de participar en esa colaboración, dispuesto a ayudar a sus semejantes a cumplir la misión encomendada a su cargo en obediencia a un mandato libremente otorgado y tan libremente aceptado. Toda la pompa y el esplendor de la escena no podían distraer la mente del gran significado de la representación democrática. Se lo comenté a Alejandra cuando, unas dos horas más tarde, nos despedimos y nos alejamos con una reverencia del brillante trono. "Sí, esta mezcla de las viejas tradiciones, las reliquias del pasado, y el nuevo sistema de gobierno progresista es característico de Suecia". "Parece que funciona", respondí, trayendo a la memoria algunas de las cosas que ya había visto y admirado en el país: sus avances sociales, su atención a los jóvenes, a los ancianos y a los enfermos, su cultura, proporcionalmente más extendida, tal vez, que en cualquier otro país del mundo, su sabia previsión para la prevención del posible desempleo, esa maldición de los últimos años en tantos estados. "Sí", respondió con sencillez, "aquí funciona. Pero, por supuesto,

ha habido tiempo para llevar a cabo los planes y, sobre todo, no ha habido interferencias del exterior”. Yo, por supuesto, sabía en qué estaba pensando. Si se hubiera permitido a Rusia llevar a cabo sus reformas en paz, si no hubiera habido intervención por parte de otros países, todo habría sido mucho más fácil y los cambios tan necesarios habrían podido dar sus frutos antes.

La escena que acabábamos de presenciar parecía bastante irreal mientras conducía de vuelta a la Legación por las concurridas calles. La gente se volvía para mirar a los ocupantes de los coches que salían del palacio. Su aspecto también debía parecerles irreal. Un vestido de noche formal y largo y un corpiño escotado no parecen precisamente apropiados en pleno día.

Tuve muchas más ocasiones después de observar lo estricta que es la etiqueta, no visible, al menos no especialmente aparente cuando los miembros de la Familia Real sueca se desplazan en coche por la ciudad o el campo, en todas las funciones de la corte. Alejandra encajaba a la perfección en el cuadro. Es una diplomática nata en todos los sentidos, y sabe exactamente cómo estar y qué decir y hacer en las ceremonias más intrincadas de la Corte. Y estaba siendo vigilada de cerca. Una comunista, una revolucionaria, mucha gente cree que no puede saber cómo comportarse. A veces incluso se resiente que lo sepan, pero nunca vi a nadie que igualara a Alejandra en serenidad.

Recuerdo con qué cuidado y atención fue observada una noche durante una conversación que mantuvo con el rey Gustavo. La invitación anual a cenar cursada por el Rey a todos los miembros del Cuerpo Diplomático había reunido a los Jefes de Misión en la encantadora antecámara redonda cercana al comedor de Estado del Palacio Real, donde es costumbre que Su Majestad y la Familia Real saluden a los invitados de la noche antes del banquete.

Naturalmente, estaban en vigor las mismas reglas de precedencia que se siguen en otras ocasiones, por lo que Alejandra, como vicedecana, era la segunda en la fila de los diplomáticos que esperaban. Normalmente el Rey solo intercambiaba unas pocas palabras con cada uno de sus invitados, pero aquella noche se quedó hablando con Alejandra mucho más tiempo de lo habitual y se sintió positivamente el revoloteo de la curiosidad que recorría la sala, ya que la gente se preguntaba cuál

podría ser el tema de aquella charla. Alejandra no esperó a que nadie intentara descubrir, ni siquiera mediante un comentario diplomáticamente velado, de qué se había tratado. "Su Majestad está muy interesado en nuestra última expedición al Ártico", dijo dulcemente. "Creemos que muy pronto tendremos películas de este acontecimiento para mostrar a nuestros amigos", añadió, y, por supuesto, todo el mundo tuvo que recibir la noticia con un interés al menos aparente.

Pero el momento en que el representante diplomático de la Unión Soviética se puso a la altura de la ocasión -en un asunto no muy portentoso pero sí de cierta importancia- con mayor perfección fue en una cena en la legación china. Este fue también un evento grandioso y solemne. Estaban presentes todos los jefes de misión acreditados, vestidos de la manera formal que es habitual en estos casos. Había oído que el menú había sido elegido con el mayor cuidado. Su Excelencia, el Ministro de China, y su esposa no solo eran unos anfitriones encantadores, y su hija encantadora y muy inteligente, sino que también podían presumir de contar con los servicios de un excelente chef. El rumor entre los invitados justo antes de la cena era que nuestro menú estaba compuesto por platos europeos, pero que podría haber alguna sorpresa. Un poco más tarde se dijo que los ingredientes de un plato especial habían sido traídos de China para la ocasión.

Alejandra Kollontay estaba sentada a la derecha de nuestro anfitrión. Yo me encontraba en el lado opuesto de la mesa, unos asientos más abajo. Estaba muy atractiva con su traje de terciopelo negro, con un estrecho volante de encaje alrededor de la abertura del corpiño y la Orden de Lenin, que siempre llevaba cuando se pedían condecoraciones en las tarjetas de invitación, prendida sobre él.

Apenas nos sentamos, todo el mundo comenzó a leer con detenimiento el menú. Sin embargo, yo estaba demasiado ocupada mirando la decoración de la mesa como para preocuparme por la comida en ese momento. Las flores estaban dispuestas de forma encantadora y, junto con la exquisita vajilla y los finos bordados, daban los necesarios toques de color a la sala.

También me fijé en la hermosa hija del Ministro mientras se sentaba al final de la mesa. Llevaba un vestido de brocado blanco muy favorecedor, cortado a la moda china, con un precioso collar y pendientes de color turquesa que completaban el marco de su rostro formado por su pelo liso y negro. Un susurro excitado de mi vecino de la derecha me hizo mirar a mi alrededor. "¡Aletas de tiburón!", dijo. "Aletas de tiburón traídas desde China para nosotros", repitió, mostrándome una línea a más de la mitad de la larga lista de platos del menú. "¿Le gustan?". "Nunca he comido ninguna", respondí. "Entonces espere y verá". Leí el menú con atención. Todo lo demás me resultaba familiar, menos las aletas de tiburón. Vi que los demás comensales también echaban un vistazo al menú, la mayoría parecían divertidos. Intenté llamar la atención de Alejandra, pero estaba ocupada hablando con nuestro anfitrión y evidentemente no había mirado el menú. La conversación se volvió general. Mi compañero era un joven y encantador jefe de misión de un pequeño país europeo, también buen amigo de Alejandra. "Hice algunos cursos de táctica militar con su padre en mi juventud", dijo señalándola. Su conversación era tan entretenida que apenas me di cuenta de que estábamos a mitad de la comida cuando los camareros chinos, de paso suave y manos hábiles, trajeron el plato tan esperado.

"Quizá le gusten después de todo", dijo mi vecino, con una mirada que me quería decir: "Me decepcionará si lo hace". Pensé que era mejor ser precavida, así que cuando llegó el turno de servirme, puse en mi plato la menor cantidad posible de la mezcla gelatinosa gris. Por nada del mundo me habría arriesgado a ofender a nuestro amable anfitrión que, en ese momento, nos miraba con una sonrisa que parecía decir: Tengo la suerte de poder ofrecerles un plato selecto de mi tierra natal. Todo el mundo devolvió la sonrisa, por supuesto, y hubo murmullos de "Qué interesante", y "Qué maravilloso poder tener esto enviado desde China a pesar de la guerra", y "Qué encantador que Su Excelencia haya pensado en esto". Luego, silencio mientras centrábamos nuestra atención en nuestros platos.

Después de todo este tiempo ni siquiera recuerdo cómo sabían realmente las aletas de tiburón. Solo que definitivamente no me gustaron. A nadie le gustaron, excepto a los chinos, pero, por supuesto, nadie dejó un trozo como testigo de sus

sentimientos y nuestro anfitrión, evidentemente animado por tal unanimidad, ofreció amablemente una segunda ración del manjar. Miré hacia el otro lado para ver qué pretendía hacer Alejandra y, para mi asombro, descubrí que se estaba sirviendo por segunda vez sonriendo. ¿Es posible que le gusten las aletas de tiburón? "¿No es maravillosa?", susurró mi vecino, mirándola con indisimulada admiración. "Qué casualidad que vuelva a pasar por la prueba. ¿No es maravillosa?", insistió. Y como una ocurrencia: "Es realmente la única entre nosotros, digna de ser diplomática". "Quizá le gusten las aletas de tiburón", aventuré. "Sé que no, pero siempre está segura de hacer lo correcto".

Y a juzgar por las sonrisas encantadas de nuestro anfitrión, su esposa y su hija, mientras la miraban, la ministra de las repúblicas soviéticas hacía ciertamente lo correcto en su opinión. "Es muy bueno para un país estar representado por personas con tacto", continuó mi vecino, mientras, para su evidente alivio, su plato era retirado y sustituido por otro. "Ojalá", añadió un poco apenado, "ojalá pudiera tener tanto tacto como la señora Kollontay". "¿Tan importantes son las aletas de tiburón?" pregunté, con una sonrisa burlona. "¡Ah! No debe reírse de lo que he dicho", respondió muy serio. "A menudo los grandes acontecimientos surgen de momentos insospechados. Por supuesto, no se trata de las aletas de tiburón en sí, sino de la expresión de la cara de nuestro anfitrión mientras habla con Alejandra Kollontay. Recuerde que al ofrecernos este plato esta noche, pretendía hacernos un gran cumplido. Todos nos sentimos así cuando ofrecemos a otros algo que es muy apreciado en nuestro propio país. Es como si se dijera: os considero dignos de sentir lo que siente mi pueblo, de gustar lo que le gusta y, en cierto modo, de amar lo que ama. ¿Y quién no cree que su pueblo y su país son los mejores del mundo?" "¿Aunque a veces a uno mismo no le gusten esas cosas?" pregunté, riendo. "Cuando uno está lejos de su país ama todo lo que le pertenece", dijo definitivamente, y luego, avergonzado, casi como un niño, "desearía ahora haber tomado una segunda". Le miré sorprendida, pero adivinando lo que pasaba por la mente de este encantador hombre de mundo, cuyos leves toques ocasionales de cinismo eran en realidad solo una capa para una sensibilidad inusual, me gustó mucho más por ello.

Pensando en toda la escena mientras regresaba a la Legación esa noche, después de felicitar a Alejandra por su golpe maestro diplomático, llegué a la conclusión de que lo que la hacía tan exitosa como diplomática no era solo su tacto, no solo saber cómo y cuándo hacer lo correcto, sino que era, como había intentado explicar mi vecino de mesa, saber verse a sí misma en el lugar de cualquier otro hombre o mujer con el que pudiera encontrarse. Ella misma hizo pocos comentarios cuando le planteé la cuestión, pero de alguna manera me hizo sentir que tomar la segunda ración de aletas de tiburón no había sido un sacrificio, o más bien, que había valido la pena.

Hay que tener una percepción extremadamente delicada para responder así a la llamada de simpatía de otra persona, sobre todo si la propia vida ha sido una dura lucha durante años, como sin duda ha sido la de Alejandra. Luchar puede, por supuesto, endurecerlo a uno, a menos que esté completamente convencido de la rectitud de la causa por la que lucha. Ese es el caso de Alejandra. Es una mujer que ha sido testigo de una de las luchas más amargas que se han dado en este mundo. Una lucha que se originó por la injusticia y la opresión y el consiguiente sufrimiento. Una lucha que ha provocado grandes cambios que no pueden ser inducidos sin muchas dificultades y sin mucho dolor y pena. Solo aquellos que consiguen salvar su alma de ser destrozada por el resentimiento y el odio pueden salir de la vida con su estructura espiritual intacta.

No son solo los buenos modales los que hacen de Alejandra lo que es como diplomática, ni tampoco un deseo femenino pero débil por complacer. Puede ser extremadamente firme, más que nadie que conozca, cuando cree que es su deber serlo, pero hay en ella una gran ternura subyacente que evidentemente aumenta su visión y la hace casi misteriosamente comprensiva.

CAPÍTULO 22

UN TEMA MUY DEBATIDO

Alejandra Mikhailovna ama la naturaleza. No con la sonrisa y las palabras sabias de un diletante que se muestra escéptico ante

todo lo que no se ajusta a sus ideas sobre el color o la línea. No con la admiración estática y sin aliento del famoso grupo londinense de la última parte del siglo XIX, cuyos miembros se dejaban vencer tan fácilmente por la belleza que se desmayaban al ver una rosa languideciendo en un jarrón de cristal. Alejandra es demasiado vital, demasiado dinámica para eso. Sus sentimientos tienen raíces tan profundas que florecen en expresiones vívidas que aquellos exquisitos contempladores de la belleza quizás no habrían aprobado.

Hay algunas personas que profesan el amor a la naturaleza porque se conmueven con una puesta de sol o con una gloriosa mezcla de colores en sus jardines o en un parque, otras que llegan a conmoverse con las graciosas líneas caídas de un sauce llorón, muchas que se esfuerzan realmente por mantener vivas sus habitaciones con la frescura de las flores cultivadas o de las hojas doradas del otoño.

También hay muchas personas cuyos sentimientos toman principalmente la forma de gratitud por las cosas buenas de la vida que la naturaleza puede ofrecer, y que por lo tanto están dispuestos a estudiar no solo lo que está listo para su uso, sino incluso los cambios que operan bajo la tierra antes de que las flores, los árboles o los granos alcancen el período de su vida en que pueden ser cosechados. Pero el verdadero amante de la naturaleza combina los sentimientos de ambos: la sensibilidad a la belleza, solo por la belleza, y el interés por la formación y el desarrollo de esa belleza y esa utilidad tal como podrían ser en las posibilidades de las criaturas humanas. Alejandra Mikhailovna es una de ellas. Le conmueve la belleza de las flores y la majestuosidad siempre cambiante de los paisajes, y conoce y se detiene en los nombres de los árboles y las plantas y las flores que son la ofrenda suprema de la tierra al hombre.

Por supuesto, hay escenas y vistas especiales que la impresionan más que otras. Como noruega, es más sensible a la majestuosidad de los abetos que a los tonos grises y brillantes de los olivos en el Sur. El gran silencio de un mundo impregnado de hielo y nieve despierta en ella un sentimiento de éxtasis más profundo y comprensivo que el que podría experimentar en un paisaje bañado por el sol y animado por una gran variedad de colores. Durante mi estancia en Suecia, Alejandra se había

explayado a menudo sobre la belleza de nuestro entorno, y finalmente un día le confesé que uno de los cambios fundamentales que estaba experimentando en ese momento era en mi propia actitud hacia la naturaleza.

Hasta entonces siempre me había considerado una amante de la gran madre de los hombres y a menudo me emocionaba, más que con cualquier otra manifestación de belleza, incluso las que nos proporciona el arte, con alguna expresión especial de la naturaleza. Pero a medida que se desarrollaba la tragedia de España y se agudizaba el sufrimiento del pueblo, me parecía perder el sentimiento hacia ese mundo exterior que tanto había significado en mi vida anteriormente. Alejandra trató de convencerme de que no lo hiciera, y siempre que era posible en su ajetreada vida o en la mía tener unos momentos libres, venía a la legación en su coche e insistía en llevarme a dar un paseo en las largas semanas sin noche de junio, o en algún frío pero luminoso día de invierno. "Sí. Todo es hermoso", decía, como si tratara de probar una obra de arte de acuerdo con las reglas establecidas para tal análisis. "Pero ahora no significa realmente nada para mí; me siento como si estuviera atado por dentro". "Eres como un barco atado al hielo, pero algún día, cuando esté bien, el hielo se derretirá", y esa fue su invariable respuesta.

Fue durante esos viajes que Alejandra y yo parecíamos acercarnos la una a la otra, como si nuestros puntos de vista, aunque a veces divergentes, pudieran centrarse al aire libre, absortos en los grandes temas que ambos teníamos igualmente en el corazón. Recuerdo en particular un viaje que hicimos juntas un día de marzo. Era primavera, aunque si hubiera tenido que juzgar la estación por los carámbanos que colgaban de las ramas de los abetos y la espesa alfombra de nieve en el suelo, habría asegurado que era pleno invierno. Hacía varios días que no veía a Alejandra y me preguntaba cómo estaría, pero no me gustaba entrometerme cuando los círculos diplomáticos y políticos de Estocolmo, como los del mundo entero, bullían por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Moscú, donde algunas de las figuras más conocidas de la Revolución Rusa y de la Administración, así como distinguidos hombres de ciencia, junto con un gran número de sospechosos, habían sido juzgados y condenados a muerte por alta traición. Un grupo de corresponsales extranjeros en la

U.R.S.S. había mantenido al mundo exterior bien informado de esta sensacional purga y de la masa de pruebas acumuladas contra los acusados, pero los sentimientos de enemistad que la gran mayoría de los gobiernos y partidos políticos moderados en todas partes seguían sintiendo por los bolcheviques, como seguían llamando al Gobierno ruso, había provocado una tormenta de protestas y amargas acusaciones contra Stalin y los demás miembros de la vieja guardia revolucionaria.

Aunque era difícil creer que una medida tan grave pudiera haber sido adoptada por hombres de mente responsable simplemente por celos, rencor o intriga política, personas de todo tipo y clase, incluso aquellas que habían expresado su admiración y simpatía por la U.R.S.S., se volvieron contra los rusos con el resentimiento más amargo que me ha tocado presenciar.

Algunos periodistas británicos, que pasaron por Estocolmo inmediatamente después del juicio, no se sorprendieron por la reacción. Habían estado presentes durante todo el juicio y me aseguraron que los acusados habían tenido una oportunidad decente de defenderse. Las sentencias fueron severas, pero se basaron en la admisión de culpabilidad, y el rumor de que sus sensacionales confesiones habían sido arrancadas mediante amenazas, tortura o ingesta de drogas era absurdo. Toda la prensa mundial seguía ensañándose con el Gobierno soviético, ya que cada día se añadían nuevos nombres de representantes diplomáticos o de otro tipo que habían sido retirados de sus respectivos puestos a las listas de participantes reales o sospechosos en el plan de traición de Rusia a Alemania y Japón.

Para algunos de nosotros, lo que resulta realmente inconcebible en todo este asunto es que aquellos que sabían lo que estaba ocurriendo, que estaban entre bastidores y que habrían tenido la posibilidad de dar pruebas de la verdad -no solo periodistas bien intencionados pero impotentes como aquellos con los que yo había hablado-, sino hombres de alto nivel en el mundo diplomático, que ocupaban puestos como representantes de naciones democráticas, hubieran mantenido la boca cerrada y dejado que la campaña contra Rusia siguiera su curso sin control.

El Gobierno soviético fue, sin duda, severo, terriblemente severo con los antiguos camaradas, pero los acontecimientos han demostrado, tal vez, que si no hubiera sido así, Alemania e Italia,

ayudadas por una Rusia traicionada, podrían haber conseguido dominar el mundo. Afortunadamente no fue así, aunque el primer ministro francés, Paul Reynaud, al comentar el "Juicio de Bujarin", como se le llamaba comúnmente, declaró que desde el punto de vista de la paz europea demostraba que no se podía contar con Rusia como factor de confianza contra Hitler. Su declaración y sus predicciones resultaron ser erróneas, pues no fue Rusia, sino su propio país, ya entonces plagado de traidores, el que iba a fallar a la democracia en su lucha contra el nazismo. Francia, al igual que otros países también traicionados, ha recuperado ahora su buen nombre de forma valiente y triunfal.

Durante aquellos angustiosos días, me dolía el corazón por Alejandra, no tanto por lo que el mundo decía de su país. Estaba acostumbrada a oírla discutir, cuestionar y atacar desde todos los frentes, como ella misma lo había hecho. En el momento del juicio, hubo más de una insinuación incluso en los periódicos suecos -de mentalidad fascista, por supuesto- en el sentido de que iba a ser destituida y se insinuó que ella también podría ser juzgada. Y sucedió que su segundo marido, Fedore Dubenko, del que se había divorciado hacía tiempo, estaba siendo juzgado; al menos, eso se decía. Me preocupaba por ella porque sabía que debía sentir que las penas de muerte son tan irremediables que hay que dudar en su aplicación. Y había, para ella, la agonía adicional derivada del hecho de que esos hombres habían sido sus amigos y camaradas, y hay algo especialmente vinculante en una relación que mezcla ambas categorías en una sola, como suele ocurrir con quienes han luchado, esperado y logrado juntos.

Cuando Alejandra me llamó aquella mañana de primavera para preguntarme si podía ir a dar una vuelta con ella si me llamaba después de comer, había tal súplica en su voz que me pareció imposible negarme, aunque confieso que estaba francamente nervioso. Una mirada a su rostro, mientras su chófer nos abrigaba cuidadosamente contra el frío, bastó para que me diera cuenta de todo lo que estaba soportando. No había el menor rastro de irritación o miedo. Desde luego, no por ella misma. Sus convicciones están demasiado arraigadas como para que corra el riesgo de extraviarse, y en aquel momento en particular iba y venía de Moscú a Estocolmo absolutamente sin ser molestada, un

hecho que asombró a algunas personas e incluso quizás molestó a algunas.

Aquel día me pareció que parecía enferma, no preocupada. Los rasgos de su cara estaban pálidos, pero sus ojos se iluminaron cuando se volvió hacia mí mientras el coche avanzaba a toda velocidad por la carretera que conducía a un bosque cercano, uno de sus lugares favoritos. Le tendí la mano y ella la estrechó entre las suyas. Pero no intercambiamos ni una sola palabra hasta que estuvimos frente a los estrechos paseos bajo los gigantes abetos colgados de carámbanos, cuya blancura se fundía en suaves tonos azulados bajo la luz mortecina. Alejandra los miró, respiró profundamente y luego se volvió hacia mí y me dijo: "Hubo un tiempo en que todos nuestros hombres parecían tan rectos, firmes y puros como estos". Y, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas, me abrió su corazón.

Algunos de los hombres que habían sido juzgados habían sido sus queridos camaradas. Uno de ellos, que mencionó con labios temblorosos, era su médico. No le pregunté su nombre, por supuesto, pero supuse que era el cardiólogo que había figurado en el juicio. Ni una sola vez, ni después, Alejandra mostró la más mínima vacilación en su actitud de completo acuerdo con la acción de su Gobierno. Habló de Stalin, Molotov y Litvinov con profunda admiración, y pude ver que se daba cuenta del sufrimiento que todo el asunto debía suponer para todos ellos.

"La vida nos enfrenta a muchas cosas difíciles de entender", dijo tras una larga pausa. ¿Se refería a la actitud de los hombres que habían sido juzgados o eran sus palabras el eco de ese grito que a veces brota de las almas humanas atribuladas ante el desmoronamiento aparentemente inevitable de la fortaleza, la continuidad de los propósitos y el equilibrio de quienes hemos creído invencibles?

Caminamos en silencio durante un buen rato bajo los árboles que el hielo había endurecido hasta convertirlos en formas brillantes y misteriosas, y por fin la paz que se desprende de la quietud del bosque descendió sobre nosotros. Me pareció sentirla a mi alrededor durante muchos días después.

"La vida nos enfrenta a muchas cosas que nos resultan difíciles de entender". Sí, entre ellas la necesidad del horrible sufrimiento creado por el hombre, que llegó primero a España y después a

toda Europa. La necesidad de la muerte y el dolor y el castigo y el derramamiento de sangre. Es incomprensible. ¿Es tan difícil para los hombres mantener la fe? ¿Es la lealtad una virtud tan rara que puede ser derribada por los asaltos de adversarios de tan mala calidad como la ambición, la envidia y el odio? Sea cual sea la razón, el mundo se ve periódicamente sacudido por las tormentas y las luchas de los hombres en conflicto.

Desde aquel día, mis pensamientos se dirigen a menudo al bosque quieto y silencioso. Sé que también él es sacudido a veces por las tormentas y que sus hijos, los árboles, están hechos para agitarse y temblar bajo la presión de las tempestades pero llega un día en que la tormenta se calma y pueden volver a levantar sus ramas en señal de agradecimiento. Todos habrán sufrido por igual y ninguno habrá fallado a otro en la lucha. Pero los árboles tienen una gran ventaja sobre los hombres: ¡no hay una quinta columna en sus filas! No hay traición.

CAPÍTULO 23

TRAMPAS PARA LA PAZ

El comienzo del año 1938 había traído consigo poco que pudiera servir para reforzar la decadente moral antifascista del mundo, lo que había de ella, pues dentro de los círculos oficiales no parecían necesitarlo. España seguía luchando contra el insurgente Franco, sus tropas moras y las de sus colaboradores, Hitler y Mussolini. Los nuevos armamentos de ambos aspirantes a amos del mundo -tanques y aviones- se estaban probando en suelo español bajo el cielo intensamente azul de España.

Alejandra Mikhailovna estaba, según pude ver, tratando de encontrar algunas razones para mantener una actitud optimista, pero las que podía reunir se estaban reduciendo a nada, gracias a la creciente indiferencia de las naciones democráticas y su política de apaciguamiento a cualquier precio. Incluso la toma de Austria por parte de Hitler no parecía haber provocado ninguna ansiedad especial. Y uno no podía dejar de recordar los días posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando Austria y

Alemania, recién liberadas de sus amos imperiales, habían mostrado su deseo de convertirse en un solo país. ¡Con qué recelo la idea del Anschluss había sido cortada de raíz por los países democráticos de aquel momento!

Habría sido irónico si no hubiera sido porque era tan profundamente triste ver a Austria abatida y obligada a someterse al miserable dictador que en su día había despreciado. Daba una impresión muy clara del creciente dominio de Hitler oír que sus tropas marchaban hacia el malogrado territorio austriaco sin que las democracias levantaran un dedo, ni siquiera las cejas, en protesta por la acción que, años antes, habían condenado de manera tan tajante.

Alejandra y yo nos asombramos, aquellos días, de la total sumisión de Mussolini a Hitler. Incluso entonces era difícil darse cuenta de que el Pacto Roma-Berlín, firmado en 1936, era tan fuerte que podía realmente unir a dos naciones tan enemigas entre sí. Pero entonces, una tenía razones para esperar eso y aún más de las doctrinas milagrosas del nazismo y el fascismo. Por supuesto, todos sabíamos que los "pechos de acero" de Mussolini, como le gustaba llamar a sus soldados, eran fruto de su imaginación y no de la realidad. De lo contrario, nunca habrían sufrido una derrota tan ignominiosa en Guadalajara a manos de la milicia española, mal equipada y sin entrenamiento.

En marzo viajé desde Suecia con destino a Ginebra, para asistir a la reunión de la Comisión de Expertos en Esclavitud de la Sociedad de Naciones, de la que era miembro, y pasé unos días en España antes de regresar a mi puesto. La población española sufría crueles bombardeos todas las noches y la tasa de mortalidad de civiles en toda la costa catalana alcanzaba cotas increíbles. En el camino de vuelta hice un desvío y me detuve unos días en Londres, donde estaba previsto que hablara ante un grupo de miembros del Parlamento británico, que estaban interesados en el conflicto español y ansiosos de que Gran Bretaña cambiara su táctica en esta cuestión concreta.

Durante mi estancia en Londres mantuve una larga conversación con el Sr. Maisky, ministro soviético en la Corte de Saint James. Él estaba muy preocupado por toda la situación europea y particularmente por las prolongadas conversaciones que los representantes británicos mantenían en Moscú con la idea

de preparar una alianza militar y política entre los dos países. Las negociaciones se retrasaron, ya que los delegados británicos no parecían estar investidos de suficiente autoridad para llevar los asuntos a buen puerto. Una excusa suficiente para el retraso, según la política habitual de Gran Bretaña, en la que el "tiempo" siempre ha desempeñado un papel importante, y ciertamente ha utilizado el "tiempo" en asuntos relacionados con la Rusia soviética en un grado inusual incluso para ella. Si pareció bastante precipitada al conceder el reconocimiento al Gobierno soviético después de la Revolución, fue solo porque Italia la había precedido, y permitir eso también era contrario a la política británica.

Otro motivo de preocupación, muy fundado, era el Comité de No Intervención que debía aislar el conflicto español y que, de hecho, estaba haciendo el juego a Alemania e Italia. Yo me sentía entonces especialmente indignada por ello, pues acababa de enterarme de que, por las condiciones del Comité, se impedía a Suecia vendernos los tan necesarios antiaéreos de la famosa compañía Bofors para la defensa exclusiva de nuestras ciudades abiertas, que veníamos solicitando desde hacía tiempo.

Cuando llegué a Estocolmo hablé con Alejandra, y la encontré de la misma opinión que su colega de Londres. Ella también estaba seriamente preocupada por el Pacto de No Intervención y aún más por las conversaciones ruso-británicas, cuyo colapso iba a conducir a desastres tan terribles, mayores incluso de lo que ella preveía entonces. ¿No fue el Pacto Ruso-Alemán, que sumió al mundo en la histeria, en octubre de 1939, el resultado del fracaso de este esfuerzo por hacer una alianza con Gran Bretaña que hubiera disipado los fundados temores de la U.R.S.S. de un alineamiento mundial contra ella? "¿No temes que, si Gran Bretaña sigue con este incomprensible juego con tu país, pueda ocurrir algo extremadamente grave?". le pregunté un día. Ella estaba segura de ello y, a medida que pasaban las semanas y el juego continuaba, empecé a darme cuenta de que, a menos que Gran Bretaña adoptara una línea totalmente diferente, Alemania aprovecharía la oferta de la URSS a todos los países y firmaría un pacto de no agresión con ellos. Desde luego, no era culpa de Rusia que los demás países no aprovecharan esa oportunidad.

El verano de ese año de 1938 fue muy tranquilo en Estocolmo. El tiempo era hermoso y las flores de los parques y bulevares eran un derroche de colores contrastados. Durante la primera parte de la temporada, Alejandra había negociado con éxito una ampliación del servicio aéreo entre Estocolmo y Leningrado. Ella misma había hecho un viaje, acompañando a Su Excelencia, Rikard Sandler, que era entonces ministro de Asuntos Exteriores de Suecia. Mi hija y yo nos reímos de la maravillosa despedida que le habían hecho y de la cantidad de fotografías publicadas en la prensa, en las que se veía muy bien su sencillo vestido de viaje y su tocado. "Fueron las flores las que lo lograron", nos había asegurado, refiriéndose al hermoso ramo que le regaló la compañía aérea.

A medida que avanzaba el verano, las noticias procedentes de España eran cada vez más trágicas. Ya en la primavera, la carretera entre Valencia y Barcelona había sido cortada por las fuerzas invasoras y el Gobierno español se había visto obligado a establecer su cuartel general en esta última ciudad y a continuar su resistencia con la vaga esperanza de que las democracias del mundo se dieran cuenta de los peligros de su política de apaciguamiento antes de que fuera demasiado tarde.

Estocolmo estaba casi desierta, toda la sociedad y la vida de la ciudad se había marchado a los diferentes lugares turísticos de verano. La mayoría de los miembros del Cuerpo Diplomático estaban de permiso en sus respectivos países o se habían ido al norte para disfrutar de la temporada ártica sin noches. Alejandra y yo fuimos, durante unas semanas, casi las únicas jefas de misión que permanecimos en nuestros puestos. Durante este tiempo nos vimos más que nunca. No teníamos obligaciones sociales, así que pasábamos todo nuestro tiempo libre juntas. La lucidez de Alejandra y su experiencia eran inestimables para juzgar la situación mundial de la época. El futuro de Europa nos causaba una profunda ansiedad. No parecía haber solución posible. Las naciones del viejo continente daban la impresión de estar hipnotizadas en una inacción total.

Los largos días de verano llegaban a su fin. Los bulevares habían perdido su riqueza de flores y la gente empezaba a regresar de sus vacaciones, bien bronceada y descansada. Si no fuera por el hecho de que España seguía luchando, todo el mundo podría

haberse sentido tranquilo, pero el otoño llegó con noticias cada vez más inquietantes. Las negociaciones entre Alemania, por un lado, y Francia e Inglaterra, por otro, no condujeron a nada. La primera orden de movilización francesa nos levantó un poco el ánimo. En ese momento parecía que el Primer Ministro francés, Edouard Daladier, iba a tomar partido y que contaba con el apoyo y el respaldo de su pueblo.

El mes de octubre de 1938 trajo el ignominioso colofón final, el ejemplo más descorazonador de política exterior que la democrática que jamás haya visto el mundo. Los agitados mensajes y viajes entre Londres y Berchtesgaden, que a veces incluían a París, no podían sino sumir a los pueblos amantes de la paz en frenesíes alternativos de esperanza y miedo.

Cuando finalmente el Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, voló de regreso a su país después de la última y humillante entrevista con Hitler, y anunció a su pueblo, demasiado confiado, que había asegurado "la paz en nuestro tiempo", Alejandra Kollontay se expresó ante mí en términos del más oscuro presentimiento. "Si Inglaterra es realmente tan débil como parece serlo", dijo, "si su fuerza militar está en un nivel tan bajo que puede ser pisoteada hasta este punto, Hitler no tardará en atacar". Habló conmigo del asunto día tras día. Por supuesto, sabíamos que había fuerzas detrás del Sr. Chamberlain y del Sr. Daladier que preferían sufrir una humillación a manos de Hitler antes que ver a la Rusia soviética crecer en poder e influencia. Y eso era lo que desesperaba a los antifascistas, que no eran necesariamente comunistas.

La firma del Pacto de Múnich fue un golpe terrible. El nombre de Múnich no será fácilmente olvidado por un mundo que tan pronto se vio sumido en un abismo de miseria. Múnich y la esvástica serán durante mucho tiempo los emblemas de un período de sufrimiento humano como nunca se ha igualado y es de esperar que nunca se repita. En aquella época me preguntaba si Alejandra también estaba preocupada por la preparación de su propio país para la guerra. Ansioso por observar sus reacciones al respecto, abordé el tema con cautela. "¿Alguien piensa seriamente que vamos a dejar que cualquier observador inquisitivo sepa con qué cuenta Rusia?", dijo en respuesta a mi pregunta sobre lo que pensaba de las historias que circulan en

algunos periódicos sobre la fuerza aérea de Rusia. "Olvidas, querida, que la idiosincrasia de algunos es negar todo lo que admiran a un régimen comunista". Su respuesta rebosaba ironía e indignación.

Confieso que en aquel momento me pregunté si Alejandra estaba de broma. Las noticias recogidas de diferentes visitantes de la URSS me habían hecho creer que, a pesar de sus tremendos recursos y de su lealtad a su régimen y a su política, Rusia apenas estaba saliendo de la agitación de la Revolución y no estaba preparada -en el sentido militar total que se le da a esta palabra- para afrontar el terrible choque que debía ser una futura guerra. A mí también me habían dicho que, a pesar de los esfuerzos del país, el equipamiento del ejército no estaba completo, pero, por supuesto, no podía discutir tal cosa con Alejandra, quien, en su lealtad a su propio país, en cualquier caso nunca habría permitido que se filtrara una sombra de duda en sus palabras. Por supuesto, es justo decir que no habrían podido lograr lo que hicieron sin la política de prestamo y arrendamiento de los Estados Unidos.

El tiempo iba a demostrar lo equivocados que estábamos todos en el tema de la preparación de la URSS. Nunca dudé de que el pueblo de Rusia fuera el ardiente patriota que siempre ha sido, pero reconozco honestamente mi falta de fe en aquel momento en su maquinaria bélica. Ese mismo año surgió otro problema que absorbió la atención del mundo diplomático, especialmente de los países interesados en el statu quo del Mar Báltico. Alejandra parecía bastante preocupada un día en que la prensa había publicado una noticia referida a las islas Aland, situadas entre Suecia y Finlandia, y me aventuré a preguntarle si tenía algún motivo especial de ansiedad al respecto. Sabía que desde hacía algún tiempo se mantenían conversaciones entre los dos países escandinavos en relación con la idea de fortificar las islas que veinte años antes y por decisión de la Sociedad de Naciones habían sido puestas bajo el control de Finlandia, con la disposición de que no podían ser fortificadas sin el consentimiento de las naciones que habían firmado el pacto. Desde hacía algún tiempo, los alemanes estaban muy interesados en las Alands y la prensa aludía abiertamente al hecho. Los ingenieros y expertos navales de la Alemania nazi dedicaban mucho tiempo a sondear la profundidad del mar que los rodeaba.

Este interés de los nazis por los pequeños islotes que suponían una fácil aproximación a Leningrado puso naturalmente nerviosa a Rusia. Una fortaleza alemana en medio del Báltico era una amenaza inaceptable. Suecia y Finlandia, por su parte, consideraban que las islas bajo cualquier control que no fuera el suyo serían una amenaza para la paz. En vista de ello, ambos países habían llegado a la conclusión de que la única manera de superar la dificultad era fortificar las islas conjuntamente. Se iniciaron negociaciones para obtener la aprobación necesaria para una modificación de los términos de la Liga, y pronto se supo que, excepto Rusia y Alemania, todas las demás naciones firmantes del pacto estaban dispuestas a dar respuestas favorables a la propuesta. Pero las dos grandes potencias tan interesadas en el Báltico estaban en contra. Rusia sospechaba la intención de Alemania de utilizar Finlandia contra la URSS, y los acontecimientos posteriores demostraron que tenía razón.

Alemania estaba dispuesta a fortificar las islas Aland, pero sin la participación de Suecia. Podía intuir que cuando llegara el momento, como esperaba, de que las autoridades nazis tomaran el control de Finlandia, Suecia se opondría a cualquier injerencia en las Aland, y a pesar de su pequeño tamaño podría y posiblemente obstaculizaría la libre acción. Pude intuir que el Gobierno sueco y en particular Su Excelencia, el Ministro de Asuntos Exteriores, estaba a veces un poco impaciente por la negativa de la U.R.S.S. a ceder, pero Alejandra se mantuvo firme en el tema. Tal y como se desarrollaron los asuntos, las islas Aland no tenían tanta importancia. En poco tiempo, Hitler iba a poder apoderarse, no solo de esa pequeña porción de tierra bajo influencia finlandesa, sino de toda Finlandia y utilizarla como punta de lanza de sus ataques contra Rusia.

CAPÍTULO 24

LA GUERRA EN EUROPA

El año 1939 permanecerá durante mucho tiempo en la memoria de la humanidad como una época sin parangón en la historia del mundo por la masacre, el derramamiento de sangre,

la destrucción masiva y la traición. Habíamos pensado que el último conflicto mundial (1914-1918) no podía ser superado por nada semejante, pero el tiempo iba a demostrarnos que ni siquiera habíamos intuido lo que podía ser una guerra global. Si los niños nacidos en la época en que se escribió esa introducción al conflicto real hubieran sospechado lo que iba a ser el segundo capítulo, habrían maldecido a la generación que les estaba introduciendo en el ineludible campo de tortura en que una mirada a los mapas de la guerra nos muestra lo que el mundo entero iba a convertirse.

El año 1939 se inició con la derrota de la República Española y la victoria del fascismo -falangismo es el término casero- liderado por el general Franco con la ayuda militar de Hitler y Mussolini. Al colapso de la democracia en España le siguió la instauración de un régimen totalitario bajo los auspicios del general que había traicionado a su país y de sus ayudantes, los miembros del Partido Falangista. Alemania e Italia enviaron mensajes de buena voluntad y "saludaron" la destrucción del sistema democrático español como una de las grandes victorias del Fuehrer y del Duce. Una España controlada por los fascistas, creían, podría ser muy útil en la guerra que se avecinaba.

Los refugiados que lograron escapar de los horrores del nuevo sistema de gobierno apenas habían abandonado su país cuando las predicciones de unos pocos estadistas mundiales de mente despierta comenzaron a hacerse realidad. Los que se negaron a ver lo que se avecinaba nunca podrán justificar su actitud alegando falta de señales. Múnich en sí mismo había sido suficiente para hacerles tomar conciencia, pero también tenían la evidencia del asesinato de España y de Checoslovaquia para instarles a actuar para evitar la posible repetición de tales crímenes.

Llevaba yo unos dos meses instalada en México cuando la noticia del pacto ruso-alemán cayó como una bomba sobre un mundo demasiado complaciente. Mis pensamientos volaron a Alejandra. Una de las últimas conversaciones que había mantenido con ella y otros amigos se había basado en esa misma posibilidad. Habíamos seguido de cerca los acontecimientos mundiales y estábamos profundamente preocupadas por lo que ocurría en Francia. A principios de 1936, los derechistas

franceses habían acusado a Paul Boncour, entonces ministro de Asuntos Exteriores, de provocar la remilitarización alemana del Rin en protesta por la ratificación de la alianza franco-rusa. Olvidaron o ignoraron el hecho de que no fue Paul Boncour, sino un viejo conservador, Louis Barthou, quien, con su clara visión y su profundo conocimiento de los métodos alemanes, se dio cuenta de que si había que salvar a Europa de otro desastre, era esencial la amistad entre Francia y Rusia. Fue Barthou quien defendió el desarme, sin inmutarse por la abrupta decisión de Alemania de abandonar la Sociedad de Naciones tras la reunión de la Conferencia de Desarme de 1933; Barthou quien, junto con Litvinov, defendió la idea de la seguridad colectiva; Barthou fue decisivo para que la Asamblea de la Sociedad de Naciones cursara una invitación a la Rusia soviética para que se incorporara a las instituciones de Ginebra, y que también elaboró con Litvinov un amplio plan de acuerdos de ayuda mutua entre sus respectivos países que podría haber salvado a Europa si se hubiera permitido a los franceses mantenerse fieles a sus pactos y alianzas. Pero en octubre de 1934, Barthou fue asesinado el mismo día que el rey Alejandro II de Yugoslavia, y dos puntales del esquema de seguridad colectiva fueron eliminados, dejando el camino mucho más despejado para las ambiciones de Hitler y Mussolini.

Cuando dejé Suecia en 1939, los temores de Alejandra y los míos propios habían aumentado. No solo estaban provocados por las vacilaciones de Francia y la sumisa aquiescencia de Daladier a las órdenes de Chamberlain, incluido el Pacto de Múnich, sino que también estaban alimentados por la inconcebible política de apaciguamiento de Gran Bretaña en la dirección equivocada. No era fácil olvidar que el Gobierno británico había intentado utilizar a Alemania para contrarrestar el creciente poder de Rusia; que, a través de las gestiones de Sir Samuel Hoare y Laval, había secundado el levantamiento de las sanciones contra Italia y confabulado el Pacto Hoare-Laval contra los intereses de Abisinia; y que su jefe de Estado, Neville Chamberlain, había dado vía libre a Hitler en España y, para su propia vergüenza y la de Daladier, había coronado su apaciguamiento del nazismo con el Pacto de Múnich. Y después de todos estos errores, el Gobierno británico, tras intentar persuadir a Rusia de una alianza militar

que no habría sido de gran beneficio para el pueblo soviético, había adoptado una actitud tan fluctuante, regateadora y vacilante que se perdió una gran cantidad de tiempo precioso y no se consiguió nada práctico. Algún día se sabrá por qué Gran Bretaña insistió en enviar a Rusia, a cargo de estas negociaciones, a delegados que nunca fueron investidos de autoridad suficiente para llevar los asuntos a buen puerto.

La potente resistencia del pueblo británico y su valor bajo las terribles probabilidades acumuladas en su contra en 1940 llevarán a otras naciones a hacer concesiones por los inexplicables fracasos de la política exterior británica, pero los hombres que en Europa llevaron las riendas del gobierno de sus respectivos países y especialmente de Rusia guardarán cuenta de lo que entonces ocurrió y lo tendrán como lección para el futuro.

La alianza entre Gran Bretaña y Rusia debía seguir unas líneas muy amplias que comprendían tanto los aspectos militares como los comerciales, con todos los compromisos adicionales de ayuda, en todos los sentidos, que pueden incluirse en un tratado de este tipo entre dos países poderosos cuyas sospechas mutuas solo pueden disiparse -no siempre lo hacen- mediante un pacto que vincule los intereses de ambas partes y favorezca el entendimiento y la paz. En el caso de dos potencias como Rusia y Gran Bretaña, realmente significaba, o habría significado, la paz, no solo para ellos sino para todo el mundo. Los temores de Rusia a un alineamiento general en su contra se habrían visto mitigados por un tratado de este tipo, y el temor de Gran Bretaña -suponiendo que fuera real- a la invasión del mundo por una avalancha comunista dirigida por Rusia, también podría haberse calmado. Pero, evidentemente, este sensato giro de los acontecimientos no se produjo. Gran Bretaña siguió regateando durante meses y los temores de los observadores alertas se cumplieron finalmente.

La U.R.S.S. consideraba una locura correr el riesgo de verse expuesta a ataques por todos lados. Por otra parte, había ofrecido a todas las naciones la oportunidad de firmar pactos de no agresión mutua y cuando Alemania se presentó con su aceptación, el Gobierno soviético pudo pensar que no había otra salida a la dificultad en ese momento. No hay otra manera de asegurar la paz en al menos un frente para Rusia. La

incomprensión de esta importantísima decisión demostrada, incluso por personas que, según todas las apariencias, habían seguido de cerca los asuntos mundiales, fue simplemente extraordinaria. Incluso los amigos de Rusia, que conocían perfectamente la tendencia realista de su política, no comprendieron esta acción, y la indignación se encendió y se extendió.

Sabiendo lo que sabía, no podía sentirme sorprendida por el giro que habían tomado los acontecimientos. Iré más lejos y añadiré que si hubiera habido, en mi caso, alguna sorpresa, esta habría sido causada por el hecho de que el pacto con Alemania no hubiera llegado antes. ¿Y por qué habría de indignarse tanto la gente por este pacto? En Inglaterra, Lord Vansittart llevaba años dirigiendo la política exterior británica en la línea de construir a Hitler como baluarte contra Rusia. Su actual odio a la nación alemana, sus denuncias apocalípticas de un pueblo al que animó deliberadamente a rearmarse y a obtener el pleno dominio del continente, es difícil de entender a la vista de su actitud anterior y de la famosa "política de apaciguamiento" hacia el Führer que iba a dar tan amargos frutos. No es de extrañar que, siguiendo su ejemplo, otros miembros de los gobiernos tories siguieran siendo más amistosos de lo necesario con los países agresores y que Chamberlain no dudara en mantener una política realista en Múnich. ¿Acaso su visita al Führer no estaba prevista para asegurar la paz de su país?

Estaba bien que los idealistas puros se llenaran de pena ante la idea de que la bandera roja de la revolución rusa ondeara en la brisa con la esvástica, pero no eran solo los idealistas los que estaban molestos. Fueron los políticos de cabeza dura, los individuos con sentido común que se sintieron afrentados por la aceptación rusa de la concordia alemana. ¿Acaso no habían ondeado la bandera de la Unión y los colores franceses junto con la esvástica sobre los aeródromos alemanes durante un año antes de ser izados para dar la bienvenida al victorioso enviado alemán a la URSS? ¿Por qué entonces todo este alboroto? Una cita adecuada en este punto podría ser: "¿Cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que tienes en el ojo, cuando tú mismo no ves la viga que tienes en tu propio ojo?"

El Pacto Ruso-Alemán se firmó el 24 de agosto de 1939. Poco menos de dos meses después, la U.R.S.S. iba a despertar de nuevo la ira del mundo con uno de sus rápidos e inesperados movimientos. Esta vez se trataba de un ataque contra Finlandia. Habiendo actuado como representante de España ante ese país, así como ante Suecia, dos años antes, y habiendo estado, como dije en otro capítulo, bien informada sobre la cuestión de las islas Aland, tampoco podía sentirme sorprendida por este conflicto. Finlandia, lo sabía, y el mundo entero, desde entonces, ha tenido ocasión de observarlo, estaba completamente bajo el pulgar de la Alemania de Hitler. El país aún estaba saliendo del terror que había sucedido a la agitación comunista tras la primera guerra mundial.

En la época en que estuve allí, el gobierno estaba formado por miembros de los partidos socialdemócrata y agrario. El primero contaba entre sus filas con muchos y excelentes hombres y mujeres, ardientes defensores de la democracia, que se esforzaban no solo por lograr la plena prosperidad de su país, sino por mantener buenas relaciones con su poderoso vecino y antigua nación copatriota. El grupo agrario era -como es habitual en estos partidos en todas partes- de tendencias extremadamente conservadoras.

Sin embargo, a primera vista, parecía que había buenas razones para sentirse satisfecha. El pequeño país del norte parecía avanzar cada vez más de acuerdo con la política de los otros miembros democráticos del grupo escandinavo del que formaba parte, y con el que mantenía relaciones extremadamente cordiales. La conexión con Rusia también era más fuerte y más cordial de lo que había sido durante años. Pero bajo la superficie, las cosas no eran tan satisfactorias. Pequeños obstáculos puestos en mi propio camino procedentes de sectores oficiales, informes confidenciales de personas que se encontraban entre bastidores, y la actitud de los hombres que ocupaban altos cargos hacia el conflicto español eran signos lo suficientemente inquietantes como para que me preguntara -aunque no fuera rusa- qué podría deparar el futuro.

El Presidente de la República, Su Excelencia Kyosti Kallio, no se encontraba ciertamente entre los que mostraban falta de cordialidad hacia España, pero había pequeñas pegadas, retrasos

injustificados, acciones de retroceso, que delataban la oposición, y que le hacían a uno estar cada vez más alerta ante la posibilidad de un tirón de orejas sostenido por parte de los agentes alemanes. El país estaba repleto de ellos. Cuando Rusia, sintiendo el creciente peligro para su seguridad, hizo demandas a Finlandia, los que estaban al tanto consideraron que estaban perfectamente justificadas.

En Finlandia, como en muchos otros países, incluso en aquellos abiertamente contrarios a la República Española, la causa de España había provocado una amplia admiración. Muchos amigos muy queridos habían cooperado moral y económicamente con nuestros Comités de Ayuda. Muchos se habían apresurado a engrosar las filas de las Brigadas Internacionales; más de uno había vendido alguna propiedad para enviar más dinero a las mujeres y niños de España. Gracias a su ayuda y a su apoyo a un anti-causa fascista, sufrirían terriblemente si Alemania y los grupos nazi-finlandeses se imponían, lo que ocurriría, por supuesto, si Finlandia entraba en guerra contra Rusia.

No era fácil, por supuesto, a esta distancia -nosotros estábamos, por entonces, en México-, poder medir la importancia de los sucesivos acontecimientos, pero cuando me enteré de que iba a haber conversaciones en Moscú y leí el nombre del hombre que iba a encabezar la delegación finlandesa en la U.R.S.S., me sentí aliviada. Todavía era posible llegar a un compromiso y evitar la guerra. El Dr. Juho Paasikivi había actuado como ministro de Finlandia en Suecia durante toda mi estancia en Estocolmo y, en mi doble condición de ministra de ambos países, además de los encuentros previos con él en Ginebra, tuve muchas ocasiones de adivinar lo que pensaba sobre la situación mundial en general y la política de su propio país en particular. Lo consideraba un demócrata sincero y un ardiente defensor de la paz. Por eso, cuando llegó a México la noticia de que iba a ser el principal portavoz de Finlandia en las conversaciones de Moscú, empecé a confiar en que se obtendrían resultados alentadores.

El Sr. V. A. Tanner, Ministro de Finanzas de Finlandia, era el otro miembro destacado de la delegación finlandesa. También había tenido ocasión de hablar largamente con Tanner, pero confieso que tenía menos confianza en su actitud en esta grave

cuestión. Aunque, como defensor de la democracia, expresaba su admiración por el pueblo español en su lucha, su tono era siempre tan pesimista y desalentador que me dio la impresión de que estaba muy influenciado por la opinión de Gran Bretaña sobre el tema. Para mi gran decepción y consternación, solo unos días después, la prensa de los Estados Unidos anunciaba la interrupción de las negociaciones entre Finlandia y la U.S.S.R. Paasikivi se había ido a casa para discutir la posibilidad de dar una respuesta satisfactoria a las condiciones soviéticas. Al parecer, las contrapropuestas presentadas por Helsingfors fueron rechazadas por los rusos por considerarlas insuficientes para constituir una base para las negociaciones, y la U.R.S.S. seguía insistiendo en sus exigencias, incluida la revisión del estatuto de las islas Aland para satisfacer la concepción soviética de la seguridad militar en el norte del Báltico.

Por la prensa parecía que otros puntos estratégicos del Báltico, considerados como enlaces adecuados en un elaborado esquema de defensa y seguridad ruso, habían sido rechazados por Finlandia con el argumento de que cualquier concesión de este tipo perjudicaba su libertad de acción como estado neutral. Aunque se entendía que la delegación finlandesa se ausentaría solo unos días y volvería para continuar las conversaciones, todos los países de Europa se estremecían de emoción ante la posible ruptura de las negociaciones entre el "Oso Ruso" y la "Pobrecita Finlandia", como se les llamaba comúnmente.

Me preguntaba qué estaría haciendo Alejandra y cómo se sentiría. Finlandia era su tierra natal, y una ruptura entre ella y Rusia sería, lo sabía, dolorosa para ella. Había oído que era muy activa transmitiendo las instrucciones de su gobierno y había tratado de visionarla buscando todas las razones posibles para que las negociaciones terminaran con éxito. También sabía que se enfrentaba una vez más a situaciones difíciles e impopulares. Un despacho de prensa de Estocolmo, fechado el 8 de octubre, anunciaba que "Madame Alejandra Kollontay, ministra soviética en Suecia, protestó contra un artículo aparecido en el periódico *Social-Demokraten*, que, comentando la partición de Polonia, citaba una carta escrita en 1772 por Voltaire a la emperatriz Catalina de Rusia. ¿Acaso usted, como otros ladrones, va a

repartir inmediatamente el botín? preguntó Voltaire a la emperatriz".

Debió de haber muchos momentos difíciles e incómodos por parte de los suecos, que consideraban a Finlandia como un país hermano y que durante muchos años han sufrido por cuenta de Rusia un complejo de inferioridad, resultado habitual de tener un vecino poderoso. Muy poco después de esto, la prensa anunció que el Gobierno soviético había "llamado a casa a su ministra en Estocolmo, Madame Alejandra Kollontay, para que informara sobre la conferencia de Estocolmo y la actitud general de los países escandinavos hacia la renuncia de Finlandia a cumplir con las demandas de los soviéticos".

La tensión en todo el mundo se vio incrementada por la exigencia de Estados Unidos a Rusia de liberar el vapor estadounidense City of Flint, del que se informó que había sido llevado al puerto ruso de Murmansk por una tripulación alemana de premio tras haber sido apresado por una nave de guerra nazi. Tal petición, según la prensa, pondría a prueba la condición de neutralidad soviética. Seguí esperando durante días que se evitara la guerra entre Rusia y Finlandia, pero esas esperanzas se desvanecieron cuando vi que Paasikivi era sustituido como negociador principal de las condiciones de paz con el Gobierno soviético por Tanner, que había sido ascendido al puesto de Ministro de Asuntos Exteriores.

La gente parecía olvidar, en aquel momento, lo escandalosa que les parecía la negativa de Rusia a aceptar las condiciones finlandesas, que España y Checoslovaquia y Polonia y otros países ni siquiera habían tenido la oportunidad de discutir o negociar la paz con los agresores nazi-fascistas. En aquel momento se expresó una gran sorpresa por el hecho de que Rusia considerara necesario construir un frente de seguridad entre su territorio y Finlandia debido a la posibilidad de un ataque desde ese pequeño país. Se dijo: "¿Y si Finlandia cuenta con la amistad de Alemania? ¿No ha firmado Rusia un pacto con la propia Alemania?".

Esto aumentó la confusión general. Incluso entonces la gente no se daba cuenta de que el pacto ruso-alemán era, desde el punto de vista ruso, un intento de ponerse a salvo de la agresión occidental, y mucho menos podía entender el público que el

Gobierno soviético no temía a los propios finlandeses sino, como se demostró más tarde, a que Finlandia fuera utilizada como instrumento para la agresión alemana contra la URSS.

Cuando se produjo el primer choque entre Rusia y Finlandia, casi todos los países del mundo estallaron repentinamente en protestas y peticiones de ayuda para el pequeño país del norte, que fue aclamado con simpatía por varias razones y en los Estados Unidos principalmente porque había sido el único país europeo que había pagado sus deudas después de la Primera Guerra Mundial.

El nombre de Alejandra, durante esos días y semanas, estuvo constantemente en los titulares de los periódicos del Nuevo Mundo. Cada paso que se veía obligada a dar en defensa de su país, cada demanda dirigida al Gobierno ante el que estaba acreditada, recibía una atención especial. El 15 de enero de 1940 se informó de que había transmitido al ministro sueco de Asuntos Exteriores, Christian E. Guenther, una declaración en nombre del Gobierno soviético que decía "Durante todo el mes de diciembre la prensa hostil a la Unión Soviética, encabezada por el periódico Social-Demokraten, estrechamente relacionado con el gobierno, ha llevado a cabo una campaña inexcusable contra la Unión Soviética que solo podría explicarse si Suecia estuviera en estado de guerra con la U.R.S.S. o se preparara para la guerra contra la U.R.S.S.". Pero esto era una mera gota en el océano de complicaciones que Alejandra tenía que afrontar. El gobierno soviético pedía constantemente explicaciones a los países escandinavos por la ayuda que supuestamente estaban prestando a los finlandeses. Los voluntarios, que los soviéticos creían que eran miembros del ejército sueco, se apresuraban a ayudar a Finlandia. Suecos distinguidos, entre otros, el conde Folke Bernadotte, sobrino del rey Gustavo de Suecia y antiguo comisario sueco en la Feria Mundial de Nueva York, ayudaban a recaudar fondos y a defender el punto de vista de Finlandia en los Estados Unidos.

El Conde Bernadotte estuvo presente en la reunión convocada por el Sr. Herbert Hoover y se sentó en la plataforma de Brooklyn donde leyó un mensaje especial del Arzobispo de Suecia que decía lo siguiente: "La Iglesia de Suecia le envía su más cálido saludo fraternal. Un fuerte apoyo a Finlandia, que lucha por la

justicia y la fe cristiana, es nuestro deber y nuestra gloria". Una vez más, como en el caso de España, los elementos nazi-fascistas utilizaron hábilmente los sentimientos del cristianismo para cubrir una "multitud de pecados".

Pero incluso estos acontecimientos eran de poca importancia en comparación con otras graves cuestiones derivadas de la propia guerra que Alejandra estaba obligada a resolver. Un cable de Estocolmo del 14 de enero, enviado a *The New York Times*, informaba de que "Nueve aviones de bombardeo rusos, después de pasar por encima de Finlandia sin arrojar bombas, han sobrevolado hoy el territorio sueco y han bombardeado intensamente la pequeña isla de Kalla, a unas cinco millas al sur de Lulea. No hubo víctimas y los únicos daños fueron la rotura de las ventanas de una granja. La ciudad fronteriza sueca de Haparandahizo sonar su primera alarma antiaérea cuando los aviones cruzaron. Inmediatamente se nombró un comité de investigación, encabezado por el príncipe Gustavo Adolfo y el mayor Gustavo von Sted- nick. Esta comisión declaró esta noche, después de una visita a la isla, que las bombas eran de origen ruso. Se da por sentado que el bombardeo fue un error. Se sugiere que tal vez los rusos querían dejar caer sus bombas en el mar antes de regresar a su base. El Ministerio de Asuntos Exteriores sueco está esperando un informe detallado de la comisión antes de dar instrucciones al ministro en Moscú para que presente una protesta ante el Kremlin".

Podía imaginar a Alejandra yendo de aquí para allá entre la legación y el Ministerio de Asuntos Exteriores, poniendo las cosas en su sitio, y podía adivinar lo mucho que debía sentir, siendo la mujer que es, una ardiente feminista y admiradora del éxito literario de las mujeres, la decisión tomada por la gran novelista sueca, Selma Lagerlof, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1900, que aportó su Medalla Nobel de oro a la Colección Nacional para Finlandia.

Yo sabía lo mal que estaba la salud de Alejandra en aquella época, y temía los efectos de la terrible tensión física y moral a la que estaba sometida. Sabía también que esa tensión debía aumentar cada día por la ansiedad sobre el destino de muchos finlandeses amigos de Rusia que serían perseguidos por su odio a la Alemania nazi.

Tendría que pasar mucho tiempo antes de que el mundo se diera cuenta de que la "pequeña Finlandia" y los defensores acérrimos de su futuro como país democrático y libre eran víctimas, no del Oso ruso, sino del Führer alemán, sus numerosos agentes y los grupos de finlandeses de mentalidad fascista, los quintacolumnistas que ponían su país a los pies de Hitler, el jefe supremo del Reich alemán. Habrá que recordar que aquellos que fueron apaciguadores en lo que respecta a Alemania e Italia, y que ignoraron las agresiones de estos países, pensaron de manera muy diferente en otros casos.

Así, cuando en 1940, durante la guerra ruso-finlandesa, por la que el gobierno soviético fue tan amargamente condenado, los finlandeses se vieron amenazados por la derrota total, Gran Bretaña les instó a no buscar la paz sino a seguir luchando e incluso les prometió ayuda militar si lo hacían, y Francia estaba dispuesta a hacer lo mismo. Esta ayuda se enviaría a través de Noruega y Suecia, a pesar de las protestas de este último país que, naturalmente, consideraba esto una violación de su neutralidad.

Otro hecho que no hay que olvidar es que, mientras que a Italia no se le dijo que abandonara la Sociedad de Naciones tras su agresión en Etiopía, ni a Japón tras su ataque a China, Rusia fue expulsada de la Sociedad en diciembre de 1939 por su agresión a Finlandia. Mientras tanto, la guerra europea se extendía. Polonia estaba invadida y Rusia era de nuevo atacada amargamente por ocupar parte del territorio polaco. Es imposible, a esta distancia, intentar una justificación o una condena de la decisión de la Rusia soviética, pero, a la espera de que el asunto se aclare definitivamente, es justo mencionar los incidentes que debieron llevar a Rusia a enfrentarse una vez más a las críticas y la antipatía del mundo.

Polonia entró en guerra con Rusia en 1920, cuando el gobierno soviético se esforzaba por estabilizar el país y construirlo, y penetró un centenar de millas en territorio ruso, pero finalmente se vio obligada a retirarse. Polonia se opuso a la admisión de Rusia en la Sociedad de Naciones y al Pacto de Locarno Oriental. Rechazó la petición de Rusia de permitir que las tropas rusas atravesaran el territorio polaco para ayudar a los checos, e incluso se negó a ayudar a Rusia contra la agresión alemana.

Rusia siempre había sospechado que la agresión contra su territorio pasaría por Polonia y Finlandia, y la sucesión de estos acontecimientos aumentó una desconfianza que, por desgracia, aún no se ha disipado. En interés de la paz mundial, solo podemos esperar que se disipen totalmente todos los residuos del sentimiento antidemocrático en Polonia y que se logre un pleno entendimiento entre Rusia y sus vecinos. Y Rusia, ahora conquistadora, debe darse cuenta de que mucho depende de ella.

CAPÍTULO 25

CARTAS A UNA AMIGA EN EL EXILIO

Mi familia y yo, como otros miles de españoles, habíamos encontrado un hogar en México. Había dudado durante mucho tiempo antes de tomar la decisión de lo que esperábamos que fuera nuestro refugio hasta que se pudiera volver a visitar nuestra tierra natal, libre del totalitarismo. Alejandra Kollontay me había ayudado a tomar la decisión. Había dudado entre una tierra de exilio en la que no encontraríamos nada que pudiera recordarnos el querido y ahora inaccesible país de nuestro nacimiento, o una en la que habría mucho que mantener a España -si fuera necesario- constantemente en nuestros pensamientos. A decir verdad, a mí personalmente me asustaba el sufrimiento, el sufrimiento adicional, que cualquier similitud podría imponer. Alejandra no estaba de acuerdo: "Hablarás en tu propio idioma, y serás testigo de escenas que serán un recuerdo constante", dijo, como respuesta a mis objeciones. "No necesito que me lo recuerden". "Habrá momentos en los que te sentirás casi como si estuvieras en tu propio país, y México es hermoso". Y Alejandra me regaló de su memoria muchos recuerdos de su propia estancia en la República Iberoamericana, donde había sido representante diplomática de su país en 1927. "América está muy lejos de Europa", aventuré, "demasiado lejos. Realmente creo que la mejor, la única cura para lo que sé que va a ser una nostalgia intolerable sería un pequeño hogar en las mismas fronteras de España, tan cerca de la tierra natal que uno pudiera tocar la tierra con solo estirar la mano".

El buen sentido común de Alejandra disipó rápidamente esta visión. Ambas estábamos convencidas de que la guerra en Europa sería simplemente cuestión de meses, tal vez de semanas, y que lo adecuado, lo único justo para la familia que ya había sufrido tanto por cuenta del fascismo, lo único útil, además, era reorganizar la vida de todos en alguna parte pacífica del mundo y esperar a ver cuándo y de qué manera se podía seguir siendo útil a España. "La libertad es indispensable si uno va a ayudar, y España necesita a todos los españoles disponibles para sacarla de su abismo de miseria". Después de este mordaz comentario, Alejandra continuó pintando el cuadro más atractivo de México que se pudiera concebir. La gente, el paisaje, las verduras, los sonidos, todo iba a hacernos tan felices como se podía ser en esas circunstancias. Además, era nuestro deber dar una verdadera respuesta a la cálida invitación que México ofrecía a los miles de españoles desamparados a los que tantos otros países habían negado su hospitalidad.

Durante los años siguientes, las cartas de Alejandra, sus frecuentes telegramas, fueron no solo un bálsamo para el espíritu sino un vínculo con la Europa que habíamos dejado atrás y una inspiración para nuestro valor. Entre las recibidas entre 1939 y 1944 he hecho una selección de algunas de las más interesantes para su inclusión en este libro. Estas, que a menudo no son más que breves notas, son una revelación de la consideración de Alejandra, de su profunda ternura y de su comprensión. La evidencia de todas estas características es particularmente notable en las primeras notas escritas, al final de la tragedia española, cuando Alejandra se dio cuenta de lo que el golpe significaba para todos los españoles y, en concreto, para nosotros. Otras contienen alusiones a la situación internacional que aumentan su interés. Por ello se han traducido los originales en francés, lo que permite al lector apreciar mejor la sensibilidad subyacente de esta defensora de las reformas de su país. Esta carta fue escrita pocos días antes del final de la guerra española:

Estocolmo

Mi muy querida amiga:

A veces he sentido como si la vida me hubiera robado el don de las lágrimas, pero esta mañana al leer sobre el heroísmo del gran pueblo español, su tenacidad, sus esfuerzos y maravillosos sacrificios, no he podido dejar de llorar. Y mi pensamiento se ha dirigido a vosotros con admiración y amistad. Un amigo común que os conoce bien siente, como yo, que con solo miraros se puede sentir a España, su valor, su sufrimiento y su maravillosa resistencia. (Ahora viene el pequeño toque reconfortante y hogareño):

Querida, te envío dos cestitas de fresas, una para Marissinka¹⁴ y la otra para ti sola. También un poco de café de una marca que me gusta. Esta noche me voy a Saltsjobaden¹⁵ durante el domingo, pero el lunes estaré de vuelta.

*Tuya en toda la amistad y el amor,
Alejandra*

(Después de la tragedia española)

Saltsjobaden, 4 de abril de 1939

Mi querida Isabel:

Pienso en ti constantemente. La reacción se va a producir ahora y temo por tu salud. ¿No puedes cuidarte un poco?

Todo el mundo me habla de ti con una admiración y un entusiasmo poco frecuentes en los nortños. Te has ganado todos los corazones para ti y para tu heroica patria. Estoy contigo en tu dolor y ansiedad, y pienso en todos vosotros.

Si pudiera ser más activa en este momento y hacer más, pero tengo la absoluta convicción de que las fuerzas vivas que llevan la antorcha de la libertad y la justicia no pueden ser estranguladas. Algún día estaré con vosotros en Madrid... Lo creo; casi lo veo.

Me da pena estar ausente estos días cuando sé que me necesitas, pero Isabel querida, estaba al final de mis fuerzas. Un desgraciado ataque al corazón y una presión arterial de 230.

¹⁴ Nota de la autora: Mi hija Marissa, a quien Alejandra siempre llamaba así.

¹⁵ Nota de la autora: Un famoso lugar de veraneo cerca de Estocolmo.

Creo que he hecho bien en venir aquí, donde estoy sola y descansando todo el día. Cuando regrese dentro de unos ocho o diez días, empezaré mi vida, rejuvenecida, y trataré de ayudarlos con toda la ternura y la amistad.

¿Cómo están Marissinka y su pequeño? Mi amor y mi simpatía a todos los jóvenes.

Tuya como siempre, Alejandra

(En Mossebergs Sanatorium och Vattenkuranstalt, escrito en abril de 1939)

Mi querida y buena amiga:

¿Cómo están las cosas por ahí? Parece una eternidad desde que te vi por última vez. Te sorprenderá saber que estoy en un sanatorio bueno pero muy estricto por mi corazón que se negó a seguir funcionando. Durante los últimos días he tenido muchas angustias y todo ha terminado en agotamiento, así que en lugar de volver a Estocolmo he venido aquí y estoy bajo el cuidado de un buen médico que me conoce bien. Pronto volveré con fuerzas renovadas y me alegraré de verlos a todos. La prensa ha sido muy considerada y comprensiva en lo que ha dicho sobre el cambio en Djurgarden¹⁶. En cuanto a sus nuevos ocupantes¹⁷... bueno, tenemos muchas cosas que hablar.

¿Cómo te sientes? Temo por tu reacción. Pienso en todos vosotros y me da pena no estar con vosotros. Sin embargo, no tengo más remedio que cuidarme.

Aprovecharé las vacaciones cuando sea posible para recuperarme. Medicamentos, inyecciones, y sobre todo,

¹⁶ Nota de la autora: La propiedad en la que se sitúa la legación diplomática española en Estocolmo. Tanto la casa como el jardín pertenecen al gobierno español.

¹⁷ Nota de la autora: Alejandra aquí se refiere al nuevo embajador de España bajo la autoridad de Franco que ha ocupado el lugar después de que el gobierno sueco, al igual que otros países, haya reconocido la insurgencia de Franco.

descanso. Me gustaría que pudieras tener algo de descanso. Los planes e iniciativas requieren fuerza física.

Todo mi cariño para ti y saludos a toda la querida familia.

Tuya como siempre,

Alejandra

(Una postal con una vista del Palacio Real de Suecia, sin fecha)

Mi querida y gran amiga:

Mis pensamientos están contigo con la esperanza de que el mar te resulte agradable, en este comienzo de un nuevo capítulo de tu vida. Una vida llena de sufrimiento, pero aún más en belleza y en todo lo que es grande. Eres un símbolo de tu país, y tú y él veréis la victoria.

Querida Isabel, te envío una vista del Palacio en el que hemos estado juntas.

Esto está vacío sin ti.

Tu fiel amiga, Alejandra

Estocolmo, 4 de junio de 1939

Mi querida Isabel:

Ya llevas tres días en el océano. Mis más tiernos pensamientos te acompañan. A menudo me digo: "Debo hablar de esto con Isabel" y entonces me doy cuenta con tristeza de que estás muy lejos.

Gracias por tu postal.

Matica¹⁸ me dijo que habías olvidado tus gafas. ¡Qué horror! Pero puede que hayas tenido tiempo de comprar otro par en Gotemburgo¹⁹.

¹⁸ Nota de la autora: un joven español que enseñaba en la Universidad de Estocolmo.

¹⁹ Nota de la autora: puerto desde el que partimos de Suecia.

He visto a Maugras²⁰. Ha recibido tu carta y me ha pedido que le llame por teléfono en cuanto tu sobrino²¹ llegue aquí. Creo que este último haría bien en ir a ver a Maugras.

Se han escrito muchas cosas encantadoras sobre ti en este país. ¿Ha visto los periódicos? Si es así, habrás leído que el Gobierno sueco ha retirado del Parlamento el plan de fortificación de las islas Aland²². Posiblemente se volverá a presentar a la Cámara después de que se hayan mantenido nuevas conversaciones sobre el tema. Supongo que también saben, por la prensa, que la gran cuestión del Pacto sigue en discusión²³.

Espero que el viaje no haya sido demasiado duro para ninguno de vosotros y estoy perfectamente segura de que el "señorito" es el centro de la atención de todos a bordo. Os abrazo a ti y a la querida Marissinka.

*Con todo mi corazón, tuya,
Alejandra*

Saltsjobaden, 12 de septiembre de 1939

Mi queridísima amiga Isabel:

Llevo toda la noche soñando contigo y con tu familia, después de haber venido por un fin de semana a Saltsjobaden donde me da pena cada vez que paso por las que fueron tus habitaciones²⁴. ¡Cómo te echo de menos!

Espero noticias tuyas con impaciencia, pero me doy cuenta de que tardarás en asentarte y retomar tu correspondencia. Lo que me gustaría saber es si los niños han encontrado algo que hacer, y cuál es el estado de salud de la familia.

²⁰ Nota de la autora: Ministro de Francia en Estocolmo que me había ayudado a sacar a mi sobrino Juan del campo de concentración de Túnez.

²¹ Nota de la autora: Un joven oficial de la marina que había servido en la armada republicana española y que estuvo durante un tiempo en un campo de concentración en el norte de África.

²² Nota de la autora: Islas en el Báltico bajo la protección de Finlandia sobre cuya fortificación se estaban llevando a cabo grandes discusiones. Ver en páginas anteriores.

²³ Nota de la autora: probablemente se refiere al pacto Ruso-Germano.

²⁴ Nota de la autora: Estuvimos allí varias semanas antes de zarpar.

Todavía estoy en Suecia y no tengo intención de tomar vacaciones. Hay demasiados problemas complicados. Esta es mi primera visita a Saltsjobaden desde junio.

Tus amigos de aquí no paran de pedirme que les cuente de ti. Te quieren mucho y también a España. Por mi parte, he vivido tan intensamente estos años con vosotros, con vuestro hermoso país y vuestra heroica gente, que me siento unida a todo lo que os concierne.

Me temo que todavía tendréis muchos obstáculos y dificultades que superar, pero sé que no serán insuperables. Espero de todo corazón que todo vaya bien.

Pídele a tu marido que me escriba si no tienes tiempo. Estoy sedienta de noticias.

*Con mucho cariño,
Alejandra*

Saltsjobaden, 20 de octubre de 1939

Mi querida Isabel:

Vuelvo a pasar el domingo aquí, y como siempre aprovecho la ocasión para enviarte unas líneas. Últimamente he visto a muchas personas que han preguntado por ti. Todo el mundo admira el modo en que te has mantenido en estos últimos años difíciles.

Un caballero, un escritor, me dijo el otro día cuando hablábamos de ti: "Solo la he visto una vez, solo he hablado con ella, pero nunca la olvidaré".

La vida aquí ha cambiado mucho. Todo el mundo parece existir bajo una presión continua. Evidentemente, solo en mi querido país la gente se siente feliz y está llena de energía y vitalidad. En otros lugares no hay más que nerviosismo, ansiedad, una gran tensión y un pesimismo aún mayor. Los suecos, sin embargo, están llenos de coraje y muestran una fina disciplina. Tienen el don de organizar la vida bajo las mayores dificultades. No hay gasolina, y el café y otros productos están racionados. La gente se mueve en bicicleta o a pie. La hermosa

ciudad que tú y yo amamos tanto es muy diferente de lo que era²⁵. Su aspecto ahora es grave, reservado y ansioso. No hay cenas ni recepciones.

Mis hijos siguen aquí conmigo. Mi hijo ha estado gravemente enfermo de miocarditis y en cama durante cuatro meses.

En el Cuerpo Diplomático ha habido muchos cambios. El Sr. Maugras se ha ido a Yugoslavia. Vino a despedirse y me pidió que le enviara sus saludos. Los Wollebaecks²⁶ siguen aquí, pero naturalmente tienen poco que hacer.

¿Piensas a veces en nosotros? ¿Cómo está tu salud? ¿Habla Jan? La Dra. Lind se preocupa a menudo por la salud de Marissinka y quiere saber cómo le va.

*Adiós, mi querida amiga,
Alejandra*

Estocolmo, 1939

Mi muy querida y gran amiga:

Mis pensamientos están contigo todo el tiempo.

Desde aquí casi puedo verte llenar el día hasta el último segundo. ¿Pero qué pasa con tu salud? Pensar en ello me preocupa. La vida es exigente en sus demandas. Te pide no solo un magnífico valor, sino también una energía ilimitada para superar las dificultades y los obstáculos de la vida. Una cosa es segura. Eres el símbolo vivo de tu país. Tu país que sufre... Todo el mundo te recuerda y piensa en ti. Hace unos días la señora Corbett Ashby²⁷ y Mademoiselle Gourd²⁸ que han estado aquí me hablaban de ti.

Tus amigos de Suecia no dejan de pedir noticias tuyas y yo estoy más impaciente que nadie por saber de ti. Lo que he recibido es demasiado poco.

²⁵ Nota de la autora: Estocolmo.

²⁶ Nota de la autora: el ministro noruego en Suecia y su esposa.

²⁷ Nota de la autora: De Gran Bretaña, Presidenta de la Organización Internacional de Mujeres por la Igualdad de Ciudadanía.

²⁸ Nota de la autora: Delegada suiza de la misma.

¿Pudo tu joven sobrino reunirse con la familia? Lo encontré encantador. ¿Cómo se siente Marissinka? Os echo mucho de menos.

No tengo intención de salir de Estocolmo en este momento. Ni siquiera pienso en tomarme unas vacaciones. El ambiente en Europa no es alentador, pero, sin embargo, tal vez pueda ir a Moscú unos días hacia finales de mes.

Te abrazo tiernamente, así como a Marissinka y a su pequeño hijo.

*Mi amistad al resto de la familia,
Tu Alejandra*

Estocolmo, 5 de noviembre de 1939

Mi querida y admirada amiga:

Me alegró mucho recibir tu carta del 10 de octubre. No, no temas que dude de tu amistad. Hay sentimientos que nada puede disminuir o destruir. Sabía que si no me escribías era porque sencillamente no podías encontrar tiempo para ello.

De nuevo debo decirte que te echo de menos. Mis tardes contigo y con Marissinka eran mi tesoro y mi alegría, pero algún día volveremos a disfrutarlas.

Me alegra saber que los jóvenes ya están ocupados y trabajando. Como te dije una vez, las cosas están muy cambiadas aquí. Hay una gran ansiedad y miedo a la guerra. No hay recepciones, ni siquiera la fiesta anual del Premio Nobel. Cómo me gustaría verte y hablar contigo. Mientras tanto, soy optimista y creo que puedo ver el final de la guerra²⁹.

Mis hijos han vuelto a Moscú, donde mi hijo tiene que trabajar. Yo también pude ir por unos días. En nuestra legación las cosas están como antes. Todos aquí piden que se les recuerde.

Con todo mi amor para los tuyos, Alejandra

²⁹ Nota de la autora: Guerra ruso-finlandesa.

Estocolmo, 24 de enero de 1940

Mi muy querida y gran amiga Isabel:

Anoche estuve cenando con la Dra. Ruby Lind³⁰ y Georg Branting y su esposa. Fue una hermosa velada de invierno, como la que puede ofrecer Suecia, y me hizo pensar en ti el año pasado, cuando aún estabas en la hermosa casa que era tu hogar como representante de la España de verdad. Sufrí intensamente pensando en ti tan lejos... pero hubo momentos en los que casi parecía que estabas presente entre nosotros. ¡Y qué cosas tan bonitas se decían de ti y de Marissinka y de su hijito y de su abuelo y de su padre, así como de todos los demás jóvenes de la familia!

No te pregunto cómo te va. Hay cosas que una sabe sin necesidad de palabras. Pero lo que debes decirme es cómo estás de salud. Marissinka debe sentirse feliz de tenerte siempre con ella y de ver crecer a su hijito.

Aquí las cosas han cambiado mucho. Todo el mundo está muy nervioso y descontento. Esta ya no es la Suecia pacífica, satisfecha e incluso un poco indolente que conociste. La sensación de guerra está en el aire.

Muchos miembros del cuerpo diplomático son nuevos, pero los Wollabaecks siguen aquí, también el ministro chino, todos los cuales me preguntan a menudo por ti.

No se dan cenas, ni recepciones. La decisión de renunciar a ellas por el momento se tomó por unanimidad el pasado otoño. Tampoco hay cenas en la Corte.

Todo el mundo está pensando en otra cosa. Yo misma tengo mucho que hacer y muchas cosas sobre las que reflexionar.

¡Qué feliz me sentiría si estuvieras aquí y pudiéramos hablar de ello! A veces me parece que han pasado muchos años desde que dejaste este país. Pero estoy segura de que volveremos a encontrarnos.

³⁰ Nota de la autora: Una doctora que nos había atendido durante nuestra estancia en Estocolmo. Los otros invitados eran el hijo del gran estadista sueco, Hjalmar Branting, y su esposa, a quienes habíamos visto constantemente en Estocolmo, habiendo sido él especialmente activo en el envío de ayuda a los republicanos españoles.

Mis hijos están bien y felices de estar en su país y esto es un gran consuelo para mí. El pasado mes de octubre volé a casa solo cinco días. Desde entonces nada más que trabajar, y esto, en ciertos momentos, es el único gran consuelo.

Tu sucesor en la legación nunca ha podido ocupar tu lugar. Yo no diría que es precisamente popular. Más bien es ignorado.

¿Estás escribiendo tus memorias? Hazlo. Georg Branting y yo estuvimos hablando de ello ayer. Eres muy querida aquí. Todo el mundo piensa en ti y siempre espero que nos veamos pronto.

Muchos abrazos a toda la familia.

Tuya, como siempre,

Alejandra

Grand Hotel, Saltsjobaden, 15 de mayo de 1940

Mi querida Isabel, a quien admiro y quiero:

Aquí estoy pasando un día en Saltsjobaden con un poco de tiempo para mí. Aprovecho la ocasión para decirte una vez más que tus amigos de Suecia no te han olvidado. Todo el mundo me pide noticias de ti y de toda la familia.

Recibí tu carta desde Nueva York, pero cuánto tarda el correo en estos días. Probablemente ya estés de vuelta en México.

¿Cómo están los niños? ¿Y toda tu encantadora familia y el cher petit Monsieur³¹? ¿Cómo está la salud de Marissinka y la tuya? Ayer me encontré con Karl Gerhard³². Se marcha mañana para pasar quince días en Moscú y me pidió tu dirección, después de preguntar por ti con el mayor interés.

¿Has comenzado a escribir tus memorias?

Aquí las cosas han cambiado mucho, pero toda Europa está en sintonía con la guerra. El café, el jabón y el azúcar están racionados. En Estocolmo tenemos apagones todo el tiempo, la tensión es grande en todas partes, pero los suecos tienen una espléndida disciplina y, a pesar de lo que otros puedan pensar en contrario, están bien preparados.

³¹ Nota de la autora: Alejandra siempre se refiere de este modo a mi nieto, Jan Somolinos y Palencia, que nació en Estocolmo durante nuestra estancia allí.

³² Nota de la autora: Un famoso actor sueco.

Algunos de sus amigos españoles han pasado por aquí. El Sr. Moller³³ y yo les ayudamos con sus papeles.

Sé que debes estar pensando con profunda preocupación en Noruega y ansiosa por hacer algo por ese país, pero en general es muy bueno que tú y tu familia estéis fuera de Europa³⁴. Tú y yo sabemos que podemos encontrar algo que hacer y cómo ser útiles en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia.

Mi hijo ha estado enfermo y espero que pueda venir aquí conmigo para terminar de recuperarse. Me resulta imposible abandonar Suecia ahora, por muy grande que sea mi ansiedad y mi deseo de visitar mi querido país.

¡Qué extraña agitación hemos presenciado! Estoy leyendo obras sobre la antigua Roma en mis horas libres, sobre todo por la noche, cuando no puedo dormir; hay tantas cosas que arreglar, la antigua Roma y su decadencia sugieren muchas ideas, muchas analogías.

Oh, mi querida y encantadora amiga Isabel, ¡cómo me gustaría verte! ¡Cómo te echo de menos! Pero me alegra pensar que te tengo por amiga, y en medio del caos general se ve que, a pesar de la oscuridad, amanecerá un día y nos volveremos a encontrar, antes quizás de lo que pensamos.

En Madrid quizás...

Tuya, Alejandra

P.D. En una película sueca le preguntaron a un pequeño escolar qué sabía de España. Sin dudar, el niño respondió: Palencia.

Estocolmo, 30 de diciembre de 1940

Mi muy querida y lejana amiga:

No sé si estas líneas tardarán mucho en llegar a tus queridas manos, pero has estado tan constantemente en mi pensamiento

³³ Nota de la autora: Ministro de Bienestar Social en Suecia.

³⁴ Nota de la autora: Alejandra pensaba, evidentemente, en la posibilidad de que cayéramos en manos de la Gestapo en cualquiera de los países del viejo continente, como hicieron tantos republicanos españoles leales, para ser entregados al satélite español del Eje, Franco.

estos días, los días de “Jul³⁵” en Estocolmo, que aún a riesgo de un largo retraso quiero enviarte mis buenos deseos.

A menudo pienso en los días de Navidad que pasé contigo en la legación, y en todos los grandes acontecimientos, las alegrías y las penas que he compartido contigo de todo corazón. Fue una alegría tenerte aquí.

Como he dicho antes, la vida en todas partes ha cambiado mucho. El miedo a la guerra se cierne como una nube sobre toda Europa. Te escribí por última vez en junio y no he recibido respuesta. Insisto en que debes escribir tus memorias. Cómo voy a disfrutar leyéndolas si lo haces.

Aquí todo el mundo te recuerda con respeto y admiración. A tu sucesor no se le ve en ninguna parte. Es cierto que no hay cenas ni recepciones. La vida se ha vuelto muy seria, pero hemos tenido un hermoso invierno con mucha nieve pero no tan frío como el año pasado.

Hemos tenido apagones incluso durante el mes de julio, pero las calles estaban llenas de gente y las tiendas abarrotadas, lo cual es bastante sorprendente teniendo en cuenta cómo ha subido todo de precio.

Todo el mundo en la legación se acuerda de ti. Mis dos sirvientes te envían sus respetuosos saludos.

Cada vez que un republicano español pasa por Estocolmo y me hace una visita, lo recibo como a un hermano. Seguimos muy de cerca los acontecimientos de su país, y cada día me siento más segura de que llegará el momento de verte en Madrid. ¿Sabes que el pobre Wollabaeck ha muerto? Y la Sra. Wollabaeck no puede, por supuesto, volver ahora a su casa de Noruega.

Escríbeme, por favor, dame noticias.

Mi amor a todos,

Alejandra

Estocolmo, 5 de octubre de 1941

Mi muy querida amiga:

¡Qué alegría recibir tu carta desde México!

³⁵ Nota de la traductora: “Jul” aparece en cursiva en el original, significa “navidad” en sueco.

Puedes estar segura de que mis pensamientos están contigo constantemente y de que me encantaría verte y poder hablar de los terribles problemas en los que está envuelta tanta gente.

Estamos viviendo tiempos terribles y los sufrimientos de la humanidad no tienen parangón, pero podemos estar seguras del futuro y seguras también de que las fuerzas reaccionarias y siniestras que están causando esos sufrimientos llegarán a su fin.

En mi país hay un gran optimismo. No hay nerviosismo. Todo el mundo lucha con un entusiasmo que me hace pensar en vuestra gran y hermosa lucha por la libertad, la lucha de vuestra querida España.

En casa todos trabajan con todas sus fuerzas mientras aceptan que lo que está sucediendo es una fase inevitable pero pasajera. Estamos firmemente decididos a no aceptar compromisos de ningún tipo y hay hombres y material suficiente para seguir adelante y obtener la victoria. Esto es lo que creemos y lo que vamos a hacer.

Sí, por supuesto, estoy muy ocupada, pero la moral es alta y eso es todo lo que necesito. Mi hijo, afortunadamente, está mucho mejor. Él y su esposa están trabajando muy duro también.

Todo el mundo tiene un solo fin. Ya sabes cómo puede ser esto.

Aquí todo el mundo piensa en ti y habla de ti. La pobre señora Wollabaeck vino a verme el otro día y pidió que te mandara recuerdos suyos. Veo a menudo a nuestros aliados. Son encantadores, pero todavía hay mucha gente aquí que no entiende lo que pasa y ofrece sus simpatías al otro bando.

La vida ha cambiado; hay muy pocas importaciones y eso crea algunas dificultades. Solo tomo café una vez a la semana. Una cosa muy pequeña cuando el corazón de una está lleno de dolor al pensar en las terribles privaciones en su amada tierra.

Es una lucha terrible. No hace falta que te diga lo terrible que es. Mi querida y gran amiga, cómo anhelo el día en que tu hermoso país sea libre. Estamos luchando por tu misma causa, y las fuerzas del bien saben que van a salir victoriosas. Cuando leo cómo se defiende Leningrado, pienso en Madrid.

Todo mi tierno amor para ti y la querida Marissinka. ¿Sigues cantando las hermosas canciones españolas con su marido como solía hacerlo? ¿Qué hace el Sr. Palencia? El cuadro que me

regaló cuelga justo encima de mi mesa de escribir y a menudo lo miro y pienso en las horas que pasamos juntas.

Siempre tuya, Alejandra

Estocolmo, 16 de junio de 1942

Mi muy querida amiga:

Gracias por tu carta. Siempre me alegra saber cómo te va, y los amigos suecos que vienen de América me cuentan cuando te han visto, generalmente en Estados Unidos, y el éxito que tienen allí tus conferencias.

Querida Isabel, acabo de leer tu libro³⁶ y te felicito. Al leerlo me parece como si te oyera hablar y pudiera vivir tu vida. ¡Una vida que es rica y hermosa a la vez!

Había un artículo muy bueno en el Social Demokraten sobre el libro y sobre ti ¿Lo has visto? En cualquier caso, se lo enviaré.

Me alegro mucho de que hayas vuelto a escribir, y estoy segura de que tus libros serán muy apreciados y harán mucho bien, porque tu "Debo tener libertad" es cálido, vital, inteligente e interesante. Un documento de verdadero valor, y me encanta el título. Es tan tuyo.

La edición sueca aún no ha aparecido, pero la americana está siendo muy leída.

La vida aquí es muy tensa. Mis nervios están agotados, pero trabajo con valor y energía.

Te abrazo tiernamente, también a mi querida Marissinka, y te ruego que te acuerdes del resto de la familia, con un beso para el cher petit monsieur.

Siempre tuya,

Alejandra

Estocolmo, noviembre, 1942

Mi querida amiga:

³⁶ Nota de la autora: Acabo de publicar mi autobiografía, *Debo tener libertad*.

Tu carta ha sido muy bien recibida. Me alegra especialmente saber que tú y tu familia estáis bastante bien a pesar de estos tiempos difíciles. Lamenté mucho oír que habías estado postrada por tu pie, pero a estas alturas esa es una página que pertenece al pasado. ¿Has empezado otro libro? Ya estoy deseando leerlo.

Los grandes acontecimientos en los campos de batalla nos acercan al final de esta terrible guerra y del sufrimiento que ha traído. Ya se empieza a pensar en los acuerdos que seguirán, y todo el mundo se convence por fin de que las potencias democráticas saldrán victoriosas.

Entonces volverás a ver tu hermoso y querido país, y yo cumpliré mi promesa y la hecha a Marissinka de visitarte allí.

Yo mismo he estado bastante enferma, pero me están cuidando bien.

Escríbeme tan a menudo como puedas. Quiero noticias. Necesito noticias.

*Tuya como siempre,
Alejandra*

(En Mossebergs Sanatorium och Vattenkuranst)

5 de julio de 1943

Mi querida amiga:

Me alegré mucho de recibir tu carta escrita en mayo.

Tu otra carta, que recibí en invierno, la contesté por cable. Estoy terriblemente preocupada al saber que has tenido un accidente tan terrible³⁷, y que tú, mi querida Isabel, has sufrido tanto. Espero de todo corazón que tu gran vitalidad y energía te ayuden a recuperar la salud y a olvidar lo que has sufrido.

Dale mis saludos a tu marido y mi cariño a Marissinka. ¡Cómo habrán sufrido ellos también!

También he estado muy enferma. Mi cansado corazón.

He estado cinco meses en el hospital, y actualmente estoy en este sanatorio del sur de Suecia, pero espero volver a trabajar en septiembre.

³⁷ Nota de la autora: Unos meses antes había estado a punto de morir quemada en México.

Tus amigos suecos siempre preguntan por ti. Mademoiselle Tamm³⁸ siempre espera que llegue un día en el que estés de nuevo en Fogelstad, donde te espera una casita. Ella está trabajando magníficamente para los noruegos, y qué espléndida lucha contra el nazismo mantiene esa gente.

Me alegra pensar que los países democráticos que aman su libertad han decidido continuar la lucha hasta obtener una victoria completa. En cuanto al pueblo de la URSS, es realmente heroico y está lleno de entusiasmo por la gran Causa.

Sé que estás convencida de ello, que lo sientes como yo. Cuántas veces recuerdo tus palabras cuando decías una y otra vez que el pueblo español luchaba en la vanguardia de la lucha por la democracia y contra el nazismo. ¡Qué razón tenías, mi querida Isabel! Ahora, por fin, el mundo empieza a comprender el significado de la invasión de España, y estoy seguro de que la victoria de los Aliados te dará la posibilidad de volver a ese querido país tuyo.

¿Qué está haciendo el petit monsieur? ¿Y cómo está Marissinka?

Todos mis buenos deseos para el éxito de la exposición de cuadros de su marido en Washington. Dile de mi parte que su próxima exposición debe realizarse en Moscú. Los Branting están bien, Madame Branting siempre me recuerda a una pequeña figura de Sèvres. Todos estamos bien.

Te mando tiernos abrazos y te deseo éxito en lo que estés haciendo

Tuya,

Alejandra

Saltsjobaden, 20 de abril de 1944

Mi querida y gran amiga:

Tu telegrama a Sonja Branting me ha dado una gran alegría. Es un gran placer para mí reunir y enviarte los datos que necesitas para tu libro. Me alegra saber que has estado dando

³⁸ Nota de la autora: Mademoiselle Tamm, una de las mujeres más distinguidas de Suecia.

conferencias en los Estados Unidos y que, como siempre, trabajas con apasionado entusiasmo por la hermosa causa de la España Libre. El día de la libertad de tu país está cada vez más cerca. Ese gran día será también uno de los más alegres de mi vida.

Estoy segura de que la exposición de tu marido en Nueva York tendrá el éxito que se merece. Yo también estoy trabajando muy duro, desgraciadamente no siempre con el éxito que yo esperaba³⁹.

Mi salud no es demasiado buena, pero estoy llena de esperanza en lo que se refiere al fin de la guerra y al triunfo completo de la causa de la democracia.

Los años pasan pero nadie te olvida en Suecia. Los que tuvieron la felicidad de conocerte están siempre ansiosos de noticias. ¿Qué hace ahora el querido petit monsieur? A menudo pienso en sus hermosos ojos y su gracia innata.

Estoy viviendo en Saltsjobaden para recuperar mis fuerzas.

Mis más cordiales saludos a toda la familia, y para ti mis mejores deseos de buena salud, del valor que nunca te ha faltado, y del éxito en todas tus actividades.

Siempre tuya,

Alejandra

(La última carta, recibida a finales del verano de 1946)

Bolshaja Kalujskaja 11 kvartira 149

Moscú, 18 de junio de 1946.

Mi queridísima amiga,

Hace mucho tiempo que te escribí y recibí noticias tuyas, pero nunca te olvido y siempre me alegra saber de ti. Tu libro aún no ha llegado, pero lo espero con interés.

“Debo tener libertad” ha tenido un gran éxito aquí, y tal vez lo hagamos traducir. Espero que tengas mi libro sueco y una biografía de Carsten Halvorsen, también en sueco.

³⁹ Nota de la autora: Sin duda, Alejandra se refiere a las conversaciones de paz con Finlandia y a su evidente decepción por no haber aceptado las generosas condiciones de la U.R.S.S.

El invierno ha sido muy emocionante e interesante para mí, hay mucho entusiasmo y vida en Rusia, y todos son muy amables conmigo. Sigo trabajando en mis memorias y algunas partes ya están publicadas aquí en Rusia. Me siento mejor. Y ahora me voy a descansar a un hermoso lugar cerca de Moscú. Así que en otoño podré retomar mi trabajo y mis obligaciones.

Los mexicanos fueron muy amables conmigo y admiro mucho su nación. Es una nación democrática y progresista.

Espero que Marissinka, le petit monsieur, y toda la familia estén bien, y tú, mi querida Isabel, estés en plena actividad. Ciertamente, estoy muy contenta de que mi biografía haya sido escrita por usted. Parece que pronto podrás volver a tu querido país, y entonces seguro que encontraremos ocasión de vernos. Mi vieja y fuerte amistad está siempre contigo y con tu querida familia. Os mando abrazos a todos.

Tu Alejandra

CAPÍTULO 26

INTENTOS POR LA PAZ; KOLLONTAY VS. PAASIKIVI

“¿Conoces al ministro de Finlandia aquí en Estocolmo?”. le pregunté a Alejandra por teléfono un día del otoño de 1937. "Muy bien", respondió ella. "Muy bien. Es un viejo amigo mío. Un hombre inteligente y un buen liberal". Me sentí aliviada. El Gobierno republicano español acababa de decidir extender mi representación a Finlandia, además de a Suecia, y los informes privados que había recibido parecían apuntar a una situación menos satisfactoria para nosotros en ese país que en territorio sueco. Me habían dicho que, aunque Finlandia luchaba valientemente por equipararse a sus colegas del grupo del Norte, la influencia alemana era aún muy fuerte y los efectos del pasado "terror blanco" eran todavía visibles.

Los amigos de España en ese país eran más generosos de lo que se puede decir, pero en los círculos oficiales la República Española tenía muchos enemigos a pesar de la buena voluntad del

Sr. Holsti, Ministro de Asuntos Exteriores, que se vio obligado a dimitir poco después por algunos comentarios despectivos sobre Hitler que había hecho en círculos supuestamente privados.

Alejandra no podría haber imaginado, en ese momento, que podría llegar un día en el que ella y el Sr. Paasikivi serían actores principales en las negociaciones para lograr la paz entre Finlandia y Rusia. No era ni podía ser fácil. Los alemanes, ayudados por los grupos finlandeses de mentalidad nazi, se encargarían de poner todas las dificultades posibles. Finlandia había sido conducida a una aventura desesperada creyendo que Alemania saldría seguramente victoriosa del conflicto mundial y que los satélites del Eje recibirían sustanciosas compensaciones por su apoyo. Todo el mundo político de ese pequeño miembro del grupo escandinavo estaba minado y envenenado por los fascistas de la quinta columna, y las organizaciones democráticas aún no se habían hecho lo suficientemente fuertes como para oponerse a esas actividades con eficacia.

Si en la Francia republicana y en Checoslovaquia y en España y en otros países la gente se había dejado llevar por los atractivos de las doctrinas medievales y por su odio al comunismo, es fácil entender que Finlandia, un débil vecino de Rusia, el "Coloso del Norte", haya hecho lo mismo. Ha tenido que pagar un alto precio por su error, pero también lo han hecho otros, solo que la amargura que el pueblo finlandés debe sentir por el desastre probablemente se dirija principalmente contra aquellos que permitieron que el mundo se extraviara; que por miedo a posibles cambios en la estructura económica de las naciones no tomaron medidas a tiempo contra los enemigos de la democracia.

El Sr. Paasikivi fracasó en sus esfuerzos, primero para evitar la guerra con Rusia y después para obtener la paz que esperaba, pero eso no se debió a su falta de capacidad o de propósito. En la propia Suecia se sintió una gran ansiedad durante toda la lucha ruso-finlandesa. La guerra en la vecindad de uno nunca es motivo de consuelo, y el nerviosismo en ciertos círculos aumentó considerablemente en el año de 1944 cuando se supo que Alejandra Kollontay había sido llamada a Moscú. Corrió el rumor de que el gobernador soviético le diría que presentara demandas al gabinete sueco. Algunos estaban seguros de que pronto se

invitaría a Suecia a firmar pactos de asistencia mutua con Rusia y a hacer concesiones en forma de bases navales.

El repentino viaje de Alejandra a Moscú fue interpretado por algunos como un medio para obtener información de primera mano sobre las posibles reacciones de los suecos ante tales posibilidades. Sin embargo, pronto se demostró que en ese punto, como en muchos otros, los rabiosos sentimientos anticomunistas les habían cegado ante hechos reales y evidentes. Kollontay volvió a su puesto tan imperturbable como siempre y no presentó ninguna demanda de concesiones por parte del Gobierno sueco. Lo que se le dijo, y lo hizo poco después, fue que mantuviera conversaciones con su viejo amigo y colega, Juho Kusti Paasikivi, con el objetivo de llevar la paz a sus naciones enfrentadas.

Alejandra no era una negociadora inexperta y aburrida. Tuvo muchas ocasiones para demostrar su capacidad, pero en este momento en particular debió sentir la seriedad y la responsabilidad de su misión más intensamente que en otros. Por un lado estaba Rusia, y por otro lado Finlandia, la tierra natal de su madre, a la que amaba mucho y donde tenía muchos viejos y firmes amigos. Nunca la esperanza de paz estuvo más cerca de su corazón. Y Paasikivi debió sentir lo mismo. Este viejo liberal, que podría haber evitado la guerra con Rusia si se le hubiera permitido gestionarla, también podría haber puesto fin al conflicto si Alemania no hubiera pesado todavía demasiado en el mundo político finlandés.

Me encanta pensar en los dos negociadores y visualizarlos mientras hablan, pero Paasikivi estaba condenado a fracasar una vez más. De nuevo fue sustituido en las negociaciones y su país se vio obligado a seguir luchando por los intereses germanonazis. La lucha se reanudó, pero Alemania estaba condenada a perder en todos los campos de la guerra que había provocado y, por fin, Finlandia, viéndolo todo perdido, se decidió a buscar la paz que podría haber tenido con una pérdida mucho menor.

El 25 de agosto de 1944, el Sr. Gripenberg, que entonces actuaba como Ministro de Finlandia en Suecia, presentó a la Ministra rusa en Estocolmo, Madame Kollontay, una declaración del Ministro de Asuntos Exteriores finlandés, Sr. Enkel, en la que el Presidente de la República de Finlandia y su Gobierno rogaban

que se informara al Gobierno soviético de su petición de que se recibiera en Moscú a una delegación finlandesa para negociar un armisticio entre los dos países o concertar una paz. El Sr. Gripenberg también puso en manos de Alejandra Kollontay una nota en la que se decía que el Presidente de la República Finlandesa había informado al Canciller alemán de que no se consideraba atado por el acuerdo que el Gobierno alemán había impuesto al anterior Presidente finlandés.

El 29 de agosto, el Gobierno soviético pidió a su Ministro en Suecia que transmitiera al Gabinete finlandés la noticia de que estaría dispuesto a recibir a la delegación finlandesa a condición de que Finlandia rompiera previamente sus relaciones con Alemania y exigiera la retirada inmediata de las fuerzas armadas alemanas del territorio finlandés.

El 2 de septiembre, el Sr. Gripenberg sugirió a Madame Kollontay de parte del General Mannerheim, Presidente de la República de Finlandia, que mientras la respuesta oficial a la nota del Soviet estaba por llegar, Finlandia estaría dispuesta, voluntariamente, a evacuar e internar a las tropas alemanas que estaban ocupando la parte sur del frente de guerra en ese momento, y que las tropas finlandesas en ese territorio se retiraran a la línea fronteriza finlandesa-soviética de 1940. El Sr. Gripenberg también informó a Madame Kollontay que los finlandeses estaban dispuestos a participar en el propuesto desarme de las tropas alemanas en el norte de Finlandia, pero querrían llegar a un acuerdo con Moscú en cuanto a la ayuda y el esfuerzo coordinado que sería necesario para este plan.

El gobierno soviético volvió a insistir en la necesidad de que Finlandia aceptara primero sus condiciones, al tiempo que afirmaba que el gobierno ruso estaba dispuesto a ayudar al ejército finlandés en el desarme de las fuerzas alemanas. El cese de las hostilidades en la parte sur del frente seguiría inmediatamente a la aceptación de las condiciones soviéticas por parte de Finlandia. En la noche del 4 de septiembre, el Gobierno finlandés hizo una declaración por aire anunciando que Finlandia había aceptado las condiciones exigidas por Rusia y que las relaciones con Alemania se romperían y las tropas alemanas serían evacuadas a más tardar el 15 de septiembre.

Simultáneamente con la aceptación de estas condiciones, el Alto Mando finlandés dio órdenes de cese de las hostilidades en todos los sectores del frente al mando del ejército finlandés y en la mañana del día siguiente, 5 de septiembre, Rusia dio la orden de cese de las hostilidades también en los mismos sectores. La dura y sangrienta lucha había terminado y se vislumbraba una paz definitiva entre los dos países.

Alejandra debió respirar más libremente después de que se estableciera, pero la tensión y la preocupación de aquellos meses habían hecho mella en sus fuerzas y se vio obligada a tomar un descanso bajo cuidados médicos en el Sanatorio de Mosseberg antes de volver a su trabajo. Se pensó entonces que no se recuperaría de su enfermedad, nunca, al menos, lo suficiente como para seguir siendo Jefa de la Misión Soviética en Estocolmo. Pero su voluntad inquebrantable venció y no pasó mucho tiempo antes de que volviera a estar lista para resolver problemas, allanar dificultades y volver a ser la más encantadora de las anfitrionas diplomáticas. Su inteligente mente ha encontrado en estos últimos años mil maneras de frenar la insolencia o la falta de tacto alemanas y de hacer valer los derechos de su país en el siempre cortés ámbito de las reuniones diplomáticas, y sus amigos suecos se han alegrado de ello. Muchas pequeñas anécdotas lo atestiguan, pero ninguna es tan popular como aquella según la cual el enviado alemán a Estocolmo, el príncipe de Wied, sabiendo que ella habla alemán con fluidez, le preguntó si no le respondería en ese idioma. Ella dijo que no, que prefería usar el suyo. El príncipe no sabía decir una palabra en ruso.

Cuando Kollontay era decana del Cuerpo Diplomático en Estocolmo, la gente se agolpaba en la legación rusa en tal cantidad que, como dijo una sueca, "se ha vuelto bastante divertida". Sin embargo, durante los últimos años Alejandra no estuvo constantemente en la casa de Villagatan 17. Su médico creyó conveniente darle un respiro ocasional a sus arduas labores e insistió en que pasara la mayor parte de los fines de semana y otros días, si era necesario, en el hermoso balneario de Saltsjobaden, donde no debía hacer otra cosa que descansar. El gobierno soviético, muy consciente de la importancia de los magníficos servicios prestados por Kollontay a su país, se

complació en honrar a esta ciudadana rusa, ahora físicamente delicada pero espiritualmente inconquistable. Fue elevada al rango de embajadora y nuevamente condecorada.

Poco después de terminar el manuscrito de este libro, Alejandra volvió a sufrir un fuerte ataque al corazón y el Gobierno soviético la invitó a descansar de sus labores. Una amiga común, Sonja Branting, hija del gran estadista sueco, que la ha visto desde entonces, me escribió y me contó: "No se le permite esforzarse en absoluto, pero su interés por el bienestar de la humanidad no ha disminuido en lo más mínimo. En cuanto a su mente, es, como siempre, clara como un rayo".

El embajador de México en Rusia, el señor Narciso Bassols, condecoró a Alejandra Kollontay hace poco tiempo en Moscú con la preciada orden del Águila Azteca. Se conmovió al ver que ella no se olvidó de México y ha conservado cuidadosamente muchas pequeñas muestras de arte popular mexicano que trajo consigo tras su estancia en México como Ministra de su gobierno.

La "Rosa Roja de la Revolución", como se la llamaba en su país durante los emocionantes y difíciles tiempos en que Rusia estaba siendo bombeada a una nueva existencia, está, a pesar de sus años, tan llena de fe en los destinos y las posibilidades de su tierra natal y en la fuerza de su pueblo como en los días de su juventud, y una cosa es segura: nunca, mientras viva, cesará en sus esfuerzos por hacer que esas posibilidades y esa fuerza alcancen su propósito.

Al cerrar este último capítulo de esta biografía de Alejandra Kollontay hasta nuestros días, me alegra visualizarla envuelta en una atmósfera pacificadora, pues me parece que el deseo de paz ha sido una de las pasiones dominantes de su vida. En cada fase de su existencia, como revolucionaria, diplomática y mujer, ha luchado por la armonía. No la armonía o la paz provocada por la falta de iniciativa o por la sumisión secular a la fuerza, sino la paz que surge de la justicia y la igualdad de oportunidades para todos.

Que una revolucionaria se considere pacifista puede parecer a muchos inapropiado. Pero Alejandra Kollontay nunca ha sido lo que la mayoría de la gente cree que es un revolucionario, un hombre o una mujer que salta a la acción subversiva en un estado de ánimo colérico o en un frenesí de desesperación, la consecuencia de una voluntad o una mente desordenada, o el

brote de la inferioridad social y del rencor profundo que nace de las desventajas acumuladas.

Alejandra no tenía nada de lo que quejarse personalmente en cuanto a dotes naturales y entorno confortable y condiciones educativas y sociales favorables. El hambre y el frío no le habían mordido las entrañas, como a tantos otros, instándola a actuar en contra de las normas y costumbres establecidas, incluso a costa de la vida si era necesario. Se sintió movida a tomar los garrotes para un cambio de la estructura social y económica del mundo, no para ella sino para los demás. No pudo ser tentada por un deseo de fama, ya que podría haber alcanzado más fácilmente el renombre en el antiguo régimen que en el que daría las mismas oportunidades que ella disfrutó a cientos de miles de otras mujeres. Este ardiente deseo de justicia y de nivelación de las fortunas para todos los seres humanos es, en mi opinión, la principal característica de Kollontay, el factor determinante en el que se basa su personalidad.

En un breve resumen de los tres campos de actividad en los que se ha movido y en los que ha tomado parte importante, se podría decir que, al margen de los defectos y carencias a los que, como todo ser humano, puede estar sujeta, ha destacado en muchos aspectos y ha demostrado que, como revolucionaria, su participación ha sido el resultado de su sentido del deber; que nunca se ha dejado llevar por sentimientos rencorosos o vengativos y que ha aceptado las medidas duras como inevitables, pero ha sufrido agudamente por aquellos a los que se les aplicaban; que como diplomática, se ha mantenido esencialmente humana y totalmente sincera, cosa nada fácil de hacer en esa suave atmósfera en la que el sofisma, la evasión, la reserva mental y el subterfugio se consideran cualidades maestras; y que como mujer, ha demostrado una y otra vez que está orgullosa de serlo, que no sufre ningún complejo de inferioridad al respecto y que se mantiene firme en su creencia de que las mujeres pueden ser femeninas sin ser débiles, inteligentes sin ser pedantes, tiernas sin ser sentimentales.

Estas cualidades, así como su energía y experiencia, serán muy necesarias cuando el mundo comience a recuperarse de los terribles golpes que ha sufrido. Quienes la conocen bien están convencidos de que ni la salud ni el cansancio la apartarán del

frente en el que la mujer debe encontrarse con el hombre para construir una nueva era de justicia y paz.

Nota bibliográfica

La autora reconoce su agradecimiento a los siguientes libros y publicaciones:

- Katherine Anthony en *North American Review*, 1920 y 1930
Arthur Upham Pope, *Maxim Litvinoff*. Publicado por L. B. Fischer, N. Y., 1943
John Reed, *Ten Days That Shook the World*. Publicado por Boni & Liveright, N. Y., 1919
Louise Bryant, *Six Red Months in Russia*. Copyright, 1918, en Doubleday & Company, Inc.
Louise Bryant, *Mirrors of Moscow* . Publicado por T. Seltzer, N. Y., 1923
Albert Rhys Williams, *Lenin: The Man and His Work*. Publicado por Boni, N. Y., 1919
Edith Abbott, "Grace Abbott: A Sister's Memories," *The Social Service Review*, septiembre 1939, publicado por The University of Chicago Press
Bessie Beatty, *The Red Heart of Russia*. Publicado por The Century Co., N. Y., 1918